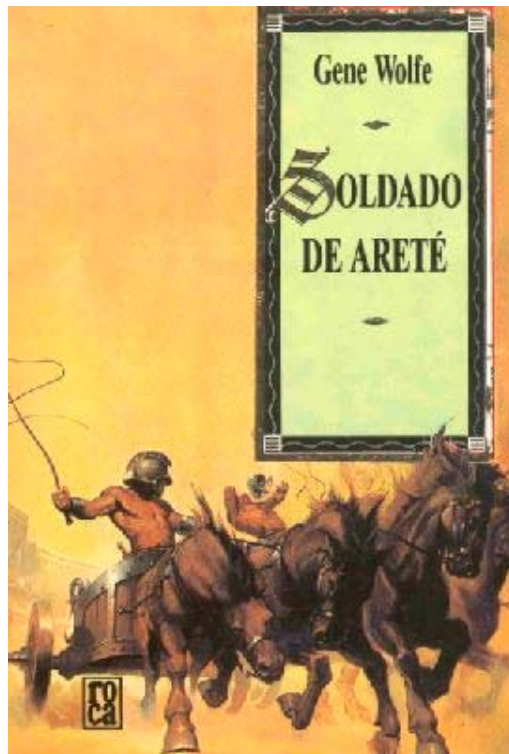


SOLDADO DE ARETÉ



Gene Wolfe



Gene Wolfe

Título original: Soldier of Arete
Traducción: Albert Solé
© 1989 by Gene Wolfe
© 1990 Ediciones Martínez Roca S.A.
Gran vía 774 - Barcelona
I.S.B.N: 84-2701-491-0
Edición digital: Elfowar
Corrección: matqteqm
R6 10/02

*Este libro está dedicado al viejo coronel,
el más subestimado de todos los autores antiguos
y aquel de cuyos consejos menos caso se ha hecho:
Jenofonte el ateniense.*

Y alguien se acercó a Jenofonte cuando estaba ofreciendo un sacrificio y le dijo: «Grillus ha muerto». Y Jenofonte se quitó la guirnalda que llevaba en la cabeza, pero siguió con el sacrificio. Entonces el mensajero le dijo: «Ha tenido una muerte noble». Y Jenofonte volvió a ponerse la guirnalda en la cabeza; y se cuenta que no derramó lágrima alguna sino que dijo: «Sabía que le engendré mortal».

Diógenes Laercio
Prefacio

Este pergamino se encuentra en malas condiciones y contiene varias lagunas. Latro parece haber pasado una semana o más sin escribir después de que su grupo saliera de Pactia. Es posible que el invierno tracio fuera la única causa; aunque el papiro puede perdurar millares de años, la humedad hace que se rompa en pedazos. El caso de este manuscrito en particular no hace sino ilustrar demasiado bien la frágil naturaleza del papiro, pues la parte central ha sufrido daños considerables. Eso ha hecho que perdamos una porción considerable del texto: es de suponer que dicha parte trataría la llegada de la Europa a Pireo. Tras la descripción de la ceremonia de manumisión en Esparta hay una tercera laguna que parece ser resultado de una depresión morbosa.

Los eruditos modernos han mostrado un considerable menosprecio hacia las capacidades ecuestres de la antigüedad, pues dichos eruditos son incapaces de concebir que un jinete sea capaz de mantenerse sobre su montura sin estribos. Harían bien examinando la historia de los Indios de las Llanuras, que montaban como los caballeros de la antigüedad y que, como ellos, empleaban lanzas, arcos y jabalinas. (Las hachas ligeras de mango largo utilizadas por la caballería persa habrían merecido la más entusiasta aprobación de Jerónimo o Cochise.) En mi opinión, los indios que disparaban sus rifles Springfield del 45-70 desde su poni lanzado al galope -y esto era algo que se hacía frecuentemente-, realizaban una hazaña más difícil que cualquiera de las exigidas a los jinetes de la antigüedad.

El lector debe saber que los caballos de la Grecia antigua no llevaban herraduras y raramente estaban castrados: si iban a ser utilizados en una guerra jamás lo estaban. Aunque para los patrones modernos se les consideraría pequeños, la falta de estribos hacía que el montar resultara difícil. (De hecho, es muy posible que en un principio los estribos sólo fueran usados para montar sobre el caballo, y que empezaran a utilizarse cuando la crianza selectiva logró producir animales de mayor tamaño.) El jinete empleaba su lanza o un par de jabalinas para saltar a la grupa de su montura. Algunos caballos estaban entrenados para extender las patas delanteras, con lo que se facilitaba el acto de montar.

Como este relato deja claro en abundantes ocasiones, los historiadores modernos se equivocan al rechazar la existencia de las amazonas considerándola una pura leyenda. Los escritores de la antigüedad hablan con todo detalle de cómo invadieron el centro de Grecia en tiempos de Teseo (c. 1600 a. de C.), y los túmulos funerarios de las amazonas caídas en combate puntuaban el camino de Ática a Tracia. En cualquier caso, debería resultar obvio que entre los nómadas una mujer decidida que pesara unos cincuenta kilos podía resultar una combatiente mucho más valiosa que un hombre que pesara una vez y media esa cifra: sería igualmente efectiva con el arco y cansaría mucho menos a su

montura. No debería ser necesario recalcar que las mujeres guerreras se encuentran a lo largo de toda la historia, o que nuestra época las ha conocido en más abundancia que la mayoría de las demás.

El pancrancio era el equivalente antiguo de las artes marciales. Los únicos actos prohibidos eran el morder y el sacar los ojos, y el combate continuaba hasta que el perdedor admitía haber sido derrotado. Se advierte a los estudiantes de que no todos los atletas a los que se muestra golpeando con los puños son boxeadores. Las manos de los boxeadores estaban protegidas con tiras de cuero anudadas.

Este pergamino es de particular interés por cuanto contiene el único ejemplo conocido de la prosa de Píndaro, quien fue el mayor poeta griego después de Hornero.

Primera parte

1 - Empezaré de nuevo

En este pergamino que el hombre negro ha encontrado en la ciudad. Esta mañana lo me enseñó lo que escribí en el antiguo y me contó lo valioso que había sido para mí. Sólo leí la primera hoja y la última, pero tengo intención de leer el resto antes de que se ponga el sol. Ahora, sin embargo, lo que pretendo hacer es poner por escrito todas las cosas que más necesitaré saber.

Estas personas me llaman Latro, aunque dudo de que ése sea mi nombre. El hombre de la piel de león me llamaba Lucius, o eso escribí en el primer pergamino. Allí también escribí que olvido las cosas muy deprisa, y creo que es cierto. Cuando intento recordar lo que ocurrió ayer sólo hallo impresiones confusas de caminar, trabajar y hablar, por lo que soy como un navío perdido en la niebla desde cuya cofa el vigía quizá vea sombras que pueden ser rocas, otras naves o la nada, y oye voces que tanto pueden pertenecer a los hombres de la orilla como a tritones o fantasmas.

Creo que a lo no le ocurre eso, y al hombre negro tampoco. Gracias a ellos me he enterado de que estamos en el Quersoneso tracio y que esta ciudad capturada se llama Sestos, y que aquí fue donde los Hombres de Pensamiento libraron una batalla contra la Gente de Parsa: el jefe de estos últimos tenía la esperanza de que así conseguirían escapar. Eso dice lo. Y cuando le planteé la objeción de que la ciudad me parecía preparada para resistir un prolongado asedio me explicó que no había comida suficiente, por lo que la Gente de Parsa pasaba hambre, y los helenos (pues Sestos es una ciudad de los helenos) también se morían de hambre detrás de sus murallas. lo parece una niña pero ya casi es una mujer. Tiene el cabello largo y oscuro.

El gobernador de la ciudad reunió a todas sus fuerzas ante una de las puertas principales e hizo subir a sus esposas y esclavas (de las que tenía muchas) a carretas cubiertas con lonas. Después arengó a sus hombres, diciéndoles que les llevaría al combate contra los Hombres de Pensamiento; pero cuando se abrieron las puertas, él y sus ministros se deslizaron sigilosamente hasta otra parte de la muralla y se descolgaron por ella usando cuerdas, pensando escapar mientras la batalla estaba en su apogeo. No lo consiguieron, y algunos se encuentran cautivos aquí.

Como lo estoy yo, pues hay un hombre llamado Hipereides que habla de mí diciendo que soy su esclavo, y el hombre negro también dice lo mismo que él. (Tiene la cabeza redonda y calva y su frente me llega a la nariz; siempre anda muy erguido y habla deprisa.) Y esto no es todo: lo -que dice ser mi esclava, aunque esta mañana me ofrecí a liberarla-, dice que el Rey Pausanias de Cuerda también nos reclama. Él nos mandó aquí, y un centenar de sus Cordeleros se presentaron en esta ciudad poco antes de la batalla. Su jefe fue herido y los Cordeleros partieron en barco con rumbo a su hogar, pues odian los asedios y esperaban que éste se prolongaría durante mucho tiempo.

Estamos en invierno. El viento es frío y sopla a ráfagas, y llueve con frecuencia; vivimos en una casa muy hermosa, una de las que eran utilizadas por la Gente de Parsa. Hay sandalias bajo mi cama, pero calzamos botas: lo dice que Hipereides nos las compró al rendirse la ciudad, y que también se compró dos pares para él. El Quersoneso es una tierra muy fértil y, como ocurre en todas las tierras fértiles, la lluvia hace que el suelo se convierta en barro.

Esta mañana fui al mercado. Los ciudadanos de Sestos son helenos, como ya he dicho, y de la raza eolia, el pueblo de los vientos. Me preguntaron con mucho interés si planeábamos pasar todo el invierno aquí, y me hablaron de lo peligroso que es navegar hasta Helas en esta estación; creo en sus palabras, pues temen que la Gente de Parsa se apresurará a reconquistar un país tan fértil. Cuando volví a la casa le pregunté a lo si creía posible que nos quedáramos. Me dijo que seguramente nos marcharíamos y pronto; pero que si la Gente de Parsa intentaba reconquistar la ciudad quizá volviéramos a ella.

Esta tarde ocurrió algo bastante raro y, aunque ya hace un rato que ha oscurecido, deseo anotarlo antes de volver a salir. Hipereides usa esta habitación para escribir sus órdenes y mantener al día su contabilidad, por lo que hay un fuego y una hermosa lámpara con cuatro pábilos que dan una luz muy brillante.

Hipereides se presentó mientras yo estaba puliendo mis grebas. Hizo que me ciñera la espada y me dijo que debía ponerme la capa y mi nuevo patasos. Cruzamos rápidamente la ciudad con rumbo a la ciudadela, donde están encerrados los prisioneros. Subimos un gran número de escalones hasta llegar a un cuarto situado en lo alto de una torre; los únicos prisioneros eran un hombre y un muchacho, y también había dos centinelas, pero Hipereides les mandó salir. En cuanto se hubieron marchado Hipereides tomó asiento y dijo:

-Artaictes, mi pobre amigo, te encuentro en una situación bastante triste.

El hombre de Parsa asintió. Es alto, tiene los ojos fríos y duros, y aunque su barba casi es de color gris parece fuerte; al verle creí comprender la razón de que Hipereides hubiera querido que le acompañase.

-Ya sabes que he hecho cuanto he podido por ti -siguió diciendo Hipereides-. Ahora te pido que hagas algo por mí..., un favor muy pequeño.

-No lo dudo -replicó Artaictes-. ¿En qué consiste ese pequeño favor? -Creo que habla la lengua de Helas todavía peor que yo.

-Tu señor llegó a nuestra tierra utilizando un puente hecho de botes, ¿no es así? -Artaictes asintió, y lo mismo hizo el muchacho-. He oído contar que toda la longitud del puente estaba cubierta de tierra -siguió Hipereides con expresión dubitativa-. Algunos incluso afirman que en esa tierra había plantados árboles...

-Y así era -dijo el muchacho-. Yo los vi. A los lados había plantados arbolillos y matorrales para que nuestros caballos no se asustaran del agua.

Hipereides dejó escapar un leve silbido.

-¡Asombroso! ¡Realmente asombroso! Te envidio... Debió de ser un espectáculo maravilloso. -Se volvió hacia el padre-. Un joven señor que promete mucho... ¿Cuál es su nombre?

-Artembares -le dijo Artaictes-. Lleva el nombre de mi abuelo, quien fue amigo de Ciro.

Al oír esas palabras Hipereides sonrió con astucia.

-Oh, ¿y quién no era amigo de Ciro? Los conquistadores tienen muchísimos amigos.

Artaictes no se dejó afectar por sus palabras.

-Lo que dices es cierto -replicó-, pero no todo el mundo podía sentarse a compartir el vino con Ciro.

Hipereides meneó la cabeza con expresión melancólica.

-Ah, es una pena que el descendiente de Artembares ya no pueda beber vino. Supongo que los carceleros no os dan vino, ¿verdad?

-No. Nos alimentan con agua y gachas -admitió Artaictes.

-No sé si podré salvar tu vida y la de tu hijo -le dijo Hipereides-. Los ciudadanos quieren verte muerto, y Xantipos, como siempre, parece favorecer al bando con quien habla en ese momento. Pero creo que puedo hacerte una promesa: mientras sigas con vida tendrás vino y del bueno, pues yo mismo me encargaré de proporcionártelo, y alimentos más sabrosos. Basta con que me respondas a una pregunta.

Artaictes me miró.

-¿Por qué no me golpeas hasta que hable, Hipereides? -le preguntó-. Supongo que entre tú y este hombre con el que has venido podríais darme una buena paliza.

-Yo nunca haría tal cosa -dijo Hipereides poniendo cara de ofendido-. Jamás sería capaz de pegarle a un viejo amigo. Sin embargo, hay otros que...

-Naturalmente. Tengo que pensar en mi honor, Hipereides, pero soy hombre razonable..., y tampoco soy tan idiota como para no imaginarme que vienes enviado por Xantipos. ¿Cuál es su pregunta?

Hipereides sonrió, volvió a ponerse serio y se frotó las manos como si fuera a vender algo por un buen precio.

-Yo... Yo, Artaictes, deseo saber si el noble Oeobazo estaba con vosotros cuando os descolgasteis por la muralla.

Artaictes miró a su hijo; sus frías y duras pupilas se movieron con tal velocidad que no estuve seguro de haberlas visto moverse.

-No veo qué daño puede causar el que te responda a esa pregunta... A estas alturas ya habrá logrado escapar.

Hipereides se puso en pie sonriendo.

-¡Gracias, amigo mío! Puedes confiar en que cumpliré mi promesa. Y aún haré más, si está en mi mano, me ocuparé de que se os perdone la vida a los dos. Latro, tengo que hablar con algunas personas. Quiero que vuelvas al lugar donde nos alojamos y que cojas un odre del mejor vino para Artaictes y su hijo. Les diré a los centinelas que te dejen entrar con él cuando regreses. Coge también una antorcha; creo que oscurecerá antes de que volvamos.

Asentí y abrí la puerta para Hipereides; pero antes de que su pie hubiera tocado el umbral se dio la vuelta para hacerle otra pregunta a Artaictes.

-Por cierto, ¿dónde planeabais cruzar? ¿En Egospotami?

Artaictes meneó la cabeza.

-Vuestras naves habían hecho que el Mar de Hele se volviera negro. En Pactia, quizá, o más hacia el norte... ¿Puedo preguntarte cuál es la razón de que te intereses tanto por mi amigo Oeobazo?

La pregunta de Artaictes llegó demasiado tarde; Hipereides ya estaba saliendo de la habitación. Le seguí y los soldados que vigilaban a Artaictes volvieron a sus puestos de antes; habían estado esperando que saliéramos apoyados en la pared.

La muralla de Sestos traza un círculo alrededor de la ciudad y varía en altura de un lugar a otro; éste era uno de los más altos, y creo que por lo menos tendría un centenar de cubitos. Desde allí se tenía una hermosa vista de los campos y del sol poniéndose sobre las tierras de occidente, y me detuve un momento para contemplarlo. Es bien sabido que quienes miran al sol se quedan ciegos, por lo que mantuve mis ojos clavados en la tierra y las nubes teñidas de colores por el ocaso, que eran muy hermosas; pero el azar quiso que divisara fugazmente el sol por el rabillo del ojo y en vez de la habitual esfera de fuego vi una carroza de oro de la que tiraban cuatro caballos. Entonces supe que había visto a un dios, igual que -según mi viejo pergamino- había visto a una diosa antes de la muerte del hombre que me llamaba Lucius. Me asustó, como supongo que también debió asustarme la visión de la diosa, y bajé rápidamente la escalera y fui por las calles de Sestos (que son oscuras y muy angostas, como estoy seguro deben serlo las de todas las ciudades amuralladas) hasta llegar a esta casa. No comprendí plenamente la

importancia de lo que había visto hasta no haber encontrado un odre lleno de un vino excelente y haber atado un manojo de ramillas para hacer una antorcha.

Pues lo que había visto se reducía a esto: aunque el sol ya casi había llegado al horizonte los caballos del sol iban lanzados al galope. Me pareció algo tan natural que no reflexioné en ello; pero ahora, al pensar con más calma en lo que había visto, comprendí que ningún auriga iría al galope si se acercara al lugar donde pretendía detenerse..., ¿cómo podría frenar a su tiro sin correr el más grave peligro de que su vehículo acabara destrozado? De hecho, aunque los carros usados en la guerra sólo cuentan con dos caballos, todos los soldados saben que una de las grandes ventajas de la caballería es que los jinetes pueden detenerse y girar mucho más deprisa y con mucha mayor facilidad que los carros.

Por lo tanto, estaba claro que el sol no se detenía en el confín occidental del mundo, tal y como siempre había supuesto, para reaparecer al día siguiente en el confín oriental de la misma forma que las estrellas inmutables se desvanecen por el oeste para reaparecer por el este. No, el sol sigue lanzado a toda velocidad, pasa por debajo del mundo y reaparece por el este como si fuera un corredor al que vemos esfumarse detrás de un edificio para acabar reapareciendo por el otro lado de éste. No pude evitar preguntarme el porqué de todo esto. ¿Habrá gente viviendo debajo del mundo y necesitarán el sol igual que nosotros? Esto es algo en lo que debo pensar con más detenimiento cuando tenga tiempo para hacerlo.

Consignar aquí todos los pensamientos -la mayoría a medio formar y algunos bastante ridículos-, que llenaban mi mente cuando volví a recorrer las calles y subí los peldaños de la torre sería una labor agotadora. Los centinelas de Artaictes me dejaron entrar nada más verme, y uno hasta fue a buscarme una crátera en la que echar agua para mezclarla con el vino que había traído. Artaictes aprovechó que los centinelas estaban ocupados para llevarme hacia un lado de la habitación.

-No tienes por qué ver turbado tu sueño, Latro -me dijo en voz baja-. Ayúdanos y estos idiotas jamás sabrán que alzaste tu arma contra ellos.

Sus palabras me confirmaron lo que ya sabía por mi viejo pergamino: hubo un tiempo en el que estuve al servicio del Gran Rey de Parsa. Asentí y murmuré que si pudiera no vacilaría en liberarles.

Hipereides entró justo en aquel momento, jovial y sonriente; traía consigo seis arenques salados colgando de un cordel. En el cuarto de guardia había un brasero de carbón y colocó los peces sobre las ascuas, allí donde no se quemarían.

-Uno para cada uno de nosotros, y supongo que los encontraremos muy buenos. En esta época del año hay poca fruta y Sestos todavía no se ha recuperado del asedio, por lo que la comida escasea; pero en cuanto hayamos terminado con los arenques, si queréis, Latro puede salir a ver si consigue encontrarnos algunas manzanas. Y un poco de pan del día... Me dijiste que hoy habías visto una tahona abierta, ¿verdad, Latro?

Asentí y le recordé que había comprado pan cuando fui al mercado.

-¡Excelente! -exclamó Hipereides-. Me temo que ahora estará cerrada pero quizá consigas despertar al panadero dando unos cuantos golpes en su puerta. -Le guiñó el ojo a Artaictes-. Latro sabe golpear como nadie, te lo aseguro, y cuando quiere su voz puede ser tan potente como la de un toro. Y ahora, si...

En ese momento ocurrió algo tan extraordinario que vacilo a la hora de consignarlo aquí, pues estoy seguro de que cuando lea este pergamino en los días venideros no lo creeré: uno de los arenques salados de Hipereides se movió.

Sus ojos debían de ser más agudos que los míos pues se quedó callado y lo contempló fijamente, mientras que yo me limité a suponer que uno de los trozos de carbón sobre los que se apoyaba se habría movido. Un instante después vi como el arenque agitaba la cola igual que hace el pez enganchado en el anzuelo cuando es arrojado a la orilla del río;

y bastó un instante más para que los seis arenques empezaran a saltar sobre las ascuas como si estuvieran vivos y sintieran las llamas.

Los centinelas no echaron a correr, lo que dice mucho en su favor; si lo hubieran hecho creo que yo también les habría imitado. En cuanto a Hipereides, se puso blanco y retrocedió apartándose del brasero como si éste fuera un perro con la enfermedad que les hace correr enloquecidos. El hijo de Artaites se encogió como el resto de nosotros, pero Artaites fue hacia Hipereides sin perder la calma y le puso una mano sobre el hombro.

-Este prodigio no tiene nada que ver contigo, amigo mío -le dijo-. Está destinado a mí... Protesilao de Elaeo está diciéndome que aunque se encuentra tan muerto como ese pez en salmuera, los dioses le han permitido conservar la autoridad suficiente para castigar al hombre que tanto daño le hizo.

Hipereides tragó saliva.

-Sí... -balbuceó-. Ésa es... una de las razones principales por las que ellos insisten en que tú..., tú y tu hijo... Dicen que robaste las ofrendas de su tumba y..., y..., que araste el suelo sagrado que le pertenecía...

Artaites asintió y se volvió hacia los arenques; ya habían dejado de moverse, pero se estremeció como si todavía siguieran haciéndolo.

-Escúchame bien, Hipereides, y prométeme que le transmitirás cuanto diga a Xantipos. Daré la suma de cien talentos para restaurar el santuario de Protesilao. -Se quedó callado durante unos instantes, como si esperara otra señal, pero no hubo ninguna-. Y a vosotros, soldados de Pensamiento..., si nos dejáis con vida recibiréis doscientos talentos más. El dinero se encuentra en Susa pero podéis retener a mi hijo aquí en calidad de rehén hasta que toda la suma haya sido pagada. Y será pagada, lo juro por Ahura Mazda, el dios de los dioses..., pagada en su totalidad y en oro.

Los ojos de Hipereides casi se salieron de sus cuencas ante la magnitud de esa suma. Es bien sabido que la Gente de Parsa vive en una opulencia casi inimaginable pero, aun así, creo que pocos habrían soñado que nadie salvo el Gran Rey en persona pudiera disponer de riquezas tan inmensas como las que sugería la oferta hecha por Artaites.

-Se lo diré. Yo... Por la..., no, esta noche. Sí...

-¡Bien! Hazlo. -Artaites le apretó suavemente el hombro y retrocedió.

Hipereides se volvió hacia los centinelas.

-Pero tendré que contarle todo lo que ha ocurrido. Latro, supongo que ahora no te apetecerá comerte ninguno de estos arenques... Puedo asegurarte que yo soy incapaz de hacerlo. Creo que ya va siendo hora de que volvamos a casa.

Y ahora volveré a la ciudadela..., quizá pueda hacer algo para ayudar a Artaites y Artembares.

2 - Artaites muere

El grito del heraldo me sacó de mi cama esta mañana. Estaba calzándome cuando Hipereides llamó a la puerta de la habitación que comparto con lo.

-¡Latro! -gritó-. ¿Estás despierto?

lo se irguió en el lecho y me preguntó qué ocurría.

-Artaites va a ser ejecutado esta mañana -le dije.

-¿Recuerdas quién es?

-Sí -respondí-. Sé que hablé con él anoche, antes de que Hipereides y yo volviéramos a casa.

Hipereides abrió la puerta en ese instante.

-Ah, estás levantado. ¿Quieres venir conmigo para ver cómo les matan?

Le pregunté quién más iba a morir aparte de Artaites.

-Me temo que su hijo. -Hipereides meneó la cabeza, apenado-. ¿No recuerdas al muchacho de Artaites?

Traté de que mi mente volviera al pasado.

-Tengo el vago recuerdo de haber visto a un chico anoche -le dije-. Sí, creo que era un chico y un poco mayor que lo.

Hipereides señaló a ésta con el dedo y le dijo:

-¡Tú vas a quedarte aquí, jovencita! ¿Me has comprendido? Tienes trabajo que hacer y lo que vamos a ver no es adecuado para una muchacha.

Le seguí a la calle, donde nos estaba esperando el hombre negro; y los tres partimos hacia la explanada de arena en que había terminado el puente del Gran Rey. Allí iba a morir Artaiques, tal y como seguían pregonando media docena de heraldos (y la mitad de Sestos se encontraba muy ocupada comunicándole esa noticia a la otra mitad). El cielo estaba cubierto y hacía bastante viento: nubes de color gris llegadas del norte, donde está el Primer Mar, corrían veloces sobre el Mar de Hele.

-Este tiempo me recuerda que todos necesitamos capas nuevas antes de marcharnos de aquí..., tú el que más, Latro -murmuró Hipereides-. Ni un mendigo querría llevar ese harapo tuyo.

El hombre negro puso la mano sobre el hombro de Hipereides y le miró con los ojos muy abiertos.

-¿Para ti también? Sí, naturalmente, acabo de decirlo... Para todos nosotros, de hecho, incluyendo a la pequeña lo.

El hombre negro meneó la cabeza y repitió su gesto.

-Oh, ah. Quieres saber algo sobre nuestro viaje..., iba a contártelo ahora mismo. Llévanos hasta donde podamos ver qué está pasando y os daré todos los detalles.

Los habitantes de Sestos ya habían empezado a moverse hacia adelante y los soldados de Xantipos les hacían retroceder con la contera de sus lanzas. Por suerte algunos soldados reconocieron a Hipereides y no nos costó demasiado conseguir un sitio en primera fila. Aún no había nada que ver, sólo un par de hombres cavando un hoyo que parecía estar destinado a recibir la punta de un tronco que habían llevado hasta allí.

-Xantipos no ha llegado -comentó Hipereides-. Aún tardarán un poco en empezar.

Le pregunté quién era Xantipos.

-Nuestro estratega -me respondió-. Todos estos soldados se encuentran bajo su mando. Artaiques habló de él la noche pasada. ¿No lo recuerdas?

Admití que no lo recordaba. El nombre de Artaiques me parecía familiar, lo cual era lógico pues los heraldos lo habían estado gritando cuando llegamos; entonces recordé haberle dicho a lo que la noche anterior había hablado con alguien llamado Artaiques.

Hipereides me miró con expresión pensativa.

-¿No recuerdas lo que les ocurrió a los peces?

Meneé la cabeza.

-Unos arenques... ¿Sabes qué es un arenque, Latro?

Asentí, y lo mismo hizo el hombre negro.

-Un pez no muy grande de color plateado y tirando a rechoncho -le dije-. Se cuenta que son deliciosos.

-Cierto. -(Algunos integrantes de la muchedumbre habían empezado a gritar: «¡Traedle!» y «¿Dónde está?», por lo que Hipereides se vio obligado a subir el tono de voz para que le oyéramos)-. Pero los arenques son unos peces bastante aceitosos..., resultan grasientos incluso cuando los han salado. Bien, sé que los dos sois hombres inteligentes. Quiero haceros una pregunta. Es algo de cierta importancia y quiero que meditéis cuidadosamente vuestra respuesta antes de dárme la.

Los dos volvimos a asentir.

Hipereides tragó una honda bocanada de aire.

-Si unos arenques secos y bien salados fueran arrojados sobre las ascuas de un brasero de carbón con un buen fuego ardiendo debajo de él..., ¿creéis que toda esa grasa que llevan dentro podría hacer que se movieran? ¿O, quizá, que las gotas de aceite

desprendidas por los peces podrían chisporrotear con violencia y, por así decirlo, hacer que los peces se movieran de un lado para otro?

Asentí, y el hombre negro se encogió de hombros.

-Ah -dijo Hipereides-. Yo opino lo mismo que Latro, y él estaba allí y los vio, aunque ahora no lo recuerde.

Y entonces oímos el rugido de la muchedumbre.

El hombre negro señaló con el mentón un instante antes de que Hipereides abriera la boca para gritar.

-¡Mirad! Ya llegan..., valen cien talentos cada uno y van a ser degollados como un par de cabras.

Meneó la cabeza y su expresión me hizo pensar que estaba sinceramente apenado.

Al hombre debía de faltarle poco para cumplir los cincuenta años. Era de constitución robusta y estatura mediana, y su barba era del mismo color que el hierro. Bastaba con ver su atuendo para darse cuenta de que era de raza meda. Su hijo daba la impresión de tener unos catorce años; su rostro estaba tan por formar como la mayoría de rostros de los muchachos de su edad, pero tenía unos hermosos ojos oscuros. Al hombre le habían atado las manos por delante del cuerpo.

Iban acompañados por un hombre alto y flaco que llevaba armadura pero no tenía escudo ni lanza. No vi que diera ninguna señal pero los heraldos gritaron: «¡Silencio! Callad todos y escuchad a Xantipos, el noble estratega de Pensamiento», y cuando el parloteo de la muchedumbre se hubo calmado un poco el hombre de la armadura dio un paso hacia adelante para decir:

-Pueblo de Sestos ¡Eolios! ¡Helenos! -Habló en un tono bastante alto pero me dio la impresión de que usar ese tono imperioso era algo natural en él-. ¡Escuchadme! ¡No me presento ante vosotros para hablar en nombre de Helas!

Aquello dejó tan sorprendida a la multitud que todos callaron, con lo que se pudo oír el griterío de los pájaros que volaban sobre el Mar de Hele.

-Ojalá pudiera hacerlo -siguió diciendo Xantipos-, pues eso significaría que por fin ha llegado la hora en que el hermano ya no lucha contra el hermano.

Sus palabras hicieron que la multitud le vitoreara. Los últimos ecos de los vítores se fueron disipando, e Hipereides me sonrió.

-Tienen la esperanza de que hayamos olvidado que no hace mucho estaban luchando contra nosotros.

-Y aun así, hablo como representante de la Asamblea de Pensamiento, y me enorgullece hacerlo. Mi ciudad os ha devuelto la mayor bendición que pueblo alguno puede poseer..., la libertad.

Otro estallido de vítores.

-Por lo cual no pedimos nada más que vuestra gratitud.

Hubo gritos de agradecimiento.

-He dicho que no podía hablar en nombre de los helenos. ¿Quién sabe cuál será la actitud de Colina de la Torre? Confieso ignorarlo. ¿Quién sabe lo que piensan los hombres salvajes de la Tierra de los Osos? También lo ignoro, oh ciudadanos de Sestos, y vosotros tampoco lo sabéis. Los pocos Cordeleros que estaban aquí partieron por mar antes de que vuestra ciudad pudiera ser liberada, como bien sabéis. Y en cuanto a la Colina..., ¿hay alguien que ignore el salvajismo con que sus lanzas apoyaron a los bárbaros?

Sus palabras hicieron que la multitud lanzase un gruñido de ira.

-Vuelve a golpear, Xantipos -murmuró Hipereides-. Aún respiran.

-Muchos de mis valerosos amigos yacen en la gran tumba de Arcilla, y no olvidéis jamás que también eran amigos vuestros. Fueron enviados aquí no por las flechas de los bárbaros, sino por el caballo de Asopodoro de la Colina.

Al oír esto la multitud emitió un leve gemido, como si mil mujeres hubieran sentido las primeras punzadas de dolor del parto. Pensé que en años venideros los hombres quizá dijeran que el día de hoy algo nuevo había nacido en este angosto dedo con que el oeste apuntaba hacia el este y el Mar de Hele.

-Y aun así mi ciudad dispone de muchos más hijos, hombres tan valerosos como ellos; y siempre que los necesitéis estos hombres se apresurarán a venir en vuestra ayuda.

Víttores enloquecidos.

-Y ahora, ocupémonos de lo que nos ha traído aquí. Tanto vosotros como yo hemos venido a este lugar en calidad de sirvientes de los dioses. No hace falta que os recuerde los muchos crímenes cometidos por Artaictes. Vosotros los conocéis mejor que yo. Muchos me han aconsejado que lo mejor sería devolverle a su país a cambio del pago de un rico rescate. -Tuve la impresión de que Xantipos le lanzaba una rápida mirada de soslayo a Hipereides, aunque éste pareció no darse cuenta de ello-. He rechazado esos consejos.

La multitud pregonó a gritos su aprobación.

-Pero antes de que se haga justicia con Artaictes actuaremos como solo los hombres libres pueden hacerlo..., celebraremos una votación. En mi ciudad, donde se fabrican tantas urnas y platos, votamos usando los fragmentos de los cacharros rotos: cada ciudadano escribe la inicial del candidato al que favorece con su voto en el pedazo de cerámica. Se me ha dicho que en Sestos tenéis costumbre de votar con piedras..., una piedra blanca para el sí y una piedra negra para el no. Hoy también votaréis con piedras. El chico que veis junto a él -Xantipos le señaló con el dedo-, es el hijo del blasfemo.

Un murmullo de ira; un hombre que estaba a mi izquierda alzó el puño izquierdo y lo sacudió en un gesto amenazador.

-Vosotros decidiréis si vive o muere, y sólo vosotros. Si es voluntad vuestra que viva, haceos a un lado y dejadle marchar. Pero si es voluntad vuestra que muera, detenedle y arrojad una piedra. ¡La elección queda en vuestras manos!

Xantipos le hizo una seña a los soldados que vigilaban a Artaictes y su hijo, y uno de ellos susurró algo al oído del muchacho y le dio una palmada en la espalda. Xantipos se había imaginado que el muchacho echaría a correr por entre la muchedumbre para conseguir la libertad; pero lo que hizo fue echar a correr en sentido contrario, lanzándose por el angosto dedo de arena y guijarros en dirección al mar, supongo que con la idea de alcanzar las aguas y huir nadando.

No lo consiguió. Las piedras volaron por los aires y por lo menos una docena de hombres dejó atrás a los soldados y corrió en su persecución. Le vi caer, alcanzado en la oreja por una piedra tan grande como mi puño. Se puso en pie y avanzó tambaleándose unos cuantos pasos más antes de ser alcanzado por medio centenar de piedras. Mi única esperanza es que muriera deprisa, pero no puedo decir con precisión cuándo terminó su vida; estoy seguro de que muchos lapidaron su cuerpo después de que hubiese muerto.

En cuanto a su padre, tuvo que ver morir a su hijo y después fue obligado a tumbarse sobre el tronco y le atravesaron los tobillos y las muñecas con unos grandes clavos de hierro dejándolos unidos a la madera; cuando hubieron terminado, el tronco fue colocado en el agujero que habían cavado para recibirlo y a su alrededor amontonaron piedras y arena para que no se moviera. Algunas de las mujeres presentes también le arrojaron piedras, pero los soldados no tardaron en impedirselo, pues temían que las piedras pudieran alcanzar a los cinco soldados que Xantipos había colocado junto al tronco montando guardia.

-Ven -dijo Hipereides-. El espectáculo ha terminado y aún me quedan muchas cosas de que ocuparme. Latro, quiero que te encargues de comprar esas capas de las que hablábamos. Si te doy el dinero, ¿sabrás arreglártelas?

Le dije que lo haría, suponiendo que en la ciudad hubiera algún sitio donde vendiesen capas.

-Estoy seguro de que debe haberlo. Llévate contigo a lo y a éste para que puedan escoger sus capas. Procurad no escoger nada demasiado lujoso; sólo conseguiríais meteros en líos... En cuanto a mí, tráeme una capa de un color vivo pero que no sea roja, porque ése es el color que llevan los Cordeleros, aunque supongo que nadie me tomaría por uno de ellos, pero aun así... Y que no sea amarilla; las capas amarillas enseguida pierden el color. Compra una capa azul o verde, una prenda de aspecto caro, si es que tienen alguna, y procura que le vaya bien a mi estatura. -El hombre negro y yo le llevamos media cabeza de ventaja-. Asegúrate de que sea gruesa y de que abrigue.

Asentí y me entregó cuatro dracmas de plata. El hombre negro se puso la mano en el hombro y fingió tirar de un pliegue de tela.

-¡Ah, el viaje! Tienes razón, prometí hablaros de eso... Bueno, es bastante sencillo. Supongo que los dos habéis oído hablar del puente del Gran Rey, ¿no?

-Recuerdo que los heraldos dijeron que aquí es donde terminaba -respondí-. Supongo que el ejército del Gran Rey debió de ir por el mismo camino que recorrimos para llegar hasta este lugar.

-Tienes razón. El puente estaba hecho de botes... Me imagino que habría decenas y decenas de ellos, y los botes estaban unidos los unos a los otros por cuerdas muy largas, con planchas colocadas sobre sus cubiertas para formar un camino. Según lo que he oído contar estuvo aquí durante casi un año hasta que una gran tormenta acabó rompiendo las cuerdas.

Asentimos para demostrarle que le habíamos entendido.

-El Pueblo de Parsa no lo reparó: decidieron guardar las cuerdas en Sestos. Debían de haber costado mucho dinero y, naturalmente, si el Gran Rey daba la orden de reconstruir el puente siempre se las podía volver a utilizar. Xantipos quiere llevárselas a Pensamiento para presumir de su victoria. Me imagino que allí causarían toda una conmoción, pues en casa nadie ha visto jamás cuerdas de semejante tamaño... -Hipereides extendió los brazos para indicarnos cuál era la circunferencia de los cables, y aunque doblara su diámetro lo cierto es que debían de ser muy grandes-. Bien -siguió diciendo-, como ya podéis suponer lo primero que todo el mundo preguntará es quién las fabricó y qué ha sido de él. Xantipos me hizo investigar el asunto y descubrí que el encargado de fabricarlas fue un hombre llamado Oebazo, uno de los bárbaros que se descolgaron por la muralla de la ciudad con Artaites. Y la noche pasada, cuando tú y yo hablamos con él, Artaites dijo que tenían intención de ir hacia el norte, puede que hasta el muro de Milcíades. A Xantipos le gustaría hacer prisionero a ese tal Oebazo para mostrárselo a la Asamblea junto con las cuerdas, por lo que partiremos en su busca tan pronto como la Europa esté preparada.

Le pregunté cuándo sería eso.

-Espero que mañana por la tarde. -Hipereides suspiró-. Lo cual muy probablemente significa pasado mañana, pero... Ahora están ocupándose de calafatearla y deberían terminar hoy. Después tendremos que cargar las provisiones, pero aún hay que comprar algunas cosas y no las conseguiré quedándome aquí para hablar con vosotros, así que haz lo que te he dicho y ve a buscar esas capas. Cuando las hayas comprado haz el equipaje..., no sé si volveremos aquí.

Se alejó con paso presuroso hacia los muelles, y el hombre negro y yo volvimos a Sestos y a la casa en donde habíamos dormido para recoger a lo.

Pero al llegar la encontramos vacía.

3 - El mantis

Hegesítrato me ha interrumpido, pero ahora ya puedo volver a escribir. Es muy tarde y los demás están dormidos; lo me ha dicho que poco después del amanecer olvidaré todo cuanto he visto y oído hoy, y hay cosas que debo consignar por escrito.

Cuando el hombre negro y yo volvimos a esta casa y descubrimos que lo no estaba me preocupé mucho por ella; pues, aunque no puedo recordar cómo he llegado a encontrarme en posesión de tal esclava, sé que la amo. El hombre negro se rió al verme tan abatido y me dijo por señas que creía que lo nos habría seguido para ver la ejecución de Artaietes, y yo me vi obligado a admitir que probablemente tenía razón.

Salimos de la casa y fuimos al mercado. Algunas de las tiendas que dan a él vendían capas. Compré unas de tela áspera y sin teñir para el hombre negro, lo y yo mismo: estaban nuevas y las habían tejido sin quitar el aceite de la lana, entrelazando las hebras de forma tan apretada que no dejarían pasar la lluvia. Sabía que una capa de color como la que deseaba Hipereides resultaría bastante cara, por lo que estuvimos regateando un buen rato antes de comprar las nuestras. El hombre negro (que me parece sabe regatear mejor que yo) empezó a hablar con el tendero en una lengua que no comprendo, pero pronto me di cuenta de que el tendero tenía ciertos conocimientos de esa lengua, aunque fingía ignorarla. Al final incluso logré captar una o dos palabras: zlh, que creo significa «barata» y sel, «chacal», una palabra que al tendero no le hizo mucha gracia.

Dejé que siguieran discutiendo y me dediqué a buscar una capa para Hipereides. Casi todas las capas de colores me parecieron demasiado delgadas para el invierno. Al final logré encontrar una capa azul brillante de tela gruesa y de la longitud adecuada, hecha de una lana fina y muy suave. La cogí y se la enseñé al tendero, que a esas alturas ya debía de estar harto de discutir con el hombre negro. Le mostré nuestros cuatro dracmas de plata y las cuatro capas, y le expliqué que era el único dinero de que disponíamos.

(Eso no era estrictamente cierto, pues sé que el hombre negro posee una cierta suma de dinero; pero estoy seguro de que no habría querido gastárselo en las capas, y probablemente no la llevaba encima en aquellos momentos.)

Le dije que si nos vendía las cuatro capas por cuatro dracmas ya podíamos dar el trato por cerrado; de lo contrario tendríamos que buscar en otro sitio. Examinó los dracmas y los pesó mientras el hombre negro y yo le observábamos para asegurarnos de que no los sustituía por otras monedas de peor calidad. Acabó diciendo que no podía vendernos las cuatro capas por ese precio y que sólo la capa azul debía proporcionarle dos dracmas, por lo menos, pero que si queríamos las capas grises estaba dispuesto a vendérmolas por un dracma cada una.

Le dije que también necesitábamos la capa azul, la más pequeña de todas, pues era para un niño, y nos fuimos a otra tienda donde volvimos a empezar desde el principio todo el proceso que he descrito. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero las cosas que se le escaparon al segundo tendero me hicieron comprender lo nerviosos que se encontraban los comerciantes como él, pues no sabían si los soldados de Pensamiento pensaban quedarse o marcharse. Si se quedaban no cabía duda de que estos comercios podían albergar la esperanza de hacer muy buenos negocios, pues la mayoría de los soldados habían conseguido algún botín y había unos cuantos que tenían mucho; pero si los soldados se marchaban a su casa y el Pueblo de Parsa volvía y asediaba la ciudad, los comercios no harían ningún negocio, pues durante un asedio todo el mundo se guarda el dinero para comprar comida. Cuando comprendí esto me las arreglé para decirle al hombre negro que zarparíamos mañana, y el precio de la capa verde que estaba examinando bajó considerablemente.

El propietario de la primera tienda que habíamos visitado entró en ese mismo instante (el propietario de la segunda le miró como si tuviera la esperanza de que algún día le sería permitido asesinarle) y dijo que había cambiado de parecer: podíamos quedarnos las cuatro capas por cuatro dracmas. Volvimos a su tienda con él y alargó la mano para recibir el dinero. Pero yo pensé que merecía ser castigado por habernos hecho perder tanto tiempo regateando; así que volví a examinar las capas y mientras contemplaba la capa azul le pregunté al hombre negro si le parecía adecuada para que la llevase Hipereides durante el viaje que íbamos a emprender.

El tendero se aclaró la garganta.

-Así que vais a zarpar pronto, ¿eh? ¿Y vuestro capitán es Hipereides?

-Así es -le dije-, pero las otras embarcaciones no partirán con nosotros. Como mínimo aún se quedarán unos cuantos días más.

Lo que dijo entonces el tendero me sorprendió, y creo que también sorprendió al hombre negro.

-Ese tal Hipereides..., ¿es calvo? -me preguntó-. Tiene la cara más bien redonda, ¿no? Esperad, me dijo cuál era el nombre de su nave... ¿La Europa?

-Sí -le dije-, ése es nuestro capitán.

-¡Oh! ¡Ah! Bien, quizá no debería deciros esto, pero si vais a comprar esa capa para él entonces tendrá dos capas nuevas, por lo menos. Entró en mi tienda después de que os marcharais y me dio tres dracmas por una capa escarlata muy elegante. -El tendero cogió la capa azul y la desplegó-. Aunque esa capa era para un hombre más alto que él...

Miré al hombre negro y él me miró, y por nuestras expresiones estaba claro que ninguno de los dos comprendía nada.

El tendero cogió una tableta cubierta de cera y un punzón.

-Te haré un recibo de la venta. Puedes poner tu marca en él. Dile a tu capitán que si no quiere quedarse la capa azul le enseñaré el precio pagado por ella y le devolveré su dinero.

Empezó a escribir en la tableta y cuando hube terminado yo escribí Latro junto a cada línea en los caracteres que estoy utilizando ahora. Escribí esa palabra al final de cada línea, lo bastante pegada a ella para tener la seguridad de que se volvería borrosa si sostenía una vasija con agua recalentada debajo de la tableta con el fin de borrar lo que había escrito en ella. Después, el hombre negro y yo llevamos las capas a la casa e hicimos el equipaje. Yo seguía esperando que lo volvería de un momento a otro, pero no fue así.

Cuando hubimos terminado le pregunté al hombre negro qué tenía intención de hacer y él me respondió por señas que pensaba irse a su habitación para dormir un poco. Le dije que yo haría lo mismo, y nos separamos. Pasados unos instantes abrí la puerta de mi habitación lo más silenciosamente que pude y salí de ella con el tiempo justo para ver como el hombre negro abandonaba su cuarto con idéntica cautela. Sonreí y meneé la cabeza, él me sonrió y fuimos juntos hasta la explanada de arena donde terminaba el puente del Gran Rey, con la esperanza de que allí encontraríamos a lo.

Por lo menos, creo que ése era el único motivo del hombre negro; en cuanto a mí, debo confesar que fui allí impulsado por un doble motivo, pues en caso de que se me presentara la oportunidad tenía intención de liberar a Artaictes.

A medida que nos acercábamos al lugar fuimos encontrando a los últimos rezagados de la multitud que volvían a casa; algunos de ellos nos dijeron que Artaictes estaba muerto. Había uno con aspecto de ser persona inteligente, por lo que le detuve y le pregunté cómo lo sabía. Nos dijo que los soldados le habían clavado sus lanzas sin obtener ninguna reacción, y que por lo menos uno de ellos había hundido la punta de su lanza en el vientre de Artaictes para ver con qué fuerza brotaba la sangre, y que salió tan poca como el agua que se escurre de una esponja, por lo que todos quedaron convencidos de que su corazón había dejado de funcionar.

El hombre negro me hizo señas apremiándome a preguntar por lo. Así lo hice, y el hombre al que estábamos interrogando me dijo que todo el mundo se había marchado salvo una niña acompañada por un hombre lisiado. No me pareció que nadie pudiera ver a lo y pensar que era una niña (la recordaba bien de haber hablado con ella aquella mañana) y mientras apretábamos el paso para llegar allí le pregunté al hombre negro si conocía a algún lisiado. Meneó la cabeza.

Y, sin embargo, era lo y la reconocí de inmediato. Junto al cadáver de Artaictes sólo estaban ella, un chico, los soldados y el hombre de quien nos había hablado el rezagado.

Se apoyaba en una muleta y vi que había perdido el pie derecho; en su lugar había una pieza redonda de madera que terminaba en una pata de palo. La pieza de madera estaba atada a su pantorrilla con tiras de cuero, del mismo modo que se atan los cordones de una sandalia. Estaba llorando e lo intentaba consolarle, pero cuando nos vio agitó la mano y nos sonrió.

Le dije que no debería haber desobedecido a Hipereides y, aunque no pensaba golpearla por ello, éste quizá sí quisiera hacerlo. (No se lo dije a lo, pero temía que si le daba una paliza demasiado severa quizá no pudiera contenerme y acabase matándole, en cuyo caso era muy posible que yo también acabara muerto a manos de los soldados de Pensamiento.) Me explicó que no había tenido intención de desobedecerle: estaba sentada en el umbral de la casa cuando vio al lisiado y le pareció que estaba tan cansado y triste que intentó consolarle. El lisiado le pidió que fuera con él porque tanto su muleta como la punta de su pata de palo se hundían en la arena. Por lo tanto, no había ido allí para asistir a la muerte de Artaictes, cosa que le había sido prohibida por Hipereides, sino para ayudar a un lisiado y a un compatriota heleno, lo cual no cabía duda de que no iba en contra de las órdenes de Hipereides.

El hombre negro sonrió al oírle decir todo aquello, pero tuve que admitir que había cierta verdad en sus palabras. Le dije al lisiado que lo debía regresar a casa con nosotros, pero que si él también se disponía a volver a Sestos podía contar con nuestra ayuda.

El lisiado asintió y me dio las gracias; dejé que se apoyara en mi brazo. Admito que encontrarme con un heleno que lloraba por un meda hizo que sintiera cierta curiosidad, y cuando habíamos recorrido una pequeña distancia le pregunté qué sabía de Artaictes y si había sido un buen hombre.

-Me trató como a un amigo -respondió el lisiado-. Era el último amigo que tenía en esta parte del mundo.

-Pero vosotros los helenos estabais en lucha con el Pueblo de Parsa, ¿no? -le pregunté-. Al menos, eso me parece recordar.

Meneó la cabeza y me dijo que no todas las ciudades estaban en guerra con el Gran Rey y que algunas de ellas no habían obrado con sabiduría al plantearle batalla. Añadió que nadie había luchado con más bravura en la Batalla de Paz que la Reina Artemisia, la gobernanta de una ciudad de helenos aliada con el Gran Rey y me dijo que en Arcilla ninguna tropa había superado en valor a la caballería de la Colina, y que el Grupo Sagrado de la Colina había luchado hasta que todos sus miembros perdieron la vida.

-Yo soy de allí -le dijo lo con orgullo.

El lisiado le sonrió y se limpió los ojos.

-Ya lo sabía, querida mía; basta con que hables para que todos se den cuenta. Yo soy de la isla de Zakuntios. ¿Sabes dónde se encuentra? -lo no lo sabía, así que el lisiado añadió-. Es una pequeña isla situada al oeste, y quizá esa misma pequeñez sea lo que la hace tan hermosa y tan amada por todos sus hijos.

-Espero verla algún día, señor -dijo lo con mucha cortesía.

-Yo también -respondió el lisiado-. Es decir, espero volver a verla una vez más, cuando pueda volver a mi hogar sin correr peligro. -Y, volviéndose hacia mí, añadió-. Gracias por vuestra ayuda... Creo que la superficie del camino ya es lo bastante firme para que pueda seguir avanzando sin ayuda.

Yo estaba tan absorto en mis pensamientos que apenas si le oí. Si realmente había sido amigo de Artaictes (y seguramente estábamos en un sitio donde ningún heleno mentiría al respecto), parecía probable que conociera a Oeobazo, a quien pronto estaríamos buscando. Además, podía ayudarme a rescatarle, si es que tal cosa llegaba a ser necesaria. Estaba lisiado y no serviría de mucho en un combate, pero pensé que en una batalla no todo se reduce a luchar y si Artaictes había sido amigo suyo es posible que le hubiera encontrado útil.

Y, con esas ideas en mi cabeza, le ofrecí la hospitalidad de la casa que Hipereides había requisado, diciéndole que allí teníamos mucha comida y un vino bastante bueno, y le sugerí que si lo deseaba y si Hipereides daba su permiso quizá pudiera quedarse a dormir allí esta noche.

Me dio las gracias y me dijo que no andaba escaso de dinero, pues Artaites le había recompensado generosamente en muchas ocasiones. Me contó que iba a alojarse en casa de una familia de buena posición donde estaría bastante cómodo.

-Me llamo Hegesítrato -añadió-, Hegesítrato hijo de Telias, aunque ahora casi todos me suelen llamar Hegesítrato de Elis.

-Oh, hemos estado en Elis -dijo lo-. Fue cuando íbamos de camino a..., a un sitio en el norte donde el Rey Pausanias hizo un sacrificio. Latro no lo recuerda, pero el hombre negro y yo sí. ¿Por qué dices que eres de Elis si realmente eres de Zakuntios?

-Porque también soy de Elis -le respondió Hegesítrato-, y mi relación con ese lugar es muy reciente. Nuestra familia tiene sus raíces allí..., pero no es una historia adecuada para los oídos de una doncella. Ni tan siquiera para una doncella de la Colina...

-Soy Latro -le dije-. Supongo que ya sabes quién es lo. No conocemos el nombre de nuestro amigo porque no hablamos su lengua, pero podemos dar fe de que es un buen hombre.

Los ojos de Hegesítrato se encontraron con los del hombre negro durante un momento que me pareció muy largo y luego le habló en otra lengua. (Creo que en la misma que el hombre negro había utilizado con el tendero); y el hombre negro le respondió usando la lengua en que le había interpelado. No tardó en poner su mano sobre la frente de Hegesítrato y éste puso su mano sobre la frente del hombre negro.

-Es la lengua de Aram -me dijo Hegesítrato-. En ella el nombre de tu amigo es Siete Leones.

Estábamos acercándonos a la puerta de la ciudad y me preguntó si la casa de la que le había hablado quedaba muy lejos. Daba la causalidad de que estaba en la calle que había detrás del muro, y así se lo dije.

-La casa donde me alojo se encuentra al otro lado de la plaza del mercado -me informó-. Quizá pueda pasar por vuestra casa y beber una copa de vino en tu compañía. ¿Lo crees posible? Caminar hace que me duela el muñón -señaló su pierna lisiada-, y te quedaría muy agradecido si me permitieras dejarlo reposar un rato.

Le insté a quedarse todo el tiempo que deseara y le dije que me gustaría conocer su opinión sobre mi espada.

4 - Auspicios favorables

Hegesítrato ha estado en la muralla observando a los pájaros. Dice que tendremos un viaje afortunado y que vendrá con nosotros. Hipereides quiso saber si lograríamos encontrar al hombre que buscamos, si se lo entregaríamos a Xantipo y cómo nos recompensaría la Asamblea por ello, pero Hegesítrato se negó a responder a ninguna de esas preguntas, diciendo que hablar sobre aquello que uno ignora es un pozo cavado para atrapar a quienes son como él. Después estuvimos hablando durante un rato, pero ahora se ha marchado.

Algo extraño ha ocurrido mientras el hombre negro, lo y yo estábamos sentados con él bebiendo vino; no logro comprenderlo, por lo que voy a consignarlo aquí exactamente tal y como ocurrió, sin hacer comentarios o, por lo menos, reduciéndolos al mínimo posible.

Mientras hablábamos fui sintiendo una curiosidad cada vez mayor hacia mi espada. La había visto en el cofre esta mañana cuando me puse un chiton limpio y volví a verla cuando el hombre negro y yo hicimos el equipaje; pero entonces no sentí ninguna curiosidad hacia ella. Ahora apenas si era capaz de seguir sentado en mi sitio. En un momento dado incluso temí que me la hubiesen robado. Un instante después estuve

seguro de que poseía alguna peculiaridad sobre la que los comentarios de Hegesítrato resultarían profundamente reveladores.

Me levanté apenas hubo mezclado el vino con el agua, fui corriendo a mi habitación y saqué mi espada del cofre. Estaba a punto de dársela cuando me golpeó la muñeca con la muleta y la espada cayó de mi mano; el hombre negro se puso en pie de un salto enarbolando su taburete mientras lo lanzaba un grito.

Hegesítrato fue el único que no perdió la calma y siguió sentado en su sitio. Me dijo que recogiera mi espada y volviera a guardarla en la vaina. (Su punta se había hundido tan profundamente en el suelo que necesité usar las dos manos para arrancarla de él.) Entonces sentí como si hubiera despertado de un sueño. El hombre negro me gritó algo que no entendí, señaló el vino y empezó a hablar en voz alta con Hegesítrato, señalándome primero a mí y luego al techo.

-Desea que te recuerde que un invitado es sagrado -me explicó Hegesítrato-. Dice que los dioses castigarán a quien después de haber invitado a un desconocido a su casa le haga daño sin una causa justa.

Asentí.

-Latro olvida las cosas -murmuró lo-. A veces...

Hegesítrato la hizo callar con un gesto.

-Latro, ¿qué ibas a hacer con esa espada?

Le dije que deseaba que la examinara.

-¿Y todavía lo deseas?

Meneé la cabeza.

-Muy bien -dijo-, en tal caso la examinaré. Vuelve a desenvainarla y déjala sobre la mesa, por favor.

Hice lo que me pedía y Hegesítrato puso las dos manos sobre la hoja y cerró los ojos. Permaneció largo rato en esa postura, sin moverse; estuvo así tanto tiempo que pude frotarme la muñeca y terminarme el vino antes de que volviera a abrir los ojos.

-¿Qué ocurre? -le preguntó lo en cuanto hubo quitado las manos de la espada.

Creo que se estremeció levemente.

-Vosotros... ¿Alguno de vosotros es consciente de que la divinidad puede transmitirse, igual que una enfermedad?

Los tres permanecimos en silencio.

-Es posible. Toca a un leproso y quizá acabes descubriendo que has contraído la lepra. Las puntas de tus dedos se vuelven de color blanco y también es posible que la mancha aparezca en tu mejilla o en tu mentón, porque te los rascaste con los dedos. Con la divinidad ocurre lo mismo. En la Tierra del Río hay templos cuyos sacerdotes deben lavarse y cambiarse la ropa después de haber servido al dios; si no lo hacen no se les permite salir del templo, y eso aunque en la mayoría de casos el dios no está presente... -Hegesítrato suspiró-. Creo que esta espada ha estado en contacto con una deidad menor.

Me lanzó una mirada interrogativa, pero no supe qué responderle; así que me limité a menear la cabeza.

-¿Has matado con ella?

-No lo sé -dije-. Supongo que sí.

-Mataste a algunos Cordeleros... -empezó a decir lo, y se tapó la boca con la mano antes de terminar la frase.

-¿Mató a unos Cordeleros? -preguntó Hegesítrato-. Puedes hablarme de ello..., te aseguro que no soy amigo de su pueblo.

-Sólo eran unos esclavos suyos -le explicó lo-. Lograron capturarnos, pero antes Latro y el hombre negro mataron a muchos.

Hegesítrato tomó un sorbo de su vino.

-Supongo que todo eso ocurrió lejos de aquí, ¿verdad?

-Sí, señor. En la Tierra de las Vacas.

-Mejor, pues los muertos pueden andar. Sobre todo aquellos que han perecido a causa de esta hoja.

Miré a mi alrededor, pues había oído los pasos de Hipereides. Se sorprendió un poco al ver a Hegesítrato; pero cuando les hube presentado le trató con amabilidad y le dio la bienvenida.

-Espero que me disculpes por no levantarme -dijo Hegesítrato-. Estoy lisiado.

-Naturalmente, naturalmente. -El hombre negro fue a buscar un taburete para Hipereides y éste se sentó a la mesa-. A mí también me cuesta caminar. Llevo todo el día dando vueltas por la ciudad.

Hegesítrato asintió.

-Y hay otro asunto por el cual también te debo una disculpa. Hace un momento mi amigo Latro me llamó Hegesítrato de Zakuntios. Es cierto; nací allí y allí fue donde llegué a la edad viril, pero mi auténtico nombre es Hegesítrato, hijo de Telias...

Hipereides pareció sobresaltarse.

-Y soy más conocido como Hegesítrato de Elis.

-Tú eras el mantis que aconsejó a Mardonio en Arcilla -exclamó Hipereides-. Le dijiste que no avanzara..., eso es lo que he oído contar.

Hegesítrato volvió a asentir.

-¿Es que eso me convierte en un criminal a tus ojos? De ser así, me encuentro a tu merced. Estos dos hombres te obedecen, y uno de ellos tiene una espada.

Hipereides tragó una honda bocanada de aire y luego la dejó escapar.

-Mardonio está muerto. Creo que deberíamos permitir que los muertos descansen en paz.

-Eso mismo pienso yo, aunque a veces ellos no estén de acuerdo.

-Si empezáramos a buscar venganza tendríamos que convertir en esclavos a todos los habitantes de esta ciudad, y entonces, ¿quién defendería la ciudad contra el Gran Rey? Son palabras del mismo Xantipos.

Le serví una copa de vino y la aceptó.

-¿Sabes qué es lo que la Asamblea quería hacer con la Colina?

-Hegesítrato meneó la cabeza-. ¡Arrasarla! ¡Querían vender todos los habitantes de la Tierra de las Vacas a los Hombres Escarlata! Yo me dedico al cuero..., en épocas de paz, quiero decir. ¿Puedes imaginarte cuál habría sido el efecto de esas medidas sobre el comercio del cuero? -Hacía frío, pero aun así Hipereides se pasó la mano por el rostro como si estuviera sudando-. Los Cordeleros lo impidieron. Bueno, los dioses saben que no soy amigo de los Cordeleros, pero... ¿de qué te ríes tú, jovencita?

-Habéis usado las mismas palabras que él, señor -dijo lo-. Las pronunció un momento antes de que entrarais. Dicen que eso da buena suerte.

-Sí, es cierto. -Hipereides se volvió nuevamente hacia Hegesítrato-. Es cierto, ¿verdad? -le preguntó-. Si hay alguien que lo sepa, supongo que debes de ser tú.

-Es verdad -dijo el mantis-. Que los hombres estén de acuerdo siempre presagia buena fortuna.

-Tienes razón -admitió Hipereides-. Bien, escúchame: soy el patrón de la Europa y estamos a punto de zarpar..., deberíamos levar el ancla hacia el mediodía de mañana. ¿Cuánto me cobrarías por averiguar qué piensan los dioses de nuestro viaje y, quizá, advertirnos de algún peligro en particular con el que podamos enfrentarnos?

-Nada -replicó Hegesítrato.

-¿Quieres decir que no deseas hacerlo?

-Quiero decir justamente lo que he dicho..., que lo haré y que no te cobraré nada por ello. Pretendes subir por el Mar de Hele en busca de Oeobazo, ¿no es así?

Hipereides puso cara de asombro y confieso que yo también.

Hegesítrato sonrió.

-Oh, lo que te he dicho no me ha sido revelado por ningún poder misterioso, créeme. Antes de morir, Artaictes me contó que le habías estado haciendo preguntas sobre Oeobazo, como puede atestiguar lo.

-El hombre negro y yo volvimos allí cuando hubimos terminado de hacer el equipaje -le dije a Hipereides-. Artaictes ya estaba muerto y no había nadie salvo Hegesítrato, lo, un chico y los soldados. Así es como conocimos a Hegesítrato; estaba llorando por Artaictes.

-Y aún le lloro -añadió Hegesítrato-. Y, naturalmente, tú pensaste que quizá fuera útil hablar con alguien que conocía de vista a Oeobazo. Revelaste eso con toda claridad mientras lo nos traía el agua y este vino, que es realmente excelente. Muy bien... Oeobazo es meda. No es nativo de Parsa, aunque los helenos suelen llamarles medas, sino un auténtico meda; de unos treinta y cinco años de edad, más alto que la mayoría de sus compatriotas, fuerte y un soberbio jinete. En su mejilla derecha hay una cicatriz bastante larga que la barba sólo logra esconder en parte; en una ocasión me dijo que se la hizo de joven cuando intentó cruzar un seto al galope. Y ahora, ¿puedo preguntarle a Hipereides qué le ha impulsado a pasarse todo el día dando vueltas por Sestos? Creía que la mayor parte de cosas necesarias para un navio pueden encontrarse con facilidad y que de no ser así resultarían claramente imposibles de obtener. ¿Qué es lo que parece posible y, aun así, se revela tan huidizo?

-Alguien que hable los dialectos de las tribus del norte, conozca sus costumbres y quiera venir con nosotros -dijo Hipereides-. Hay tres posibilidades: Oeobazo puede haber vuelto sano y salvo al Imperio, con lo que se encuentra fuera de nuestro alcance, puede estar prisionero en una de las ciudades civilizadas que hay al norte, en cuyo caso no debería ser difícil de localizar, o se encuentra en algún reino bárbaro a este lado del Primer Mar. Ésa es la razón de que podamos tener problemas, y me gustaría estar preparado para vérmelas con ellos.

Hegesítrato se acarició la barba, de color negro, rizada y muy espesa.

-Puede que ya hayas encontrado a esa persona -dijo.

Se despidió de nosotros. El hombre negro empezó a preparar la segunda comida e lo me indicó que deseaba hablar conmigo.

-Amo, ¿realmente ibas a matarle? -me preguntó.

-Claro que no -le respondí.

-Bueno, pues por tu cara lo parecía. Entraste casi corriendo con tu espada en la mano y por tu expresión parecías dispuesto a partirle la cabeza en dos... Creo que si no hubiera sido por la rapidez con que se movió lo habrías hecho.

Le expliqué que sólo deseaba enseñársela, pero me pareció que no quedaba muy convencida y me hizo muchas preguntas sobre las cosas que el hombre negro y yo habíamos hecho hoy. Describírselas me recordó que todavía no le había enseñado a Hipereides las capas que habíamos comprado, por lo que cuando hube satisfecho la curiosidad de lo fui a buscarlas y se las mostré. Parecieron gustarle, sobre todo la suya, pero no dijo nada de la capa escarlata y pensé que no sería demasiado prudente preguntarle por ella.

Después de haber comido, lo me trajo este pergamino y me apremió a escribir en él todo lo que había ocurrido hoy; me dijo que estaba segura de que después querríamos estudiarlo con más detenimiento. Así lo he hecho, explicando detalladamente todas las conversaciones de alguna importancia usando las mismas palabras de quien habló, tan bien como puedo escribirlas en mi propia lengua.

Como ya he escrito antes, Hegesítrato me interrumpió. Quería saber dónde habíamos estado lo y yo cuando fuimos capturados por los Cordeleros, y cuando no pude responderle despertó a lo y habló con ella. Después dijo que iba a la muralla para observar el vuelo de los pájaros; ya había oscurecido y durante esas horas los pájaros apenas vuelan, aunque sé que hay algunas especies que sí lo hacen. Estuvo fuera un

rato muy largo, pero cuando volvió habló con Hipereides y le dijo que el mensaje de los dioses era favorable y que iría con nosotros si Hipereides así lo deseaba. Éste se mostró encantado y le hizo muchas preguntas de las cuales él sólo respondió dos o tres, e incluso a éstas de tal forma que le reveló muy poco a Hipereides.

Cuando Hipereides hubo regresado a la cama, Hegesítrato se sentó conmigo delante de este fuego y me dijo que le gustaría poder leer este pergamino. Le dije que si quería se lo leería, y añadí que en mi cofre tenía otro donde ya no quedaba espacio para escribir.

-Quizá te pida que lo hagas pronto -me respondió-. Lo me dice que no recuerdas las cosas, y me pregunto hasta qué punto eres consciente de ello.

-Sé que no recuerdo las cosas -le dije-. Al menos, veo que los demás recuerdan los días pasados. Eso me parece extraño y, aun así, hay ciertas cosas que yo también recuerdo..., mi padre y mi madre, y la casa donde vivíamos.

-Comprendo. Pero ¿no recuerdas que Pausanias de Cuerda te ofreció su amistad?

Le dije que recordaba que lo me había contado que cuando fuimos con el Rey Pausanias para hacer el sacrificio estuvimos en Elis, y le pregunté si Pausanias era un auténtico rey.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-No, pero suelen darle ese título. Los Cordeleros están acostumbrados a tener un rey como líder; y dado que ahora él es su líder le llaman rey. En realidad, es regente y gobierna en nombre del Rey Pleistarco, que aún es un muchacho. Pausanias es tío suyo.

Me atreví a observar que si Pausanias se había mostrado amable con lo, el hombre negro y conmigo, eso quería decir que al menos era un buen hombre.

Mis palabras hicieron que Hegesítrato permaneciera en silencio durante un rato bastante largo con los ojos clavados en las llamas, viendo en ellas más de lo que yo podía ver (o eso creo).

-Si Pausanias hubiera nacido en cualquier otra nación yo le calificaría de malvado -dijo por fin-. Latro, ya que no te acuerdas de Pausanias, ¿no te acordarás por casualidad de alguien llamado Tisameno de Elis?

No me acordaba de él, pero le pregunté a Hegesítrato si este Tisameno era pariente suyo, dado que a los dos se les llamaba «de Elis».

-Es un primo muy lejano mío -me dijo Hegesítrato-. Nuestras dos familias pertenecen al grupo de los lamidas; aunque llevan siendo rivales desde la Edad de Oro, cuando los dioses moraban entre los hombres.

-Ojalá estuviéramos en la Edad de Oro -repuse-. Podría buscar a un dios y quizá quisiera hacerme igual a los demás hombres.

-Eres menos distinto de ellos de lo que crees y para los hombres no es fácil ganarse la gratitud de los dioses. Éstos no son de natural agradecido.

Mi corazón me dijo que estaba en lo cierto.

-lo me ha contado que eres capaz de ver a los dioses. Hay momentos en que yo también puedo verlos.

Le confesé que ignoraba que pudiese verlos.

-Si pudiera olvidar lo que he visto tan deprisa como tú..., eso haría que mi existencia fuera mucho más feliz. -Se quedó callado durante unos instantes-. Latro, Tisameno me odia y creo muy probable que te haya hechizado. ¿Me permitirás que intente romper su hechizo, si está en mi mano?

Mientras hablaba se balanceaba de un lado para otro, como se balancea el árbol joven mecido por una brisa fuerte y, aun así, suave y refrescante. Alzó las manos con los dedos extendidos como si fueran los pétalos de dos flores.

Recuerdo lo que me preguntó pero no recuerdo cuál fue mi respuesta. Ya no está aquí y el cuchillito que cogí para afilar mi punzón está manchado de sangre.

5 - Nuestra nave

La Europa zarpó de Sestos en el día de hoy cuando el sol ya había recorrido la mitad del cielo. Podríamos haber partido mucho antes. Hipereides, nuestro capitán, le encontró defectos primero a una cosa y luego a otra hasta que el hombre lisiado que parece enfermo subió a bordo. Después de eso ya no le encontró más defectos a nada.

Salimos del puerto impulsándonos con los remos. Fue un trabajo duro, pero también agradable. Izamos la vela después de adentrarnos en el Mar de Hele; con este fuerte viento del oeste no hay necesidad de remar. Los marineros dicen que la orilla este pertenece al Gran Rey y si el viento nos acerca demasiado a ella tendremos que volver a remar. Cuando empecé a escribir esto vimos pasar a tres naves como la nuestra. Volvían a Sestos, o eso nos pareció, y tenían que remar. Sus remos subían y bajaban dándoles la apariencia de pájaros de seis alas que volaran rozando el mar invernal.

Lo vino a hablar con el hombre negro y conmigo. Me repitió muchas veces que este pergamino se romperá en pedacitos si llega a humedecerse, y yo le prometí muchas veces que lo guardaría en mi cofre tan pronto como hubiera terminado de escribir. Le pregunté quién era el hombre de la muleta. Me dijo que su nombre era Hegesítrato, que el hombre negro y yo le conocíamos (el hombre negro asintió al oír estas palabras) y que ha estado cuidándole. Le han puesto a popa, debajo de la cubierta que protege de las tempestades, donde el viento no puede llegar a él; ahora está durmiendo. Le pregunté cuál es su enfermedad, pero lo no quiso decírmelo.

El kiberneta ha recorrido los bancos hablando con los marineros. Es el hombre más viejo de a bordo: creo que es todavía más viejo que el lisiado o que Hipereides, y es bajito y flaco. Ha perdido casi todo su cabello y el poco que le queda es de color gris. Se acercó a nuestro banco, le sonrió a lo y le dijo que era muy agradable volver a tenerla a bordo. Lo me contó que en una ocasión contorneamos la Isla Roja en este barco, pero no sé dónde se encuentra. El kiberneta hizo que tanto el hombre negro como yo le enseñáramos las manos. Las tocó y dijo que no estaban lo bastante duras. La piel de mis manos es muy dura -debo de haber trabajado mucho con ellas-, pero él dijo que debía endurecerse más antes de que pudiera pasarme todo el día remando. Nos dijo que deberíamos remar más para estar preparados por si llegaba el momento en que tuviéramos que remar por nuestras vidas. Lo me dijo que el kiberneta es un viejo marinero cuyos conocimientos sobre el mar y los navios son mayores que los de Hipereides, aunque éste sabe mucho sobre esas cosas. Hipereides pagó la construcción de esta nave con su dinero (porque la Asamblea de Pensamiento le obligó) y ésa es la razón de que sea nuestro capitán. Yo le dije que me parecía bastante inteligente..., quizá demasiado. Lo me aseguró que es un hombre muy bueno, aunque sabe muchas cosas sobre el dinero y cómo ganarlo.

Debo anotar que el hombre negro y yo ocupamos el banco más alto de babor. Lo dice que nos han puesto aquí para que podamos estar juntos y se encuentra cerca de la proa porque los mejores remeros se encuentran en popa, allí donde los demás puedan verlos y seguir el ritmo que marcan. El hombre negro está sentado más cerca del mar y es un tranita, un «hombre del banco». Yo soy un zigita, un «hombre de la bancada». Le llaman así porque el hombre negro rema contra el parodos, que es una especie de balcón suspendido del flanco de la nave. Yo remo contra el banco o, mejor dicho, contra un grueso remache de madera incrustado en él. Cuando avanzamos impulsados por las velas es posible colocar hombres en el parodos para impedir que la nave cabecee demasiado; pero cuando remamos, quien camine por él debe pasar por encima de los remos de los tranitas.

También debería anotar que los hombres que se sientan debajo de nosotros son los talamitas. Creo que esa palabra quiere decir «hombres del interior». Sus remos pasan por agujeros abiertos en el flanco de la nave y están protegidos por aros de cuero engrasado. Uno de los marineros fue castigado hace un rato (no sé por qué). Los hombres de los

escudos le ataron a un banco de los talamitas con la cabeza asomando por el agujero del remo. Cada vez que tragaba aire debía sentir como si le arrojaran un cubo de agua fría de mar a la cara. Cuando le desataron daba la impresión de estar muy arrepentido y me pareció que había aprendido la lección.

El hombre negro se marchó durante un rato. Cuando volvió le pregunté dónde había estado, pero se limitó a menear la cabeza. Ahora está muy quieto contemplando las olas. En la barandilla hay colgadas láminas de cuero para protegernos de la espuma, pero no nos llegan hasta la cabeza.

Nos acercamos a la costa para pernoctar y varamos nuestra nave en la playa. Hicimos hogueras para calentarnos y cocinar -hay mucha madera arrojada a la arena por las olas-, y ahora estoy escribiendo a la luz de una de esas hogueras mientras todos los demás duermen. El fuego estaba a punto de apagarse, pero he recogido más madera. Uno de los marineros despertó hace un momento, me dio las gracias y volvió a dormirse.

Hipereides, el kiberneta, Acetes y Hegesítrato tienen una tienda para protegerse. Si llueve haremos más tiendas con la vela y la vela de combate; pero ahora dormimos junto a estas hogueras, envueltos en nuestras capas y pegados los unos a los otros para darnos calor. Cuando pregunté adonde íbamos lo me dijo que a Pactia, donde está la muralla.

Me desperté y vi a una mujer observando nuestro campamento. La luna brillaba en el cielo, por lo que pude verla con toda claridad: estaba de pie más allá de la sombra de los pinos. Dos hombres de Acetes montaban guardia, pero no la vieron o, al menos, no le prestaron ninguna atención. Me puse en pie y fui hacia ella, pensando que se desvanecería entre las sombras cuando me acercara, pero no lo hizo. Debo llevar mucho tiempo sin acostarme con una mujer; mis entrañas se agitaron como tiembla la vela cuando intentamos tomar el viento demasiado de cerca. En nuestra nave no hay mujeres, sólo lo.

Esta mujer era de poca estatura, expresión grave y muy hermosa. La saludé y le pregunté de qué forma podía servirla.

-Soy la novia de este árbol -me dijo, y señaló el pino más alto-. Casi todos los que vienen a mi bosque me hacen un sacrificio y me preguntaba por qué vosotros, que sois tantos, no lo habéis hecho.

Entonces creí entender que era la sacerdotisa de algún santuario rural. Le expliqué que no era el líder de los hombres que veía durmiendo en la playa, pero que suponía que no habían hecho ningún sacrificio porque no teníamos víctimas que ofrecerle.

-No necesito un cordero o una cabrita -me dijo-. Me bastará con un pastel y un poco de miel.

Volví al campamento. Esta noche el hombre negro, lo y yo comimos con los cuatro que duermen en la tienda: el hombre negro se encargó de prepararnos la cena, por lo que sabía que entre las provisiones de Hipereides había algo de miel. Encontré un jarro sellado con cera de abeja, mezclé un poco de la miel con harina, agua, sal y sésamo y cocí la pasta en las ascuas de la hoguera. Cuando los dos lados del pastel estuvieron tostados se lo llevé junto con la miel y un odre de vino.

Me guió hasta el pino. Al pie del tronco había una piedra plana. Le pregunté qué debía decir cuando depositara nuestras ofrendas en ella.

-Los hombres declaman poemas, y sus mujeres e hijas prefieren otros poemas distintos a los de los hombres -me dijo-, pero todos han olvidado el verdadero ritual, que es depositar las ofrendas sin pronunciar ni una palabra.

Dejé el pastel sobre la piedra, derramé un poco de miel encima de ella y coloqué el jarro de miel a su lado. Abrí el odre y vertí un poco de vino en el suelo.

La mujer me sonrió y se sentó junto a la piedra, de espaldas al tronco. Cogió un trocito de pastel, lo mojó en la miel y se lo comió. Le ofrecí el odre de vino haciéndole una reverencia; lo aceptó y bebió un buen trago del vino, que no estaba mezclado con agua.

Después se limpió la boca con el dorso de la mano y me hizo una seña para que tomara asiento delante de ella.

La obedecí, creyendo saber lo que no tardaría en ocurrir, pero no muy seguro de cómo debía obrar para que ocurriera, pues la piedra del altar se interponía entre nosotros. Me devolvió el odre y tragué un sorbo de vino caliente.

-Ahora puedes hablar -me dijo-. ¿Cuál es tu deseo?

Un instante antes lo había sabido; ahora en mi mente sólo había confusión.

-¿Fertilidad para tus campos? -Volvió a sonreír.

-¿Soy propietario de campos? -le pregunté-. Lo ignoro.

-¿Descanso, quizá? También lo damos. Y una sombra fresca donde reposar, pero no es eso lo que desees, ¿verdad?

Meneé la cabeza e intenté hablar.

-No puedo llevarte a tus campos -me dijo-. Eso queda más allá de mi poder. Pero si quieres puedo mostrártelos.

Asentí y me levanté de un salto, alargándole la mano. La mujer se puso en pie con el odre de vino sobre el hombro y aceptó mi mano.

Un instante después el mundo se inundó de luz. Los árboles, la playa, el navio y los hombres dormidos..., todo eso desapareció. Estábamos caminando sobre los surcos recién abiertos en donde aún se retorcían los gusanos. Ante nosotros caminaba un hombre de cabellos grisáceos con una mano sobre el arado y un agujón para bueyes en la otra. Por encima de su espalda encorvada vi un jardín, un viñedo y una gran casa blanca.

-Si quieres puedes hablar con él -me dijo la mujer-; aunque no te oirá.

Tomó otro trago del odre.

-Entonces no le hablaré.

Sentí el deseo de preguntarle si aquellos campos eran realmente míos y, de ser así, qué hacía aquel anciano arándolos; pero sabía que me pertenecían y que el jardín, el viñedo y la casa también eran de mi propiedad. Hasta podía imaginarme quién era aquel hombre que araba los campos. Era mi padre.

-La cosecha será buena -me dijo la mujer-. Mi presencia aquí hará que la tierra dé buenos frutos.

-¿Cómo nos has traído a este lugar? -le pregunté-. ¿Por qué no puedo quedarme?

Alzó la mano señalando hacia el sol y vi que ya casi estaba en el horizonte; las sombras ya empezaban a alargarse.

-¿Deseas ver la casa?

Asentí y fuimos hasta ella pasando por el viñedo. La mujer cogió algunas uvas y las comió. Me puso un grano en la boca. Jamás habría creído que una uva pudiera ser tan dulce y así se lo dije, añadiendo que la dulzura debía de venir de sus dedos.

-No -me dijo-. Estas uvas te parecen dulces porque son tuyas.

Vi el reflejo de las estrellas en el agua que había bajo las espesas sombras de las vides.

Algo que no era ni mono ni oso se agazapaba junto al umbral: estaba cubierto de vello y tenía una apariencia feroz, pero aun así me pareció que estaba envuelto en un aura de amable bondad, como un perro viejo que saluda a su amo. En sus ojos ardían chispas doradas, y cuando las miré recordé (igual que lo recuerdo ahora) como las había visto bailar por la habitación cuando era pequeño. Cuando nos acercamos aquel ser velludo no se movió, aunque sus ojos dorados nos siguieron al pasar.

La puerta estaba abierta y entramos sin dificultad, pero tuve la sensación de que podríamos haberla atravesado aunque estuviera cerrada. Una marmita hervía sobre el fuego y una anciana estaba sentada ante él con los brazos sobre una vieja mesa y la cabeza apoyada en los brazos.

-¡Madre! -exclamé-. ¡Oh, madre! -Me pareció como si las palabras hubieran sido arrancadas de lo más hondo de mi garganta.

-¡Lucius! -Se puso en pie nada más oír el sonido de mi voz y me abrazó. Su rostro había envejecido; estaba cubierto de arrugas y surcado por las lágrimas, pero me bastó con verla para saber quién era y creo que la habría reconocido fueran cuales fuesen las circunstancias. Me apretó contra su cuerpo, llorando y repitiendo-: Lucius, has vuelto. ¡Has vuelto! Creíamos que estabas muerto. ¡Creíamos que estabas muerto!

Y aunque mi madre me rodeaba con sus brazos como había hecho cuando era niño, durante todo ese tiempo yo podía ver a través de su hombro que seguía durmiendo, con la cabeza acunada en los brazos.

Me besó y acabó volviéndose hacia la joven.

-¡Sé bienvenida, querida mía! No, eres tú quien debe darme la bienvenida, si así lo quieres, y no yo... Esta es la casa de mi hijo, no la mía. ¿Soy...? Mi esposo y yo... ¿Somos bienvenidos aquí?

La joven había estado bebiendo del odre mientras mi madre y yo nos abrazábamos. Se balanceó levemente sobre la punta de los pies, pero sonrió y asintió con la cabeza.

Mi madre corrió hacia la puerta.

-¡Ha vuelto! -gritó-. ¡Lucius está en casa!

El anciano que araba no se volvió: siguió guiando su arado y clavó el largo aguijón con punta de hierro que sostenía en el flanco de uno de los bueyes. El sol ya estaba acariciando los campos embarrados; pude ver nuestra nave varada en la oscuridad que había al final de los surcos, y me pareció que esta granja iluminada por los rayos del sol agonizante flotaba sobre un mundo feliz y bendecido por los dioses que me había sido revelado por la punta del arado.

-Tenemos que marcharnos -dijo la mujer, con voz pastosa-. Vamos a hacer el amor, ¿no?

Meneé la cabeza con un brazo alrededor de mi madre, y me agarré al marco de la puerta de la cocina con mi mano libre. Todo empezó a derretirse como la miel espesa cuando la calientas dentro de la boca.

-Bueno, yo sí quiero hacerlo -dijo la mujer.

El último destello del sol se desvaneció y la atmósfera se volvió más fría. Vi el mar, nuestras hogueras agonizantes y la nave varada en la playa recortándose por entre unos arbustos oscuros. La mujer pegó sus labios a los míos y sentí como si bebiera un vino viejo servido en una copa de madera recién tallada. Nos dejamos caer sobre los heléchos y las agujas de pino.

Dos veces yací con ella, llorando la primera y riendo la segunda. Bebimos más vino. Le dije que la amaba y ella me prometió que nunca me abandonaría, y cada uno se rió del otro porque los dos sabíamos que estábamos mintiendo y que nuestras mentiras eran inocentes y carecían de malicia. Un conejo avanzó dando saltitos bajo la luz lunar, clavó en nosotros un ojo brillante, gritó «¡Elata!» y salió corriendo. Le pregunté si ése era su nombre y ella asintió mientras tomaba un gran trago del odre. Después volvió a besarme.

Oí el ruido de los perros persiguiendo a un ciervo, lejos al principio y después cada vez más y más cerca. Recordé vagamente lo que les había ocurrido a muchos infortunados que se encontraron en el camino de tal jauría: habían sido despedazados por los sabuesos... Entonces deseé haber cogido mi espada antes de llevar nuestra ofrenda al árbol. Elata se había quedado dormida con la cabeza sobre mi regazo; me levanté con ella en brazos, aunque estuve a punto de caer, pensando en llevarla hasta una hoguera de la playa.

Antes de que pudiera dar un paso oí un sonido de madera rompiéndose. Un ciervo salió dando saltos del refugio ofrecido por las sombras, vio las hogueras (o quizá sólo venteara el humo, no lo sé) y se esfumó de un salto, faltando poco para que me hiciera

caer al suelo. Oí el trabajoso jadeo de su respiración, parecido al que hacen los fuelles de una fragua, y pude oler su miedo.

Elata se agitó en mis brazos cuando el ciervo desapareció en la espesura, y los ladridos de los sabuesos parecían más cercanos que antes. La dejé en el suelo, pues quería que me acompañara hasta las hogueras. Me besó y alzó la mano señalando hacia la playa.

-Otro hombre de tu nave que viene a verme -anunció con la voz solemne propia de la embriaguez.

6 - La ninfa

Elata volvió hace un momento y me suplicó que apagase la hoguera. Me negué a hacerlo, aunque de las otras ya sólo quedan ascuas. Sé que ha yacido con Hegesítrato y después de eso creo que ha estado con uno de los soldados de Acetes. Se ha lavado en el arroyo de donde cogemos el agua; pero cuando le sugerí que se secara delante de mi hoguera pareció asustarse y me pidió que la apagara, besándome y suplicándome con voz melosa mientras deslizaba una mano por debajo de mi chiton.

Estoy muy cansado; si Elata desea volver a estar con un hombre tendrá que escoger a otro. Aun así, antes de dormir he de escribir sobre la mujer (Hegesítrato dice que es una diosa) y los sabuesos que la acompañaban. Las cosas que dijo y lo que Hegesítrato le respondió pueden ser importantes mañana.

La diosa era joven, menos voluptuosa que Elata y más bella; al verla estuve seguro de que jamás ha estado con un hombre. Con ella iban otras mujeres que también eran muy hermosas. No pude verlas tan bien como a ella, pues huían de la brillante claridad lunar que caía tan osadamente sobre la Cazadora.

Pero antes debería hablar de sus sabuesos. Los vimos antes que a la Cazadora y su cortejo. Como no tenía espada cogí un palo del suelo. Cuando vi a esos sabuesos comprendí que había cometido una estupidez: mi palo me sería tan poco útil contra ellos como si fuese una brizna de hierba. Cada uno era tan grande como un ternero y por lo menos debía de haber unos veinte. Elata se apoyó pesadamente sobre mi brazo (si he de ser sincero, creo que no habría sido capaz de sostenerse en pie por sí sola) y me salvó. Nada más verla, aquellos feroces sabuesos empezaron a comportarse como cachorrillos, olisqueándola y lamiéndole los dedos con sus inmensas y ásperas lenguas cada vez que les acariciaba la cabeza. No me atreví a permitirme ninguna muestra de familiaridad con ellos, pero no me hicieron daño.

La Cazadora no tardó en aparecer llevando consigo su arco de plata. Nos sonrió, pero en su sonrisa no había calor ni jovialidad; si sus sabuesos hubieran logrado atrapar al ciervo, habría sonreído de la misma forma, o eso me pareció. ¡Y, aun así, qué delicada era! ¡Qué hermosa!

-El hombre que olvida. -Ése es el nombre que me dio; su voz era como la de una muchacha, pero contenía el grito del cuerno de caza, una nota aguda y límpida-. No me habrás olvidado, ¿verdad? -Entonces me tocó con su arco y en cuanto lo hizo recordé mi encuentro con ella en la encrucijada, aunque al principio y al final de éste había sido más vieja y menos alta, y estaba flanqueada por inmensos sabuesos negros de una raza distinta a ésta de ahora. También recordé que era una reina, por joven que pareciese, y le hice una reverencia, tal y como había hecho entonces-. Veo que has profanado a mi doncella -añadió, señalándola con una media sonrisa.

-Si vos lo decís, Madre Oscura... -respondí yo.

Meneó la cabeza.

-Llámame Cazadora.

-Sí, Cazadora, si tal es vuestro deseo.

-Quizá puedas servirle de distracción a mis animalitos. ¿Te gustaría que te diera un poco de ventaja inicial? Puede que hasta te conceda uno o dos estadios...

Sus ninfas se agrupaban en la oscuridad detrás de ella; pude oír las campanillas plateadas de su risa.

-Como deseéis, Cazadora -respondí-. El final será el mismo.

Las hogueras de la playa no podían estar a mucho más de un estadio de distancia, y pensé que quizá pudiera coger algún madero en llamas. Con algo de fuego en mis manos y los marineros despertados de su sopor, la cacería podía cobrar un giro muy distinto.

-¿Latro? -gritó otra voz, de hombre.

-Aquí -respondí, casi en un susurro.

-¿Hay alguien contigo?

Oír esas palabras estuvo a punto de hacerme sonreír.

-Supongo que no te somos desconocidas, mantis -dijo la Cazadora.

Hegesítrato estaba un poco más cerca, por lo que me pareció que debería haber visto a la Cazadora bañada por la luz lunar, pero lo único que dijo fue: «¿Quién hay junto al árbol? ¿Una mujer?». Pese a la ayuda de su muleta, la oscuridad y lo abrupto del terreno hacían que le resultara bastante difícil caminar. Dejé caer mi palo y extendí la mano hacia él; la tomó y un instante después inclinó la cabeza ante la Cazadora. Los helenos no comparten nuestra costumbre de arrodillarse, y tampoco se prosternan como hacen los pueblos del Oriente; y, aun así, creo que ese acto de inclinar la cabeza en hombres que no besan el polvo por nadie honra más a los dioses que ninguna otra costumbre.

-¿A quién sirves, Hegesítrato?

-A ti, Cintia, si así lo deseas -murmuró Hegesítrato.

-¿Y tú, Latro? ¿Volverás a servirme si te lo pido?

El contenido de mis entrañas se agitaba tan deprisa como la leche cuando se la desnata, y el brazo con que sostenía a Elata había empezado a temblar; pero me recordé que esta mujer ultraterrena me había devuelto una pequeña parte de mi pasado..., la de mi encuentro anterior con ella. (Ahora ya lo he olvidado, aunque me acuerdo de que lo recordaba no hace mucho tiempo; y sigo recordando lo que pensé y lo que dije entonces.)

-Sois una reina -le respondí con humildad-. Aunque lo deseara, ¿cómo podría negarme?

-Oh, ha habido ocasiones en que otros se las han arreglado para hacerlo. Y ahora, escuchadme los dos... ¡No, por mi virginidad! Los tres, escuchadme bien.

Las muchachas escondidas entre las sombras dieron un respingo.

-Latro me ha llamado reina. Pronto conocerás a otra..., puedes confiar en mi palabra. Tiene un gran protector y mi intención es utilizarle para que me libre de un jabalí; debéis ayudarla y no quiero que os opongáis a ella. Pero cuando llegue el momento la ramera debe acabar derrotada. Todo esto de que os hablo ocurrirá en casa de mi hermano -tú ya la conoces, mantis-, por lo que os encontraréis en suelo amistoso. Seguid hacia el norte y el oeste hasta que la encontréis. Si no os desviáis hacia el sur la reina os salvará.

Hegesítrato le hizo una reverencia y yo le aseguré que haríamos cuanto estuviera en nuestras manos, aunque no había comprendido nada de lo que nos había dicho. Uno de sus inmensos sabuesos estaba olisqueando los pies de Hegesítrato.

-Sí, grábate bien ese olor -dijo la Cazadora mirándole de soslayo-. Latro tiene todas las cualidades de un héroe salvo una..., olvida las instrucciones que se le dan -añadió volviéndose hacia Hegesítrato-. Quiero que las recuerdes. Mi reina debe ganar para que el príncipe pueda ser destruido..., y, por lo tanto, esta reina no debe vencer.

Hegesítrato le hizo una inclinación de cabeza todavía más pronunciada que la anterior.

-Tú traes la victoria, Latro, por lo que debes servirle de auriga a mi príncipe. Si triunfas serás recompensado. ¿Qué es lo que más deseas?

-Mi hogar -le dije, pues mi corazón seguía lleno de la tristeza y el anhelo que sentí al verlo.

-¿Cómo? ¿Campos de avena, porquerizas y apriscos para vacas? Esas cosas no me pertenecen y no puedo darlas. Lo que poseo... ¿Recuerdas lo que le pediste a Kore?

Meneé la cabeza.

-Deseabas reunirte con tus amigos. Te concedió tu deseo..., por lo menos, hizo que te reunieras con algunos de ellos. Estaban muertos o agonizaban, como es lógico dado que Kore es la Reina de las Sombras. Yo también haré que vuelvas a reunirte con tus amigos..., pero con los vivos, pues no siento el más mínimo interés hacia los muertos.

-Y, aun así, eres la que hace morir de forma repentina a las mujeres -murmuró Hegesítrato.

Me sentía tan feliz que apenas si le oí. Solté a Elata y caí de rodillas.

-¡Cazadora, tu bondad es excesiva!

Sonrió con amargura.

-Eso mismo han dicho muchos. Bien, ¿estás contento con tu recompensa?

-¡Más que contento!

-Me complace oírte decir. También serás castigado por lo que le has hecho esta noche a mi doncella: perderás lo que llamas tu virilidad, al menos durante un tiempo. -Dio unos pasos hacia Hegesítrato y, aunque apenas si le superaba en estatura, pareció dominarle desde una inmensa altura-. En cuanto a ti, no dejaré que escojas tu recompensa. Conozco muy bien tus sucios anhelos, por lo que no hay necesidad de que hables..., esa niña profanada será tuya por el momento, aunque Latro ha estado allí antes que tú.

Hegesítrato ya estaba sosteniendo a Elata tal y como yo había hecho hasta hacía unos momentos, y murmuró unas palabras de agradecimiento.

-Pero sólo podrás gozar de ella hasta que vuelvas a pasar por este sitio -le advirtió la Cazadora-. Hagas lo que hagas, entonces ella quedará libre para volver a su hogar.

Y en cuanto pronunció esas últimas palabras todas desaparecieron: la Cazadora, su jauría y las doncellas de su séquito. Elata, el mantis y yo nos quedamos solos bajo la oscuridad del pino más grande que había en aquel bosquecillo. Durante un momento, que me pareció muy largo, creí oír el salvaje ladrar de los sabuesos, débil y distante; pero incluso aquel sonido acabó desvaneciéndose.

La lesión de Hegesítrato le impedía caminar sin ayuda sobre las piedras y la resbaladiza alfombra formada por las agujas de pino caídas de los árboles, y Elata seguía estando demasiado borracha. Acabé llevándola en vilo a la playa con Hegesítrato apoyándose en mi brazo. Mientras caminábamos le supliqué que me explicara lo que acababa de ocurrir: quería que me dijera quién era la Cazadora y hasta dónde llegaba el poder de que disponía. Hegesítrato me prometió que así lo haría pero no ahora, y se alejó de las hogueras acompañado por Elata. Cerca del agua la arena estaba húmeda y compacta, a causa de las olas, lo que le permitía caminar sin muchas dificultades.

Me he pasado mucho rato escribiendo, empezando con el momento en que vi a Elata observándonos. Hegesítrato volvió cuando estaba terminando de escribir lo referente al ciervo y habló conmigo, tal y como había prometido. Elata volvió mientras hablábamos y se lavó en el arroyo.

Le pregunté a Hegesítrato quién era la Cazadora y añadí que él parecía conocerla.

-Sólo por su reputación -me dijo-. Nunca la había visto antes. Tú sí, obviamente.

Ya no podía recordar cuándo la había visto, pero tuve la sensación de que estaba en lo cierto y así se lo dije.

-Es una diosa -me explicó-. Cuando hablabas con ella, ¿te pareció en algún momento que podía ser una mujer corriente?

-Tuve la impresión de que era una mujer porque así es como se me apareció -le dije-, pero no me cupo duda de que no era una mujer corriente. La llamaste Cintia. ¿Es ése su nombre?

-Es uno de ellos -me dijo Hegesítrato-. Tiene muchos nombres. ¿Has oído hablar del Destructor?

Meneé la cabeza y le dije que a juzgar por lo que sugería ese nombre no tenía deseos de saber nada de él.

-Cometes un grave error al decir eso. Olvidas que hay una gran cantidad de cosas que deberían ser destruidas..., los leones y los lobos, por ejemplo. Vaya, pero si hasta se encarga de matar a los ratones...

Esas palabras hicieron que un vago recuerdo volviera a mí por entre la neblina de la que parece estar llena mi cabeza y le dije que aunque la destrucción de los ratones quizá no fuera nociva y que incluso podía ser beneficiosa, no estaba nada seguro de que desease ver muertos a todos los lobos y leones.

-Si cuidaras ovejas o cabras desearías verlos muertos a todos -me dijo Hegesítrato en el tono de voz de un hombre práctico-. Incluso si tuvieras reses... ¿Tienes muchas reses? La diosa dio a entender que así era.

Le dije que si la visión que me había proporcionado Elata era cierta tenía por lo menos un tiro de bueyes. Después tuve que contarle todo lo ocurrido: que me había llevado a un sitio que me dijo era mi hogar (y eso me pareció), y todo lo que habíamos visto y hecho una vez allí. Cuando le pregunté cómo había conseguido semejante cosa Hegesítrato admitió que no lo sabía y se preguntó en voz alta si seguiría conservando el poder necesario para hacer tales cosas. Le pregunté si Elata era una bruja.

-No -me dijo-, eso es algo muy distinto, créeme. Es una dríada, una especie de ninfa.

-Creí que esa palabra sólo se aplicaba a una novia o una joven casadera -respondí yo. Hegesítrato asintió.

-Tu error es fácil de comprender, dado que eres extranjero. De todos los seres invisibles las ninfas son los que se hallan más cerca de nosotros; ni tan siquiera son inmortales, aunque viven mucho tiempo. La gente de nuestros campos las teme y las ama y cuando alguien corteja a una moza y quiere hacerle un cumplido, puede fingir que la ha tomado por una ninfa disfrazada. Esa frivolidad ha hecho que «ninfa» se haya acabado convirtiendo en un elogio muy común.

-Comprendo -le dije-. Me parece que otro aspecto en el que son muy semejantes a nosotros es que ellas también deben obedecer a la Cazadora, ésa que según tú es una diosa.

-Lo es -afirmó Hegesítrato-. Es la hermana..., de hecho, es más que la hermana, es la gemela del Destructor, de quien estábamos hablando hace poco. El Destructor es uno de los mejores de los Doce, un auténtico amigo del hombre, el patrono de la adivinación, las artes curativas y todas las otras artes. Su hermana...

-Supongo que ella no es tan amiga de los hombres -dije yo al ver su expresión.

Y en ese instante lo vino a sentarse con nosotros, frotándose los ojos pero llena de curiosidad.

-¿Quién es esa mujer? -le preguntó a Hegesítrato-. Me desperté y estaba acostada junto a mí. Dice que te pertenece.

Hegesítrato asintió.

-Pues entonces será mejor que le busques algo de ropa o quizá haya problemas en cuanto despierten los marineros.

Le dije a lo que fuera a buscar el vestido de Elata, que se había quedado debajo del pino.

-Ojalá hubiera algún lugar en la nave donde nadie pudiera verla -dijo Hegesítrato como si hablara consigo mismo-. Odio pensar que todos los marineros la seguirán con los ojos... -Le dije que bastaba con que la pusiera en el primer banco, y mis palabras le

hicieron reír-. Tienes razón, naturalmente, pero sólo cuando los hombres están remando, y se pasan la mayor parte del tiempo sin remar.

-Incluso cuando no reman los únicos que podrán verla con claridad serán los que estén muy cerca de ella, pues la nave es larga y angosta -le dije-. Y aun así, ¿no crees que lo que los marineros puedan querer de ella es muy parecido a lo que quieres tú?

-Te refieres a mis sucios deseos... Ésas son las palabras que empleó la diosa.

Asentí.

-También dijo que tú habías poseído a la ninfa antes que yo.

No le dije que la había poseído dos veces y me disculpé, haciéndole ver que cuando yacíamos juntos la Cazadora todavía no le había entregado a Elata.

Suspiró.

-Y si tú no la hubieras poseído ahora no sería mía. En cuanto a esos sucios deseos de los que hablaba, sólo una mujer sería capaz de hablar de ellos usando esas palabras, y creo que muy pocas las emplearían. Verás, perdí a mi esposa hace unos años y para un hombre lisiado que está lejos del hogar es muy difícil hallar una nueva mujer..., y si he de serte sincero, creo que a cualquier hombre viviente le resultaría difícil encontrar una que fuese tan buena.

-¿Es que la Cazadora no tiene amantes? -le pregunté.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-Ha tenido unos cuantos..., o, al menos, hubo dioses y hombres que quisieron convertirse en amantes suyos, pero todos acabaron mal, y deprisa. Hay una historia... No sé si es cierta.

Le apremié a que me la contara, pues aunque estoy muy cansado sé hasta qué punto es importante que averigüe todo cuanto me sea posible sobre la Cazadora.

-Está bien. La Cazadora es hija del Tronante -creo que no te había hablado de eso-, y según esta leyenda cuando tenía tres años fue a verle y le pidió tantos nombres como su hermano, un arco y unas flechas de plata para ser reina de las ninfas y muchísimas cosas más; y cuando el Tronante prometió satisfacer todos sus deseos le pidió convertirse en adulta enseguida, como su hermana parteno-genética la Dama de Pensamiento, quien surgió de la frente de su padre siendo ya mujer. También eso le fue concedido, y a veces se dice que ésa es la causa de que nunca haya llegado a crecer del todo.

Observé que lo mismo podía decirse de esa Dama de Pensamiento y Hegesítrato estuvo de acuerdo conmigo.

-Que se sepa, ninguna de las dos ha tenido un auténtico amante. Pero por lo menos la Dama de Pensamiento no insiste en imponerle la virginidad a los demás... Puede que haber nacido de esa forma haga que le falte algo para ser una auténtica mujer, igual que a algunos hombres les falta algo para ser auténticos hombres.

Lo volvió para informarnos de que había encontrado el vestido de Elata y la había cubierto con él. También nos dijo que había oído a un animal muy grande moviéndose por entre los árboles; la había asustado tanto que cogió el vestido y salió corriendo. Hegesítrato y yo le dijimos que probablemente era una vaca, pero lo no pareció quedar muy convencida. Hegesítrato le pidió que le ayudara a proteger a Elata, cosa a la que lo accedió enseguida después de haber recibido mi permiso. Sugerí que el chico también podía ayudar en eso, pero los dos insistieron en que a bordo de nuestra nave no hay ningún chico.

Ahora veo las primeras y débiles luces del alba.

7 - Oeobazo se encuentra entre los Apsintios

-Esa noticia es en parte buena y en parte mala -dijo Hegesítrato-, pero confieso que si estuviera en mi poder cambiar la situación me abstendría de hacerlo. Las noticias podrían ser mucho peores.

Nuestro capitán asintió y se frotó su calva cabeza, como creo debe de hacer a menudo cuando quiere pensar.

-¿Quiénes son los Apsintios? -preguntó lo, que había acompañado a Hegesítrato para cuidar de Elata.

Pero antes de que ponga por escrito el resto de cosas que se dijeron hoy en la cocina, debería consignar en este pergamino quiénes son las personas a que me refiero, aunque ya hay algo escrito sobre ellas. (He estado examinando el pergamino, pero no he encontrado muchas anotaciones al respecto.)

Esta ciudad se llama Pactia; se encuentra en el Mar de Hele. Cuando desenrollé mi viejo pergamino -deseaba averiguar cómo he llegado a convertirme en esclavo-, encontré un pasaje donde se recogía un oráculo del Dios Resplandeciente en que me dijo: Pero antes el mar angosto habrás de cruzar. Hace poco le pregunté a Lisón (es un marinero) si el Mar de Hele era angosto. Me ha dicho que lo es, y mucho. Entonces le pregunté si había un mar que fuese todavía más angosto y me dijo que no lo creía. También me dijo que nunca hemos llegado a cruzarlo, y que nos hemos limitado a ir subiendo por su costa occidental. Dice que la orilla oriental está gobernada por un sátrapa del Gran Rey, y que si echáramos el ancla en ella acabaríamos cautivos o muertos.

Aun así, creo que éste es el mar que debo cruzar si deseo ser curado, tal y como parece haber prometido el Dios Resplandeciente.

Ésta es otra frase que escribí en ese pergamino (reconozco mi letra): ¡Mira bajo el sol, si quieres ver! Como no estoy ciego y no deseo imitar a Hegesítrato y convertirme en mantis, eso debe referirse a ver el pasado y eso es justamente lo que no puedo hacer; el ayer y todos los días que lo han precedido parecen estar envueltos en niebla. Le pregunté a lo si ella también acababa cegada por la niebla cuando intentaba mirar hacia atrás. Me dijo que esa niebla sólo estaba allí cuando intentaba recordar sus años de infancia; eso me parece extraño, pues son los únicos que no he perdido.

Hegesítrato el mantis debe de tener unos cuarenta años; cojea y tiene la barba rizada. Su esposa, Elata, es muy hermosa... y creo que también un poco disoluta. Hegesítrato nunca la deja sola a menos que no tenga más remedio y entonces mi esclava se encarga de vigilarla por él. Como ahora no la necesito, no tengo razón para protestar.

lo fue quien me contó la mayor parte de cosas que sé sobre estas personas. Es mi esclava, y creo que debe de tener unos once o doce años. Debería preguntarle qué edad tiene; seguramente ella debe saberlo. Me parece que está un poco alta para su edad y su carita es muy hermosa; su larga cabellera color castaño parece casi negra.

No debo olvidarme del hombre negro. Creo que es mi amigo, pero no le he visto desde que atracamos. Habló con Hegesítrato en una lengua que no conozco y fue al mercado con los demás. Pero cuando Hegesítrato volvió acompañado por lo y Elata este hombre no venía con ellos. Alto y fuerte, su cabello es todavía más rizado que la barba de Hegesítrato y tiene los dientes grandes y muy blancos; diría que debe de ser aproximadamente de mi edad.

Hipereides es nuestro trierarca. Le supero en estatura por una mano, es calvo (como ya dije) y siempre se muestra muy animado: no para de hablar y va corriendo de un lado para otro. Pulí su armadura antes de que atracáramos y se la puso para bajar de la nave. Es una armadura muy buena, suponiendo que se pueda confiar en mi juicio sobre estas cosas; y quizá posea un espíritu, pues cuando le saqué brillo me pareció que una mujer muy alta con el rostro resplandeciente estaba de pie a mi espalda, aunque cuando miré ya había desaparecido.

También debería mencionar que tengo una espada. Hipereides me hizo llevarla cuando desembarcamos. No sabía dónde se encontraba, pero lo me enseñó este cofre (ahora estoy sentado sobre él) y mi espada estaba en su interior. Es una espada muy hermosa, con una empuñadura de cuero y una guarda de bronce, y cuelga de un cinturón de bronce como el que suelen llevar los hombres. En la hoja lleva la palabra FALCATA, escrita con

los mismos caracteres que yo uso. Cuando la cogí encontré mi viejo pergamino dentro del cofre.

Hipereides nos ha contado que la tierra de los Apsintios se encuentra al norte y al oeste del Quersoneso. Eso es bueno, pues queda más lejos del Imperio; pero también es malo, pues no podemos llegar hasta ella en nuestra nave sin tener que volver a bajar por el Mar de Hele en la dirección por la que hemos venido, contorneando la punta de la península.

La pequeña lo quería saber qué estaba haciendo Oeobazo en aquella tierra de bárbaros.

-Puede que no haya ido allí por voluntad propia -dijo Hegesítrato encogiéndose de hombros-. Si me obligas a hacer conjeturas, mi hipótesis es que fue capturado y llevado hasta allí. Los bárbaros de esta parte del mundo se pasan la vida luchando, haciendo incursiones y matándose entre ellos, y también se dedican a robar y convertir en esclavo a cualquiera que se aventure demasiado cerca de su territorio sin un ejército tan grande como el del Gran Rey. Pero lo único que sé es que me encontré con un bárbaro, y ese bárbaro jura que otro bárbaro, un hombre al que conoce bien y en quien confía, le dijo que los Apsintios tienen cautivo a un hombre de esas características.

Nuestro capitán apartó a un lado el grasiento tajadero de madera que estaba utilizando.

-Pero supongo que serás capaz de averiguar más cosas al respecto, ¿verdad? ¿No puedes consultar con los dioses?

-Cierto, puedo consultar con los dioses -admitió el mantis-. En cuanto a lo que éstos me digan... -Completó su frase con otro encogimiento de hombros.

-De todas formas no trazaremos ningún plan definido hasta que lo hagas. ¿Qué necesitarás?

Mientras hablaban de eso Elata me enseñó el brazalete que Hegesítrato le había comprado. Está hecho en Tracia, o eso me dijo. El oro ha sido moldeado con tosca habilidad hasta formar racimos de uvas con sus hojas, y entre ellos asoman dos ojos con piedras azules en el centro; el conjunto se mantiene unido gracias a los zarcillos de las vides. Lo dice que le recuerda al gran árbol medio sumergido por las parras que había en el lugar donde Hegesítrato encontró a Elata, aunque no pude recordar ese sitio ni tan siquiera mientras examinaba el brazalete.

-Ve con ellos, Latro -me dijo Hipereides-. Obedece a Hegesítrato y haz cuanto te ordene.

Me sorprendí, pues no había prestado demasiada atención a su charla; pero me puse en pie en cuanto lo hizo Hegesítrato.

-¿Y nosotras, también vamos a ir? -preguntó Elata sonriendo mientras apuraba los restos de su vino.

Hegesítrato asintió.

-Cerca de la ciudad hay un bosquecillo sagrado; lo utilizaremos para la ceremonia. ¿Estás seguro de que no quieres asistir? -preguntó volviéndose hacia Hipereides.

-Ojalá pudiera hacerlo..., no porque mi presencia te fuera de mucha ayuda, sino porque me gustaría saber lo máximo posible a la mayor brevedad, pero si vamos a contornear el cabo Mastursia antes tengo que ocuparme de muchas otras cosas.

-Tu ausencia puede afectar el resultado de la ceremonia -le advirtió el mantis.

Hipereides se puso en pie.

-Está bien. Me reuniré con vosotros más tarde, suponiendo que pueda. ¿Un bosquecillo sagrado, has dicho? ¿A quién está consagrado?

-A Itis -le dijo Hegesítrato.

Abandonamos la cocina para salir a las húmedas calles de Pactia.

-¿Qué has estado haciendo cuando acompañabas a Hipereides, amo? -me preguntó lo.

Le describí nuestra mañana (habíamos pasado la mayor parte del tiempo visitando a varios funcionarios y fabricantes de velas, y en diversas ocasiones tuve que volver a la

nave para llevar mensajes), y le pregunté cómo había transcurrido la suya. Me dijo que ella y Elata habían ido de compras mientras Hegesítrato hablaba con varios bárbaros en las inmediaciones de la plaza del mercado.

-Aquí hay Hombres Escarlata -me dijo-, los primeros que he visto desde que abandonamos al ejército del Gran Rey. Hegesítrato afirma que están esperando a que las naves de Pensamiento les saquen del Mar de Hele y les devuelvan a su hogar. -Sus brillantes ojos negros descubrieron una puerta abierta y la señaló con el dedo-. Ahí hay algunos. ¿Les ves?

Sí, les veía: cuatro hombres morenos con gorros bordados y capas teñidas de un hermoso color escarlata estaban discutiendo con un zapatero remendón. Uno de ellos advirtió que le estaba observando y me saludó con la mano.

-¡Bahut!

-¡Uhuya! tal -respondí yo, devolviéndole el saludo.

-¿Qué le has dicho? -me preguntó lo.

-Hermano mío -le respondí-. No es más que una forma amistosa de saludar a alguien con quien estás en buenas relaciones, especialmente si tienes el mismo oficio que él o si los dos os encontráis en tierra extranjera.

Me miró con mucha atención.

-Amo, ¿sabes hablar la lengua de los Hombres Escarlata?

Hegesítrato se detuvo y se volvió hacia nosotros.

Le dije a lo que no lo sabía.

-Bueno, pues piensa en ello. Finge que soy un Hombre Escarlata..., no, una de sus hijas.

-Está bien.

-Ahí arriba... ¿Ves aquel gran animal? ¿Qué es?

-Sisuw -respondí.

-Sisuw -repitió lo, muy complacida-. Y..., ése que está de pie ahí. ¿Cómo le llamarías en su lengua, amo?

-¿El chico de la capa teñida? Bun o..., espera..., nucir.
lo meneó la cabeza.

-No, me refiero al anciano. Ni tan siquiera puedo ver al chico de quien hablas... ¿Dónde está?

-Se ha dado cuenta de que le hemos visto -le expliqué-, pero sigue observándonos desde detrás de esa carreta. Probablemente siente curiosidad, nada más.

-Amo, creo que realmente sabes hablar la lengua de los Hombres Escarlata. Al menos un poco, y lo más probable es que puedas hablarla bastante bien... Ya sé que no puedes recordarlo, pero en una ocasión me dijiste que salamis significa paz.

Le confirmé que así era.

-Tendría que haberlo comprendido -dijo lo-, y es algo sobre lo que deberé averiguar mucho más.

Pese a lo que ha dicho no me ha vuelto a hacer más preguntas concernientes a esa lengua; y creo que mientras recorríamos los aproximadamente diez estadios que nos separaban del bosquecillo sagrado no ha abierto la boca para nada; lo único que ha hecho ha sido masticar en silencio un rizo de su cabellera y mirar hacia atrás con bastante frecuencia.

Cuando llegamos a la puerta de la ciudad Hegesítrato compró un poco de vino y un par de palomas encerradas en una jaula de mimbre, observando que serían una cena suculenta después del sacrificio. Le pregunté cómo se leen las entrañas de esas aves. Me explicó que realmente no es muy distinto a leer los órganos correspondientes de una vaca o un cordero, dejando aparte el que no se consultan los huesos de la espalda; pero que hoy no tenía intención de usar ese sistema adivinatorio. Le pregunté cómo pensaba consultar con los dioses y respondió que yo me encargaría de hacerlo por él. Después de

aquellas palabras no le hice más preguntas, pues la chica que nos había vendido las palomas aún estaba lo bastante cerca para oírnos.

Las hojas del bosquecillo se habían vuelto de un color dorado y la mayoría ya habían caído. En primavera debe de ser un sitio muy hermoso, pero hoy parecía melancólico y abandonado. No creo que Itis reciba muchos sacrificios de los habitantes de Pactia: si así fuera, estoy seguro de que le construirían un templo. Cuando hurgué entre las cenizas del último fuego encendido ante su altar descubrí que estaban muy húmedas. Las lluvias otoñales casi las habían convertido en barro.

-Necesitamos fuego -afirmó Hegesítrato.

Me dio una moneda y me mandó a una casa de la que salía humo para que comprara una antorcha.

-La gente apenas si viene aquí hasta que no ha llegado el buen tiempo -me dijo la anciana que encontré cocinando en la casa mientras ataba dos manojos de paja sucia alrededor de un palo-, y casi todos los que vienen quieren que les dé el fuego gratis.

Le aseguré que los dioses la recompensarían por un acto tan piadoso y observé que como le había dado dinero esperaba que mi paja estaría bien empapada de aceite.

-¿Aceite de lámpara, quieres decir? -La anciana me miró como si ese aceite fuera un lujo extranjero prácticamente desconocido en esta parte del Quersoneso-. Oh, no vale la pena malgastar el aceite de lámpara para esto..., espera, tengo por aquí una grasa excelente que arderá igual de bien. Bueno, si he de serte sincera la verdad es que no suelo regalar el fuego... -Se quedó callada durante unos instantes y se apartó los revueltos mechones de cabellos grises que le caían sobre la cara-. Pero el año pasado vino una pobre madre que lloraba de tal manera... Acabé dándoselo gratis. ¿Quién ha perdido a su hijo, muchacho? ¿Tú? ¿Cuántos años tenía?

Meneé la cabeza y le dije que no creía que ninguno de nosotros hubiera perdido a un hijo o una hija.

-Casi todos los que vienen aquí acuden por esa razón..., niños muertos o extraviados. Supongo que a la mayoría se le deben haber muerto. Naturalmente, cuando se juntan muchas personas se pasan el fuego de unos a otros.

Su grasa era lo bastante vieja para apestar, pero se inflamó con un rugido en cuanto metió el extremo de la antorcha en las llamas que ardían bajo su marmita. Le hice algunas preguntas sobre Itis, cuyo nombre no me era familiar, y me dijo que había sido devorado por su padre.

Los marineros están hablando entre ellos y parecen nerviosos..., voy a ir hasta donde están para preguntarles qué ha ocurrido.

8 - La Europa parte al amanecer

El kiberneta le dijo a todos los marineros que zarpará tan pronto como haya luz suficiente para ver. Hipereides hizo que Acetes y sus hombres fueran a Pactia para buscar a los que todavía no han vuelto. Cuando la nave zarpe creo que ni lo ni yo estaremos a bordo..., y supongo que el hombre negro tampoco. Creo que debería averiguar más cosas al respecto en cuanto haya terminado de escribir.

Los marineros dicen que la nave de los Hombres Escarlata ha salido del puerto sin que nadie lo advirtiera. A principios de este año Pactia estaba gobernada por el Imperio y los Hombres Escarlata podían comerciar aquí con toda libertad, pues también habían sido sometidos al poder del Gran Rey. Ahora los ejércitos del Gran Rey se han retirado y los ciudadanos de Pactia no saben si su ciudad va a ser independiente (como lo fue en tiempos) o si quedará sometida a Parsa o a otra tierra. Cuando Hipereides y yo conferenciamos con los consejeros nos advirtieron que mientras estemos aquí no debe haber ningún enfrentamiento con las gentes del Imperio, pues temen que Pactia podría sufrir las consecuencias más tarde. Hipereides les prometió que no lo habría; pero ahora

que los Hombres Escarlata han salido del puerto se han convertido en una presa a la que podemos perseguir; y como se han pasado todo el verano comerciando por el Primer Mar y el Euxino deberían llevar un rico cargamento. Los marineros dicen que si los Hombres Escarlata se limitan a cruzar el Mar de Hele para llegar hasta algún puerto que siga en manos del Gran Rey (Paeso es el lugar más probable) no podremos hacer nada para capturarlos. Pero si intentan bajar por el Mar de Hele y seguir la costa para volver a sus hogares de Biblos, hay una buena posibilidad de que la Europa consiga alcanzarles. Un navío mercante como el suyo puede navegar tanto de día como de noche mientras que la Europa tendrá que echar el ancla casi cada noche para aprovisionarse de agua potable. Sin embargo, las velas de una trirreme como la Europa hacen que navegue mucho más deprisa y cuando no hay viento los remos pueden impulsarla a más velocidad de la que ninguna nave mercante es capaz de alcanzar usando las velas.

Ahora debo escribir sobre el chico. Mientras yo estaba fuera Hegesítrato, lo y Elata han recogido la madera más seca que han logrado encontrar preparándola para hacer una hoguera. La he encendido, y en cuanto las llamas han prendido bien Hegesítrato nos ha contado la leyenda de Itis, hijo de Tereo, que fue rey de Tracia.

Este Rey Tereo era hijo del Dios de la Guerra y un enemigo de la Colina. Cuando la Colina entró en guerra con Pensamiento, Tereo se presentó con un ejército para ayudar a Pensamiento. Una vez allí cortejó a la princesa Procne, hija del Rey Pandión, y obtuvo su mano. Cuando la guerra hubo terminado y su esposo volvió a Tracia ella le acompañó y dio a luz al príncipe Itis. Todo fue bien hasta que su hermana la princesa Filomela visitó la corte; Tereo se enamoró locamente de ella, buscó un motivo para discutir con la Reina Procne y la exilió a una parte remota de su reino.

Cuando la princesa Filomela se resistió a sus insinuaciones ordenó que se la informara de que la Reina Procne había perdido la vida durante una incursión de una tribu vecina. Filomela creyó que se convertiría en su reina y se entregó a él, pero por la mañana Tereo le cortó la lengua para impedir que revelara lo que había ocurrido, pues no deseaba que el derecho al trono del príncipe Itis pudiera ser puesto en peligro por un hijo nacido de Filomela. Tereo amaba a Itis con todo el amor que un hombre malvado siente hacia un hijo que tiene su mismo rostro.

La princesa mutilada fue devuelta a la ciudad donde había nacido. Aunque esto ocurrió antes de la época de las letras, no me parece que la mera pérdida del habla pudiera haberle impedido contar a otras personas lo que se le había hecho, pues ese tipo de cosas pueden comunicarse fácilmente mediante gestos, tal y como hace el hombre negro cuando habla conmigo; y seguramente su padre y otros muchos debieron sorprenderse al descubrir que ya no podía hablar. ¡Pero, después de todo, cuántas mujeres que conservan su lengua y han sufrido una afrenta similar guardan silencio a causa de la vergüenza que sienten...! Estoy seguro de que Filomela, tan cruelmente obligada al silencio, sentía lo mismo que ellas.

Pero pronto se enteró de que su hermana seguía viva y Tereo había vuelto a aceptarla como esposa, y eso fue demasiado para ella. Se pasó muchos meses confeccionando una túnica de reina para su hermana hecha con las más finas telas, y bordó en ella una serie de cuadros que narraban su triste historia.

Volvió a la corte de Tereo dando muestra del coraje más admirable, y una vez allí le mostró su túnica antes de enseñársela a su hermana. Debió de mantenerla a cierta distancia de los ojos del Rey para que éste no pudiera ver claramente los bordados; pero cuando Procne la examinó en sus aposentos comprendió enseguida todo lo que había ocurrido y mató a su hijo Itis con sus propias manos. Las hermanas descuartizaron al infortunado muchacho, asaron su carne y se la sirvieron a su padre en el banquete de esa noche. Tereo comió con glotonería y sin sospechar nada hasta dejar vacío el plato, y después de que lo hubiera alabado diciendo que estaba muy bueno las hermanas le

revelaron que había devorado a su heredero (como hizo Kronos, el Dios del Tiempo, dijo Hegesítrato).

Tereo persiguió a las hermanas con la espada desenvainada. Pero Cintia, que venga las injusticias de que son objeto las vírgenes como si le hubieran sido hechas a ella misma, convirtió a Tereo en un buitre negro, a Procne en un ruiseñor y a la hermosa Filomela en una golondrina, un ave cuya cola está hendida con un tajo como el que cortó la lengua de Filomela; y ahora una canta sólo cuando no se la puede ver y la otra vuela tan deprisa que no puede ser capturada; pues su enemigo las persigue continuamente.

Y ésta es la razón de que Itis, que fue asesinado por su madre para vengar el crimen de su padre, ayude a los niños que sufren por razones que son demasiado jóvenes para comprender.

Cuando hubo terminado de contar la historia de Itis, Hegesítrato hizo que me pusiera entre el altar y el fuego. Cortó el cuello de las palomas murmurando invocaciones, arrojó su sangre sobre las llamas, derramó una libación de vino y alimentó el fuego con hierbas aromáticas. Después de hacer todas esas cosas cantó la elegía de Itis, con lo y Elata haciéndole de coro.

La humareda del fuego hizo que sintiera deseos de estornudar y no tardé en adormilarme. Después, como en un sueño, vi al joven que lo había señalado con el dedo: era un chico a punto de entrar en la edad viril con los primeros brotes de la barba ya aparentes en su rostro. Vestía una capa muy cara de estilo oriental, y su negra cabellera estaba recogida en un peinado muy elaborado. Llevaba aros de oro en las orejas, pero se movía como quien desea esconderse, y cuando le señalé con el dedo y le pregunté por qué había venido a nuestro sacrificio sin tomar parte en él pareció sorprenderse mucho.

Entonces Hegesítrato me preguntó si recordaba quién era y yo le respondí que era Hegesítrato, el mantis. Me preguntó si podía correr tan deprisa como él; cuando afirmé que podía hacerlo me preguntó si no podía correr todavía más deprisa y yo admití que así era. Me preguntó si también me acordaba del kibernetá y si creía posible que Hegesítrato le venciera en una carrera. Respondí que no podría vencerle y me preguntó por qué.

-Ya debes saberlo -le dije.

-Sí -replicó él-. Pero debo descubrir si tú también lo sabes.

-Porque estás lisiado. Fuiste herido por los Cordeleros, o eso me contaste en una ocasión.

Cuando pronuncié estas palabras lo pareció sorprenderse; no sé por qué.

-¿Y dónde fui herido? -me preguntó Hegesítrato.

-En el muslo.

Asintió con la cabeza.

-¿Qué opinas de mis nuevas botas para el invierno? ¿Crees que son adecuadas para correr? Dame tu opinión sobre las dos.

Las miré y le aseguré que parecían ser de excelente calidad, pues realmente me lo parecían.

-Pero, como le ocurre a todo el calzado, son mejores para caminar que para correr. Todos los hombres corren mejor con los pies descalzos.

-Tienes razón -admitió Hegesítrato-. Y ahora, Latro, ¿sigues viendo al muchacho con quien hablaste hace un momento?

Elata me guiñó el ojo y lo señaló con el dedo, aunque no era necesario que lo hiciera. Le dije a Hegesítrato que todavía podía verle y que estaba inmóvil.

-Pregúntale qué tal se encuentra Oeobazo.

En cuanto a cómo era posible que el muchacho supiera algo de Oeobazo o cómo había llegado a enterarse de ello Hegesítrato, no tengo ninguna explicación que ofrecer, a

menos que alguien le hablara de él esta mañana en el mercado. Pero, aun así, obedecí su orden.

-¡Chico! -grité-. Acércate a nuestro fuego. ¿Qué puedes decirnos de Oeobazo, el Cordelero que fabricó los cables para el puente del Gran Rey?

Sabía quién era este Oeobazo porque el mantis había hablado de él con nuestro capitán en la cocina.

-Oeobazo no es un Cordelero -replicó el muchacho-. Es un meda.

-Pero tú le conoces -insistí yo.

Se encogió de hombros.

-Es un meda. No podemos confiar en ellos como confiamos en nuestra propia gente.

-Debes repetir cuanto diga, Latro -me ordenó Hegesítrato, y así lo hice.

Cuando hube terminado Hegesítrato me ordenó que le preguntara dónde estaba Oeobazo ahora.

No fue necesario, pues el muchacho podía oírle tan bien como yo. Cerró los ojos durante un momento.

-Está montado en un caballo.

-Está cabalgando -le dije a Hegesítrato.

El mantis se acarició la mandíbula.

-¿Está solo?

-No -replicó el muchacho dirigiéndose a mí-. Otros muchos cabalgan con él: guerreros muy altos que llevan lanzas... Un hombre sin cabello, que parece muy fuerte, sujeta el lazo que le rodea el cuello.

Me di cuenta de que Hegesítrato no le había oído y repetí sus palabras.

-¿Tiene las manos atadas?

El muchacho asintió.

-La cuerda pasa por debajo del ceñidor del caballo.

-¡Latro!

Miré a mi alrededor, sobresaltado, y vi a nuestro capitán, Hipereides, que acababa de llegar. Me saludó con la mano y le devolví el saludo, con lo que conseguí llenarme el pecho de humo. Empecé a toser y tuve que apartarme del fuego.

Hegesítrato le saludó en voz alta y fue hasta un sitio desde el que Hipereides pudiera verle. No sé qué se hizo del muchacho; no he vuelto a hablar con él desde entonces. Cuando Hipereides estuvo más cerca nos preguntó qué tal había ido nuestro sacrificio y si los presagios habían sido favorables.

-Mucho -dijo Hegesítrato-, siempre que sigamos el consejo de Itis.

-¡Magnífico! -Hipereides se acuclilló junto al fuego para calentarse las manos-. ¿Y qué nos aconseja Itis?

-Tú y tu tripulación debéis doblar el cabo de Hele para reuniros con nosotros en la costa tracia. Nosotros... Itis se refirió especialmente a los cuatro que estamos presentes aquí, y a tu esclavo negro, debemos ir a Tracia en persecución de Oeobazo.

Hipereides torció el gesto.

-Sentiré perders.

-Esperemos que la separación no sea demasiado larga -dijo Elata sonriendo.

Hipereides asintió con expresión sombría y clavó los ojos en el fuego.

-Por lo que concierne a mi persona, la Europa y la tripulación, comprendo el consejo de Itis. No podemos abandonar la nave, y si Oeobazo está en Tracia...

-Está allí -aseguró Hegesítrato-. Itis lo ha confirmado.

-Entonces lo único que podemos hacer es informar de ello a Xantipos y llegar a Tracia lo más deprisa posible. Pero vosotros cinco correréis un riesgo terrible. -Miró a lo-. La niña..., ¿también debe ir?

lo asintió.

-Si Latro va, yo tengo que ir con él.

Hegesístrato también asintió.

-Sí. Tiene que venir.

-Está bien, puede ir. La verdad es que ella y Elata correrán menos peligro que tú, Latro y el hombre negro. -Hipereides suspiró-. Al menos irás acompañado por dos hombres capaces de luchar. Los dos son buenos en el combate..., he visto pelear al negro y en una ocasión un poeta llamado Píndaro me dijo que tenía intención de dedicarle algunos versos a Latro. Me temo que con ese pie de madera y tu herida a medio curar no servirás de mucho en caso de que debáis combatir.

(Sólo entonces me di cuenta de que el pie derecho de Hegesístrato, que había supuesto calzado con una bota, no era más que un pedazo de madera; y decidí matarle en cuanto me fuera posible.)

Hegesístrato no estaba de acuerdo.

-Mi herida está curando muy deprisa, y aunque quizá no sirviera de mucho en una falange o en la cubierta de tu barco de guerra ponme a la grupa de un caballo y soy tan bueno como cualquier otro hombre.

Hipereides se puso en pie frotándose las manos.

-Los caballos cuestan mucho dinero. Necesitarías un mínimo de...

Hegesístrato rechazó su oferta con un gesto de la mano y dijo que él se encargaría de pagar los caballos. Pero después de haber vuelto a Sestos el hombre negro le dijo algo por señas y se lo llevó a ver cinco caballos. Lo sé porque les seguí, aunque ellos no me vieron. Hegesístrato debió de enviar al hombre negro a que comprara esos caballos y eso ocurrió bastante antes de que fuéramos al bosquecillo de Itis. Además, el chico con quien hablé no era Itis, o eso creo, sino meramente un muchacho común y corriente, quizá procedente de algún navio extranjero, y tampoco dijo las cosas que Hegesístrato le contó a Hipereides.

Hegesístrato nos está traicionando y por eso le mataré en cuanto la nave haya zarpado.

Lo vino a verme cuando estaba a punto de acostarme diciéndome que tenía frío. Nos envolvimos con mi capa y puse la suya encima. Cuando le pregunté cuántos años tenía noté que vacilaba antes de responder, intentando pensar en cuál sería la cifra más alta que yo estaría dispuesto a aceptar. No anotaré aquí la edad que me dijo, pues sé que es falsa. No tardé mucho en descubrir lo que deseaba y no quise concederle su deseo, aunque creo que muchos lo habrían hecho. Le pregunté si le alegraba el que fuéramos a Tracia con Hegesístrato y Elata, y me dijo que sí. Cuando le pregunté por qué me dijo que para llegar a la Colina hay que pasar por Tracia, y que Píndaro probablemente estará allí y que lo mejor sería que le buscara porque él quizá pudiera llevarme a algún sitio donde me curaría. Cuando le oí decir eso me alegró haber consignado tan cuidadosamente todo lo que se había dicho sobre aquel hombre llamado Píndaro.

Después dormí un rato. Cuando desperté lo estaba llorando. Le pregunté por qué lloraba y me dijo que era porque cuando vivía en la Colina había sido esclava de un templo, y si volvía lo más seguro era que la castigasen con mucha severidad. Le pregunté si mi hogar estaba en la Colina, aunque no me parecía probable. Lo me confirmó que la Colina no era mi hogar, sólo el suyo. Si eso es cierto, no deseo ir hasta allí. Recorreré el mundo hasta que encuentre un lugar donde la gente me conozca y me diga que soy de su misma sangre.

Y tampoco haré que lo corra peligros innecesarios.

Segunda parte

9 - Elata dice

Que debo leer este pergamino cada mañana cuando me levante y escribir en él cada día antes de que esté demasiado oscuro; de esta forma el hacerlo se convertirá en una costumbre. Lo haré, aunque no sea capaz de recordar lo que debo hacer.

Cuando vi a las tres mujeres esta mañana no sabía cuáles eran sus nombres ni por qué bailaban. Cuando Elata volvió a nuestro campamento los demás seguían dormidos. Entonces no sabía que venía con nosotros; pero ella me lo dijo, y después de haber contado nuestros caballos supe que era verdad. Además, los otros aceptan su presencia aquí tal y como yo la he aceptado desde entonces. Me dijo que estaba bailando sola porque le gusta bailar y porque montar le deja el cuerpo dolorido y rígido.

Pero yo había visto a las otras bailarinas. Alabé su gracia y le pregunté adonde se habían ido. Entonces me dijo que eran las hijas del río, y que su hogar se encuentra en sus aguas: se ofreció a conducirme hasta allí si así lo deseaba para que pudiera verlo con mis propios ojos. Llevo el cinturón de la virilidad, y quien lo lleva no debería tener miedo de nada, pero en cuanto me lo propuso me asusté igual que un chiquillo y no quise acompañarla.

Se rió y me besó; y aunque es de poca estatura, cuando la estreché entre mis brazos me pareció que era mucho más grande que yo. Dice que este río es el Melas, y que marca la frontera del país de los Apsintios.

Le pregunté por qué bailaban y me dijo que era porque habían llegado las lluvias.

-No recuerdas la gran cantidad de vino que bebí la noche en que nos conocimos, Latro. -Me sonrió con la cabeza inclinada hacia un lado-. Ahora la lluvia ha vuelto, y entramos en la estación donde todo crece. ¿Te gustaría volver a yacer conmigo?

Seguía estando algo asustado, pero asentí. Uno de los durmientes se agitó en ese mismo instante, y Elata rió y se apartó de mí. Quizá estuviera burlándose; puede que nunca me haya acostado con ella, pero tengo la sensación de que sí lo he hecho.

El durmiente se irguió y se frotó los ojos.

-Buenos días, Latro -me dijo-. Soy Hegesítrato. ¿Quieres ayudarme con las botas?

Le respondí que lo haría si es que necesitaba mi ayuda, y él me dijo que la necesitaba, que eran muy difíciles de poner y que le ayudaba cada mañana. En cuanto me lo dijo estuve seguro de que era verdad, aunque no lo recuerdo, y sus pies entraron en las botas con bastante facilidad. Me dijo que tenía muchas ganas de que volviera a hacer calor para poder llevar otra vez las sandalias. Yo también; las botas son muy incómodas, tanto si caminas como si montas a caballo.

La chica despertó en aquel instante. Dice que su nombre es lo y me contó unas cuantas cosas sobre los demás y sobre el lugar adonde vamos. Me dijo que queremos hacer prisionero a un meda llamado Oeobazo, y que actuamos en nombre de la ciudad de Pensamiento. Fui asintiendo con la cabeza a todas sus palabras; pero sé que mi corazón no alberga mucho amor hacia Pensamiento y sí una gran simpatía hacia ese hombre llamado Oeobazo.

El hombre negro se levantó y fue a lavarse en el río. Fui con él también a lavarme, pues temía por su seguridad. Elata nos acompañó, quizá porque temía que le dijese algo sobre las otras bailarinas: creo que ésa era la razón de que viniese, pues cuando el hombre negro no estaba mirándonos se llevó el dedo a los labios. Dejó caer su traje al suelo y se lanzó a la veloz corriente de las aguas, pero el hombre negro y yo nos limitamos a entrar en ellas hasta que nos llegaron a la cintura. Lo (que también había venido con nosotros) sólo se lavó las manos y los pies.

Hegesítrato fue el último en acudir, creo que porque deseaba vigilar a Elata; pero como había venido al río tuvo que quitarse las botas y lavarse los pies. Cuando se los hubo secado volvió a ponérselas sin mi ayuda. No sé cuál puede ser el significado de esto. Me pregunto si ayudar a un camarada de más edad a ponerse las botas puede ser un signo de sumisión... No lo creo; los que se someten caminan con un yugo en el cuello.

Yo también temía que se me escapara algo sobre las bailarinas, y para evitarlo le hablé al hombre negro y a los demás del jinete que había visto: era un hombre muy alto con una lanza, que iba montado en un caballo de gran corpulencia.

-Debía de ser un Apsintio -dijo Hegesítrato-. Puede que sea uno de los exploradores de su rey, aunque lo más probable es que fuera algún aristócrata de segunda fila que iba de cacería. Cuando crucemos el río entraremos en sus tierras. Creo que antes de que termine el día nos habremos encontrado con algunos de ellos, y que querrán darnos la bienvenida a su país -añadió con una sonrisa torcida.

Le pregunté si los Apsintios cazaban con leones, tal y como otros hombres cazan con perros, y él me aseguró que no. La bestia que corría junto al caballo de aquel hombre me había parecido un león, pero no les hablé de ella.

El sol, que brillaba con tanta fuerza al amanecer, no tardó en ocultarse tras las nubes, y empezó a lloviznar. Tuvimos que recorrer una gran distancia río arriba hasta encontrar un vado; y aunque las huellas de cascos demostraban que era un vado, el río iba tan crecido que los caballos se hundieron en el agua hasta más arriba del vientre. Dejó de llover poco después de que hubiéramos cruzado, pero el sol no volvió a brillar. Cuando llegamos a un sitio desde el que podíamos ver las cenizas de la hoguera que habíamos encendido al otro lado de la estruendosa corriente, el mercado de las ciudades ya debía de estar lleno de gente.

El hombre negro había estado guiándonos, pero cuando nos detuvimos unos instantes para contemplar el bosquecillo donde habíamos dormido se volvió hacia Hegesítrato y estuvo hablando largo rato con él en una lengua que no comprendo. Hegesítrato nos explicó que le había apremiado a que en el futuro cabalgáramos hacia el oeste después de cada vado, en vez de volver a la costa tal y como habíamos estado haciendo.

-Eso nos ahorraría muchas horas de montar a caballo -admitió Hegesítrato-, y no puedo negar que empezamos a andar escasos de comida; pero también aumentaría considerablemente las probabilidades de que acabáramos extraviándonos, e incluso podríamos acabar saliendo de Apsintia para adentrarnos en el país de los Paecios, que se encuentra al norte de aquí. Siempre que los dioses quieran concedernos un poco de buen tiempo podemos guiarnos por el sol y las estrellas, pero creo que en el futuro más inmediato no los veremos demasiado.

El hombre negro señaló hacia el cielo para demostrarnos que sabía dónde estaba el sol, aunque éste estuviera velado.

-Hasta ahora hemos intentado mantenernos cerca de la costa para poder reunirnos con los hombres de la Europa en el gran templo de la reina, que se encuentra en la boca del Hebrus -dijo Hegesítrato-, pero antes tenemos que encontrar a Oeobazo; y si llegamos al Hebrus siempre podemos seguir su curso hasta el templo. Por lo tanto, propongo que celebremos una votación. Los que deseen seguir la sugerencia de Siete Leones, que levanten la mano.

El hombre negro levantó la mano y yo hice lo mismo, pues es amigo mío. Yo también alzó su mano, creo que por lealtad hacia mí; y así quedó decidido el asunto.

Cuando reanudamos la marcha empecé a buscar huellas de cascos allí donde había visto al jinete, pues tenía la esperanza de que junto a ellas encontraría las pisadas del animal que avanzaba dando saltos al lado de su caballo, y pensaba que su forma me permitiría averiguar si había sido un perro, tal y como había dicho Hegesítrato, o un león, como pensé al verlo. Tratar de distinguir unas huellas de otras basándose meramente en su tamaño no es fácil, pues los grandes sabuesos de Molossis dejan huellas tan grandes como las de un león de pequeño tamaño; pero en la pisada de un perro pueden verse las señales dejadas por las garras que tiene delante de los dedos, mientras que en la huella de un león no hay señales de garras. Los cascos del corcel en que montaba aquel hombre no habían dejado ninguna señal, aunque descubrí las huellas de un león.

Aquí la costa es muy poco escabrosa, casi llana, y suele haber zonas fangosas, por lo que no siempre cabalgamos teniendo el mar a la vista. Cuando lo hicimos no había islas, aunque no puedo decir qué habríamos podido ver en un día de verano. Consumimos la primera comida sin desmontar; pero nos detuvimos allí donde había agua potable, les atamos las patas a los caballos e hicimos una hoguera para preparar la segunda comida. Lo vio a los jinetes cuando ya habíamos terminado de comer el pan y las aceitunas y estábamos pensando dónde pondríamos la tienda.

Lanzó un grito y les señaló con la mano. Ya había oscurecido bastante, por lo que quien hubiese estado con los ojos clavados en el fuego necesitaba unos instantes para verles, pero no tardé en divisarles: eran nueve hombres a caballo armados con lanzas, cuyas siluetas se recortaban contra los árboles que crecen junto al arroyo. Hegesítrato se levantó y les saludó en la lengua tracia mientras yo me aseguraba de que mi espada podría salir sin dificultades de su vaina, y el hombre negro cogía sus jabalinas. Creo que debo consignar aquí que, aparte del hombre negro, tanto Hegesítrato como yo tenemos dos excelentes jabalinas cada uno; lo dice que Hegesítrato las compró en Pactia, una ciudad que se encuentra al este y al sur de aquí. Hegesítrato también tiene una de las hachas ligeras de mango largo empleadas por los medas: el hacha está laminada en oro y tiene la contera de ese mismo metal. El hombre negro tiene un cuchillo de doble filo que también me parece de artesanía meda, aunque sus adornos son de bronce, como los de mi espada.

Cuando Hegesítrato volvió a hablar alzó su copa, por lo que supe que les estaba ofreciendo compartir el vino con nosotros. Uno de los tracios replicó a sus palabras. No pude entenderle, pero su tono de voz me indicó que había rechazado la oferta. Le murmuré a lo que no podría sernos de ninguna ayuda y le dije que fuera hacia el mar. Asintió como si tuviera intención de obedecerme y salió del círculo de luz proyectado por la hoguera, aunque no creo que fuera muy lejos.

Los jinetes tracios no tardaron en trotar hacia nosotros. El que había hablado con Hegesítrato volvió a hablar. Hegesítrato colgó el odre de vino en su lanza y la levantó hasta que el odre quedó entre las manos del jinete. Éste bebió un trago del vino sin mezclar y le pasó el odre al jinete que tenía al lado. Hegesítrato señaló con la mano el pequeño montón de nuestras posesiones, creo que para mostrarle que no teníamos más vino.

El tracio señaló al hombre negro con su lanza y volvió a hablar.

-Tienes que soltar las armas -le dijo Hegesítrato, y el hombre negro así lo hizo, clavándolas en la tierra blanda.

Entonces pensé lo fácil que sería matar al tracio con un solo gesto, pues mis jabalinas estaban bastante cerca de mi mano. Si mataba a su líder era muy posible que los demás jinetes huyeran al galope, o eso me pareció, pero no hice nada.

El tracio fue hasta Elata, que estaba observándonos, y le hizo una seña indicándole que deseaba que se acercara un poco más al fuego para que pudiera verla mejor. Elata se limitó a temblar y menear la cabeza, y el tracio hizo avanzar su corpulenta montura con una gran habilidad, empujando a Elata con el robusto pecho del caballo para obligarla a ir hacia la hoguera.

El pie de Elata acabó rozando uno de los leños, haciendo que su punta se adentrara en las llamas y desprendiera una nube de chispas rojizas. Elata gritó, Hegesítrato le gritó algo al tracio, y otro tracio hizo avanzar su montura hacia Hegesítrato. La jabalina del hombre negro le dio debajo del ojo. La punta asomó por detrás de su oreja como si fuera un cuerno. Tendría que haber aprovechado aquel momento para lanzar mi jabalina; pero lo que hice fue golpear al líder con mi espada, dándole una estocada hacia arriba por entre las costillas, y cuando caía le cercené la cabeza. El resultado de mis golpes me asombró, pues no sabía que mi espada fuese tan afilada y resistente.

Los tracios restantes huyeron al galope una cierta distancia y giraron sobre sí mismos con las lanzas preparadas para atacar. Corrí hacia mi caballo con la esperanza de que tendría el tiempo suficiente para desatarle las patas antes de que se lanzaran a la carga. Descubrí que ya tenía las patas libres y la brida puesta; lo le sujetaba las riendas. Subí de un salto a su grupa y oí el atronar de la carga.

Pero quienes cargaron no eran los jinetes tracios. Un instante después nos vimos rodeados por jinetes de larga cabellera que aparecieron con la velocidad de la tormenta que surge rugiendo de la noche; uno de ellos atravesó nuestra hoguera al galope dispersando las ascuas, con lo que pareció dejar detrás de él un reguero de llamas, como el de una antorcha cuando es arrojada por los aires, y vi que era una mujer.

Me lancé al galope en la dirección que había seguido, pero lo único que conseguí fue que una flecha me rozara la oreja; tampoco logré derramar más sangre, pues a esas alturas los tracios que no estaban muertos ya habían huido. Una mujer (a la que al principio tomé por un hombre) se retorció junto a un cadáver, y burbujas de sangre brotaban de su boca cada vez que jadeaba intentando tragar aire. (Pude oír el aire aspirado por la herida de su pecho incluso antes de desmontar..., era un sonido horrible.) Rasgué su túnica para vendarla y sujeté un buen pedazo de lana sobre la herida con tiras de tela. Fue mientras hacía todo esto cuando descubrí que era una mujer, pues mis dedos rozaron un pecho. Sus compañeras volvieron antes de que hubiera atado el último nudo, pero cuando vieron que estaba intentando ayudarla me dejaron actuar sin ninguna interferencia.

Atamos su capa a los astiles de dos lanzas y la llevamos hasta la hoguera. Hegesítrato ha cosido su herida usando tendones humedecidos con vino. Sé que cree que la mujer no vivirá, y yo tampoco lo creo. Pero Elata dice estar segura de que seguirá con vida.

Elata me ha untado la oreja con un poco de brea caliente para detener el flujo de sangre; y ahora lo llora por mí, cosa que no me gusta. Le he dicho que no es la sangre de un mero arañazo lo que mata a un hombre, sino la voluntad de los dioses. El hombre negro se ríe de nosotros dos y se mantiene bien erguido con el pecho abombado, porque estas mujeres nunca han visto a un hombre como él.

Ahora todo el mundo está durmiendo salvo Hegesítrato y una de las mujeres, con la que lleva rato conversando. Los caballos patean el suelo y piafan de vez en cuando, asustados por el olor de tanta sangre. Supongo que los tracios volverán acompañados por más guerreros, pero no creo que lo hagan antes del amanecer.

10 - Las Amazonas

Las mujeres guerreras entierran a sus muertos. He aprendido esto y otras muchas cosas sobre ellas gracias a Hegesítrato, que habla su lengua. Dice que es distinta de la de los tracios. Le he preguntado cuántas lenguas habla, pues me parece que yo sólo domino esta en la cual escribo ahora y la que hablo con lo y con los demás, aunque ella dice que por lo menos conozco otra más. Me respondió que habla todas las lenguas y quizá sea así; lo dice que es un mantis y no ha querido contarme nada más de él. Las mujeres guerreras creen que el hombre negro es un ser sobrenatural y sé que lo piensa lo mismo de la hermosa Elata; pero creo que Hegesítrato es todavía más extraño que las mujeres guerreras.

Hegesítrato las llama mujeres sin un pecho, y lo mismo hacen lo y Elata, por lo que yo también las llamaré así. lo dice que el verano pasado una mujer perversa llamada Drakaina nos habló de ellas, aunque no puedo recordarlo.

Si Faretra muere sus compañeras harán un alto y construirán una pira para ella. Hegesítrato dice que nosotros no tenemos por qué detenernos, a menos que así lo queramos; pero me parece que cometeríamos una estupidez al dejarlas. Estoy seguro de

que nos encontraremos con más tracios, y si tenemos que combatir sería mejor estar con ellas. He hablado de esto con el hombre negro y se ha mostrado de acuerdo conmigo. No me cabe duda de que Hegesítrato y Elata no seguirán adelante sin nosotros.

Las Amazonas han hecho una litera para Faretra y la han suspendido entre dos de los caballos capturados. Esta mañana cabalgué junto a ella. Faretra me sonrió y habló conmigo. Cuando meneé la cabeza para indicarle que no la comprendía usó el lenguaje de los signos para explicarme que quería que la ayudara a bajar de la litera; pero no quise hacerlo. Su cabello es casi del mismo color que el mío, aunque creo que tiene un matiz algo más rojizo. Su herida ha hecho que su rostro enflaqueciera y se pusiera muy pálido, por lo que da la impresión de que los huesos intentan abrirse paso a través de las mejillas, igual que brotan las piedras en un campo arado después de la lluvia.

Todas estas Amazonas son altas y fuertes. Sólo conservan el pecho izquierdo y tienen una cicatriz blanca allí donde debería estar el derecho; sus túnicas se sostienen con una sola cinta, y las llevan de manera que cubre la cicatriz. Le pregunté a Faretra por qué tenían esa cicatriz. Me hizo muchas señas hasta que le pregunté: «¿Para amamantar a un niño sólo necesitáis un pecho?». Al oír esas palabras asintió con la cabeza, por lo que debe de conocer por lo menos unas cuantas palabras de la lengua de los helenos.

Le pregunté cuál era su nombre. Me lo dijo, pero no puedo pronunciarlo como ella. Faretra o «estuche del arco» es la palabra más aproximada que conozco, aunque cuando me dirigí a ella por ese nombre se rió. Ahora vamos a seguir avanzando.

Hemos atravesado el pueblo tracio y nos hemos detenido en este campo fangoso que hay junto al río. Todo el mundo está enfadado, y yo también. Nos encontramos con los tracios después de la primera comida; lo dice que la mayoría son muy parecidos a los que matamos anoche. He leído todo cuanto escribí al respecto, pero no me ha servido de mucho. Debo escribir menos sobre lo que ha ocurrido y más sobre las cosas que veo.

Los tracios de posición más elevada llevan las mejillas tatuadas y anillos de oro, y sus bridas están tan cargadas de oro que sus monturas apenas si pueden soportar el peso. Había por lo menos un centenar de ellos. No podríamos haberles presentado batalla con sólo tres hombres y unas cuantas mujeres, pero Hegesítrato y la reina hablaron con ellos y lograron hacerse amigos suyos. Hegesítrato dice que no está seguro de si eso habría sido posible de no ser porque los tracios quieren enseñarle las mujeres a su rey. También dice que algunos conocen la lengua que empleamos, aunque fingen ignorarla; debemos tener mucho cuidado con lo que decimos. Pidió que se nos permitiera recoger leña para el fuego, pero los tracios dicen que aquí no hay leña (es mentira) y que ya nos traerán alguna, por lo que debo escribir aprisa y aprovechar la luz mientras dure.

Ahora andamos sobre tallos jóvenes de cebada y está claro que no todos los tracios son jinetes, pues hemos visto muchos campesinos a pie. Puede que los jinetes y sus ayudantes sean propietarios de tierras. No cabe duda de que muchos son ricos.

La lanza parece ser su arma principal. Sus lanzas tienen una vez y media la altura de un hombre y son casi tan delgadas como una jabalina; a mí me resultarían incómodas, pero ellos las manejan muy bien. Las espadas que he visto sólo tienen un filo, como Falcata, y son de punta muy larga y ahusada. Algunos tienen arcos, pero no me parecen tan buenos como los de las Amazonas. Los tracios llevan corazas de anillos unidos como los eslabones de una cadena o de lino acolchado, y algunos tienen cascos, mientras que las Amazonas no llevan ningún tipo de coraza.

Los arcos de las Amazonas están hechos con varias capas de cuerno y madera unidas con cuero. Cada una de ellas lleva un pedazo de cera negra de abeja dentro de su estuche, con el que frota su arco para mantenerlo seco; también enceran el estuche, y todas tienen estuches de cuero hervido bellamente trabajados. Faretra me dejó examinar el suyo. Tenía un compartimento para el arco, un hueso hueco para guardar cuerdas y una aljaba para las flechas. En la parte delantera de su estuche hay un grifo que acaba de

matar a un hombre: no está pintado o dibujado, como me habría imaginado que debería estarlo una imagen semejante, sino moldeado en el cuero. Creo que deben de tallar las imágenes en madera y usar un martillo para introducir el cuero hervido en los huecos de ésta cuando todavía está caliente y blando. Cada flecha es tan larga como mi antebrazo desde el extremo del dedo más largo hasta el codo: un cubito y dos dedos. Las puntas son de hierro y me ha parecido que eran demasiado delgadas.

Su espada tiene un aspecto muy extraño. Está curvada como la mía, pero el filo se encuentra en la parte exterior. Si alguien cogiera una espada con forma de hoja y cortara la mitad del metal bajando por la hoja, lo que quedaría sería bastante parecido a las espadas de las Amazonas. De todas maneras, comprendo que esas espadas largas y de poco peso deben de ser muy útiles cuando se monta a caballo.

Un campesino nos ha traído leña en una carreta. Creo que tener un fuego sobre el que preparar la segunda comida ha hecho que todos nos sintiéramos mejor. Hegesítrato pagó la leña: le costó dos óbolos, lo que me ha parecido muy caro. Le dijo a Elata que el campesino prometió traernos vino y una cabra joven, así que quizá podremos comer carne. Lo dice que ha pasado mucho tiempo desde que disfrutamos de una buena comida. A Faretra también le sentaría bien poder comer un poco de carne.

Hegesítrato me ha dicho que el pueblo tracio es Cobris, y el rey se llama Kotis. Algunas de las personas que vimos en Cobris me parecieron idénticas a los helenos, aunque sin duda la mayoría eran tracios. Una docena de jinetes se encarga de vigilarnos; a veces se reúnen formando parejas y tríos para hablar hasta que su comandante vuelve a dispersarles. Comeré con los demás y fingiré dormir; después comprobaré si estos tracios son buenos vigilantes.

No quería revelar lo que había planeado, pero deseaba averiguar hasta qué punto podía ser peligroso, por lo que hablé con Hegesítrato y le pedí que me revelara lo que el Destino me tiene reservado. Hegesítrato sonrió y me dijo que quizá ése fuera un método de pasar la noche tan bueno como cualquier otro. Lo también mostró muchos deseos de que le predijeran el futuro y Hegesítrato prometió que también se lo revelaría, siempre que le ayudara en la predicción del mío.

Lo accedió enseguida. Hegesítrato sacó un espejito de su bolsa y lo pulió con sal, vertió una libación para la Diosa del Amor (nos explicó que los espejos le están confiados) y le ordenó a lo que cogiera un leño del fuego. Tomó asiento dándole la espalda a las llamas y estuvo observando las estrellas en su espejo durante un rato, o eso me pareció. La noche está bastante nublada, pero no totalmente cubierta; las hilachas de nubes vienen y van, deslizándose de vez en cuando ante el rostro de la luna, y suelen oscurecer el rostro de la mujer que la sostiene.

Cuando se hubo convencido de que todo era como debía ser, Hegesítrato se volvió hacia lo, le enseñó una plegaria muy sencilla e hizo que caminara en círculos a su alrededor mientras la recitaba, sosteniendo en alto el leño encendido y acompasando su caminar a las palabras. Elata canturreó una invocación distinta, un sonido casi inaudible parecido a un suspiro, que pareció llenar la noche como el susurro del viento. Cuatro Amazonas no tardaron en dar palmadas para mantener el ritmo, y una quinta se pasó el arco alrededor de la cintura y empezó a deslizar el dedo por la cuerda. El hombre negro cogió un leño y empezó a golpearlo con dos ramas.

-Espadas -murmuró Hegesítrato-. Veo espadas. Corres un gran peligro que se volverá todavía más grande, muchas espadas, largas y afiladas.

Le pregunté si moriría.

-Quizá. Pero veo dioses a tu alrededor, y veo que muchos sonrén. Nike siempre te acompaña. El Destructor te mira y sonrén... -repuso, dejando caer el espejo.

Lo se detuvo y tanto las Amazonas como el hombre negro dejaron de hacer ruido. Elata fue corriendo hacia Hegesítrato.

-¿Qué has visto? -le pregunté.

Se estremeció, cogió el espejo y le dio la vuelta poniendo el lado pulimentado de cara al suelo.

-Mi muerte -replicó-. Todo lo que es mortal muere... No tendría que haber permitido que me afectara así.

Estaba claro que no deseaba decir nada más al respecto, y no traté de obligarle a seguir hablando.

-Nike está contigo, como ya he dicho -murmuró por fin-. Ves a los dioses. Al menos, lo me lo ha asegurado en más de una ocasión...

Le dije que no lo sabía.

-No la ves porque está a tu espalda. Si miraras en un espejo tal y como acabo de hacer quizá pudieras verla. Pero no puedes mirar en mi espejo.

-No quiero hacerlo -le dije.

-Bien. -Se limpió la frente con un dedo y arrojó las gotas de sudor al suelo delante de él-. Déjame pensar..., ¿qué más había? Viajarás hasta muy lejos. Vi como el Peñasco del Límite te hacía señas y él es el patrón de los viajeros... La Señora de Pensamiento y la Cazadora estaban jugando a las damas, lo que significa que las dos están dispuestas a usarte en la partida, si es que pueden.

La reina había estado escuchándole como si comprendiera casi todo lo que decía Hegesítrato y le hizo una pregunta en su propia lengua. Es de la misma estatura que las otras y no creo que sea mucho mayor que yo; pero tiene ojos que parecen mares fríos y cada vez que le dirige la palabra a las demás, todas las Amazonas se callan enseguida. Hegesítrato la llama Hipépode, la carga de caballería.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-No, no vi al Dios de la Guerra. Me ha dicho que posees sus virtudes -añadió, volviéndose hacia mí-. La areté, como diríamos nosotros... Cree que él podría sentirse inclinado a defenderte, y puede que sea cierto; no soy capaz de verlo todo.

-Pero dijiste que el Destructor le sonreía y eso es bueno, ¿verdad? -le preguntó lo-. Cuando vino a nuestro oráculo de la Colina, el Destructor le aconsejó sabiamente. Suelo acordarme del consejo que le dio, pero me temo que no lo entendí bien.

El mantis asintió lentamente con la cabeza.

-El Destructor suele mostrarse amable y bondadoso con los hombres. A veces he deseado que su gemela fuera más parecida a él, aunque con cierta frecuencia se muestra amable con las mujeres, y sobre todo con las muchachas como tú. Y no cabe duda de que ha sido buena conmigo..., sí, ha sido muy generosa.

Mientras hablaba sus dedos apretaron suavemente la mano de Elata.

Le pregunté qué consejo podía darme basándose en lo que había visto.

Se encogió de hombros.

-Como todos los que se hallan en un gran peligro, debes ser osado, aunque no debes excederte en la osadía. Sólo quienes son osados, pero no temerarios, sobreviven a los peligros. Si te es posible, creo que deberías ir a Delfines. Allí se encuentra el mayor de todos los oráculos del Destructor, y si lo consultas y haces los sacrificios adecuados puede que sus palabras te resulten muy útiles. ¿Anotarás eso en tu pergamino y lo leerás?

Le aseguré que así lo haría.

-Cuídate de las mujeres y de las personas instruidas, tanto si son hombres como si son mujeres. Si se lo permites te aconsejarán guiándose por sus propios intereses, no por los tuyos. Pero, si he de serte sincero, ese mismo consejo podría dárselo a cualquier otro hombre...

Asentí, pues comprendía muy bien a qué se refería, aunque él mismo es hombre instruido.

-Procura no ofender a quienes te traten bien -continuó- y haz cuanto puedas para ganarte la buena voluntad de quienes no lo hagan. Por ejemplo, el cazar puede complacer

a la Cazadora y el estudio o el favorecer a su ciudad a la Dama de Pensamiento. Quizá los sacrificios de la clase adecuada..., aunque en esta materia no hay nada seguro.

-Y ahora, ¿querrás predecirme el futuro? -le preguntó lo.

-No -respondió Hegesítrato-. Al menos, no esta noche.

El campesino que nos había traído la leña volvió en ese instante con un chivo joven y una jarra de vino. El mantis vertió unas gotas de ese vino nuevo para el Destructor, y el hombre negro (que era muy hábil en ese tipo de labores) mató al chivo, lo despellejó y se encargó de cortarlo en porciones más deprisa de lo que yo habría creído posible hacerlo. Después usó sus dedos para decirnos que deseaba quedarse la piel para hacer un tambor; todos estuvimos de acuerdo en que podía quedársela.

Faretra pudo sentarse para comer y beber con nosotros; lo que debe de ser una buena señal. Le pregunté cuándo la habían herido, e lo me dijo que ocurrió la noche pasada, cuando luchamos con aquellos tracios. lo y Elata la cuidan muy bien, y a las Amazonas no parece importarles que sean ellas quienes la atienden.

Las Amazonas cantaron después de que hubiéramos comido; creo que sólo Hegesítrato comprendía lo que decían, pero tienen unas voces maravillosas: son tan delicadas que nuestros centinelas se acercaron un poco más para escucharlas. (Llevan gorros hechos con pieles de zorro; sus capas están hendidas y son tan largas que les tapan los talones.) Al final todo el mundo acabó acostándose para dormir, salvo yo y Elata. La hoguera ya casi se ha apagado y aunque hace mucho frío no pienso añadirle más leña; eso sólo serviría para asustar a Elata y haría que a los centinelas les resultara más fácil verme.

Cuando escribí sobre las Amazonas debería haber anotado que no tienen bocados de bronce para sus caballos. Los suyos están hechos de cuero crudo y aunque no soy capaz de recordar las cosas sé que me sorprendí mucho al verlos; por lo que creo que antes jamás había visto unos bocados semejantes. Sus riendas también son de cuero crudo; cubren la grupa del caballo con un protector de piel de oveja bastante parecido a los que usamos nosotros.

Hegesítrato está lisiado y tiene una barba rizada y muy negra; Elata es menos alta que las Amazonas y muy hermosa; lo todavía es una niña. Por lo que he leído, tenemos que encontrar a Oebazo. Hipereides el Trierarca nos ha enviado aquí para ello. Se lo pregunté a lo y Hegesítrato antes de que se durmieran y ambos me lo confirmaron. Esta tierra es Apsintia, y se halla en Tracia.

He intentado seguir escribiendo hasta que Elata se durmiera, pero estoy cansado y la hoguera ya casi se ha apagado. Puede que Elata se pase la noche en vela. Otro jinete se ha unido a nuestros centinelas: es más alto y corpulento que los demás. Eso es malo, y la presencia del perro quizá también lo sea. Voy a tumbarme en el suelo, pero me mantendré despierto hasta que Elata se duerma y el fuego se haya apagado.

11 - Ares y algunos otros

El Rey Kotis, Oebazo y Cletón..., debo recordarlos a todos o, por lo menos, recordarlos cuando lea esto, y debo acordarme de leerlo con frecuencia.

No quería quedarme dormido, pero acabé vencido por el sueño. Cuando desperté la luna ya se encontraba bastante baja y sólo el resplandor de las ascuas mostraba dónde había estado nuestra hoguera. Elata se había ido; lo, Hegesítrato, el hombre negro y las Amazonas dormían. No pude ver a nuestros centinelas, pero oí piafar a sus caballos.

Aunque ya no puedo recordar la mañana de ayer, sé que entonces no éramos prisioneros de los tracios. Recuerdo haberles visto cabalgando a través de la llanura. Quizá deberíamos haber huido, pero estoy seguro de que nos habrían perseguido y nos pareció que si debíamos combatir sería mejor hacerlo sobre caballos descansados;

pensamos que, si podíamos, debíamos intentar hacernos amigos suyos; ésa es la razón de que ahora estemos aquí.

Alrededor de nuestro campamento no hay casi nada que ofrezca protección, por lo que esperé hasta que la luna hubo bajado un poco más en el cielo y me arrastré sobre los tallos jóvenes de la cebada en dirección a la ciudad de los tracios, manteniéndome pegado a los surcos. Los tracios deben esperar que intentaremos huir, por lo que me pareció que ése sería el mejor camino a seguir. Un jinete pasó cerca de mí, aunque no me vio. Cogí mi espada, pero dejé mis dos jabalinas en el campamento. Mientras me arrastraba no paraba de preguntarme qué habría sido de Elata; pensé que los centinelas podían haber hecho que se alejara de nuestro campamento, que la habrían violado y que quizá la hubiesen matado.

La ciudad tiene pocos edificios de piedra y su muralla da al mar. Las casas más cercanas a nosotros eran bastante humildes: estaban hechas de madera y cañizo y tenían la techumbre de paja. Recorrí varias calles sin ver ni una sola luz en las casas.

Pensé que gente tan pobre no daría la alarma a menos que sus vidas y propiedades se vieran amenazadas, y llamé suavemente a una puerta. Al ver que nadie me respondía la golpeé con la empuñadura de mi espada. Por fin oí una voz de hombre hablando en tono irritado. No podía comprender lo que me decía, pero usé la lengua de los helenos y le dije que era un viajero heleno; le pedí que me llevara a una casa de alguien de mi pueblo donde pudiera encontrar alojamiento.

Creo que el hombre no comprendió nada de cuanto le dije, pero quizá reconoció la lengua que hablaba. En cualquier caso, acabó abriéndome la puerta. En cuanto vio a Falcata dejó caer el garrote que tenía en la mano. Me llevó hasta un lugar cercano a los muelles donde había una casa más grande que la mayoría de las demás -era la casa de Cletón-; después señaló la puerta con la mano y salió corriendo.

Llamé a la puerta y una mujer la abrió. No sé cómo se llama, pero creo que es una sirvienta de Cletón, y me parece que es de raza tracia. No quería dejarme entrar. Estaba asustada, aunque en cuanto comprendió que no sé hablar la lengua tracia despertó a su amo.

Cletón es bajito, gordo y tiene la barba gris, pero creo que no le falta coraje, pues cuando se presentó estaba irritado y llevaba consigo un grueso cayado, y cuando vio mi espada no lo dejó en el suelo. Me dijo que las horas en que hacía negocios iban desde la abertura del mercado hasta la caída de la noche. Si deseaba hablar con él podía hacerlo en su almacén, y ahora tenía que marcharme.

-No puedo verte entonces, noble Cletón -repliqué (la sirvienta había mencionado su nombre)-, pues hay hombres que me vigilan. ¿Acaso crees que siempre voy por ahí con un chiton sucio y las rodillas cubiertas de barro? He tenido que arrastrarme como un lagarto para poder llegar a tu casa y visitarte.

Me miró en silencio durante unos instantes y acabó ordenándole a la mujer que volviera a la cama.

-No tienes que preocuparte por ella -me aseguró-. Sólo conoce cinco palabras: ven, vete y ábrete de piernas. No eres jonio, aunque hablas como la gente de Pensamiento. ¿De dónde eres?

-No lo recuerdo -le dije.

Se rió.

-Bueno, hay muchos hombres con problemas... No hace falta que me des tu nombre, hijo. ¿Qué quieres de mí?

-Nada salvo información. ¿Dónde está Oeobazo el meda?

-Todo el mundo lo sabe -respondió con expresión pensativa.

-Yo no. No hablo tracio.

Cletón se encogió de hombros.

-Es una lengua bárbara. Al principio pensé que no la dominaba demasiado bien, pues tenía muchos problemas con los matices de su significado. Después comprendí que ellos tampoco saben sacarle demasiado provecho en ese aspecto..., es una lengua hecha para gritarle a la gente. ¿Quieres tomar un poco de vino?

Asentí, pues me parecía claro que la amistad de Cletón sería muy valiosa. Dejó su cayado en un rincón y me llevó a una estancia más espaciosa donde había bancos y una mesa.

-Aquí solemos comer dentro de la casa -me dijo-. El clima de este país es horrible... El vino también lo es, pero la guerra ha hecho que no pueda conseguir nada mejor. ¿Sabes si el Gran Rey piensa volver?

-No tengo ni idea -le respondí.

-Espero que vuelva..., la última vez que estuvo por aquí el ejército me compró todo lo que tenía y lo pagaron bien. ¿No quieres sentarte? Si me disculpas un momento iré a buscar el vino.

Naturalmente, me pasó por la cabeza que podía ir en busca de ayuda, pero no podía hacer nada al respecto salvo aguzar el oído, cosa que hice. No tardó en volver trayendo consigo vino, agua, un cuenco para mezclarlos y dos vasos.

-Si el paradero de Oeobazo es conocido por todo el mundo no hay razón para que me lo ocultes -le dije.

-Sí que la hay -me explicó mientras me entregaba un vaso-. De momento no he recibido nada a cambio de esa información. ¿Tienes algo de valor que contarme?

Le di las gracias y le pregunté qué podía tener valor para él.

Volvió a encogerse de hombros.

-Podrías empezar contándome dónde estás prisionero y qué has hecho.

-Nada, que yo sepa. Estamos en un campo del interior, no muy lejos de la ciudad.

-Así que no estás solo... Debe de haber..., no tendrían prisionero a un hombre en un campo, ¿verdad? ¿Cuántos sois?

-Trece.

-El número de la mala suerte, ¿lo sabías? Hay doce Olímpicos y nunca han querido permitir que el grupo contara con otro más. Cuando el dios del vino quiso entrar a formar parte de él, la diosa del hogar tuvo que resignarse y cederle el puesto. Por cierto, torcer el gesto al probar el vino de tu anfitrión quizá le disguste... Puede que no sea muy bueno, pero es el único de que dispongo.

-No es el vino -le dije-. El que bebimos esta noche era mucho peor. Es que esta noche he leído que puedo ver a los dioses y, aun así, no sé nada sobre ellos.

-Nadie sabe nada sobre ellos, hijo... No permitas que te engañen al respecto. ¿Quiénes son los otros doce prisioneros y qué os ha traído a Cobris?

Le expliqué que no formábamos un solo grupo sino dos que habían estado viajando juntos.

-Mis compañeros y yo fuimos enviados aquí por un capitán de Pensamiento -le dije-. Se llama Hipereides. Aparte de mí, están el mantis de Hipereides y su esposa...

-Espera un momento. -Cletón alzó la mano-. ¿Hipereides, has dicho? ¿Qué aspecto tiene?

No lo sabía, pero me pareció que si lo confesaba no conseguiría enterarme de nada más.

-Hipereides es un hombre muy conocido..., debe de haber más de mil personas que le han visto. ¿Qué demostraría el que te lo describiera?

-Me demostraría que Hipereides te ha enviado y yo te diría dónde está el meda -replicó Cletón-. ¿Qué es lo que quiere de él?

-Le han ordenado que encuentre a Oeobazo y que lo lleve a Pensamiento -le dije-. No puedo decirte nada más. En cuanto a demostrarte que he sido enviado por Hipereides, su

nave debe encontrarse con nosotros en la desembocadura del Hebrus. Podrías enviar a alguien hasta allí y preguntárselo. Me llaman Latro y su mantis se llama Hegesítrato.

Vi como las pupilas de Cletón se dilataban a causa de la sorpresa.

-¿Hegesítrato de Elis? ¿El hombre del pie de madera? -Yo estaba demasiado asombrado para replicar, pero él tomó mi silencio por un asentimiento-. Viajas en extraña compañía, hijo. Sí, muy extraña... ¿Sabes quién es Hegesítrato de Elis?

-Es el mantis de Hipereides, como ya te he dicho -respondí.

-Y eso es todo cuanto sabes sobre él... Sí, claro. Bueno, cuando el ejército del Gran Rey pasó por aquí era el mantis de Mardonio. Nunca llegué a verle en persona, pero oí contar muchas cosas acerca de él. El Gran Rey conservaba el mando supremo del ejército, como era de esperar, pero Mardonio era su estratega..., y creo que también había alguna relación familiar entre ellos. Me parece que era su yerno. Así que el antiguo mantis de Mardonio trabaja ahora para Hipereides, ¿eh?

Necesitaba el vino, por lo que me acabé el que quedaba en el vaso.

-Si tú lo dices...

-Hipereides hizo unos cuantos negocios conmigo tiempo atrás. Pieles de caballo, básicamente... Puede que un poco de ámbar si el precio era bueno. Dale saludos de mi parte.

Le prometí que así lo haría.

-¿Es eso todo lo que quieres? ¿Saber dónde está Oeobazo? -me preguntó.

-Si pudieras conseguir que nos dejaran en libertad, te quedaríamos muy agradecidos -le dije.

Cletón asintió.

-Iré a visitaros mañana y hablaré con Hegesítrato. Después, veré qué puedo hacer al respecto. ¿Sabes dónde está el templo de Pleistoro? -Meneé la cabeza-. Al noroeste de la ciudad, en lo alto de la colina. Los tracios siempre construyen sus templos en la cima de una colina y el de Pleistoro es el mayor, porque es su dios de la guerra. Nosotros le llamamos Ares.

Le pregunté a qué distancia quedaba.

Cletón se acarició la barba.

-No he ido allí con mucha frecuencia, hijo. Yo diría que a unos diez estadios o puede que un poquito más... Hay un camino procesional que sale de la ciudad... Ya sabes cómo son esos caminos, con el suelo liso y reseco a causa de las pisadas. En cuanto lo encuentres no podrás perderte.

Aun así logré extraviarme, y dudo que Cletón haya recorrido ese camino de noche sin una linterna. El camino procesional del que me había hablado empezaba en la plaza del mercado, tal y como había esperado, y me proporcionó un sendero liso y bien marcado para salir de la ciudad, pues había sido mejorado con palas y cada diez o quince cubitos había un poste de madera tallada a un lado o a otro del camino.

Cuando dejé la ciudad a mi espalda la noche estaba aproximándose a ese momento en que sientes que el alba debe llegar pronto (aunque la verdad es que todavía le falta mucho); y a medida que el camino procesional iba subiendo para salvar la primera loma pude ver la chispa escarlata de nuestra hoguera a mi derecha. Alguien había tenido el frío suficiente para despertar y echar más leños al fuego, obviamente; me pregunté quién habría sido y si se habría dado cuenta de mi ausencia.

El camino procesional se dividió en dos, y por lo que pude juzgar en la oscuridad ambos tenían la misma anchura y no había ninguna indicación de cuál llevaba al templo de Pleistoro. Pensé que sería prudente mantenerme lo más cerca posible de nuestro campamento (pues esperaba volver allí antes de que amaneciera), y escogí el que iba hacia la derecha. Llevaba recorrida poca distancia cuando oí música, y en cuanto hube andado un poco más mis ojos percibieron el resplandor de unas antorchas.

Apenas si tuve tiempo de dar un paso antes de que las bailarinas bajaran girando y haciendo piruetas por el camino procesional. Había cinco, dos que hacían entrechocar sus címbalos y dos que golpeaban tímpanos, e iban seguidas por un grupo más numeroso que tocaba flautas y llevaba antorchas. La quinta bailarina, que no llevaba ningún instrumento, interrumpió su salvaje danza para abrazarme. Creo que jamás me he sentido más sorprendido que en aquel momento.

-¿No me reconoces, Latro? Ya sé que olvidas las cosas, pero no me imaginaba que las olvidarías con tanta rapidez... Ven a bailar con nosotras. ¿Puedes mover los pies como yo? -Me cogió de la mano y un instante después me encontré saltando y bailando junto a ella, aunque mis botas me estorbaban considerablemente-. Un paso a tu izquierda y un paso a la derecha..., date la vuelta y vuelve a darla. Izquierda, derecha, derecha. Ya lo vas captando. ¡Vaya, pero si lo haces muy bien! -Las otras bailarinas retrocedieron un poco para observarnos, y aunque yo no podía verlas, sabía que estaban sonriendo-. Hace un rato estabas sentado junto al fuego intentando escribir y no podías apartar los ojos de mí. ¿No quieres bailar conmigo?

Entre jadeo y jadeo intenté explicarle que tenía cosas muy urgentes que hacer en el templo de Pleistoro.

-Entonces te has extraviado, pobre muchacho... Este camino lleva al templo de la Madre de los Dioses..., volvemos de allí.

Alguien a quien en un principio tomé por una de las Amazonas se puso a nuestra altura para decirnos que no podíamos ir bailando a la cabeza de la procesión, y que debíamos esperar a que el rey hubiera pasado.

Asentí y me aparté a un lado del camino, agradeciendo la espera y la ocasión de reposar; pero Elata se rió de él y dijo que ella y sus amigas habían estado bailando a la cabeza de la procesión desde que salieron del templo.

-¡Oh! -exclamó él (su tono de voz era muy parecido al de una mujer de voz grave y algo ronca)-. ¿Sois muchas?

Elata le dijo que así era y el hombre salió corriendo en su busca..., pero pasó de largo ante las cuatro bailarinas como si estuviera ciego.

El grupo más numeroso se presentó antes de que el hombre hubiera sido engullido por la noche. Casi todos los bailarines y músicos eran hombres y habían tenido la prudencia de descalzarse: se agrupaban alrededor de una hilera de jinetes. Ha pasado muy poco tiempo desde que les vi, pero no puedo recordar gran cosa sobre los que iban siguiendo al primero; sus ojos se encontraron con los míos y no pude apartar la vista de él. Creo que a él le ocurrió lo mismo.

Era joven, alto y de anchos hombros e iba montado en un corcel blanco como la leche. Una cota de malla que brillaba igual que el oro le cubría desde el cuello hasta los pies, con la única interrupción de un peto donde se veía la imagen de un león, y llevaba unas grebas que terminaban en los rasgos de una mujer tranquila y de expresión seria; pero lo que recuerdo con más claridad era su rostro, sus gruesas cejas, sus ojos penetrantes y su fuerte mandíbula. Pensé que tenía el rostro de un hombre capaz de mandar ejércitos enteros y llevarlos hasta el borde del mundo y más allá.

Después de él venían más jinetes y los extraños bailarines, y a continuación venía una turba que cantaba y llevaba antorchas. Supongo que debían de ser de la ciudad, aunque no estoy seguro de ello. Cuando hubo pasado el último le pregunté a Elata si el primer jinete era el dios de la guerra. Se rió de mí igual que se había reído de aquel sacerdote de aspecto afeminado, me aseguró que no lo era y me dijo que sus amigas le habían llamado Rey Kotis.

Los dedos rosados de la Aurora ya eran visibles en el este y aunque había tenido la esperanza de visitar el templo del Dios de la Guerra antes de que amaneciera, lo que más deseaba era volver a nuestro campamento mientras Hegesítrato siguiera durmiendo. Elata y yo abandonamos el camino, bajamos por el flanco de aquella colina mordisqueada

por las ovejas, cruzamos campos y saltamos acequias llenas de agua, guiados de vez en cuando por algún fugaz atisbo del fuego agonizante y, finalmente, por la columna blanca de su humo. Hegesítrato seguía dentro de su tienda envuelto en su capa. Hundí a Fálcata en su espalda.

Al principio no comprendí lo que había hecho y me quedé inmóvil contemplándole, y en ese instante Hipépode y el hombre negro me dominaron, cogiéndome por detrás y arrancándome a Fálcata de entre los dedos. Hegesítrato les había dicho que me mantuvieran dentro de la tienda y que no me permitieran salir de ella; y aunque el hombre negro ha tenido la amabilidad de traerme este pergamino, con mi punzón hecho del metal con que se fabrican los proyectiles de honda metido entre sus rollos, también me ha dejado claro mediante gran cantidad de señas que él y las Amazonas siguen estando dispuestos a matarme si intento escapar.

Cuando vuelvo a pensar en lo ocurrido esa noche no puedo comprender por qué sentía ese deseo tan grande de quitarle la vida a Hegesítrato el mantis. Quise encontrar a Oebazo por amistad hacia él, y no por Hipereides, el capitán de Pensamiento, pues no recuerdo al capitán salvo como a otro nombre de este pergamino. Y, aun así, deseaba con todo mi corazón la muerte de Hegesítrato y no veía contradicción alguna en ello.

Aunque ya no deseo acabar con la vida de Hegesítrato me parece que cuanto he descubierto concerniente a Oebazo, el Rey Kotis, Ares y los demás puede ser de importancia en el futuro, y por eso lo he anotado todo aquí, y esta noche trataré de recordar que debo leerlo.

12 - Lucharemos

Cuando todo el mundo hubo hablado, sólo Elata votó por hacer lo que el rey ha pedido. Hemos consumido la segunda comida como de costumbre; cuando la hoguera se apague Hipépode dará la señal. Tendremos que abandonar la tienda y unas cuantas cosas más; pero no hay forma de evitarlo. Llevaré conmigo este pergamino y el viejo, metidos dentro de mi cinturón.

Aunque he leído mi propio relato de todo cuanto hice al amanecer, lo único que recuerdo es haber visto dormido a Hegesítrato ante mí y haberle clavado mi espada. Hipépode y el hombre negro debían de estar montando guardia, pues me cogieron cada uno de un brazo antes de que pudiera darme cuenta de que estaban allí. Creo que podría haberme liberado, pero estaba tan perplejo que sólo fui capaz de quedarme inmóvil y asombrarme ante aquello en que me había convertido: era capaz de asesinar a un amigo y me hallaba prisionero de otros dos amigos.

Entonces Hegesítrato entró en la tienda, y vi que a mis pies sólo había una manta, una manta que acababa de ser atravesada por mi espada.

El hombre negro me trajo este pergamino, como ya he dicho. Creo que Hegesítrato habría querido hablar conmigo antes, pero un hombre gordo y viejo le llamó. Estuvieron conversando largo rato en voz tan baja que no pude oír nada de lo que decían. El viejo era Cletón. Ahora no puedo recordar haber ido a su casa de Cobris; pero sé que lo hice pues escribí sobre ello en este pergamino, y cuando le vi con Hegesítrato le reconocí y murmuré su nombre.

Cuando Cletón se marchó, Hegesítrato y Elata entraron en la tienda; lo les siguió andando de puntillas para que no se fijaran en ella (aunque dudo que lo consiguiera). Se sentó en un rincón y permaneció largo rato en silencio antes de hablar. Hubo un momento en el que vi moverse la lona de la tienda, por lo que supe que el hombre negro también estaba escuchando, aunque no me cabe duda de que Hegesítrato había hablado con él y con la reina de las Amazonas antes de que Elata y yo volviéramos esta mañana.

Cuando Hegesítrato hubo tomado asiento en el suelo delante de mí, me preguntó si no me sorprendía verle vivo y sin ninguna herida, y yo admití que así era.

-¿Comprendes que no soy ningún fantasma? -me preguntó-. ¿Comprendes que no soy ni un fantasma nacido de tu imaginación ni ninguna otra clase de criatura semejante?

Dije que lo comprendía y añadí que no me creía muy inclinado a las imaginaciones ni a ver fantasmas.

-Pero esta mañana viste un fantasma -me dijo el mantis-. Y, de hecho, le mataste..., al menos, todo lo que se puede matar a un fantasma. -Yo no dije nada, y él siguió hablando-. Y ahora, Latro, ¿me ves claramente? Entrar en esta tienda después de haber estado bajo la brillante luz del sol hace que todavía no pueda ver con mucha claridad. ¿Y tus ojos? ¿Se han adaptado ya a estas sombras?

Le dije que podía verle perfectamente, que había estado escribiendo en mi pergamino y que la luz me había parecido suficiente y adecuada para esa tarea.

-Entonces supongo que cuando entré te diste cuenta de que poseo una peculiaridad física bastante rara. -Señaló su pie de madera.

-Vi que estás lisiado -le dije-, pero me pareció que hablar de ello no sería de buena educación.

-Y, sin embargo, hay momentos en los que es preciso hablar de tales cosas -intervino Elata, muy seria-. En esos momentos referirse a tales asuntos resulta inofensivo. Hegesítrato ha sido mutilado y, como ya le he dicho, eso hace que le ame todavía más. Bien, Latro, ¿cuál es la naturaleza exacta de su mutilación?

-Ha perdido el pie derecho -le dije-. Se lo han cortado a la altura del tobillo. ¿Fui yo quien lo hizo?

Hegesítrato meneó la cabeza.

-No fuiste tú, pero la persona que lo hizo se halla presente aquí. Hablaré de ello dentro de unos momentos. Pero antes, ¿qué nombre le darías a esto? -Golpeó su pie de madera con la punta de los dedos.

-Es un pie de madera, un ingenio que te permite caminar.

-Entonces soy un hombre con un pie de madera, ¿no?

-Sí -admití-, así es como te llamaría.

-Naturalmente, no puedes decirme si has visto algún otro pie como el mío. Pero dime, ¿crees que estos pies son muy corrientes?

Le dije que no lo creía.

-En tal caso, soy el hombre del pie de madera, ¿no es así? Se me podría dar ese nombre, ¿no te parece?

-Ciertamente -respondí yo.

-¿Me odias? ¿Por esa o por alguna otra razón?

Meneé la cabeza.

-Claro que no. ¿Por qué debería odiarte?

Hegesítrato extendió las manos con las palmas hacia fuera.

-Tócame -me dijo, y así lo hice-. ¿Ves? Soy real. Se me puede tocar, igual que se me puede ver y oír. Y ahora, quiero que pienses cuidadosamente en nuestra situación actual. Eres joven y fuerte. Yo soy veinte años más viejo que tú, y estoy lisiado. No tienes ningún arma, pero no deberías necesitarla. Cuando Elata grite llamando a los demás ya estaré muerto.

Le dije que no sentía deseo alguno de hacerle daño, y que estaba seguro de que era amigo mío.

-Entonces deja que te cuente cómo llegué a tener esto. -Volvió a darse unos golpecitos en el pie de madera-. Nací en la hermosa isla de Zakuntios; pero mi familia es de la ciudad de Elis, en la Isla Roja, que se encuentra en el extremo sur de la tierra de Helas.

Asentí para demostrarle que le comprendía.

-Nuestra familia siempre ha estado más cerca de lo invisible que la mayoría de las familias. A algunos de nosotros nos parece que lo invisible está realmente muy cerca; para otros se encuentra tan lejos como para los hombres corrientes. Y para las mujeres,

debería añadir, pues el don se les concede con tanta frecuencia como a los hombres, aunque los hombres hemos conseguido más fama gracias a él... En mí el don ha sido muy marcado desde la infancia.

Volví a asentir.

-Mi reputación fue creciendo y me hicieron varias invitaciones para que acudiera a Elis, el hogar de nuestros antepasados. Las invitaciones llegaban año tras año y cada una era más cordial que la anterior. Consulté con los Hados y cada vez que lo hice me advirtieron de que no debía ir.

»Cuando ya había transcurrido más de una década me llegó un mensaje que no venía de la Asamblea de Elis, como las cartas anteriores, sino de Iamo, el cabeza de nuestra familia. En él me decía que un dios de tanto poder como el Destructor había apartado el velo de los años y le había mostrado, de una forma que le inspiró la más absoluta confianza en cuanto veía, que algún día le sucedería y que nuestra familia prosperaría teniéndome a mí como jefe, y que yo mismo sería rico y que toda Helas me respetaría. Por lo tanto..., como ya te he dicho, Iamo había recibido tales garantías que no podía haber duda alguna de ello..., Iamo me apremiaba a visitarle en Elis sin tardanza. Debería haberte dicho que ya es de edad avanzada, por cierto... Está mal de salud y había asuntos concernientes a ciertas propiedades familiares y, si he de ser sincero, ciertas viejas querellas de familia con las que deseaba familiarizarme antes de que la Muerte fuera a verle. También deseaba darme su bendición y no cabe duda de que la bendición de un hombre semejante no es nada despreciable.

Hégesítrato se quedó callado, como suelen hacer los hombres cuando intentan hablar de las decisiones que han dado forma a sus vidas.

-¿Fuiste? -le pregunté por fin.

-No..., o no de inmediato. En vez de eso hice una peregrinación al ombligo del mundo, a Delfines, donde, como te conté ayer, está el mayor de todos los oráculos del Destructor. Me pasé tres días enteros rezando y haciendo sacrificios y por fin entré en el santuario de la pitia escoltado por seis sacerdotes. Mi pregunta era: «Si voy a Elis, tal y como parece exigirme el deber, ¿lograré escapar al peligro que me aguarda allí?». Las respuestas del dios suelen ser crípticas, pero la claridad y concisión de ésta fue tan grande que ninguna de las personas que acuden a él en busca de ayuda o consuelo habría podido sentirse descontento con ella.

Aunque quienes son más temidos se apoderen de ti, la fuerza de tu propia mano te liberará.

Hégesítrato sonrió con amargura.

-¿Qué habrías hecho tú en mi posición, Latro?

-Supongo que hubiera ido a Elis y habría actuado con la máxima cautela posible.

Asintió.

-Eso es lo que hice. Las palabras del dios sólo podían ser interpretadas de una forma, como me aseguró mi propio sentido común y el de los sacerdotes: me vería apresado por enemigos a quienes otras personas les tienen un pánico cerval; mi estúpido orgullo me hizo suponer que procederían de algún grupo rival de nuestra propia familia, pues hay bastantes personas que sienten un prudente temor hacia nosotros, aunque su miedo rara vez tiene motivos, pero mis propios esfuerzos me permitirían escapar.

»Así pues, la profecía parecía perfectamente conciliable con la que se le había hecho a Iamo, y justificaba las muchas advertencias que había recibido. Fui a Elis, visité a los dirigentes de las varias ramas de nuestra familia y me pareció que ninguno de ellos albergaba hostilidad alguna hacia mí.

»La Asamblea no tardó en invitarme a que oficiara en el sacrificio de Italoan y, como es costumbre, a que predijera el futuro de la ciudad basándome en el escrutinio de mis víctimas. Un honor tan señalado mal podía rechazarse y, de hecho, no vi razón alguna

para hacerlo, aunque advertí a los magistrados que quizá lamentaran oír lo que les diría, pues ya tenía alguna idea de cuál sería el futuro de esa parte de Helas. Me absolvieron por anticipado de cualquier posible culpabilidad al respecto y repitieron su invitación.

»Realicé el sacrificio y los presagios eran los más apremiantes y menos ambiguos que he visto en toda mi carrera: la libertad de Elis estaba amenazada por el sur; sólo el ejercicio del mayor coraje y prudencia imaginables podría permitir albergar la esperanza de conservar una pequeña parte de su antigua independencia. Confieso que al transmitirles todo esto a los ciudadanos utilicé algunas revelaciones previas que me habían sido confiadas; pero los portentos estaban tan claros que me pareció totalmente justificado el hacerlo. Despejé las dudas de todos en cuanto a quiénes podían ser esos déspotas, pues en mi mente no había duda alguna al respecto, y subrayé lo apremiante de mis advertencias.

»Si hubiera prestado oídos a mis propias palabras habría huido de Elis aquella misma noche; pero me quedé hasta que la celebración hubo terminado y pasé el día siguiente dándoles las gracias a Iamo y a algunos otros miembros de nuestra familia y despidiéndome de todos; y me acosté con la firme decisión de partir a la mañana siguiente.

»Y eso hice. Una docena de Cordeleros se presentaron ante nuestra muralla cuando faltaba poco para amanecer, y la misma debilidad de esa fuerza ya indicaba el desprecio que Cuerda siente hacia la ciudad de mis antepasados. Aunque eran tan pocos Elis no se atrevió a ofrecerles resistencia, sabiendo que el mejor ejército del mundo estaba detrás de ellos para apoyarles. Nuestras puertas se abrieron de par en par; los Cordeleros entraron en nuestra ciudad, me sacaron por la fuerza de mi lecho y me llevaron a Cuerda. Oh -añadió Hegesítrato al ver mi asombro-, estoy seguro de que en todo eso no hubo nada de sobrenatural. Algún espía les repitió mis palabras y actuaron de inmediato, como suelen hacer. ¿Estás familiarizado con su ciudad?

-Hemos estado allí -dijo lo hablando por primera vez-, pero estoy segura de que Latro lo ha olvidado. De todas formas, no es gran cosa...

Hegesítrato asintió.

-Al principio fingieron que era un mero invitado de uno de sus jueces, por lo que fui confinado en una casa particular. De hecho, no tardaron en abandonar esa tenue ficción inicial... Me pusieron grilletes de hierro en las piernas y se pasaron varios días interrogándome. Los Cordeleros parecían creer que alguien me había sobornado para que diera tales adivinaciones y, como es comprensible, tenían muchas ganas de averiguar cuál era la identidad de mi corruptor. Cuando por fin logré convencerles de que me había limitado a contar la verdad, se me informó de que a la mañana siguiente sería sometido a la humillación pública, torturado y, finalmente, ejecutado.

»Esa noche uno de mis captos me proporcionó una daga fingiendo que actuaba impulsado por la compasión. ¿Sabes cuál es la innoble costumbre de los Cordeleros?

Meneé la cabeza, pero podía ver la daga como si la sostuviera en mi mano y tuve la sensación de que sabía cuáles serían sus próximas palabras.

-El cautivo que ha sido condenado puede quitarse la vida, con lo que Cuerda se ahorra el oprobio de haber eliminado a alguna persona que puede gozar de cierta consideración entre los demás; después sus jueces pueden jurar por todos los dioses de la Montaña que murió por su propia mano. Algún desgraciado esclavo es acusado de haberle proporcionado el arma y acaba siendo ejecutado..., hace unos diez años mataron de esa forma a Cleómenes, uno de sus propios reyes. Nunca olvidaré el sonido de la puerta al cerrarse y de la gruesa barra del exterior al ser colocada en sus soportes, y tampoco olvidaré lo aguzado que estaba el filo de aquel cuchillo cuando lo probé en la yema de mi pulgar, sentado en mi celda.

-Pero ¿y el oráculo? -le preguntó lo-. ¿No recordabas que el Destructor te había prometido que podrías liberarte por tus propios medios?

-Oh, sí, naturalmente. -Sus labios volvieron a curvarse en la misma sonrisa amarga de antes-. Y también recordé con qué frecuencia se me había advertido de que no fuera a Elis y que yo había seguido usando un medio u otro para averiguar más al respecto, hasta que acabé hartando de tal manera a los dioses que recibí una respuesta susceptible de ser interpretada como favorable y salí corriendo hacia allí. Los mortales solemos obrar así, ¿comprendes?; y después nos asombra descubrir que los dioses se han burlado de nosotros. Esa noche me convertí en adulto, niña, y espero que tu madurez llegue de una forma más llevadera.

»Estuve largo rato sentado con el cuchillo en la mano, escuchando como la casa se preparaba para acostarse. El Destructor tenía razón, naturalmente, como casi siempre: la fuerza de mi mano podía liberarme y no necesitaría demasiado tiempo para hacerlo. Me bastaba con hundir el cuchillo en mi pecho. Pero poner fin a su propia vida es algo terriblemente difícil para un hombre; dicen que el Rey Cleómenes no logró asestarse ningún golpe verdaderamente profundo, aunque acabó infligiéndose tal cantidad de pequeñas heridas que se desangró.

»Pensé en él, aprisionado por unos grilletes como los míos (era posible que fuesen los mismos grilletes y que hubiese estado en aquella misma habitación), hiriéndose a sí mismo y encogiéndose de temor a cada golpe; y eso hizo que mi mente empezara a seguir un nuevo rumbo pues recordé cuántos animales había sacrificado a lo largo de mi vida..., toda clase de animales, desde pájaros a toros, sin que mi mano vacilara ni una sola vez. Y recordé como su sangre había vuelto resbaladiza la empuñadura de mi cuchillo, sobre todo cuando sacrificaba tres o cuatro animales de gran tamaño uno detrás de otro, como había hecho hacía poco en Elis. Me incliné hacia adelante y clavé el cuchillo en mis pies hasta que los tobillos quedaron cubiertos con mi propia sangre; y empecé a retorcerme y a tirar tan fuerte como pude.

«Conseguí liberarme el pie izquierdo, pero no el derecho. Quizá fuera un poco más grande; o quizá la abertura del grillete fuera un poquito más pequeña..., no lo sé. A estas alturas, naturalmente, ya sabéis lo que hice después; empecé a cortarme el pie, poco a poco, una loncha de carne detrás de otra... Perdí el conocimiento dos veces. Cada vez que me despertaba cortaba un poquito más hasta que por fin pude dejar libre lo que había sido mi pie derecho. Tantos sacrificios y el examinar a tantas víctimas me han enseñado algo sobre la estructura de los animales; y pese a todo nuestro orgulloso alardear el hombre no es más que un animal sin plumas que camina sobre dos piernas..., si alguna vez habéis visto el cadáver despellejado de un oso ya sabéis cuan parecido es a un ser humano. Hice un nudo en los vasos sanguíneos más importantes, corté la carne que sabía no iba a sobrevivir y me vendé el muñón lo mejor que pude con mi mugriento chiton.

-¿Y pudiste salir por la ventana? -le preguntó lo-. Yo habría supuesto que estarías demasiado débil.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-No había ventanas, pero la pared estaba hecha con ladrillos de barro, como ocurre en la mayoría de las casas de Cuerda. El cuchillo me permitió arrancar unos cuantos ladrillos. Cuerda no tiene murallas; uno de sus mayores motivos de orgullo es que sus soldados le sirven de murallas. En cuanto se hizo de noche ya no hubo nada ni nadie que me impidiera cojear hasta el campo, aunque cada paso era una agonía. Al amanecer me encontré con una joven esclava que estaba ordeñando vacas. Ella y unos cuantos esclavos más me ocultaron en el cobertizo de las vacas hasta que mi muñón estuvo medio curado; después fui a Tegea y de allí a mi hogar.

Cuando Hegesítrato había llegado a ese punto de su relato tres nobles tracios entraron al galope en nuestro campamento: sus monturas eran soberbias, llevaban armaduras relucientes y muchos adornos de oro repartidos entre sus bridas y sus personas. Estuvieron hablando durante algún tiempo con Hegesítrato, y él le sirvió de intérprete a Hipépode.

Hipépode reunió a las Amazonas después de que se hubieran marchado, y Elata vino a buscarnos a lo y a mí. Hipépode se dirigió a las mujeres mientras Hegesítrato repetía el mensaje de su rey traído por los tracios.

Dijo que habían empezado afirmando la buena voluntad del Rey Kotis y que ofrecieron varias pruebas de ella: no nos había matado, aunque tenía miles de guerreros a sus órdenes; había permitido que acampáramos cerca de su capital, nos había permitido comprar comida y leña, etcétera... Después dijeron que había llegado el momento de que nosotros diéramos pruebas de nuestra buena voluntad para con él y su pueblo. Debíamos entregar nuestros caballos y nuestras armas; y cuando lo hubiéramos hecho seríamos llevados ante el rey, quien escucharía de buena gana cuantas peticiones quisiéramos hacerle.

Tras haberle repetido todo esto a Hipépode, Hegesítrato les pidió cierto tiempo para pensar en ello, y se le dijo que si a la mañana siguiente no habíamos entregado nuestras armas y nuestros caballos los soldados tracios caerían sobre nosotros y nos matarían.

Cuando Hegesítrato nos hubo informado de todo esto, el hombre negro habló durante un rato y Hegesítrato tradujo sus palabras para el resto de nosotros, primero en la lengua de las Amazonas y después en la de los helenos.

-Si este rey es realmente amigo nuestro -había dicho el hombre negro-, ¿por qué iba a desear quitarnos nuestros caballos y nuestras armas? Los reyes quieren que sus amigos estén bien equipados y que sus enemigos carezcan de armas. Por lo tanto, propongo que hagamos lo siguiente: asegurémosle a este rey que somos amigos suyos, tal y como él nos ha asegurado que lo es nuestro. Jurémosle que si quiere encomendarnos alguna misión la cumpliremos: mataremos a sus enemigos y le traeremos cualquier cosa que desee, aunque se halle en los confines del mundo. Pero, a cambio, él debe permitirnos conservar nuestros caballos y las armas que necesitaremos para ponernos a su servicio, decirnos dónde está Oeobazo, permitir que le llevemos a Pensamiento si es que se encuentra en su reino y darles a las Amazonas esos caballos en cuya búsqueda han llegado tan lejos.

Ignoro si sabía la razón de que las Amazonas hubieran venido a Tracia; de ser así lo había olvidado, pero no creo que lo lo supiera pues por su cara pareció tan sorprendida como yo.

La Reina Hipépode habló a continuación; en cuanto hubo terminado todas las Amazonas la vitorearon entusiastamente y Hegesítrato se encargó de traducirnos sus palabras.

-Estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho Siete Leones, pero tengo una cosa más que añadir. Las Amazonas somos hijas del Dios de la Guerra, y, aunque le amamos, es un padre estricto y nos impone leyes que no osamos quebrantar. Una es que jamás entreguemos las armas, pues de lo contrario podríamos acabar volviéndonos como las hijas de los hombres. Podemos hacer la paz, pero sólo con alguien que confíe en nuestros juramentos; y si no confía en ellos y nos pide que rompamos nuestros arcos debemos luchar hasta la muerte. Hasta el día de hoy nuestro pueblo jamás ha violado esta ley, que no fue hecha por hombres o mujeres sino por el dios que es nuestro padre. El Rey Kotis debe comprender que nosotras tampoco la violaremos.

13 - Esperamos el ataque

Cletón volvió para advertirnos. Esta vez hablé con él, así como con Hegesítrato, y he de consignar aquí lo que se dijo pues si vivimos quizá llegue a serme necesario. Pero antes debo poner por escrito todo lo que tenía intención de consignar antes de que Hegesítrato volviera a presentarse para conversar conmigo.

Cuando Hipépode hubo terminado de hablar Hegesítrato preguntó si alguien más deseaba ser oído, y yo dije que no necesitamos preguntarle al Rey Kotis dónde se

encuentra Oeobazo; está en el templo de Pleistoro, el Dios de la Guerra. Añadí que dado que ese dios era el padre de las Amazonas podían pedirle que le permitiera venir con nosotros. Hipépode prometió que así lo harían, y yo les conté cuanto había visto y oído la noche antes. Hegesítrato confirmó que Cletón había venido tal y como me había dicho que haría, y le interrogó acerca de Hipereides. Después votamos, con el resultado que ya he anotado.

Después de eso Hegesítrato habló con Hipépode y el hombre negro; eso ocurrió cuando escribí lo que viene antes y dejé a un lado el pergamino cuando volvió para hablar conmigo.

-Hemos estado discutiendo sobre la táctica a emplear -me dijo-. Cuando llegue la mañana le enviaremos un nuevo mensaje al rey ofreciéndole un rehén como garantía de nuestro buen comportamiento. Esperamos que por lo menos eso sirva para retrasar el ataque.

Estuve de acuerdo con él, diciéndole que me parecía un plan excelente, y le pregunté quién sería el rehén.

-Le ofreceremos que lo escoja él mismo..., será cualquier persona que él quiera.

-Entonces te escogerá a ti -le dije a Hegesítrato-, a menos que sea un completo estúpido. Perderte nos dejaría más debilitados que perder a ninguna otra persona.

Hegesítrato asintió.

-Ésa es nuestra esperanza. Si hablo con él cara a cara quizá consiga muchas cosas..., lo cual me lleva al asunto del que quería hablarte, Latro. También quería hablar contigo, lo. -Ésta le había seguido hasta la puerta de la tienda donde yo estaba sentado-. Antes de que llegaran los tracios os conté parte de mi historia. No sé si os aburrí, cosa que lamentaría; pero pensé que deberíais saber cuál es la razón de que los Cordeleros me odien y de que yo les odie a ellos.

-Puedes estar seguro de que ahora comprendo por qué les odias -dijo lo-. Pero si estabas limitándote a contarles a los habitantes de Elis lo que los dioses te habían ordenado que les dijeras, ¿qué razón hay para que ellos te odien?

Hegesítrato sonrió.

-Si todas las personas fueran tan razonables como tú habría muchas menos disputas y luchas... Por desgracia los hombres odian a cualquiera que se oponga a sus designios, sea por la razón que sea. No sólo advertí a los eleanos en contra de los Cordeleros sino que desde entonces también he advertido a otras muchas ciudades.., de hecho, he advertido a todo aquel que quisiera escucharme siempre que he tenido ocasión de hacerlo. Además, mi huida fue una humillación para ellos y saben que serví a Mardonio en todo aquello de que fui capaz.

»He dicho que los Cordeleros me odian; pero hay otra persona, un hombre que no pertenece a su estirpe y que me odia todavía más que ellos. Se llama Tisameno de Elis y es el mantis del Príncipe Pausanias, el Regente de Cuerda.

Cuando Hegesítrato pronunció aquellos nombres la expresión de lo me hizo preguntarle si habíamos conocido a esas personas y ella asintió sin decir palabra.

-lo ya me ha contado que les habéis conocido, aunque tú no lo recuerdas -me dijo Hegesítrato-. De hecho, me ha contado que Pausanias se refiere a ti llamándote su esclavo.

Creo que al oír esas palabras puse cara de enfado pues Hegesítrato se apresuró a seguir hablando.

-Aunque no tiene ningún derecho a ello, desde luego... lo también me ha dicho que creía que habías escrito muchas cosas sobre tu conversación con Tisameno en tu otro pergamino..., más de lo que le habías contado, o eso pensaba ella. ¿Estarías dispuesto a leerme esos pasajes?

-Naturalmente -asentí-. Pero le has llamado Tisameno de Elis y has dicho que era el mantis del príncipe... ¿Es pariente tuyo?

Hegesítrato suspiró y asintió con la cabeza.

-Es un pariente bastante remoto, pero aun así es de nuestra sangre. Ya te he dicho que había ciertas querellas de familia... ¿Te acuerdas de eso?

-Sí, desde luego.

-La más antigua de todas es la que existe entre los Telíadas y los Clitíadas, los hijos de Telias y los hijos de Clitias, que le traicionaron. Yo soy Telíada, como sabes; Tisameno es un Clitíada. Tiene más o menos mi edad. ¿Quieres que te cuente algunas cosas de él?

-Me gustaría que lo hicieras -dijo lo-. Desearía saber más sobre él.

-Muy bien. Aunque los Clitíadas descienden del primer lamo al igual que nosotros, los Telíadas, no tienen una reputación tan buena como la nuestra y he oído contar que el joven Tisameno exhibió pocos de los signos precoces que distinguen al auténtico mantis. Su principal ambición era ganar honores como vencedor en los juegos, pues posee una extraordinaria agilidad tanto de mente como de cuerpo, y para tratarse de un hombre de poca talla goza de una gran fortaleza física.

»Se casó más pronto de lo que es corriente, pero su mujer no le dio hijos; y con eso como excusa le pidió prestada una considerable cantidad de dinero a la familia de su esposa y la usó para viajar a Delfines y consultar al Destructor. Pero en cuanto llegó allí aprovechó el viaje para interrogar al dios acerca de todo su futuro y se le aseguró que conseguiría cinco gloriosas victorias.

-¿Te refieres a que ganaría carreras y ese tipo de cosas? -le preguntó lo.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-No, aunque eso es lo que él creyó. Como quizá sepáis, los grandes juegos en honor del Destructor se celebran cada cuatro años en Olimpia, que está cerca de Elis. Tisameno se inscribió como participante en un mínimo de cinco pruebas.

»Como ya podéis imaginaros, toda Elis comentó su acción y la noticia no tardó en llegar a Zakuntios. Un tío mío, Polícleto, el hermano de mi madre, me pidió que intentara averiguar algo más sobre lo ocurrido. Consulté a los dioses usando media docena de métodos distintos y los resultados fueron uniformemente negativos, por lo que le informé de que Tisameno no conseguiría ganar en ninguna de las pruebas a las que se había inscrito, como así ocurrió.

»Pero ya he hablado demasiado sobre este tema..., sé que estoy poniendo a prueba vuestra paciencia. Seré breve y os diré que después de los juegos Tisameno no tardó en descubrir su verdadera vocación y entró al servicio de Pausanias y que nunca me ha perdonado. Es muy posible que las batallas de Arcilla y Paz fueran dos de las victorias que le prometió el dios, pues Euríbiades, que estuvo al mando de las flotas combinadas en Paz, es un subordinado de Pausanias, y el regente en persona se encargó de dirigir los ejércitos aliados en Arcilla.

Hegesítrato se quedó callado durante unos instantes y clavó sus penetrantes ojos en los míos.

-Aquí debes aceptar mi palabra de que lo que te digo es cierto. Si un mantis es lo bastante potente y hábil puede arrojar un hechizo que hará que otra persona obedezca su voluntad. ¿Comprendéis a qué me refiero?

Los dos asentimos.

-Los magos, como se llama a los hechiceros de Parsa, son grandes adeptos en ese arte. Lo supe gracias a uno de ellos cuando estaba al servicio de Mardonio. No sé dónde lo habrá aprendido Tisameno; puede que de algún mago hecho prisionero en Paz, aunque eso no es más que una conjetura... Pero estoy seguro de que ha aprendido esas artes; y si quieres leerme el pasaje correspondiente de tu pergamino en voz alta quizá descubra algo de interés.

Deshice los nudos hechos en las cuerdecillas de mi otro pergamino, busqué el nombre de Tisameno y leí en voz alta cuanto vi escrito empezando por las palabras «En la tienda del regente no había nadie para recibirme». Hegesítrato me pidió que leyera dos veces un pasaje. Lo transcribo aquí tomándolo del otro pergamino:

Aún debo escribir algo más aunque mi mano vacila llegado el momento de hacerlo. Hace apenas unos segundos, cuando estaba a punto de entrar en esta tienda que lo y yo compartimos con Drakaina y Pasícrates, oí rozándome casi la oreja el extraño susurro de Tisameno, diciendo: «¡Mata al hombre que tiene el pie de madera!». Cuando me volví intentando verle, no encontré ni rastro de él.

Hegesítrato asintió como para sí mismo.

-Ahí está. Cuando te hablé de esos hechizos también debería haberte contado que quien lo arroja puede robar el recuerdo de lo ocurrido, y que suele hacerlo. No quiero decir que se pierda cuando ha pasado un día, como te ocurre habitualmente a ti porque lo olvidas todo; sino que se olvida de inmediato en cuanto el acontecimiento en sí ha tenido lugar. En este caso parece que mi primo no fue tan habilidoso como cree ser, pues tú, que lo olvidas todo, conservaste en tu interior algún fragmento de memoria que registró lo ocurrido, aunque te pareciera tan tenue e incomprensible como una voz perdida en el viento. Puede que conocer tu enfermedad le hiciera descuidado, o quizá el mismo mal que te hace olvidarlo todo te permitió recordar esto.

-Tisameno estuvo realmente allí, aunque Latro no recordara su presencia en cuanto salió de esa tienda... -dijo lo-. ¿Es eso lo que intentas decirnos? ¿De la misma forma que no puedes tocar a un fantasma? -lo se estremeció.

-El recuerdo que Latro tenía de él murió, si quieres expresarlo de esa forma -dijo Hegesítrato-. Su fantasma se desvaneció, tal y como suelen hacer los fantasmas. Cuando Latro, el Príncipe Pausanias y un soldado de la guardia personal de Pausanias volvieron del acantilado después de haber visto la nave que os llevaría a Sestos, mi primo debió de llamarle para hablar con él. Supongo que se lo llevó a su tienda, aunque hay una leve posibilidad de que obrara en algún otro sitio donde pudiera tener la seguridad de que no iba a ser interrumpido. Arrojó el hechizo sobre él y da la casualidad de que podemos estar prácticamente seguros de cuáles fueron las palabras que utilizó: «Mata al hombre que tiene el pie de madera». Pero hubo un segundo hechizo cuyo fin era hacer que Latro se olvidara del primero. Al menos, su objetivo era hacerle olvidar que había hablado con Tisameno sin que Pausanias estuviera presente... Dudo mucho de que al regente le hubiera gustado enterarse de que el hombre a quien enviaba al Quersoneso iba a ser usado por mi astuto primo para un propósito particular, por lo que el segundo hechizo, el hechizo del olvido, debió ser absolutamente necesario.

lo había estado masticando un rizo de su cabellera y se lo sacó bruscamente de la boca para hablar.

-Pero yo recuerdo lo que ocurrió cuando Latro y el hombre negro nos encontraron en ese lugar situado a las afueras de la ciudad. No intentó matarte.

-Sí que lo intentó -le dijo Hegesítrato-, pero debes entender que él no se daba cuenta de lo que estaba haciendo y que no planeó ninguno de esos actos. Me llevó a la casa que Hipereides había requisado, allí donde estaba su espada, hizo que me sentara y me pusiera cómodo y fue a buscar su espada.

-¡Pero tú le golpeaste con tu muleta! Lo recuerdo... Latro, parecías alguien a quien se ha despertado del sueño dándole una patada.

-Es una forma excelente de pensar en lo ocurrido -le dijo Hegesítrato-. Cuando se encuentra sometida a semejante hechizo la persona se mueve como en sueños, y apenas parece enterarse de que camina y golpea en el mundo de la vigilia.

»Por cierto, en este asunto hay un par de aspectos bastante extraños..., uno que ayudó a mi primo y otro que trabajó en su contra. Verás, conseguir que un hombre actúe en contra de los dictados de su naturaleza es muy difícil. Por ejemplo, si arrojara un hechizo

de esa clase sobre ti y te ordenara que le dieras una palmadita a tu caballo en el hocico no habría ninguna dificultad..., en tu interior no habría enraizada ninguna objeción a ese acto y lo harías. Pero si en vez de eso te dijera que matases a alguien..., eso ya es muy distinto. Dudo que jamás hayas cometido un acto semejante.

-No lo he cometido -aseguró lo meneando la cabeza.

-Pero Latro ha sido soldado, y por lo que tú y el hombre negro me habéis contado estaba en el ejército del Gran Rey cuando éste llegó aquí procedente de la Tierra de los Caballos. Es probable que haya matado a una buena cantidad de hijos de Hele; yo sólo habría sido uno más.

-¿Qué fue lo que trabajó en contra del hechizo? -le pregunté-. Prefiero que nos hables de eso.

-Lingua tua -dijo Hegesítrato, usando las mismas palabras que escribo en este pergamino-. Tu lengua... Tisameno no la conocía, por lo que se vio obligado a arrojar el hechizo en una lengua distinta, lo cual resulta extremadamente difícil. Me sorprendió descubrir que había logrado alcanzar el grado de éxito que está claro consiguió.

»Repasé cuanto sabía sobre el tema y consulté con cierto amigo que se ocultaba en Sestos (por favor, no habléis de este hombre con ninguna otra persona), y volví con la intención de librarle del hechizo, si es que estaba en mi mano. Cuando encontré a Latro estaba escribiendo; había vuelto a guardar su espada en el cofre, pero tenía cerca ese cuchillito con el mango de hueso que utiliza para afilar su punzón y me lo clavó cuando intenté librarle del hechizo de Tisameno. -Hegesítrato se acarició el costado-. La herida aún no ha curado del todo y puede que pase el resto de mi existencia sintiendo alguna que otra punzada de vez en cuando... Pero, siguiendo con mi historia, comprendí lo peligroso que sería librarle del hechizo por lo que arrojé sobre él unos cuantos hechizos de mi cosecha..., por ejemplo, uno de ellos haría que no se fijase en mi pie de madera. Naturalmente, ya sabes lo que ocurrió.

-No -dijo lo-, no lo sé. ¿Qué ocurrió?

-Entonces es que no estabas escuchando cuando Latro nos habló a todos hace un rato... Contó su conversación con Cletón, el comerciante de La de los Cien Ojos al que conoció en Cobris. Le mencionó mi nombre, y Cletón, que no sabía nada de todo esto, me llamó «el hombre del pie de madera».

Asentí.

-Y eso me hizo sentir el deseo de volver aquí y matarte. Casi llegué a olvidarme de Oeobazo.

-Exactamente. Pero en los cuatro mundos hay poderes mucho más grandes que los de mi malvado primo y uno de ellos decidió protegerme. O quizá decidió protegernos a los dos, pues si me hubieras matado tal y como intentaste hacer, es más que probable que hubieras acabado muriendo a manos de las Amazonas o del hombre negro..., a la gente no suele gustarle que alguien mate a un amigo mientras duerme, ni aun suponiendo que ese alguien sea otro amigo suyo. Pero, como había empezado a deciros, me hallo protegido por ciertos hechizos y ensalmos, y es altamente probable que uno de los dioses a quienes he hecho invocaciones interviniera para salvarme.

-Entonces puede que ellos nos salven mañana -dijo lo.

Vi lo asustada que estaba y la abracé, diciéndole que los únicos que corremos peligro de muerte somos los que estamos en condiciones de combatir y lo peor que puede ocurrirle es que acabe barriendo los suelos de alguna casa tracia.

14 - En la caverna de la Madre de los Dioses

Escribo esto a la luz de nuestra hoguera. Aquí es donde se guarda el cedro para el fuego sagrado, y las ascuas donde se había celebrado un sacrificio aún humeaban. Lo encontró la madera y avivó las ascuas mientras los demás luchábamos en la boca de la

caverna. Hemos perdido a tres Amazonas y dos más han sido heridas de gravedad. El hombre negro recibió un lanzazo en la mejilla y Hegesítrato le ha cosido la herida. Nadie sabe qué ha sido de Elata.

Está lloviendo.

Acabo de leer lo que escribí antes del crepúsculo y hay muchas cosas más que debo poner por escrito. Cletón ha vuelto. Hegesítrato, la Reina Hipépode, el hombre negro, lo y yo conversamos con él y nos habló de la profecía.

-Fui al palacio -dijo-. He hecho algunos negocios para el Rey Kotis, quien ha sacado un gran provecho de ellos, y me gusta creer que tengo cierta influencia sobre él. Tuve que esperar bastante rato, pero acabaron llevándome a su presencia.

»Estaba sentado a una mesa con tres nobles y tenía delante su mejor ritón de oro. Esos cuernos para beber que utilizan son símbolos de poder, ¿lo sabíais? Si tienes uno será mejor que dispongas de la fuerza suficiente para conservarlo... Bueno, me di cuenta de que estaba un poco borracho, lo cual es raro en él. Todos los bárbaros saben aguantar bien la bebida, pero normalmente Kotis la soporta aún mejor que la mayoría de ellos. La mejor forma de razonar con un rey (es algo que he descubierto por experiencia propia) es decirle que tiene un problema y ofrecerse a resolverlo por él, y eso es lo que hice. Le dije que sabía que os tenía prisioneros junto a su ciudad, que algunos erais bárbaros del este (siempre hay que decir que los del otro bando son unos bárbaros) y no había forma de saber cuál podía ser la reacción de la tribu si la situación acababa poniéndose realmente fea... Además, entre vosotros había algunos compatriotas míos, y no debía olvidar que acabábamos de vencer al Gran Rey y a todos sus medas, y era muy probable que cualquier día tuviese un ejército entero llamando a la puerta de su ciudad.

»Le confesé que había venido aquí para hablar con vosotros, pues siempre es mejor revelar las cosas tú mismo antes de que otro se encargue de contarlas. Le dije que había oído comentar que erais comerciantes, por lo que preparé mi carro y mis mejores mulas y vine hasta aquí con la esperanza de hacer algún negocio. También le dije que Egbeo está haciendo un trabajo excelente. Egbeo es el jefe de vuestros centinelas, ¿comprendéis? Le había sobornado, aunque sin excederme, por lo que no quería verle metido en apuros.

»Después le dije que había descubierto que no erais comerciantes, sino peregrinos y embajadores de Pensamiento. Le dije eso porque Kotis lo sabe todo sobre Pensamiento, dado que esa ciudad y La de los Cien Ojos son las mayores urbes comerciales de esta zona. Le dije que me parecía que todavía era posible solucionar todo el embrollo sin soliviantar más los ánimos, por lo que si hacía que sus hombres de confianza cooperasen conmigo yo me encargaría de todo por él.

»Entonces él sonrió y dijo "Cuando la luna esté alta", y todos los nobles se echaron a reír. Nada más oírle supe que andaba tramando algo por lo que le dije que no, que había planeado volver aquí esta tarde para ocuparme de todo.

»Meneó la cabeza. "Cletón, amigo mío, no hace falta que te molestes más por ellos hoy. Ve mañana. Entonces tendrás mi permiso para actuar de la forma que te parezca más conveniente."

»Le hice tres reverencias y salí de la habitación andando de espaldas, diciéndole lo mucho que me alegraba poder serle útil. Volví al carro, subí hasta el templo de Pleistoro y pedí ver a Oeobazo. Kotis es el gran sacerdote, pero en el templo siempre hay alguien y los que están allí también son sacerdotes. Conocía a un par de ellos y cuando les dije que acababa de llegar del palacio y se suponía que debía encargarme de hacer ciertos preparativos para mañana me dejaron hablar con él. ¿Alguno de vosotros ha visto el lugar?

Ninguno de nosotros lo había visto, y así se lo hicimos saber.

-Bueno, no esperéis un hermoso edificio de mármol parecido a los grandes templos que tenemos en nuestra patria. Es bastante grande, sí, pero está hecho con esa variedad de piedra suya, creo que es caliza, y es bastante angosto: a los que viven allí arriba no les

gustan los edificios espaciosos. Tienes que entrar por la parte delantera, donde hay una sala para que los más importantes puedan resguardarse de la intemperie. Después viene el altar y una gran estatua de madera. Detrás de ella hay una hermosa cortina que les traje de Sidón. Algunas esposas de la nobleza le hicieron un bordado que muestra al dios montado en su caballo. Su león va corriendo junto a él y lleva la lanza en una mano y su cuerno de vino en la otra. Querían poner a Zalmoxis en forma de jabalí en una de las esquinas de abajo, pero no había sitio suficiente y además la estatua lo habría tapado casi todo, así que les dije que se limitaran a bordar una mitad, la cabeza y las patas delanteras, no sé si me entendéis... Su cabeza...

Hegesítrato alzó la mano. -¿Pudiste hablar con Oeobazo? Cletón asintió.

-Le tienen en una habitación de la parte de atrás. Hay una ventana, pero es tan pequeña que nadie podría pasar por ella, y la ventana tiene un par de barrotes. Kotis va a sacrificarle.

No creo que a Hegesítrato le sorprendan muchas cosas, pero aquello sí lo hizo; vi como parpadeaba. Hipépode le puso la mano en el hombro y Hegesítrato le tradujo lo que Cletón había dicho, aunque fue muy breve y pronunció muchas menos palabras que Cletón. Le dije a éste que no sabía que aquel pueblo practicara los sacrificios humanos.

-Sólo los reyes. -Cletón se puso las manos a la espalda e hinchó el pecho, dándose aires de importancia-. El sacrificio hecho por el rey no puede ser como el de un hombre corriente, por lo que la diferencia está en que la gente común y los nobles sacrifican animales, igual que nosotros, y los reyes sacrifican personas. Normalmente cautivos obtenidos en sus incursiones. Debéis comprender que el rey no es un hombre corriente. —Nos guiñó el ojo-. El rey desciende de Tereo, hay muchos reyes que llevan su nombre, y Tereo era hijo del mismísimo Pleistoro. Pleistoro es hijo de Kotito, nuestra Rea, y a veces también es su amante. Cuando el rey sube al altar con todo su atuendo sagrado y le corta la cabeza a un ser humano te das cuenta de que es distinto de los demás mortales. Es una de las formas en que lo demuestra, ¿comprendéis?

-¿Cuándo? -le preguntó Hegesítrato.

-Mañana -respondió Cletón. Hipépode conocía esa palabra; vi la expresión de sorpresa en su rostro al mismo tiempo que la sentía en el mío. Nadie dijo nada hasta que Cletón volvió a hablar-. Ha adelantado la fecha del sacrificio..., se suponía que no iban a celebrarlo hasta el mes próximo.

Hubo otro silencio y, por fin, lo le preguntó:

-Oeobazo... ¿lo sabe?

Cletón asintió.

-Él fue quien me dijo. Después hablé con los sacerdotes: les dije que quería asistir al sacrificio y todo eso. No es ningún secreto y de hecho los sacerdotes han estado intentando hacer correr la voz desde que Kotis dio la orden. Incluso han llegado a enviar heraldos... Si queréis mi opinión, Kotis obra así por lo que le dijo el oráculo esta primavera.

Hegesítrato lanzó un gruñido.

-Entonces quizá sería mejor que nos hablaras de ello con más detalle.

-Bueno, cada año el rey de este país manda una embajada a Lesbos, donde se guarda la cabeza de Orfeo en una bóveda subterránea que hay bajo el templo de Bromios. ¿Lo sabíais? La cabeza sigue viva..., al menos eso es lo que se cree, y su forma de agradecer los regalos que le traen los embajadores es darle algún buen consejo al rey para el año que empieza. Normalmente el consejo no es gran cosa: si lo examinas bien se reduce a cuidarse de los desconocidos y confiar en los amigos..., lo de siempre. Sólo que a veces el consejo puede hacer que se te erice el pelo, y en más de una ocasión el consejo de la cabeza ha hecho que el rey degollara a algunos de sus queridos parientes.

-Supongo que éste debió de ser uno de esos años, ¿no? -le preguntó Hegesítrato-. ¿Cuál fue el consejo del oráculo?

-¿Quieres saber las palabras exactas? -le preguntó Cletón.

-Sería mejor, si es que las recuerdas.

-No habría podido olvidarlas ni aunque quisiera -le dijo Cletón-. Se anuncia cada año en el festival, y este año la mitad de Cobris lo repitió hasta conseguir que terminaras harto de oírlo. -Recitó una especie de canturreo en tracio.

Hegesítrato se tiró de la barba con los ojos medio cerrados y se dirigió a Hipépode en la lengua de las Amazonas. Advertí que la reina le miraba fijamente antes de ponerse la mano debajo del cuello. Hegesítrato se encogió de hombros y se volvió hacia nosotros.

-No estoy seguro de poder traducirlo en versos aceptables, pero lo intentaré.

Triste será el destino de los fuertes cuando el dios quiera golpear, haciendo aullar al sabueso y al milano volar. Las palomas harán de halcones y los bueyes atacarán.

La infancia se armará para cabalgar, y las doncellas a la guerra irán.

Bendis querrá el sol detener, ¡pero ved, ved a los leones correr! El Señor de las Batallas, la batalla nos trae, y en la batalla la sangre de los reyes cae.

Cuando Hegesítrato terminó de recitar los versos miré al hombre negro y él me miró, por lo que cuando hablé lo hice en nombre de los dos.

-No veo que eso tenga nada que ver con Oeobazo.

-O con nosotros -añadió lo-. ¿No vas a explicarnos cuál es su significado, Hegesítrato?

-Quizá lo haga más tarde. Todo esto me parece extremadamente serio, amigo mío -murmuró volviéndose hacia Cletón-. ¿Tienes más malas noticias que darnos?

-Creo que sí -respondió Cletón-, pero dejaré que vosotros mismos juzguéis si lo son o no. Después de abandonar el templo (no hace mucho de esto, comprendedlo), tuve que volver a la ciudad para seguir el camino que lleva hasta aquí. Bueno, el caso es que me encontré con Egbeo y pensé que os dejarían marchar, por lo que le llamé y le pregunté al respecto. Me dijo que no: le habían dado orden de buscar caballos frescos para todos, por lo que los fue enviando uno a uno y cogió el último para él.

-Planean atacarnos cuando la luna esté alta -le dije a Hegesítrato-. Les dará la luz suficiente para utilizar sus lanzas. Supongo que habrá muchos más soldados que los que nos vigilan ahora; y puede que el mismo Rey Kotis en persona se encargue de dirigirlos.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-¿Realmente crees eso? Yo me sentía inclinado a pensar que podíamos confiar en la palabra del rey.

-Bueno, en vuestro lugar yo no lo haría -dijo Cletón con toda franqueza.

Le dimos las gracias por su información y sus buenos oficios y vimos como su carro tirado por mulas se alejaba traqueteando camino abajo.

-Estoy seguro de que tienes razón, Latro -me dijo Hegesítrato-, pero aunque no creo que nuestro amigo Cletón haga de espía para el rey, es muy posible que le repita lo que ha oído aquí a alguien de la ciudad. Si lo hace puede que sus palabras acaben llegando a oídos del rey o a los de uno de sus funcionarios. Debemos marcharnos esta noche, si podemos. -Vio las preguntas que había en mis ojos y añadió-: Me gustaría consultar con los dioses antes de decir nada más y las Amazonas todavía tienen que pedirle ayuda al padre de su raza.

Habló durante un rato con su reina.

-Hipépode piensa que un caballo sería la víctima adecuada para el sacrificio -nos dijo-, y no cabe duda de que debemos sacrificar a la peor de nuestras monturas, pues dadas las circunstancias no podemos prescindir de las mejores. Creo que el dios lo comprenderá..., sobre todo este dios en particular. Quizá podamos usar uno de los caballos de los tracios que capturamos en nuestro primer encuentro. Después dejaré que vosotros dos -se refería al hombre negro y a mí- os encarguéis de trazar un plan para

nuestra huida. Hipépode os ayudará en ello. Debéis ser nuestros estrategas y yo seré vuestro mantis..., aunque me temo que también deberé haceros de traductor.

Las Amazonas construyeron un altar de madera y tierra y clavaron una de sus espadas en él. Mientras tanto, el hombre negro y yo lavamos al peor de nuestros caballos (que, aun así, me parecía una montura muy hermosa) y lo adornamos con las mejores galas que lo y Elata pudieron encontrar. Hipépode se encargó de llevar a cabo el rito propiamente dicho: se sentó sobre el cuello del caballo después de lo que supuse serían las plegarias adecuadas y de que todas las Amazonas cantaran un himno. Hipostizein, la más alta, recogió la sangre en un cuenco, esparció un poco sobre la espada sagrada y arrojó el resto al fuego. Después, la reina y Hegesítrato le abrieron la barriga y arrojaron el corazón y el hígado a las llamas, así como también otros órganos y algunos huesos. Hegesítrato observó con mucha atención cómo ardían y el humo que se elevaba de ellos y examinó los dos omoplatos antes de contarnos lo que había averiguado.

-Tengo malas noticias -nos dijo-, pero también las tengo buenas. No lograremos salir indemnes de todos los peligros que nos aguardan, pero parece que al final obtendremos lo que deseamos.

El hombre negro movió rápidamente la mano señalando a Elata, lo, a él mismo y a mí, y después señaló a Hipépode y a sus Amazonas.

-Sí -dijo Hegesítrato-. Los dos grupos, no ahora mismo..., no esta noche, creo, pero pronto. Al menos Ares parece estar dispuesto a satisfacer la petición de sus hijas.

El hombre negro pasó sigilosamente junto a los centinelas apenas el sol se hubo ocultado, para poder vigilar el camino. Dimos por supuesto que el líder de los tracios cabalgaría en cabeza; y aunque no fuese el rey sería el mejor rehén que podíamos capturar. lo y Elata se quedarían en nuestra tienda. El resto montamos a caballo tan pronto pudimos tener la seguridad de que los centinelas no nos verían, con la esperanza de atacar antes de que saliera la luna; hasta la Amazona herida montó a caballo, y cuando Hipépode le ordenó que fuera a la tienda para reunirse con lo y Elata, insistió en que se encontraba lo bastante bien para combatir (o eso me pareció). Alguien me besó en la oscuridad y creo que era ella. Desde luego, era una mujer más alta y fuerte que Elata.

15 - Querría irme ahora

Hegesítrato no está de acuerdo y he prometido que le obedeceré. Hablamos en privado y él también pensaba que si debemos actuar hay que hacerlo con rapidez y yo soy el más adecuado. Le dije que planeaba marcharme tan pronto como hubiera terminado; pero ha insistido en que antes debo descansar y dormir un poco, si es que puedo.

Piensa eso debido a los acontecimientos que vio en las llamas de nuestro sacrificio: cree que podemos llevarnos con nosotros a Oeobazo, aunque no sea esta noche. Dice que si esperamos al amanecer será más fácil descubrir la otra salida de la caverna, si es que existe otra salida. Yo había planeado marcharme por la entrada, para lo que la noche sería el momento más adecuado y, de hecho, el único en el cual sería posible hacerlo. Quizá no debería haber accedido, aunque, como dice Hegesítrato, lo cierto es que hay una leve brisa procedente de la entrada. Puedo verla llevándose el humo.

Acabo de releer lo que escribí antes de que viniera Hegesítrato y descubro que he omitido algo que debería ser consignado antes de que lo olvide. Después de nuestro sacrificio lo volvió a hablar con Hegesítrato y le hizo algunas preguntas sobre el oráculo de primavera.

-Supongo que lo único que te dejará satisfecha es una exégesis completa línea por línea... Muy bien, lo intentaré. Pero debes comprender que el rey tendrá su propio sabio particular; y que este sabio dispondrá de una considerable cantidad de pronunciamientos

del oráculo sobre la que basar sus estudios, por lo que puede llegar a comprenderlo mucho mejor que yo.

»"Triste será el destino de los fuertes cuando el dios quiera golpear", dice la primera línea, y las únicas preguntas a responder son las identidades de "los fuertes" y la del dios. Estos oráculos suelen plantear un acertijo en la primera línea y resolverlo en la última y creo que nos encontramos ante uno de esos casos; "los fuertes" son los reyes a que hace referencia en la última línea. ¿Me vais siguiendo?

Lo asintió, y lo mismo hicimos el hombre negro y yo.

-Se menciona a un mínimo de tres dioses, aunque puede haber más implicados. Aquellos de los que podemos estar seguros son "el Señor de las Batallas"; es decir, el Dios de la Guerra; "Bendis", que es el nombre tracio para la Cazadora; y "el sol", que sólo puede ser su gemelo. Podemos tener la seguridad de que esos tres están involucrados.

»La segunda línea dice: "Haciendo aullar al sabueso y al milano volar". El milano que vuela parece indicar que muchos morirán; los milanos se alimentan de carroña y vuelan sobre los campos de batalla. La cuestión es si la palabra "sabueso" hace referencia al perro de muchas cabezas que protege la entrada principal a las Tierras de los Muertos. Esa referencia tan abierta a Bendis me hace pensar que se trata de un perro de caza, y si estoy en lo cierto la línea significa: "Habrá una persecución y muchos morirán".

-¿Y qué quiere decir lo de la infancia? -le preguntó lo.

-Ten paciencia -replicó Hegesítrato-, pronto llegaremos a eso. La línea siguiente dice: «Las palomas harán de halcones y los bueyes atacarán». Creo que esta línea puede tener dos significados; el primero y no cabe duda de que el más obvio es sencillamente que el funcionamiento ordenado de la naturaleza quedará suspendido..., habrá prodigios. En el curso normal de los acontecimientos las palomas no se lanzan sobre su presa como los halcones y el buey es la más dócil de las bestias. Pero creo que también se nos está diciendo que ciertos individuos o grupos de ellos que no esperamos presenten combate lo harán. Naturalmente las palomas están consagradas a la Diosa del Amor, y cuando aparecen en las profecías suelen representar a las mujeres jóvenes y hermosas: recordarás que cuando hicimos el sacrificio en el bosquecillo de Itis que hay junto a Pactia os hablé de dos princesas que fueron transformadas en aves. Los «bueyes» mencionados en la segunda mitad de esta línea probablemente hagan referencia a los campesinos, aunque en este país, como en el nuestro, los campesinos están muy lejos de ser dóciles y pacíficos, y suelen acompañar a los nobles en sus incursiones.

-La línea siguiente es la que tanto interesa a lo -le dije a Hegesítrato-. «La infancia se armará para cabalgar, y las doncellas a la guerra irán.»

-Correcto -dijo él-. Latro, veo que cuando puedes disponer de ella tu memoria resulta excelente... Ésa es la línea que os recité, aunque por desgracia no puedo deciros gran cosa sobre ella. «La infancia» puede ser una referencia al Dios del Amor, el hijo de la diosa; pero dado que normalmente va armado y vuela en vez de montar a caballo no confío mucho en esa interpretación. La Cazadora es otra débil posibilidad: pasó bruscamente a la feminidad y hay algunos aspectos en los que ha seguido siendo una niña; y es cierto que suele montar a caballo, particularmente aquí en Tracia. Pero ella también tiene costumbre de ir armada, por lo que a esta interpretación puede hacerse la misma objeción que a la primera. Peor aún, se la nombra claramente en la línea siguiente: «Bendis querrá el sol detener». Actuará cuando la infancia se haya armado para cabalgar y por lo tanto no es probable que se trate de ella. ¿Qué objeto tendría afirmar que actuará cuando actúe? Yo diría que aquí la palabra «infancia» hace referencia a alguien que no conocemos, posiblemente un príncipe de este o algún otro estado vecino.

»Es muy probable que las "doncellas" sean las personas descritas como "palomas" en la línea superior y si tal interpretación es correcta esas dos líneas con la pareja "palomas-doncellas" constituyen un ciclo más pequeño de acertijo y solución incrustado dentro del ciclo mayor. Si "la infancia" es una referencia a la Cazadora, las "doncellas" que Orfeo ha

dicho que irán a la guerra bien pueden ser las ninfas de su séquito..., pero supongo que a los tres ya se os ha ocurrido una solución mucho más probable; puedo verlo en vuestras caras.

El hombre negro señaló enfáticamente a las Amazonas y tanto lo como yo pronunciamos esa palabra en voz alta.

Hegesítrato asintió.

-Y podemos afirmar con una seguridad casi total que ésa es la interpretación a la que el rey y su consejero han decidido dar crédito. Pensad en la situación del Rey Kotis; recibió este oráculo en primavera, hace casi un año, y el oráculo dice de una forma bastante clara que puede morir, advirtiéndole que «cuando el dios quiera golpear..., en la batalla la sangre de los reyes cae». Llega el verano y los potentes ejércitos del Gran Rey se retiran cruzando Apsintia. ¿Puede ser esto lo que el oráculo profetizaba? Pero el Gran Rey ni tan siquiera fue herido y, en cualquier caso, el oráculo de Orfeo le fue revelado a él, Kotis, y no a Jerjes, como le llamamos nosotros.

»Y ahora, cuando falta tan poco para que el año finalice, doncellas guerreras, de las que quizá Kotis nunca haya oído hablar, aparecen repentinamente en su reino. Por lo que nos ha dicho Cletón, podemos estar seguros de que el primer grupo de Apsintios con el que nos encontramos conocía el oráculo. Nos molestaron y se vieron atacados por doncellas que iban a la guerra; y ésa fue la razón de que el segundo grupo accediera a pactar una tregua y nos llevara hasta Cobris. Latro, eres el Rey Kotis. ¿Qué harías después?

-Supongo que vendría aquí para ver a las doncellas guerreras con mis propios ojos -dije yo.

-Correrías un grave riesgo -aseguró Hegesítrato-. Como consejero tuyo en esta clase de asuntos, es mi deber advertirte que los acontecimientos profetizados pueden no suceder hasta que tú mismo hayas visto uno de los portentos, o quizá todos. Si actúas tal y como tienes planeado, Rey Kotis, es posible que tú mismo te encargues de producir los resultados que tanto temes.

Asentí.

-Creo que lo entiendo. ¿Qué me aconsejas que haga, noble Hegesítrato?

-Primero, envía tres hombres de confianza para verificar que estas personas son realmente las doncellas guerreras de las que habló Orfeo. Segundo, desármalas. Si intentas destruirlas puedes tener la seguridad de que te opondrán resistencia; y esa misma resistencia suya puede dar inicio a la guerra de la que habló el oráculo. Pero si las privas de sus armas y caballos no podrán «ir a la guerra».

-¡Espera un momento! -gritó lo-. Sé que él envió a esos nobles que llevaban encima tanto oro y que quiere que le entreguemos nuestros caballos y nuestras armas. Pero nos dio de plazo hasta mañana por la mañana, y ahora tú y Latro decís que va a atacarnos esta noche.

Hegesítrato suspiró.

-Sí, me temo que eso hará. Cletón y los dioses nos han hecho la misma advertencia; por lo que podemos estar tan seguros de ella como podemos estarlo de todo cuanto nos rodea. No le dijimos claramente que nos negábamos a entregar nuestros caballos y nuestras armas porque deseábamos ganar tiempo y él lo sabe. Ahora quiere atrapar al lobo por las orejas, si le es posible. Los reyes pueden sangrar, cierto, pero el oráculo quizá se refiera a una simple herida y también puede hacer referencia a otros reyes y no a él. Asimismo, es posible que el oráculo haya mentido; se dice que el Dios Brillante se complace en deformar de vez en cuando las profecías de Orfeo y como ya hemos visto no cabe duda de que está envuelto en todo esto, actuando en oposición a su hermana gemela.

lo se levantó de un salto: estaba tan excitada que no podía seguir inmóvil.

-Entonces, ¿qué le ha impulsado a tomar la decisión de sacrificar a Oeobazo? ¿Crees que deseaba congraciarse con el Señor de las Batallas?

-Exactamente. Examinemos las cuatro últimas líneas como si fueran una sola: «Bendis querrá el sol detener;/pero ved, ved a los leones correr!/El Señor de las Batallas, la batalla nos trae/y en la batalla la sangre de los reyes cae». Ya hemos hablado de Bendis y del sol. Supongo que «los leones» es una referencia a los estrategas o quizá a unos grandes guerreros que se apresuran a entrar en combate. El Señor de las Batallas es Ares, naturalmente..., o Pleistoro, como se le llama aquí. Sí, traerá consigo la batalla; pero es de suponer que alguien saldrá victorioso de ella, ¿no? ¿Acaso ese alguien no puede ser el mismo Kotis? Ésa es la razón de que buscara el favor divino de Pleistoro y, afortunadamente, tenía a mano una víctima perfecta. Si puede, Kotis destruirá a las doncellas guerreras y después implorará el favor de Pleistoro.

Eso fue cuanto dijo Hegesítrato: si hubo más ya no lo recuerdo. Pero cuando hablamos en el templo -lejos de los demás y usando la lengua en la que escribo, para que no pudieran entendernos-, me hizo una advertencia que puede ser de la máxima importancia.

-No recuerdas nuestra conversación con la Cazadora -me dijo-, pero quizá la hayas leído hoy en tu pergamino.

-No la leí -le respondí-, pero por el momento lo que pueda habernos dicho no tiene ningún interés para mí. Hablas mi lengua..., dime dónde se encuentra mi tierra.

Hegesítrato meneó la cabeza.

-Lo haría si pudiera, pero lo ignoro. Si logramos sobrevivir a esta noche puedo consultar a los dioses en tu nombre. ¿Deseas que lo haga?

-¿Cómo puedes hablar mi lengua y, aun así, ignorar dónde se habla?

Hegesítrato tomó asiento junto a mí; todo esto ocurrió antes de que habláramos de que yo debía ir al templo.

-Porque soy el hombre que soy. ¿Has oído hablar de Megistias? -Aquel nombre no significaba nada para mí-. Era el mantis del Rey Leónidas de Cuerda y murió con él. Se le concedió el don de comprender el lenguaje de todas las aves y las bestias y gracias a ello acumuló grandes conocimientos, aunque en una ocasión me dijo que la mayoría de las bestias y todas las aves apenas si se interesan por los asuntos de nuestra especie.

-¿Crees que un pájaro podría decirme dónde se encuentra mi hogar? -le pregunté.

-Lo dudo. Y en cualquier caso yo, que a veces hablo con los dioses, soy incapaz de conversar con los pájaros. Pero se me ha dado otro don de lenguas parecido al que se le concedió a él; entiendo la lengua de todos los hombres y mujeres con los que me encuentro. No puedo explicarte cómo lo hago. Mardonio solía preguntármelo, pero lo único que estaba en mi mano hacer era responderle con otra pregunta: ¿cómo era posible que él no fuese capaz de ello? Puede que jamás aprendiera a hablar nuestra propia lengua, como hacen los demás niños.

Creo que en ese momento habría sido capaz de dejarme caer sobre mi espada.

-Parece ser voluntad de los dioses que jamás encuentre mi hogar -le dije.

-Si tal es su voluntad debes inclinarte ante ella -me aconsejó Hegesítrato-. ¿Leerás las palabras de la Cazadora?

Meneé la cabeza.

-Entonces te las repetiré. Te prometió que volverías a reunirte con tus amigos. No te hablé de ello antes porque tu joven esclava nos estaba escuchando; pero te lo digo ahora. Te aconsejo que leas ese pasaje de tu pergamino y también la parte que leíste en voz alta esta tarde en la lengua de los hijos de Hele.

Ahora voy a escribir sobre la batalla. La luna acababa de asomar por el este cuando oímos el grito del hombre negro. Nada más oírlo rompimos el círculo de nuestros centinelas: Hipépode encabezó a sus Amazonas por mi izquierda y Hegesítrato avanzó

por mi derecha. Había dos centinelas delante de nosotros, pero los arcos de las Amazonas cantaron; aunque olvido todo lo demás jamás olvidaré el zumbido de las flechas. Los huesos de los tracios se quebraron bajo los cascos de nuestros caballos.

La mano del rey estaba sobre la empuñadura de su espada, pero le atacé antes de que pudiera sacarla de la vaina; le aprisioné los brazos contra los costados y le hice caer de su silla. Un tracio se lanzó sobre mí: recuerdo el brillo de la luna en la punta de su lanza. Hice girar mi montura para que el cuerpo del rey recibiera la lanza, y el tracio la levantó y se alejó al galope. El rey es muy fuerte; logró liberar un brazo y me golpeó en la cara, con lo que me pareció que todas las estrellas del cielo se habían precipitado sobre mis ojos; pero le pasé una mano alrededor de la garganta y apreté hasta sentir que dejaba de intentar apartarme el brazo.

Durante todo este tiempo había estado cabalgando hacia el oeste, tal y como habíamos acordado, hundiendo mis talones una y otra vez en los ijares de mi caballo. Es una montura excelente, pero llevaba dos hombres corpulentos a la grupa, por lo que no podía dejar atrás a los caballos de los tracios. El hombre negro, Hegesítrato y algunas mujeres tiraron de sus riendas y acabaron cabalgando a mi espalda o a mi lado. El hombre negro aún tenía una jabalina y mató con ella al primer tracio que nos había alcanzado, girando sobre sí mismo y lanzándola con fuerza y precisión cuando el tracio estuvo muy cerca de nosotros. Las flechas de las Amazonas nos libraron de otros perseguidores, y los hombres cayeron de sus caballos o éstos se desplomaron bajo ellos; pero había demasiados.

De repente tuve la sensación de estar volando. Miré hacia abajo y vi el arco plateado de la luna, por lo que me pareció que habíamos saltado por encima del cielo. No era más que una de las acequias con que los campesinos tracios desaguan sus campos, y mi caballo la saltó antes de que me hubiese dado cuenta de su presencia. Se posó al otro lado de la acequia y se tambaleó; estuve a punto de caer de su grupa y casi solté al rey.

Un instante después supe que debía soltarle o moriría. El hombre de mi derecha no era Hegesítrato, sino un tracio que enarbolaba su lanza disponiéndose a golpearme con ella. Si hubiese podido le habría arrojado su rey a la cabeza, pero aunque logré levantarlo me era imposible hacer semejante lanzamiento desde la grupa de un caballo. El rey cayó entre nosotros y el lancero tiró de las riendas, tal y como yo sabía que haría. Entonces pude lanzar mis jabalinas. Creo que maté a un tracio; la otra jabalina falló.

No sé cómo encontramos esta caverna sagrada. Nos adentramos en las colinas y acabamos siguiendo un camino, pues era el único sitio por donde nuestros caballos podían galopar. Oí una voz que gritaba «¡Latro! ¡Latro!». Era la voz del hombre negro, y aunque parece que casi nunca habla, ahora estaba gritando. El camino terminaba en la boca de la caverna; las ascuas del fuego de su altar iluminaban la noche con un resplandor carmesí. La boca de la caverna es tan pequeña que no se puede entrar en ella a caballo ni aunque el jinete se incline sobre el cuello de su montura, si bien en cuanto se ha recorrido un trecho la recámara interior es mucho más espaciosa.

Cuando llegué al lugar donde me esperaban el hombre negro y los demás, aquél desmontó y llevó su caballo al interior de la caverna, haciéndonos una seña con la mano para que le siguiéramos. Un joven sacerdote se lanzó sobre él blandiendo una espada; si hubiera dirigido su golpe un dedo más hacia la derecha estoy seguro de que le habría matado, pero el hombre negro le agarró por la muñeca y le cortó la garganta.

Elata ya no está con nosotros; la dejamos en la tienda. Creí que lo también estaba allí hasta que la vi entre las Amazonas (esto ocurrió antes de que se encargara de reavivar el fuego). Le dije que si se hubiera enfrentado con algún tracio, habría muerto.

-Lo hice, y a pie habría sido casi tan alto como tú, pero a caballo éramos de la misma estatura. Le golpeé en el cuello.

Varios tracios entraron corriendo en la cueva, pero las Amazonas mataron a dos con flechas y el resto huyó.

Le pregunté a lo dónde había encontrado su espada.

-La reina Hipépode me la dio -replicó.

-No debería haberlo hecho, lo -le dije-, y tú no deberías haberla aceptado.

Ya había acabado de limpiar la hoja (mucho más concienzudamente de lo necesario, y en el dobladillo de su propio peplos) y se arrodilló para soplar sobre las ascuas, fingiendo prestar muy poca atención a lo que le estaba diciendo.

-Yo se la pedí. Le dije que no sabía disparar el arco, pero que puedo montar tan bien como cualquiera y que si pensabas secuestrar al Rey Kotis necesitarías la protección de todos. Me preguntó si sabía lo que significaba participar en una batalla y yo le dije que he visto muchos combates, aunque nunca había tomado parte en uno de ellos. Después hurgó entre sus cosas y me dio esta espada.

-Supongo que no te habrá dado su propia espada, ¿verdad?

-Pertenece a una Amazona que murió antes de que nos encontraran. Eso es lo que me dijo.

Sentí deseos de quitársela, pero ¿cómo podía desarmarla cuando sabía que muy pronto quizá tuviéramos que volver a luchar por nuestras vidas?

-Supongo que sigue lamentando la muerte de esa amiga suya -me dijo lo-, porque cuando me la dio se puso a llorar. Creía que las Amazonas no lloraban.

Y esto es todo cuanto escribiré por ahora. Debo dormir un poco. Hegesítrato ha prometido despertarme al amanecer. Sólo voy a anotar una cosa más: lo me ha contado que le quitó la túnica al sacerdote pensando que quizá pudiera hacerse un chiton con la parte que no estaba manchada.

-Le han hecho lo mismo que a los bueyes -me dijo, y se señaló la ingle con la mano.

16 - Los caballos del Sol

Los caballos blancos que Faretra y yo robamos están junto a los nuestros; y es cierto que parecen tener el poder de acabar con las sombras (como si fueran el mismo Sol). La Reina Hipépode dice que pase lo que pase no debemos matarlos y Hegesítrato está de acuerdo con ella; pero los tracios no lo saben.

He estado durmiendo. Creo que éste era el sueño de que hablaba cuando escribí «Debo dormir un poco. Hegesítrato ha prometido despertarme al amanecer» en este pergamino. Pero no fue Hegesítrato quien me despertó (es el mantis, y tiene un pie de madera), sino los Hombres de Tracia.

No, la verdad es que ni tan siquiera fueron ellos, sino la centinela de la entrada de la caverna. Gritó que ya se acercaban y desperté al oír el sonido de su voz. La vi tensar su arco y lanzar una flecha antes de volver corriendo hacia el fuego sagrado. Puso otra flecha en el arco, se dio la vuelta y disparó de nuevo sin dejar de correr; yo creía que tal destreza con el arco no estaba al alcance de los mortales, pero lo vi y me limité a poner por escrito aquello que he visto.

Los tracios entraron corriendo por la angosta boca de la cueva, pero yo ya me había puesto en pie y tenía esta espada en la mano: en su hoja hay escrita la palabra FALCATA. La vanguardia estaba compuesta por hombres de noble cuna, o eso me pareció. Llevaban unos cascos muy hermosos, escudos con bellas pinturas y una armadura muy cara hecha con escamas cosidas a una lámina de cuero. Detrás de ellos venían muchos peltastas; algunos llevaban cascos y cada uno tenía dos jabalinas.

Creo que los tracios habrían hecho mejor formando una falange con sus lanzas, pero las habían dejado fuera y entraron en desorden con la espada en la mano. Yo sólo pude matar a dos nobles tracios. Después del combate me habría gustado quedarme con la cota de mallas de uno; pero Falcata había destrozado las dos, haciendo que el bronce se

hundiera en la carne. Sin embargo, había un tercer tracio que había muerto de un flechazo en el ojo; la Reina Hipépode y sus Amazonas me regalaron su cota de mallas. Ahora la llevo puesta.

No sé cuántos peltastas he matado. Hubo muchos muertos; pero el hombre negro luchó con la espada del sacerdote, las heridas de Fálcata se parecen mucho a las que deja el hacha de Hegesítrato, y creo que algunas Amazonas usaron sus espadas. Hipépode teme que acaben quedándose sin flechas, pero han podido recobrar las que usaron en la batalla o, al menos, la mayor parte de ellas.

Dentro de la cueva los peltastas sólo podían atacarme de tres en tres; abatí a varios y los arcos de las Amazonas vibraban como liras. Cuando los peltastas retrocedieron para arrojar sus jabalinas, las Amazonas mataron a muchos más con sus flechas y las jabalinas rebotaron en la piedra: hay partes de la cueva donde el techo es tan bajo que debo inclinarme para ir por ellas. Nos reímos de los tracios.

Cuando el combate hubo terminado y las Amazonas me hubieron honrado con esta armadura, decidimos que Hegesítrato debía hablar con los tracios para pedirles una tregua, pues no teníamos madera suficiente para quemar todos los cadáveres. También estuvimos de acuerdo en que si Hegesítrato podía ver al Rey Kotis quizá consiguiera hacer algún acuerdo beneficioso para nosotros, pues está claro que el Dios de la Guerra se halla de nuestro lado, y es tanta la protección con que ha favorecido a sus hijas durante la batalla que ninguna ha recibido heridas serias.

Hegesítrato habló con el rey, y después todo el mundo empezó a arrastrar los cadáveres de los tracios hasta la boca de la cueva, donde esperaban sus compañeros para llevárselos. Ése fue el momento que aproveché para marcharme, aunque aún no había amanecido.

A cien pasos del fuego sagrado la caverna estaba más oscura que la noche más negra. Lamenté no haber traído conmigo una antorcha, aunque sabía que no podría haber preparado una sin atraer la atención sobre mi persona; el hombre negro habría insistido en acompañarme, aunque le duele mucho la mejilla, y puede que la reina también hubiera querido mandar conmigo a algunas de sus Amazonas. Estaba seguro de que la ausencia de tantos debilitaría peligrosamente al resto (y Hegesítrato dijo estar de acuerdo conmigo) y que no lograrían más de lo que podía hacer una sola persona; si Oebazo iba a ser rescatado tendría que ser gracias a mi astucia y sigilo, pues no teníamos la fuerza suficiente para hacerlo de otra manera.

Pero mientras avanzo por la caverna temo olvidarlo todo, y en este punto Hegesítrato también ha estado de acuerdo conmigo. He seguido sus sugerencias y llevo el pergamino debajo de mi cinturón. Le he prometido que si descubría otra salida me detendría y lo leería tan pronto como hubiera luz suficiente.

Como ya he escrito, llevo la armadura que me han dado las Amazonas; también debería escribir que voy armado con Fálcata, un par de jabalinas y un pelta, y que llevo el casco de uno de los nobles que he matado; pues pensé que me convenía parecerme lo más posible a un patricio de Tracia. No tardé en alegrarme de haber cogido el casco y las jabalinas, pues el primero evitó que mi cabeza recibiera más de un golpe y usé las puntas de hierro de las jabalinas para ir tanteando las desigualdades del suelo ante mis pies; pero tuve que abandonar el pelta, pues en dos ocasiones me vi obligado a trepar para no perder la débil corriente de aire que sentía soplándome en el rostro. Iba contando mis pasos, y ya había contado mil doscientos diecisiete cuando oí el rugir de un león y los gruñidos de otro.

Sabía que enfrentarse a semejante bestia en la oscuridad significaría mi muerte, pero, aun así, no quería retroceder e intenté desviarme de su camino, y aunque abandoné lo que me parecía el pasadizo principal seguía oyendo a los leones delante de mí. Me pregunté varias veces qué podía haberles traído a estas profundidades; sabía que suelen

pasar el día durmiendo en las cavernas, pero pensaba que jamás estarían dispuestos a penetrar tanto en una de ellas.

Vi algo de luz cuando ya llevaba contados más de dos mil pasos y pensé que era un verdadero imbécil, pues la respuesta al acertijo me pareció tan sencilla como evidente: los leones no se habían adentrado en la oscuridad sino que habían hecho su guarida en el mismísimo lugar que andaba buscando, la abertura por la que soplaba la corriente de aire, y aunque la idea de enfrentarme a unos leones no me gustaba mucho ni aun de día, pensé que unas cuantas piedras y algunos gritos me permitirían pasar junto a ellos sin sufrir daño alguno. Si pueden evitarlo, casi todas las bestias salvajes prefieren huir de un hombre armado.

La luz se fue haciendo más brillante y me reveló las rocas y el barro resbaladizo sobre el que llevaba tanto tiempo avanzando a tientas, y recordé la promesa que le había hecho a Hegesítrato; pero, aunque saqué el pergamino de mi cinturón y desaté los nudos de sus cordoncillos, no pude distinguir las palabras y tuve que seguir caminando un trecho más antes de poder sentarme en una piedra y leer todo lo que escribí ayer, empezando por «Querría irme ahora», y ni tan siquiera entonces podía ver la abertura.

Llegué al pasaje del oráculo donde se hablaba de los bueyes y de la infancia y de cómo las profecías habían llegado a convertirse en realidad, y creo que en aquel entonces recordaba todo eso así como el haber escrito sobre esas cosas, aunque ahora ya las he olvidado. Después llegó el momento de enfrentarme a los leones. Volví a enrollar el pergamino, lo puse debajo de mi cinturón, como antes, y avancé con una jabalina en cada mano.

No tardé en toparme con una ilusión tan extraordinaria que debería haberme advertido de lo que ocurriría después, aunque lo cierto es que no me sirvió de aviso. A mi izquierda se alzaba un pilar de los que a veces se encuentran en las cavernas, inmenso y húmedo. Iba desde la piedra que había bajo mis botas hasta la que tenía sobre la cabeza y relucía como si estuviese hecho de perla; pero no sé si le habría prestado tanta atención de no ser porque al principio me pareció hecho de otra sustancia. Cuando me aproximaba a él me limité a divisarlo por el rabillo del ojo, y me pareció que no era un objeto natural sino más bien una columna como las que se suelen ver en las casas que los hombres construyen para los dioses, columnas que están hechas de mármol blanco o madera pintada de ese mismo color.

Cuando aparté mis ojos de él y seguí avanzando, volvió a parecerme un objeto hecho por manos humanas, por lo que me detuve, di la vuelta y lo observé con atención.

Después de eso tuve la sensación de que no estaba avanzando por la cueva sino a través de un abrupto paisaje barrido por la tempestad, donde la roca y el barro se alternaban con suelos y paredes pulidas, y éstos, a su vez, con la hierba seca y los brillantes cielos azules del reseco verano. Los agudos dientes de piedra de la caverna tan pronto me parecían un bosque de columnas como un seto de lanzas, y todo devolvía los ecos del rugir de los leones que me aguardaban en el exterior.

Pues allí estaban, más allá de esta nueva boca, más pequeña y circular... Cuando vi que no se encontraban en la caverna llegué a dudar de su existencia durante unos momentos. ¿Acaso no era más probable que los sonidos que había oído fueran meramente el rabioso fluir de un torrente y que el rugido fuese una cascada? Yo, que veía un pórtico allí donde no se alzaba ninguno, que creía sentir cien hombres a mi espalda y me volvía para descubrir que estaba solo..., ¿no era más probable que hubiera soñado a los leones igual que había soñado todo lo demás?

Y entonces vi a un león inmóvil ante la boca de la caverna, gruñendo con su piel dorada por el sol y una melena tan negra como la exagerada sombra que proyectaba. Me lancé hacia adelante blandiendo una jabalina por encima de mi cabeza.

El sol acababa de asomar tras la colina de la que emergí. Ante mí se extendía un angosto desfiladero rocoso con un arroyo corriendo por su parte más baja; lo que vi allí

era lo que había esperado encontrarme y, al mismo tiempo, no se le parecía en nada. Había esperado encontrarme con varios leones, los hijos e hijas de la bestia de negra melena a la que había visto recortándose ante la boca de la caverna, y una leona ya adulta, quizá acompañada por sus cachorros. En cambio, vi a cuatro leones machos, tan grandes y semejantes entre sí que no podría haber asegurado a cuál vi primero.

Y aunque también había una leona, ésta tenía forma de mujer. Era alta y fuerte, de miembros más grandes que la más corpulenta de las Amazonas de Hipépode, y contemplaba los rebordes rocosos de la caverna desde lo alto de un carro de plata al que no había uncido caballo alguno. Su rostro mostraba inequívocamente su fortaleza y su inflexible decisión; sus grandes ojos ardían con una feroz claridad amarilla: me pareció que eran ojos capaces de adorar o de encenderse con la sed de sangre. Todo esto ya bastaba para convertirla en una presencia augusta; pero en su apariencia había algo todavía más extraordinario (y todavía más hermoso), algo sobre lo que no me atreví a preguntarle en todo el tiempo que pasé con ella y que jamás llegué a percibir claramente: era como si un segundo sol asomara detrás de ella entre su robusta espalda y la abrupta pared del desfiladero, y su espléndida luz la envolvía en un manto más brillante que el más puro oro.

-Ven. -Me hizo una seña-. Te necesito.

En su mano había un gran tambor, y aunque sus dedos no parecían rozarlo la tensa piel vibraba con cada palpación de mis latidos.

Vacilé.

-Temes a mis leones. -Lanzó un silbido y los cuatro leones corrieron dando saltos hacia ella. Les acarició los hocicos, rascándoles las mandíbulas y las orejas como si fueran otros tantos cachorros; pero cuando su mirada ambarina cayó sobre mí recordé que eran leones adultos-. Así... Eso está mucho mejor. -Asintió con la cabeza al ver que me acercaba un poco más a ella-. ¿Sabes quién soy?

Meneé la cabeza.

-Mi nombre es Cibeles..., para ti, aquí y en este momento. Mis sacerdotes te dirían que soy la más grande y poderosa de todas las deidades. -Sonrió y al ver su sonrisa supe que la amaba-. Pero eso es lo que los sacerdotes dicen de casi todos sus dioses.

-¿Oyes mis pensamientos? -le pregunté, pues me pareció que los había leído.

-¿Cuando están escritos en tu cara? Desde luego. ¿Es que no te arrodillas ni ante una diosa?

-No cuando hay leones presentes, Cibeles.

-Para mí son todavía más inofensivos que gatitos..., y para ti también, al menos mientras te proteja. ¿Recuerdas haber conducido un carro como éste? Dime qué estás haciendo aquí.

-No -respondí-, no lo recuerdo. Los tracios..., el Rey Kotis tiene prisionero a un meda llamado Oeobazo. Será sacrificado a Pleistoro y debo encontrar el templo y salvarle si puedo.

-Tú y ese ridículo vidente de la muleta sois como niños -me dijo Cibeles-. Para el vidente, los dioses inmortales son como los caballos para los apostadores: se encapricha de unos y odia a otros... Por cierto, tu negro amigo tiene una deuda de sangre conmigo. Mató a uno de mis sacerdotes, un joven muy prometedor.

-No lo vi todo, pero me han contado que cuando lo hizo, tu joven sacerdote estaba intentando matarle -repliqué.

-No se le permitirá pagar en chanzas, aunque las tuyas son un poco más divertidas que las tuyas. -Cibeles movió la mano y sus leones se alejaron dando saltos, subiendo por los costados del desfiladero hasta que hubieron llegado a lo alto de los riscos; la diosa se puso en pie y bajó del carro, quedándose inmóvil junto a una de las inmensas y esbeltas ruedas de éste-. Sube -me ordenó-. Coge las riendas.

Fui lentamente hacia ella e hice lo que me ordenaba. El carro parecía más grande de lo que había pensado y más ligero de lo que habría creído posible, como si sus flancos relucientes no pesaran nada. Había cuatro pares de riendas, uno para cada caballo; me los pasé por entre los dedos hasta dejarlos en la posición adecuada, y aunque delante de mí sólo había un arnés vacío yaciendo en el suelo, al tocar aquellas temblorosas tiras de cuero sentí el fuego de cuatro poderosos corazones.

-Sí -le dije a Cibeles-, Ya había hecho esto antes.

-Entonces escúchame.

Solté las riendas, me volví hacia ella y descubrí que ahora sus ojos estaban a la misma altura que los míos.

-Si obras siguiendo el plan que te has trazado morirás. No por intervención mía, directa o a través de otros, pero morirás. Si quieres puedo mostrarte las imágenes..., verás como eres descubierto cerca del templo de mi hijo, tu huida, la lanza entrando por tu espalda y todo lo demás. Te parecerá tan real como esto. ¿Deseas verlo?

Meneé la cabeza.

-Eres sabio. Las muertes antes de la muerte son para los cobardes..., déjaselas a ellos. Muy bien. No recuerdas tu encuentro con la usurpadora y eso es obra mía; aunque tampoco recuerdas eso.

-Prometió que me reuniría con mis amigos vivos -dije-. Hegesítrato y yo estuvimos hablando de ello no hace mucho tiempo.

-Pero no te dijo cuál es el precio que ella exigirá a cambio, aunque lo conoce. -Cibeles movió la mano en un gesto despectivo, dejando de lado el asunto de ese precio, fuera cual fuese-. No importa; al final habría acabado engañándote... Y puedes estar seguro de que el final habría tardado mucho en llegar. Yo puedo ser cruel y también puedo ser bondadosa, pero mi juramento es un juramento, igual que mi castigo es un castigo. Hoy te he salvado la vida, pues si no hubiera estado aquí habrías actuado siguiendo tu plan y habrías muerto por ello. Ahora te pido que seas tú quien me recompense. ¿Lo harás?

-Claro que sí -respondí-, y de buena gana.

-Bien. El meda será tu recompensa..., haz lo que te diga y caerá en tus manos como si fuera una fruta madura. La usurpadora te advirtió de que pronto conocerías a una reina. ¿Has conocido a una?

-Sí, he conocido a Hipépode, Reina de las Amazonas. ¡Ellas deben de ser tus nietas! -farfullé sin poderme contener al comprenderlo-. Son hijas del Dios de la Guerra y él es hijo tuyo.

-¿Y qué quiere la Reina Hipépode? ¿Sabes qué la ha traído a esta tierra?

-Los caballos sagrados del Templo del Sol. Hegesítrato me dijo que ha traído consigo oro y piedras preciosas para comprarlos.

-El rey estará tan poco dispuesto a vendérselos como lo está a dejar en libertad a vuestro meda..., pero le obligaremos a hacer las dos cosas. ¿Sabes dónde se encuentra el templo?

No estaba muy seguro de a qué templo se refería, pero meneé la cabeza, pues no conocía la situación de ninguno.

Cibeles volvió a sonreír con la sonrisa de quien está riéndose por dentro.

-El sol te mostrará dónde se encuentra. Cuando hayas salido de esta garganta mira hacia él. El templo se encontrará debajo. Mira debajo del sol.

-Comprendo -le dije.

-Excelente..., él también. Su manada sagrada pasta en la Pradera del Sol, que se encuentra entre nosotros y el templo. Debes conducir los caballos alrededor del templo. Después entrarás en el camino procesional. Ve hacia la derecha en cada bifurcación y deberías llegar a la entrada de mi templo. Lleva la manada sagrada a su interior, entrégasela a la reina, y tendrás al meda, vivo y entero.

-¿No hay nadie que vigile los Caballos del Sol? -le pregunté, y añadí:- Ya debes de saber que hay tracios armados en la entrada de tu templo.

Me gustaría poder describir su expresión cuando me contestó; en ella había amor y pena, y también rabia y un inmenso orgullo y quizá también hubiera muchas otras cosas.

-¿Por qué imaginas que te he escogido? -me preguntó-. Si un niño pudiera hacerlo, ¿no crees que le enviaría a él? Y no carecerás de ayuda. Los tres con quienes te encontrarás antes serán tus auxiliares y son dignos de tu confianza porque te habrán sido enviados por mí. Y ahora, vete.

17 - Se ha jurado ante todos los dioses

Si el Rey Kotis quebranta su juramento causará su ruina y la de toda su nación. Sacrificamos uno de los mejores caballos de las Amazonas y los tracios sacrificaron un ternero rojo. Los términos: Hipéode puede escoger a cuatro caballos por los que pagará el precio acordado. Debemos devolver el resto sano y salvo al templo del Dios de la Guerra, donde se nos entregará a Oebazo el meda, también sano y salvo. Abandonaremos Apsintia con el meda y los cuatro caballos sin que nadie nos moleste.

Los intercambios deben tener lugar mañana y después nos iremos. Mientras tanto se nos traerá comida y vino. No necesitamos agua: en las profundidades de esta caverna hay muchos estanques y Hegesítrato me ha contado que los tracios dicen que la caverna es un camino que lleva al País de los Muertos. Las Amazonas y yo les dimos agua de uno de esos estanques a los caballos. lo nos ayudó.

Le hice algunas preguntas a Hegesítrato acerca de Cibeles antes de escribir sobre ella. No me cabe duda de que es una diosa de mucho poder: me salvó y salvará al meda. Hegesítrato dice que se la cuenta entre las deidades amigas de los hombres y que hubo un tiempo en el que se la tenía considerada como a la más grande de las diosas, señora de todas las bestias, aunque Cintia le disputa ese título y también se le opone en otras cosas. La Reina de los Muertos es hija de Cibeles y me aseguré de que ambas estuvieran entre las deidades por las que se pronunció el juramento.

Aun así, desconfío del Rey Kotis. Cuando me miró había furia en sus ojos. Creo que en los míos había un brillo de triunfo, pues fui yo quien trajo aquí a los Caballos del Sol tal y como me ordenó.

Cibeles, ayudado por Faretra y el león. Tenemos con nosotros a un muchacho llamado Polos que afirma habernos ayudado, y lo cierto es que vino corriendo detrás del último caballo, y es posible que se encargara de hacerle galopar. Hegesítrato cree que Polos puede ser un espía de los tracios; pero desea que le permitamos quedarse con nosotros para que los tracios sepan que no violaremos nuestro juramento.

La ceremonia me ha interrumpido cuando estaba escribiendo, pero acabo de leer lo que he escrito y sigo recordando todas esas cosas. No cabe duda de que mi encuentro con Cibeles fue más importante que la captura de los caballos sagrados, pero éstos fueron capturados obedeciendo órdenes tuyas, ¿no? Conocerla fue vital para mí, mas a ella lo que le importaba era que capturáramos los Caballos Blancos del Sol, pues si no lo hubiese deseado quizá no se habría aparecido ante mí como lo hizo. Por lo tanto, también pondré por escrito todo eso antes de irme a dormir.

He estado viendo como las mujeres van y vienen ante el fuego cuando habría tenido que estar escribiendo. Ahora tenemos una gran hoguera porque algunos campesinos vinieron a traernos más leña, así como heno y grano para los caballos, y la cueva es fría. Una de las Amazonas encontró espetones de hierro en una pequeña recámara que se encuentra un poco más adentro, y ella y otras dos Amazonas están construyendo unos soportes para un espetón que nos permitirá asar la carne. La Amazona se llama Badizoe.

Sus miembros son esbeltos y redondeados..., ¡con qué gracia camina!

El león fue el primero; apenas si me había alejado dos estadios del desfiladero donde había hablado con Cibeles cuando le vi delante de mí. Sabía que la diosa le había enviado -era uno de sus leones-, pero me resultó muy difícil acercarme a él sin dar señales de miedo. «Ven conmigo», le dije; y el león me siguió como si fuera un perro, aunque no me atreví a tocarle. Aún no podía ver el Templo del Sol a causa de los árboles.

Faretra fue la segunda; la encontramos allí donde terminaban los árboles y ya era posible ver a los caballos blancos en la ladera de la colina, bastante cerca del templo. No sabía cuál era su nombre, pero me di cuenta de que era una Amazona gracias al hermoso estuche de su arco y sus ojos de mujer diestra en la arquería. Me abrazó y yo la abracé a ella, pero en cuanto vio al león me soltó y se apresuró a retroceder. Necesité algún tiempo para convencerla de que el león no le haría daño; yo estaba seguro de que así sería, pues ambos habían sido enviados por la diosa.

Nos agazapamos detrás de unos arbustos, el león a mi izquierda y Faretra a mi derecha; le pregunté cómo había llegado hasta allí, pero aunque Faretra pareció comprender mis murmullos yo no siempre logré seguir sus contestaciones. El mantis habló con ella cuando volvimos y dice que se cayó del caballo durante el combate y logró esconderse de los tracios.

Señaló los caballos sagrados y se chupó las mejillas como Hipépode, alzando cuatro dedos.

-¿Tu reina quiere cuatro de esos caballos blancos? -le pregunté. Lo hice porque Cibeles me había dicho que los caballos eran para Hipépode.

Faretra asintió, señalándose primero a ella misma y luego a mí.

-Sugieres que cojamos cuatro y se los llevemos -le dije.

Hablé muy despacio, y cuando hube alzado cuatro dedos para dejarle bien clara la palabra «cuatro» Faretra asintió con entusiasmo.

Meneé la cabeza, señalé los caballos y tracé un círculo en el aire para hacerle entender que se me había dado instrucciones de llevarle todos los caballos a su reina. Faretra no pareció comprenderme, por lo que los conté: había veinticinco. Abrí y cerré mi mano cinco veces y luego volví a trazar el círculo.

Faretra me miró, meneó la cabeza y se encogió de hombros.

Observé a los cuidadores de la manada. Eran cinco, todos nobles tracios con las bridas y los cuerpos encendidos por los reflejos del oro. Tenían espadas y lanzas, pero no cascos; y sólo uno llevaba armadura. La duda estaba en si sería mejor atacarles sin perder más tiempo o esperar la llegada del tercer auxiliar que Cibeles me había prometido. Sabía que no hay que confiar ciegamente en las palabras de una deidad ni tan siquiera cuando ésta es amable y bondadosa, y ahora ya éramos tres; parecía bastante posible que el tercero que debía ayudarnos fuera yo mismo. Iba a sugerir que nos aproximáramos a un par de nobles tracios que estaban absortos conversando el uno con el otro, cuando oímos el veloz tamborileo triple de un caballo al trote.

Era Elata, aunque entonces no la conocía; ella era el tercer auxiliar. Vino hacia nosotros montada en un hermoso potro bayo y los nobles que cuidaban de la manada la vieron. En Tracia todo el mundo monta a caballo, por lo que jamás me habría imaginado que ver a una esbelta joven sobre la grupa de un caballo fuera causa suficiente para alarmarles, y quizá no lo hizo. Pero uno de ellos vino hacia nosotros como si quisiera averiguar qué deseaba.

Quizá hubiera sido más prudente esperar y atacarle cuando no sospechaba nada, o incluso haber montado a Faretra en el potro. Estoy seguro de que ella habría sido una carga más ligera y más adecuada para un animal tan joven, pero no hice ninguna de las dos cosas. Elata se dejó caer de la grupa del potro y yo subí de un salto a él y clavé mis talones en sus flancos. El potro había sido educado para la guerra (me gustaría tenerlo con nosotros ahora), y aunque era muy joven y cargaba con un hombre que llevaba

armadura, salió disparado hacia el tracio como una daga lanzada por la mano; sólo entonces me di cuenta de que Elata había estado dirigiéndolo sin riendas.

Pero no importaba; el potro sabía muy bien lo que debía hacer. El rugir del león a su espalda habría aterrorizado a cualquier otro caballo y quizá la única razón de que el potro no se asustara fue que ya estaba galopando a la máxima velocidad de que era capaz. Mi primera jabalina golpeó al noble que cuidaba del rebaño en el centro del pecho y le hizo caer de su montura. El león pasó corriendo junto a mí, esquivó con gran facilidad la lanza del segundo tracio y le derribó al suelo.

Faretra ya había echado a correr hacia los caballos sagrados. Mis rodillas y la mano que ella tenía posada sobre su cuello hicieron que el potro se dirigiera hacia allí; los tres tracios restantes se encontraban al otro lado de la manada. No tuvimos que luchar con ellos. Arrojaron sus lanzas al suelo y huyeron al galope tan rápido como les es posible hacerlo a los cobardes.

Vi como Faretra montaba en una yegua blanca cual la leche y seguí su ejemplo, cambiando el potro (que ya empezaba a dar señales de cansancio) por un corcel blanco, el mayor de todos los caballos sagrados. Durante unos momentos temí que pudiera encabritarse y derribarme al suelo, pues no sabía si los caballos sagrados habían sido montados alguna vez y domar a un corcel adulto de talla tan grande no sería tarea fácil; pero aunque era tan fuerte y veloz como la tormenta, el corcel deseaba correr, no resistirse. Partió al galope, y el resto de la manada le siguió tal y como había esperado. Hicimos entrar al último caballo en la caverna sagrada de Cibeles mucho antes de que los tracios se presentaran para exigir que se los devolviéramos.

Así hemos llegado a la situación que he descrito cuando empecé a escribir; somos once..., doce, si contamos a Polos. Sólo hay siete que puedan combatir: Hipépode, Faretra y dos Amazonas más; Hegesítrato, el hombre negro y yo. Hay dos Amazonas gravemente heridas; lo y Elata cuidan de ellas, pero no creo que puedan sernos útiles en un combate. Elata no luchará, aunque es posible que lo sí lo haga. El muchacho tiene una honda y una bolsita con piedras para lanzar; ha prometido que le enseñará el arte de utilizarla.

Cuando llegaron los tracios Hegesítrato supo que los nobles que habían huido contaron que Pleistoro se había llevado la manada sagrada. (Ojalá tuviéramos con nosotros al león de Cibeles para poder volver a engañarles.) Hegesítrato les dijo que lo hizo porque desea que se nos entregue a Oebazo y que está enfadado con el Rey Kotis porque el rey quiere sacrificarle para impresionar a su pueblo y no por la gloria de Pleistoro. Le pregunté a Hegesítrato si los tracios le habían creído y me respondió que le parecía que sí.

lo trajo más leña para el fuego y ha descubierto un manojo de flechas escondido entre la madera. Junto a las flechas había una carta que nos leyó en voz alta: «¡Que el Peñasco favorezca a quien hace esto! Me han costado dos buhos. El hombre de la Europa puede devolverme lo que me he gastado. Le mando mis saludos».

Hipépode dice que no son unas flechas demasiado buenas, pero que son diez mil veces mejor que carecer de flechas. Ahora todas las Amazonas tienen su carcaj lleno. El hombre negro dice que puede usar un arco; ha querido tomar prestado el de una Amazona herida, pero ninguna de las dos se lo ha permitido. Hegesítrato dice que estas flechas fueron escondidas entre la madera por Cletón, un amigo que tenemos en Cobris. Creo que Cobris es la ciudad más grande de esta parte del mundo.

Estoy sentado junto a la boca de la caverna para poder escribir a la luz del día, pero lo bastante lejos de ella para impedir que ningún arquero tracio tenga oportunidad de dispararme, o eso espero. Se acerca la hora de la primera comida: lo y el hombre negro están preparando la carne. Hegesítrato les suplica información a los dioses; teme que el rey pueda haber sacrificado a Oebazo pese a su juramento.

lo vino a hablar conmigo hace unos momentos. Empezó diciéndome que era mi esclava y que llevaba casi todo un año siendo mi más fiel servidora. Me dijo que comprendía que puedo olvidar esto entre el ocaso y la salida del sol, pero me aseguró que es la verdad.

Le dije que aunque quizá pueda olvidarlo, tal y como me ha dicho -y, si he de ser sincero, yo también siento que es cierto-, sabía que era una buena muchacha y una auténtica amiga, pues mi corazón se alegra cada vez que la veo; pero que no podía creer que fuera mi esclava, pues la amo demasiado para no haberla liberado ya.

lo me preguntó por Elata, y por su tono de voz supe que había llegado al asunto que realmente la preocupaba. Pensé que quizá tuviera miedo de que Elata pudiera traicionarnos y entregarnos al rey, por lo que le dije que estaba seguro de que no lo haría. Le narré mi conversación con Cibeles y le dije que me había prometido la ayuda de tres aliados dignos de toda confianza y que esos tres aliados habían sido el león, Faretra y Elata. Cibeles deseaba que la Reina Hipéode consiguiera los caballos sagrados, por lo que no era probable que enviara a alguien capaz de traicionarnos.

-¿Le has preguntado a Faretra si fue Cibeles quien la envió? ¿Sabes si la diosa se le apareció o si tuvo algún otro contacto con ella?

-No -admití-. Pero cuando Hegesítrato le preguntó cómo había quedado separada de nosotros durante la batalla, Faretra no dijo que le hubiera ocurrido nada parecido... o, si lo hizo, Hegesítrato no me lo ha contado. Además, supon que Cibeles le hubiera ordenado que no hablase de ello... Si le hiciéramos preguntas al respecto la pondríamos en una situación muy difícil.

lo se encogió de hombros.

-Sí, supongo que sí. Y, por lo demás, ¿qué piensas de Elata? ¿Es una joven corriente?

-No, desde luego -le dije-. Es mucho más hermosa que la mayoría de las mujeres. Puede que olvide las cosas enseguida, lo, pero de eso estoy seguro.

-¿Quieres yacer con ella?

Pensé un poco antes de responderle. Me pareció que una contestación sincera le causaría dolor y, sin embargo, no podía evitar el tener la sensación de que las mentiras hacen más daño que la verdad, aunque se digan por los motivos más bondadosos.

-Supongo que si ella lo deseara accedería -le dije por fin-, pero no ha mostrado señal alguna de querer yacer conmigo y esta mañana Hegesítrato me dijo que le pertenece.

-El hombre negro la ha poseído -dijo lo.

-Si lo que dices es cierto, eso es algo que sólo le concierne a él y a Hegesítrato -respondí-. Sólo espero que puedan resolver esa cuenta pendiente sin derramar sangre.

-No creo que Hegesítrato lo sepa. No se lo he dicho.

-¿Quieres que se lo diga? -le pregunté-. Jamás le diría tal cosa a un hombre a menos que la hubiera visto con mis propios ojos.

lo meneó la cabeza.

-Entonces, ¿de qué sirve hablar de ello? Además, si Hegesítrato es un mantis no me cabe duda de que ya lo habrá descubierto. Ocultarle la infidelidad a un mantis debe de ser algo terriblemente difícil.

-No creo que haya intentado averiguar nada al respecto. Creo que teme lo que podría llegar a saber..., por ejemplo, lo que ocurrió aquella vez en que tú y Elata volvisteis juntos por la mañana.

Había empezado a llover y las gotas de agua resbalaban por la entrada de la cueva a unos pasos de donde estábamos sentados. Enrollé el pergamino y lo até con los cordoncillos mientras pensaba en qué iba a responderle.

-lo, Hegesítrato es un hombre muy sabio. Ciertamente, comete errores: incluso los hombres sabios los cometen de vez en cuando... Pero sigue siendo un hombre muy sabio y creo que lo que acabas de decir no es más que otra muestra de su sabiduría.

-Pero ¿crees que Elata es una muchacha corriente? Dejando aparte el hecho de que sea tan hermosa...

-¿Qué piensas tú de ella, lo?

-No lo sé -respondió lo.

-¿Por qué te preocupa tanto el si Elata es una muchacha corriente o no?

-Por Faretra. Te gusta..., lo sé.

Lo admití.

-Pero eso no significa que no te quiera, lo.

-Bueno, hace unos días Faretra estaba a punto de morir. Uno de esos bárbaros le había clavado su lanza justo aquí... -Se puso la mano sobre las costillas-. Hasta podías ver la gran herida de su espalda, allí por donde había salido la punta. Escupía montones de sangre y apenas si podía respirar.

Le dije que eso me resultaba muy difícil de creer.

-A mí también -declaró lo-, y creo que al resto de las Amazonas les ocurre lo mismo. Fue herida cuando luchamos con los bárbaros, la primera noche... Después nos trajeron a ese campo donde nos hicieron montar la tienda y pasamos la noche siguiente allí. Volvimos a luchar con ellos una noche después y tú intentaste apoderarte de su rey.

Meneé la cabeza para mostrarle que lo había olvidado, como así ha sido.

-Hipépode no quería que Faretra luchase, pero lo hizo. Y hoy se encontraba lo bastante bien para ayudarte a robar todos esos caballos blancos... -lo se calló y clavó los ojos en mi rostro-. Amo, tú estabas con Hegesítrato cuando conoció a Elata. Quiero que examines tu pergamino y que encuentres el pasaje donde se habla de eso. Ocurrió una noche entre Sestos y Pactia. ¿Querrás volver a desenrollar tu pergamino y leerme lo que escribiste?

Pero antes lo leí yo, y cuando hube terminado le dije a lo que deseaba pensar un poco más en todo este asunto. Elata es una ninfa, o eso escribí. Si los demás no lo saben estoy seguro de que se enfadaría mucho si se lo revelo.

Hegesítrato dice que el meda sigue vivo; le vio en su espejo, contemplando nuestra colina desde la angosta ventana de la habitación en la que se encuentra confinado. Hegesítrato cree que alguien le ha dicho que estamos intentando hacer un trato para salvarle la vida. Dice que quizá Cletón se las haya arreglado para hacerle llegar una carta.

Me gustaría poder hacerle llegar una carta a Faretra, pero no sé escribir en ninguna lengua que no sea ésta. Si no estuviéramos en invierno podría enviarle a lo con una flor, aunque tuviera que enfrentarme a un centenar de tracios para conseguirla...

18 - Faretra ha muerto

Faretra estaba tendida junto a mí cuando Hipostizein me despertó. Pude ver su rostro a la luz de la hoguera. Le di un beso en la mejilla antes de levantarme, pero ella siguió durmiendo.

Creo que me acordaba de ella aunque no recordaba dónde estaba o quiénes eran las personas que vi durmiendo más cerca de la hoguera. La mujer alta que me había despertado cogió esta espada y murmuró «Centinela, centinela». Así supe que esta espada es mía. Me puse el cinturón y la seguí. Me alejé del fuego y cruzamos la oscuridad hasta llegar a la boca de la caverna, donde había un centinela más negro que la noche montando guardia. Tenía una espada larga y un par de jabalinas; cuando me sonrió supe que éramos amigos. Me abrazó, yo también le abracé y luchamos en broma durante unos momentos.

Le pregunté si teníamos enemigos que podían intentar entrar en la caverna, primero en esta lengua y luego en la que había usado la mujer. Por lo que puedo juzgar ninguno de los dos comprendió la primera lengua, pero dieron claras señales de entender la segunda: asintieron vigorosamente y señalaron hacia el camino que empieza en la entrada de la

caverna. Les dije que si alguien intentaba entrar gritaría y despertaría a los demás, y eso pareció satisfacerles. Volvieron a adentrarse en la caverna.

Salí al exterior y estuve observando un rato lo que nos rodeaba, pues aunque la noche era fría el interior de la caverna estaba todavía más frío. Había empezado a llover hacía poco; el suelo aún estaba mojado y el agua gorgoteaba aquí y allá por entre las rocas. Un perro empezó a aullar a lo lejos (o, al menos, eso me pareció) cuando llevaba fuera un rato bastante largo. Un hombre con una espada no debería tener miedo de un perro que aulla, pero me asusté y tuve la sensación de que algo horrendo se agitaba en la oscuridad. Volví a entrar en la caverna, me envolví en mi capa y me alejé de la boca hasta llegar a un punto donde los aullidos apenas si podían oírse. Olí el humo de la hoguera, pero tenía frío. Empecé a ir de un lado para otro con el fin de entrar en calor.

No tardé en oír otro sonido: el áspero roce de una bota de cuero seguido por unos golpecitos que me hicieron pensar en un ciego que avanzara tanteando el camino con un báculo. Pero el hombre que se acercó a la boca de la caverna no estaba ciego, sino lisiado; ha perdido un pie y camina ayudándose con una muleta. Le llaman Hegesítrato, «Líder de la Hueste», pero entonces yo no lo sabía. Me saludó llamándome Latro, como hacen todas estas personas, y salió al exterior tal y como había hecho yo antes. No volví a verle hasta mucho tiempo después.

Por fin el tapiz de la noche fue apartado del mundo. Los aullidos cesaron y la mujer alta volvió a presentarse acompañada por la mujer que había estado durmiendo a mi lado. Me toqué el pecho con la mano y dije «¿Latro?». Las dos mujeres asintieron y me dijeron que se llamaban Hipostizein y Faretra, aunque no pronunciaron esas palabras tal y como yo las he anotado aquí. Las escribo tal y como las pronuncian Hegesítrato y la chica, pues no tengo caracteres para escribirlas de la otra forma.

La mujer alta y yo nos adentramos en la caverna hasta llegar a donde estaban los muchachos y el lisiado: los muchachos traían agua de las profundidades y el lisiado la mezclaba con vino en una cratera. El hombre negro me entregó una copa; lo recuerdo muy bien y también recuerdo como dejé caer la copa cuando Faretra gritó: la copa se hizo añicos contra el suelo de la caverna, manchando mis botas de vino.

Cuando llegué a ella ya estaba muerta, enterrada bajo los cuerpos de los peltastas. Caí de rodillas dejando que las Amazonas y el hombre negro pasaran corriendo junto a mí mientras se los quitaba de encima; una flecha le había atravesado la garganta. La cogí en brazos y la llevé hacia el interior de la caverna, aunque estaba llena de humo; la imagen de la Madre había caído sobre el altar sagrado y su vieja madera reseca cubierta de pintura llameaba ferozmente y desprendía tal humareda que el viento de la tierra no podía disiparla. Los caballos coceaban y relinchaban en lo más hondo de la caverna.

Mi espada se llama Falcata; hizo pedazos la vieja imagen como si fuera un montón de ramitas. Eché los fragmentos al fuego hasta que las llamas bailaron impulsadas por el viento y lamieron el techo de piedra. Cogí la espada y el estuche del arco de Faretra y deposité su cuerpo en el fuego.

Los nobles tracios vinieron a solicitar una tregua; permitimos que dos de ellos entraran en la caverna. Hegesítrato habló en nuestro nombre, diciéndoles que podíamos quitarles la vida sin incurrir en la ira de los dioses, pues habían roto la paz pactada ayer. (Cuando haya acabado de escribir debo leer este pergamino y averiguar todo lo que pueda al respecto.)

Nos dijeron que la paz no había sido rota, que seguía en pie. Los peltastas que mataron a Faretra esta mañana actuaron sin que ningún señor les hubiera dado esa orden, impulsados por el odio que sienten hacia nosotros; también nos dijeron que su rey castigará a los supervivientes y que ha enviado jinetes para protegernos.

Después nos acusaron de haber quemado la imagen sagrada de Kotito. Hegesítrato dijo que no la habíamos destruido intencionalmente, pues no deseábamos ofender a ninguna deidad y teníamos madera suficiente: la imagen debió de ser derribada durante la

confusión que siguió al ataque. Les ofreció plata para pagar una imagen nueva y los nobles aceptaron.

La líder de las mujeres habló a través de Hegesítrato y dijo que el fuego había asustado a los caballos sagrados. Dijo que dos de ellos echaron a correr y se cayeron, y que habíamos tenido que matarlos.

Cuando oyeron esas palabras los nobles de Tracia se pusieron muy serios y afirmaron que habíamos violado nuestro juramento. Hipépode (ése es el nombre de la mujer) se enfadó mucho y empezó a gritarles en la lengua de las Amazonas. Hegesítrato quería dejar que los nobles volvieran a reunirse con los suyos; pero las mujeres de Hipépode los hicieron prisioneros amenazándoles con sus espadas.

Después Hegesítrato e Hipépode estuvieron hablando durante un rato bastante largo, y hace apenas un momento han tomado la decisión de mantener prisionero a un noble y dejar marchar al otro. Si el rey de Tracia hace honor a su acuerdo en el día de hoy le devolveremos al noble. Pero si no lo cumple le mataremos.

La joven vino a hablar conmigo cuando estaba leyendo el pasaje sobre el sacrificio y el juramento de ayer. La chica se llama lo Tabaikos; el muchacho se llama Polos. La chica dice ser mi esclava, aunque me besó en la mejilla como si fuera hija mía y la hice sentar en mi regazo. Es la «lo» que ayudó a traer agua para los caballos ayer, como acabo de leer. Le pregunté si Polos también era esclavo mío.

Se rió.

-¡No! Es mi esclavo... Le estoy enseñando a hablar.

El muchacho sonrió.

-¿No es hijo de alguna de estas mujeres?

lo meneó la cabeza.

-No conservan a sus hijos. Si dan a luz un chico se lo entregan a su padre. Normalmente los padres son los Hijos de Escoloti. Ya sé que no recuerdas a los Hijos de Escoloti, amo, pero había algunos en la nave de Hipereides. Llevan la barba muy larga y uno de ellos tenía los ojos azules. Son unos arqueros soberbios.

-En estos momentos no siento mucho interés por los Hijos de Escoloti, lo -le dije-. Háblame de Polos.

-Bueno, en todo el mundo no hay nadie que sepa más de caballos que él. Si Polos hubiera estado con ellos, los dos que se cayeron por el risco seguirían sanos y salvos.

El muchacho pareció comprenderla y asintió solemnemente con la cabeza.

-No puede ser hijo de Hegesítrato ni aun suponiendo que esa joven sea su segunda esposa -dije yo-. Hegesítrato habla nuestra lengua. ¿A quién pertenece este chico?

-A mí -replicó lo-. Ya te lo he dicho antes, amo.

Agité un dedo ante su rostro y la obligué a levantarse de mi regazo.

-No me respondas con chanzas. ¿Dónde están su padre y su madre?

lo se encogió de hombros.

-En algún lugar al noroeste de aquí..., al menos él señala hacia allí. Creo que ya no vive con ellos.

El muchacho meneó la cabeza.

—Enkilin.

-Viven en las colinas -tradujo lo-. Enséñale lo que has encontrado, Polos.

El muchacho hurgó tímidamente en la harapienta piel de cordero que vestía y sacó de ella una bolsita de cuero. Cuando alargué la mano hacia ella aflojó la correa que la mantenía cerrada y derramó un tintineante riachuelo de moneditas de oro en mi palma.

Lancé un silbido.

-Es una suma de dinero muy considerable, Polos. ¿De dónde la has sacado?

Miró a lo como si le pidiera permiso para responder, o quizá fuera tan sólo para hablar como los helenos.

-De un muerto.

-Uno de los hombres que mataste, amo -dijo lo-. Polos piensa que como le mataste deberías quedarte con el dinero.

Medité en ello durante unos instantes.

-Quizá sería mejor que lo compartiéramos. ¿Qué te parece, Polos? ¿La mitad para ti y la otra mitad para mí?

El muchacho asintió entusiásticamente.

-Pero lo debe encargarse de guardar mi mitad..., de lo contrario lo olvidaré, como bien sabe ella. Y ninguno de los dos debería mostrar tales sumas de dinero en los lugares civilizados, o conseguiréis que os corten la garganta para apoderarse de él. ¿Comprendido?

Contamos las monedas e hicimos dos montoncitos con ellas. Había dieciocho, y cada moneda tenía el tamaño de la yema del más pequeño de mis dedos. lo fue corriendo a buscar un trozo de tela y lo anudó con mis nueve monedas dentro. Polos guardó sus monedas en la bolsita y se la entregó.

-lo, ¿cuántos peltastas crees que nos atacaron esta mañana? -le pregunté.

-Muchos. Eran muy superiores en número a nosotros.

Asentí.

-Pero ¿cuántos eran esos muchos?

-Puede que unos veinte o treinta.

-¿No podrían haber sido dieciocho? Conocer el número de sus muertos quizá nos ayudaría a averiguarlo..., ¿los contasteis?

-Supongo que podrían haber sido dieciocho -dijo lo-. Yo conté a los que mataste. Eran siete.

Fuimos a echarles una mirada; en total había once muertos. El hombre que había llevado consigo las monedas tenía un casco y también llevaba un anillo, pero alguien se lo había quitado. Me vio, igual que yo le veía a él, pero no había odio en su mirada.

-lo, Hegesítrato cree que Polos puede ser un espía tracio -le dije-. ¿Qué opinas? ¿Crees que podemos confiar en él?

Polos alzó las dos manos antes de que lo pudiera contestar, meneó la cabeza con violencia y fue corriendo hacia las profundidades de la caverna.

-No quiere oír ningún secreto -me dijo lo-. Supongo que es porque si alguien se enterara tú podrías pensar que él se lo había contado.

-Si no quiere oír secretos podemos dar por sentado que no es un espía. Pero ¿en quién podemos confiar? Tiene que ser alguien en quien podamos confiar sin ningún tipo de reservas.

-El hombre negro.

-De acuerdo. ¿Y Hegesítrato y su esposa? ¿Y la reina?

lo meneó la cabeza.

-¿Por qué no?

-Bueno, la reina tiene que cuidar de sus seguidoras y también ha de cumplir las órdenes de su dios... Debe llevar los caballos sagrados del Dios Resplandeciente a su gran templo del sur, y ha de obedecer el resto de sus instrucciones. Para ella eso tiene más prioridad que nuestro bienestar.

-Muy bien. ¿Y Hegesítrato?

lo pareció sentirse algo incómoda ante mi pregunta.

-Para empezar, nunca he visto a ningún hombre que pensara tanto en su mujer como él piensa en Elata. Cuando leíste el pasaje de tu pergamino que hablaba de ella no quisiste contarme nada de lo que ponía. ¿Lo recuerdas ahora, amo?

-No, pero volveré a leerlo en cuanto tenga ocasión. Has dicho «para empezar»... ¿Qué más?

-Hizo magia para los bárbaros..., me refiero al Pueblo de Parsa, no a estos bárbaros de aquí, y tú luchaste por su Gran Rey, amo, igual que mi ciudad.

-¿Y el hombre negro también? -le pregunté.

lo asintió.

-Entonces todos estábamos en el mismo bando; no creo que eso sea una buena razón para desconfiar de alguien, lo.

-Pero ahora él trabaja para Hipereides y nosotros también. Hipereides luchó contra el Gran Rey. Eso cambia considerablemente las cosas, ¿no?

-Quizá -respondí.

-Además, Hegesítrato odia a los Cordeleros tanto como ama a Elata. Yo no siento ningún aprecio hacia los Cordeleros, pero son amigos de la ciudad de Hipereides.

-Está bien, es suficiente -le dije-. Ve a buscar al hombre negro.

-Amo, ¿puedo decirte algo antes? Le prometí a Polos que lo haría.

-Desde luego, siempre que sea importante -repliqué yo-. ¿De qué se trata?

-Verás, amo, Hegesítrato y la Reina Hipépode han estado decidiendo lo que haremos, tal y como hacen siempre. Pero tú eres quien realmente debería tomar esas decisiones. Eso es lo que dice Polos y yo pienso lo mismo que él. Las Amazonas son buenas luchadoras..., no sabía que las mujeres pudieran luchar de esa forma hasta que las vi. El hombre negro es realmente maravilloso y Hegesítrato es como un león herido. Pero no es a ellos a quienes los tracios temen, sino a ti. Yo estaba a tu espalda esta mañana con mi espada y pude ver la expresión de sus rostros. Polos dice que te llaman «el héroe» y eso quiere decir que Pleistoro está dentro de ti, aunque tú no lo sepas.

-¿Es eso todo? -le pregunté en cuanto hubo terminado de hablar.

-Amo, hay momentos en que eres capaz de ver a los dioses. Sí, de veras... En una ocasión viste al Rey de Nisa y le tocaste, y entonces yo también pude verle. Era viejo y se parecía un poco al hombre negro pero...

-Sigue.

-Antes de que el Dios Resplandeciente me entregara a ti fui una vez al teatro de la Colina. Es muy caro, pero a veces un rico compra entradas para los pobres y mi antiguo amo hizo eso mismo y nos dejó asistir. Los actores llevaban máscaras, aunque la gente no lo sabía.

-lo, lo que me cuentas no tiene mucho sentido -le dije-. Creo que será mejor que vayas a buscar al hombre negro.

lo me lanzó una mirada desafiante y se puso muy tiesa, clavando sus ojos en los míos.

-Puedes pegarme si quieres..., pero sé que no lo harás. ¿Cuánto tiempo crees que podríamos seguir en esta caverna si no estuvieras con nosotros? Ya sé que Apsintia no es más que un pequeño reino bárbaro perdido en un rincón olvidado del mundo, pero el rey tiene centenares y centenares de soldados..., puede que millares.

Y se marchó antes de que pudiera ordenárselo. He escrito todo esto mientras espero que vuelva acompañada por el hombre negro.

19 - Mi duelo con el Rey

Oebazo el meda, la batalla en el templo, el estratega de Cuerda y las nuevas noticias que nos ha traído Cletón..., debo poner por escrito todo eso, pues no tardaremos en acostarnos y lo olvidaré.

Cuando hago que mi mente vuelva a esta mañana veo las cabezas de las mujeres en las lanzas y sus largas cabelleras oscuras goteando bajo la lluvia. Nobles montados a caballo con cotas de malla doradas nos flanqueaban y la primera pareja llevaba las cabezas en sus lanzas, pero aunque éramos pocos y no estábamos tan lujosamente equipados como ellos vi que nos tenían miedo.

Hipépode iba delante montada en el corcel blanco del Destructor..., creo que ella iba la primera. Después venía Hegesítrato, y Elata le seguía. Luego, íbamos el hombre negro,

yo y los muchachos, con Polos montado en un potro blanco; después los caballos blancos sin jinete y por fin el resto de las Amazonas, guiando a los caballos ante ellas.

Pero ver las cabezas de las mujeres me hizo sentir una gran ira; y cuando vi que los tracios estaban asustados dejé atrás a la Reina Hipépode y a los demás hasta que estuve entre la pareja de nobles tracios que blandían las lanzas y les pregunté dónde habían encontrado las cabezas y de quiénes eran. Hablé en la lengua de los helenos. Los nobles intentaron hacerme creer que no comprendían mis palabras, pero me di cuenta de que las entendían, pues la ira hizo que sus rostros enrojecieran.

-Pensábamos que erais guerreros -les dije-, pero los guerreros jamás alardearían de haber matado a unas mujeres..., ellos matan hombres, y vuelven a casa con sus mujeres para que les calienten el lecho. ¿También adornáis vuestras lanzas con cabezas de niño? ¿O creéis que resulta más viril empalar todo el cuerpo del niño a lo largo de la lanza?

No dijeron nada y miraron a derecha e izquierda, intentando rehuir mis ojos.

-Cuando un muchacho va de caza mata a un oseño y afirma haber matado a un oso sin pensar en que llegará el día en que se encontrará con un oso adulto -les dije-. Entonces sí que necesitará su pequeña lanza...

Hegesítrato me gritó que me callara.

-Me callaré si nos entregan las cabezas de estas mujeres para que podamos quemarlas honrosamente -respondí.

Al oír mis palabras un noble tracio habló con Hegesítrato en su propia lengua y éste me dijo que accedían a entregarnos las cabezas cuando llegáramos al templo del Dios de la Guerra y que nos permitirían quemarlas en el altar sagrado. No dije nada más, pero hice avanzar a mi montura para cabalgar ante los nobles tracios que blandían las lanzas.

Cuando llegamos al templo pareció que los tracios estaban dispuestos a cumplir su palabra. El rey nos esperaba vestido con una cota de malla dorada y una hermosa capa; detrás de él venía un anciano de barba blanca que también llevaba un rico atuendo, y muchos nobles de Tracia con ropajes resplandecientes. Todos montaban caballos soberbios. Cuando me vio el rey pareció enfadarse y cuando vio al muchacho montado en uno de los caballos sagrados se irritó todavía más; pero los nobles tracios hablaron con él y tanto el rey como el anciano asintieron con la cabeza. Después quitaron las cabezas de las mujeres de las lanzas y, aunque los tracios las cogieron por la cabellera, las Amazonas que las recibieron las acunaron en sus brazos. El fuego ya estaba ardiendo en el altar sagrado. La Reina Hipépode habló con las Amazonas en su lengua, alzó sus brazos en una oración al Dios de la Guerra y conversó durante unos momentos con él. Después las cabezas fueron colocadas en el fuego y se las cubrió con montones de maderas aromáticas.

Cuando se hubieron consumido, el rey habló a los nobles tracios que habían entrado en el templo con él. Hegesítrato les repitió en voz baja cuanto iba diciendo a las Amazonas y Polos se encargó de hacer lo mismo para el hombre negro, Elata, lo y yo, aunque habla la lengua de los helenos todavía peor que yo.

-¡Oídmeme! Ya sabéis cuál es nuestra promesa. ¿Quién ha osado decir que nuestros juramentos carecen de valor?

El rey tenía una voz hermosa y grave, y los ojos límpidos y penetrantes. Escuchar la vacilante traducción de Polos resultaba realmente muy extraño.

-Hemos jurado que se irán en paz. Nadie se atreverá a hacer nada contra ellos y ni tan siquiera a insultarlos..., aunque si cargáramos contra ellos los dispersaríamos igual que el viento dispersa la paja. ¡No habrá guerra!

Todos los nobles tracios repitieron sus palabras.

-El oro que nos dan a cambio de los caballos sagrados del Sol le será entregado al templo del Sol. Thamris lo recibirá. -Miró al anciano-. ¡Y se irán en paz!

Todos los nobles tracios volvieron a repetir sus palabras. Después el anciano y unos cuantos nobles fueron detrás de la cortina que había en la parte trasera del templo y

volvieron con Oeobazo el meda. Hegesítrato y el hombre negro lanzaron un suspiro, e lo exclamó: «¡Bueno, por fin!». Oeobazo es alto y fuerte, con una cicatriz que emerge de entre su negra barba; su rostro es más moreno que el de Hegesítrato, pero no tan oscuro como el del hombre negro.

El rey volvió a hablar, pero Polos no nos tradujo sus palabras porque se había marchado corriendo para examinar la espada y el arco de Oeobazo que los nobles acababan de traer consigo. Hegesítrato tampoco les repitió a las Amazonas nada de cuanto dijo el rey, porque Oeobazo y él estaban abrazándose. Supongo que cuando habló con Oeobazo usó la lengua de los medas; pero comprendí unas cuantas palabras y por ellas y por su forma de actuar supe que estaba diciéndole a Oeobazo que ya le presentaría a los demás cuando hubiera tiempo para ello.

Oeobazo cogió las armas que acababan de serle devueltas y abandonamos el fuego del templo para salir a la fría llovizna del exterior. La Reina Hipépode señaló los caballos sagrados que deseaba llevarse consigo: escogió al corcel en que había montado y a otros tres animales muy hermosos y una Amazona se encargó de ponerles la brida. Hipépode fue contando el oro que iba dejando caer en las manos del anciano y me pareció que le entregaba una gran cantidad de monedas. El rey pareció dudar de que fueran buenas y mordió algunas para poner a prueba la calidad del metal; cuando le hubieron entregado la última moneda un peltasta trajo unas balanzas y el anciano pesó el oro. No pude entender lo que dijo, pero me quedó claro que estaba satisfecho con el trato.

Entonces llegó el momento de la crisis que todos debimos haber imaginado. El hombre negro saltó a la grupa de su caballo. Hegesítrato le imitó un instante después y se subió a su montura impulsándose con la muleta, tal y como creo que debe de hacer siempre. Pero el rey se dirigió a nosotros en la lengua de los helenos y habló casi con la misma pronunciación que habría empleado uno de ellos.

-¡Esperad! -nos dijo-. Hemos prometido que os iréis en paz, pero si uno de vosotros escoge el combatir, eso no será una violación de nuestro juramento.

Y entonces supe que muchos nobles tracios comprendían la lengua de los helenos, pues se agitaron nerviosamente al oír sus palabras y algunos pusieron la mano sobre la empuñadura de sus espadas.

-Escogemos no combatir -dijo Hegesítrato en voz alta-. Déjanos marchar en paz tal y como juraste.

El anciano le habló en voz baja y apremiante al rey usando la lengua de los tracios. Me pareció que también le instaba a no romper la paz, pero el rey meneó la cabeza con expresión irritada.

-Esto no es asunto tuyo -le dijo a Hegesítrato-. No concierne a nadie de vuestro grupo salvo a una persona... -Y me miró, aunque hablaba con Hegesítrato-. El resto podéis dar comienzo a vuestro viaje, si así lo queréis. El también puede irse en paz, si lo desea. Ya lo hemos dicho. Pero si quiere enfrentárenos con las armas, tal y como un héroe se enfrenta a otro..., basta con que nos lo diga.

-No lo desea -dijo secamente Hegesítrato-. ¡Monta, Latro!

-Sí -me dijo el rey-. ¡Monta! Necesitarás una lanza. Que alguien le traiga una lanza, y que sea buena.

No creo que el rey le hubiera revelado lo que planeaba a su consejero, pero por lo menos un noble tracio debía de estar enterado de lo que tenía intención de hacer, pues un instante después ya le tenía a mi lado sosteniendo una lanza nueva entre sus dedos.

No hice ademán alguno de cogerla.

-Te has dado el calificativo de héroe -le dije al rey-, y sé que cuanto has dicho es la verdad y nada más que la verdad. Sólo un estúpido lucha con un héroe, a menos que no le quede más remedio que hacerlo.

Fui hacia mi caballo para montar en él, pero uno de los tracios le pinchó en el flanco con su daga, por lo que el animal lanzó un relincho y se apartó de mí, poniendo los ojos

en blanco a causa del miedo y el dolor que sentía. El tracio que sostenía la lanza la agitó ante mi rostro.

Hipépode fue hacia el rey dominándole con su estatura, superior a la del monarca; la ira hacía arder sus mejillas y un fuego azul brillaba en sus ojos. No sé qué le dijo, pero señaló primero el cielo y luego el templo y acabó volviendo a señalar el cielo; su voz era como el rugido de una pantera. El hombre negro hizo avanzar su caballo como si quisiera reunirse con ella, pero un gran número de manos le arrancaron de la silla y le hicieron caer al suelo. El rey intentaba darle la espalda a la reina de las Amazonas, apartándose de ella, y sus ojos siempre volvían a posarse en mí.

-¿Qué clase de locura te impulsa a decirle a tu pueblo que debemos marcharnos en paz y a romper tu palabra con el próximo aliento que tragas? -le pregunté-. ¿No sabes que es así como los reyes pierden sus tronos?

-¡Quédate con él si puedes! -gritó, y me escupió en la cara.

La lanza volvió a agitarse ante mis ojos e hice lo que me pedía.

Todo el mundo se quedó callado. Los que tenían agarrado al hombre negro le soltaron; se puso en pie, limpiándose el barro de sus ropas y de su persona, con su rostro herido convertido en una máscara de rabia.

Hegesítrato fue hacia donde estábamos y nadie intentó impedirselo.

-¡Si quieres hablar con nosotros antes de que peleemos, desmonta! -le dijo el rey.

Hegesítrato asintió.

-Lo haré, por el respeto que le tengo a Vuestra Majestad. -Bajó de su montura, manteniéndose agarrado a la silla hasta que pudo sostenerse con la muleta-. Rey Kotis -le dijo-, habéis jurado ante vuestros dioses y los nuestros que nos permitiríais marchar en paz. Hacedlo ahora, antes de que la sangre de un rey caiga en la batalla. Puede que los dioses os perdonen.

-Si eso es todo cuanto tienes que decir -replicó el rey-, guarda silencio o te llenaremos la boca de estiércol.

Hegesítrato se volvió hacia mí y habló en voz tan baja que apenas si pude oírle.

-Latro, ¿sabes usar la lanza?

-No, pero dudo que haya mucho que aprender al respecto -le dije.

Los nobles tracios sonrieron, tirándose de las barbas y dándose codazos el uno al otro.

-Él tiene un casco. Tú también tenías uno ayer, pero parece que te lo has dejado en la cueva. ¿Quieres uno?

Meneé la cabeza.

-Ya tienes tu lanza -repuso el rey-. ¡Monta!

Le pregunté si lucharíamos en la ladera de la colina.

-No. -Señaló con el dedo-. Ve hasta ese bosquecillo, da la vuelta y enfréntate a mi ataque.

Hipépode había estado hablando en tono apremiante con Hegesítrato.

-La reina quiere pedirte un favor -me dijo Hegesítrato-. Desea que montes su caballo. El tuyo todavía está muy nervioso y, tal como ella dice, es demasiado pequeño.

Le di las gracias a Hipépode y monté en su corcel blanco, que seguía siendo el caballo sagrado del Sol. Fuimos bajando hasta el pie de la colina convertidos en una turba desordenada; una vez allí algunos nobles tracios se encargaron de hacer retroceder a los demás. Hegesítrato, las Amazonas y el hombre negro también fueron apartados. El rey se detuvo a unos diez cubitos de mí.

-No habrá cuartel -me dijo-. ¿Lo has entendido?

Le dije que no me creía capaz de matar a un hombre que me suplicaba que le perdonase la vida, pero que lo intentaría. Después bajé por el valle envuelto en niebla hasta llegar a los árboles que me había señalado. Creo que se encontraban a medio estadio de la colina.

Hice volver grupas a mi corcel y oí el rugido de un león. El sonido de su desafío hizo que otros leones rugieran a mi izquierda y a mi derecha, tan cerca de nosotros que tan sólo un tiro de arco nos separaba de ellos.

El caballo se encabritó hendiendo el aire con las patas delanteras. Temí que el ataque del rey nos pillaría desprevenidos, y pegué la boca a su oído lanzando un grito mientras le hundía los talones en los flancos y agitaba la lanza sobre su cabeza para dejarle bien claro que debíamos luchar, con rugidos de leones o sin ellos, aunque sus voces aterradoras se alzaban a nuestra espalda como el tumulto de un ejército.

El caballo galopó hacia adelante. Sentí como la tierra temblaba bajo nosotros; en todo el mundo no había más sonido que el rugir de los leones y el atronar de sus cascos.

Sé que fue en ese momento cuando vi al rey. Estaba haciendo avanzar a su montura con la lanza apuntando hacia adelante. Empezó a llover con mucha más fuerza que en ningún otro momento de ese día; el diluvio cayó sobre el rey, el grupo de jinetes que había a su espalda y la colina donde se alzaba el templo del Dios de la Guerra, ocultándolo todo a mi vista. La tempestad sólo duró unos instantes y, cuando se hubo calmado, el rey ya no venía hacia mí sino que parecía dispuesto a lanzarse sobre los nobles de su propia corte, o quizá sobre las Amazonas. Vi un torbellino de hombres y caballos y oí un grito que atravesó la llovizna y la gélida niebla sonando increíblemente cerca de mí, como si ya estuviéramos en pleno centro de aquella salvaje confusión.

Las espadas brillaron; oí gritos ininteligibles.

Un instante más y ya habíamos pasado a formar parte del combate. No sé si habría sido capaz de detener al corcel con un bocado de cuero crudo; lo que había visto me había dejado tan aturdido que apenas si lo intenté. De haberlo deseado podría haberles quitado la vida a media docena de nobles tracios, pero no lo hice: alcé mi lanza y no les causé daño alguno.

Pero estaba claro que una batalla acababa de empezar. Vi ante mí a dos tracios que luchaban rodilla contra rodilla; un tercero apuñaló a uno de los contendientes por detrás. El hombre negro pasó cabalgando junto a mí como un viento enfurecido, con su pelta prácticamente partido en dos y su espada enrojecida por la sangre. Hipépode llamó a sus Amazonas con un grito tan potente como un clarinazo. Intenté hacer que el corcel blanco fuera hacia ellas, esquivé el golpe lanzado por un tracio cuya montura había quedado atrapada entre otras dos y no paraba de relinchar, y asesté feroces mandobles contra el astil de su lanza; y hasta que no vi a Falcata en mi mano no comprendí que había dejado caer la lanza y la había desenvainado.

Alguien me tocó en el hombro. Era Hegesítrato, con el meda junto a él. «¡Corre! -me gritó-. ¡Escapa!» Un instante después ya habían desaparecido. El tracio cuyo casco iba a golpear arrojó su espada al suelo y alzó las manos. Cuando pasaba junto a él vi a lo y Polos que se alejaban galopando entre la niebla. Fui en pos de ellos.

No hay mucho más que contar, y de todas formas la cena ya está preparada. Alcancé a lo después de lo que me pareció una cabalgada muy larga, y me explicó que había acabado separándose de Polos. Seguimos avanzando hasta que incluso el corcel quedó exhausto y nos detuvimos en esta granja mucho después de que este breve día hubiera empezado a oscurecerse. Lo tiene dinero y dice que me pertenece. Les ofreció una monedita de oro al granjero y a su esposa -al verla sus pupilas se dilataron-, diciéndoles que sería suya a cambio de que nos alimentaran bien y nos dejaran pasar la noche en su granja sin decirle nada a nadie. Poco después de eso Polos se reunió con nosotros llevando consigo tres monturas sin jinete. Una es la mía, y mis pergaminos y el punzón seguían dentro de las alforjas, lo me los enseñó y me habló de lo que voy anotando en ellos y de que debo mantenerlos al día.

Estaba leyendo el pasaje que cuenta cómo el mantis escapó de Cuerda cuando un carro conducido por un anciano gordo entró traqueteando en el patio de la granja. El granjero -que se parece mucho a los peltastas que entraron en el templo con sus nobles-

nos juró que hoy no había visto a ningún desconocido, pero lo gritó: «¡Cletón!», y fue a buscarle para que compartiera nuestro vino. Cletón dice que el rey ha muerto y que ese anciano, el Príncipe Thamris, ha pasado a gobernar la ciudad. Un estratega de Cuerda ha llegado en un buque de guerra acompañado por muchos soldados, y ha pedido noticias sobre nosotros y sobre Oeobazo.

20 - Raskos

El hombre herido llegó antes del amanecer; los tres estábamos durmiendo en el suelo. Me erguí al oírle golpear la puerta, y la joven llamada lo hizo lo mismo. Me volví hacia el chico -se llama Polos-, y le dije que abriera la puerta. Puso cara de miedo y me dijo que no quería hacerlo. Yo no deseaba abandonar el calor de mis mantas; arrojé un poco más de leña al fuego y pregunté quién llamaba.

-¡Raskos! -replicó una voz de hombre.

El granjero salió del cuarto donde había estado durmiendo con su esposa y abrió la puerta.

Raskos entró en la granja. Llevaba consigo un pelta y jabalinas; aparté las mantas a un lado nada más verlas, pensando que quizá tuviera que luchar con él. Raskos le dijo algo al granjero y éste rió, apretó el puño y se metió el pulgar en la boca. Le indicó un taburete junto al fuego, y aunque no pude entender lo que decía, me pareció que estaba invitándole a que tomara asiento en él.

«No está borracho», murmuró Polos hablando en la lengua de los helenos. Temblaba con tal violencia que le pasé el brazo alrededor del cuerpo; cuando lo hice noté cómo dejaba escapar el aire de un bufido por su nariz, cosa que creo debe de ser una costumbre suya. Diría que cuenta diez años, o quizá uno o dos más. Tiene el cabello rojizo y los ojos oscuros.

Raskos volvió a hablar, farfullando y mirando a su alrededor como si nunca hubiera visto la casa antes, repitiendo con frecuencia las mismas palabras. Lo preguntó qué estaba diciendo.

-Dice que se perdió en la nieve -le explicó Polos.

Fui hasta una ventana y abrí los postigos. Había nevado durante la noche; una capa de nieve un poco más gruesa que mi pulgar lo cubría todo, con lo que árboles y matorrales parecían haberse llenado de flores blancas que brillaban bajo la luz de la luna.

Raskos estaba dirigiéndose con voz implorante al granjero, que se llamaba Olepis o algo parecido. Me disponía a cerrar los postigos cuando vi a varias personas que se aproximaban por el camino. Tres de ellas sostenían un bulto largo y aparentemente bastante pesado encima de sus hombros, y cuando una señaló hacia la casa comprendí que planeaban detenerse en ella.

Pero tenía tantas cosas en que pensar que no podía prestar mucha atención a esos viajeros.

-¿Recuerdas lo que nos dijo Cletón? -le pregunté a lo mientras cerraba los postigos-. He estado meditando en ello y dado que todos estamos despiertos creo que sería mejor ponernos en marcha a primera hora.

-¿Quieres enviar a Polos a la ciudad para que hable con ese Cordelero? -me preguntó lo.

Meneé la cabeza, pues sabía que ningún estratega estaría dispuesto a decirle la verdad a un muchacho harapiento.

-Lo primero que debemos hacer es encontrar a Hegesítrato y advertirle de que los Cordeleros están aquí. Ahora sabemos que han descubierto su paradero y es muy probable que quieran matarle.

-Puede que ya lo hayan hecho -dijo lo con expresión lúgubre-. Sé que no lo recuerdas, amo, pero hace unos días Hegesítrato intentó leerte el futuro y vio su propia muerte. Por su expresión me pareció que estaba bastante cerca.

Iba a decirle que, aun así, debíamos advertir a Hegesítrato, si podíamos, cuando alguien llamó a la puerta.

Era una mujer llorosa envuelta en una capa oscura. Su revuelta cabellera le colgaba desordenadamente sobre los hombros y tenía las mejillas llenas de lágrimas; iba acompañada por una mujer más joven. Los tres hombres que cargaban con el bulto esperaban a unos cuantos pasos de distancia con expresiones de incomodidad. Dos de ellos apenas si eran unos muchachos.

lo le dio un codazo a Polos.

-Dice que su esposo ha muerto -nos explicó Polos-. Van a quemarle. Quieren que este hombre vaya con ellos.

«Este hombre» era el granjero, quien sonrió a la mujer, meneó la cabeza y señaló el taburete cercano al fuego, aunque no había nadie sentado en él.

La mujer se limitó a sollozar todavía más fuerte que antes, y la esposa del granjero salió de la habitación para consolarla.

—¡Ai Raskos! -gritó la mujer que lloraba-. ¡Ai Raskos!

El granjero se puso a chillarle y cuando vio que no le prestaba ninguna atención se volvió hacia los tres hombres que cargaban con el bulto, pero éstos menearon la cabeza y se negaron a mirarle a los ojos. Un instante después dejaron el pesado bulto sobre la nieve y apartaron algunas de las telas que lo cubrían; vi que era el cuerpo de un hombre, y aunque la luz de luna que se reflejaba en la nieve no bastaba para estar seguro de ello, tuve la impresión de que se parecía mucho al hombre que nos había despertado.

El granjero cogió una rama del fuego y la sostuvo sobre el muerto. Tenía la barba marcada por dos señales grises. Parecía como si le hubiesen roto la nariz. Un ojo nos contemplaba por la hendidura de un párpado a medio abrir; al verlo sentí el deseo de que alguien se lo cerrara, pero no me atreví a hacerlo yo. Un hacha o una espada bastante grande le había herido en el hombro izquierdo, abriéndose paso a través de la carne y deteniéndose cuando ya faltaba poco para llegar a la última costilla.

El granjero le susurró una considerable cantidad de instrucciones a su esposa, sustituyó a uno de los jóvenes que habían cargado con el cuerpo y los seis se alejaron lentamente por entre la nieve. Me aseguré de que los chicos se limpiaban los dientes y se lavaban la cara y las manos, y salimos de la casa para ensillar nuestros caballos, que habían pasado cómodamente la noche en el cobertizo de las vacas; teníamos un gran corcel blanco, una yegua blanca y cuatro monturas más.

-Gracias le sean dadas al dios que tiene poder sobre los caballos, sea el que sea -le dije a Polos, que había venido a echarme una mano-. Al menos la yegua no está en celo.

Polos sonrió.

-Oh, aunque les dejáramos cubrirla unas cuantas veces no pasaría nada... Es el Que Hace Temblar la Tierra, el Dios del Mar. También es el Dios de los Caballos.

El corcel blanco había estado poniendo los ojos en blanco y amenazándome con los dientes, pero Polos logró calmarle con una simple caricia.

-¿Cuál vas a montar?

-El mío. -Señalé el caballo que llevaba mis alforjas la noche anterior.

-¿Cómo sabes que es tuyo? -me preguntó Polos-. lo dice que olvidas las cosas de un día para otro.

-Aún no ha pasado un día de esto -le expliqué-. Te presentaste con los caballos a última hora y el sol aún no se ha asomado por el cielo.

Polos pensó en lo que le había dicho durante unos momentos mientras ensillaba a la pequeña y dócil montura castaña de lo.

-¿Recuerdas que ayer luchaste con el Rey Kotis?

Admití ignorar que hubiese luchado con un rey, fuera el que fuese, y añadí que, como seguía vivo, al parecer había salido vencedor del combate.

-No llegaste a luchar con él. Salió corriendo y su pueblo le mató por haber huido. ¿Tengo que llamarte Latro o puedo llamarte amo, como hace lo? -Polos se quedó callado durante unos momentos-. lo es tu esclava, ¿lo recuerdas?

Meneé la cabeza.

-Entonces le daré la libertad para que pueda volver a su hogar y reunirse con su padre y su madre. En cuanto a ti, Polos, si no eres mi esclavo no deberías llamarme amo. Lamento enterarme de que ese rey era un cobarde; supongo que algunos reyes lo son, pero a nadie le gusta pensarlo.

-Yo no sabía que lo fuera -me dijo Polos-, pero no entiendo mucho de esas cosas.

La solemne expresión de su rostro me hizo reír y le revolví el cabello.

-¿Y cuáles son las cosas de las que sí entiendes?

-Oh, de caballos, cabras y perros..., de toda clase de animales. Y del tiempo. Soy un magnífico profeta del tiempo.

-¿De veras, Polos? ¿Y qué tiempo hará hoy?

-Soleado y con bastante viento al principio. El sol derretirá esta nieve y el suelo se pondrá muy embarrado. Pero después irán apareciendo nubes muy espesas y el día acabará demasiado pronto.

Suspiré, pensando que bien podría haber estado hablando de mí, aunque no me parecía que ésa hubiera sido su intención.

-Amo..., Latro, haré lo que me ordenes.

-Está bien -repliqué yo-, pero ¿por qué dices eso? ¿Acaso me has desobedecido? ¿Te he pegado?

-No -dijo Polos-. Siempre he hecho lo que me has ordenado, aunque no me has dado muchas órdenes. Pero quería decirte que me parecía que estabas equivocado en una cosa, y no quiero que te enfades conmigo.

Le dije que ya nos ocuparíamos de eso en cuanto supiera qué era aquello sobre lo que no estábamos de acuerdo.

-Creo que debería llamarte amo. Si no lo hago muchas personas se preguntarán por qué estoy contigo. Pero si lo hago pensarán que soy tu esclavo, como lo.

Volví a llevarle a la casa para que pudiéramos calentar nuestros tiesos dedos delante del fuego; eso me dio ocasión de pensar en lo que acababa de sugerirme.

-Polos, supón que muriera. Dices que ayer luché con un rey, y si es cierto puede que hoy mismo muera. ¿Y mis herederos, si es que tengo alguno? Te reclamarán, ¿no crees? Podrías pasarte el resto de tu existencia siendo esclavo de otra persona.

Polos meneó la cabeza en un gesto que me recordó a las mulas.

-Amo, si el rey no pudo matarte ayer, ¿quién va a matarte hoy? Y, además, si tienes herederos lo más probable es que sean buena gente. Hay montones de personas muy desagradables que capturan chicos y chicas que no le pertenecen a nadie.

lo entró en la habitación y le pregunté si había hablado con la mujer después de que se marchara el granjero y si le había dado el dinero que le prometió.

-Todavía no -dijo lo-. No se lo daré hasta que estemos preparados para marcharnos, pues quizá necesitemos alguna otra cosa. Amo, ¿recuerdas por qué nos vamos de aquí?

-Para encontrar a un hombre llamado Hegesítrato, si es que podemos.

-¿Le recuerdas? -me preguntó Polos-. ¿Qué aspecto tiene?

Meneé la cabeza.

-¿Recuerdas por qué queremos encontrarle? -insistió Polos.

-Porque los Cordeleros quieren matarle. Hegesítrato es amigo nuestro, ¿verdad? -le pregunté a lo-. Cuando pronuncié su nombre mi boca pareció reconocerlo y saber que pertenece a un amigo.

Alguien llamó a la puerta. La mujer gritó algo desde la otra habitación.

-¡Raskos!

-¡No abras! -exclamó lo mientras yo desenvainaba mi espada.

Tenía que hacerlo, si es que deseaba seguir pudiéndome llamar hombre, pero no tenía el tiempo suficiente para explicarle todo eso a lo. Abrí de par en par la puerta con mi mano izquierda, blandiendo la espada en la derecha.

No había nadie. El sol acababa de asomar por el cielo y largas sombras purpúreas escapaban de cada montañita de nieve barrida por el viento. Las pisadas de quienes habían traído el cuerpo hasta la puerta y habían vuelto a llevárselo ya estaban medio llenas de nieve; y lo mismo ocurría con la depresión informe donde habían depositado el cuerpo. No había ninguna huella más reciente.

-lo, tú sabes hablar la lengua de esta gente, ¿verdad? -le pregunté-. Creo que tienes ciertos conocimientos de ella.

lo asintió.

-Es tracio, amo..., estamos en Tracia. He acabado comprendiendo algunas de sus palabras y Polos sabe hablar su lengua.

-Entonces, Polos, debes advertir a esa mujer de que Raskos puede volver -le dije-. ¿Me comprendes? Si lo hace, no debe abrirle la puerta. Debe hablar con él desde el otro lado de la puerta y decirle que está muerto.

Polos asintió solemnemente.

-Creo que la nieve cayó después de su muerte alterando el paisaje que conocía. La nieve es algo que normalmente sólo encuentras en lo alto de las montañas, por lo que si vuelve antes de que se derrita debe decirle cómo puede llegar al punto en que quemarán su cuerpo, y no debe abrir la puerta por ningún concepto.

Polos habló con la mujer explicándole todo lo que yo había dicho e lo le dio una moneda. Después nos marchamos de la granja.

-Antes de que ocurriera todo eso -Polos movió la cabeza señalando el edificio de la granja-, iba a decirte que creo que deberías montar en el caballo blanco. Montaste en él cuando luchaste con el Rey Kotis y no creo que vuelva a darte problemas.

Meneé la cabeza.

-Supongo que ayer debió de tener un día bastante duro. lo, estuve montando en él durante mucho rato, ¿verdad?

lo asintió.

-Muchísimo, amo. Cuando nos detuvimos aquí los dos estábamos muy cansados, y los caballos también.

Cada uno de nosotros montaba en un caballo y guiaba de las riendas a otro.

-¿Y si alguien quiere luchar con nosotros? -me preguntó Polos.

-Entonces montaré en él -le prometí-, y el caballo estará más descansado porque habrá pasado un buen rato sin tener que cargar con el peso de nadie.

Los ojos de Polos se clavaron primero en mí y luego en el gran corcel blanco con una expresión pensativa.

-Sí, pesas mucho.

-Naturalmente, y además llevo encima mi espada y mi cota de mallas.

-Oeobazo tiene una espada con la empuñadura de oro, pero creo que la tuya es mejor.

Le pregunté quién era Oeobazo.

-El meda que fue liberado por el rey gracias a nosotros -me dijo lo-. Bueno, la verdad es que casi todo fue obra tuya... Has estado llevando al día tu nuevo pergamino anotando lo que ocurre en él con mucha diligencia, amo, por lo que allí debe de haber escritas muchas cosas al respecto. Pero creo que no deberías tratar de leerlo montado a caballo, y menos con este viento.

-Está bien -le dije-, no lo haré.

-¿Me enseñarás cómo se lucha con la espada? -me preguntó Polos.

-Ya le has visto -dijo lo-. Sé que la última vez estabas observándonos. Ya viste lo que hizo mi amo.

-Estaba observándole -admitió Polos, mirándome-. Vi lo que hizo, pero no sé cómo se las arregló para conseguirlo. Vi como cuatro hombres se lanzaban sobre él y creí que le matarían, pero tu amo les mató uno detrás de otro. No creo que haya muchos hombres que sepan luchar tan bien con la espada como él.

Tuve que confesar que ya no recordaba el incidente que me había descrito.

-Pero sabes cómo luchar con la espada. ¿Qué harías si tuvieras que enfrentarte a cuatro enemigos al mismo tiempo?

-Huir, si podía -le respondí.

-Pero ¿y si no pudieras?

Le di vueltas al problema en mi mente, viendo soldados con lanzas y espadas que en realidad no estaban allí, pero que quizá se me hubieran enfrentado de esa forma en algún momento u otro.

-Si puedes, hay que averiguar quién es el jefe -le dije a Polos-. Cuando hay cuatro, uno de ellos siempre es el líder, y los demás se avergonzarían si éste les viera salir huyendo. Es muy probable que en realidad no haya cuatro enemigos intentando matarte. Uno intenta matarte y los otros tres intentan ayudarlo a que lo consiga. Acaba con él de inmediato, si puedes. Matarle es bueno, claro está, pero una herida profunda en el brazo con que sostiene la espada o en su pierna puede ser igual de útil.

Nos detuvimos en una casa aislada; Polos habló con la gente que vivía allí y nos contó que decían no haber visto a ningún desconocido, y le parecía que eran sinceros.

-¿No han visto a Hegesítrato? -pregunté en voz alta. Lo hice con la esperanza de que Hegesítrato me oiría y reconocería mi voz, pero nadie me respondió.

Volvimos a ponernos en marcha.

-Tu espada debe ser una parte de ti, Polos -le dije-. ¿Lo entiendes?

Asintió.

-Pero cuando sostuve tu espada la noche anterior ella no quería formar parte de mi cuerpo.

-Fálcata pesa demasiado para ti -le respondí-, y apenas si la has manejado. Es bueno tener una buena espada, pero conocer a fondo la que tienes y mantenerla afilada es todavía mejor. Algunas vainas embotan la hoja porque están recubiertas de madera demasiado resistente; las hay que incluso tienen una protección de bronce allí donde tocan la parte más afilada del arma. Si tienes una vaina de éstas, véndela y compra otra..., el filo sólo debe estar en contacto con el cuero o la lana.

Polos asintió; me di cuenta de que estaba pensando en lo que le había dicho.

-Y, aun así, siempre debes recordar que no es la mejor espada la que sale victoriosa, sino el que mejor sabe luchar con ella.

Vi a un hombre que llevaba dos jabalinas precediéndonos por el camino a cierta distancia y, por lo que pude juzgar, me pareció que no dejaba huella alguna a su paso. Empecé a hablar de caballos con Polos, sabiendo que ese tema también interesaría a lo, y aprendí muchas cosas.

21 - El estratega de Cuerda

Un líder de los ejércitos invencibles del País Silencioso ha exigido que los Apsintios le entreguen a todos los extranjeros que tengan en su poder: eso le dijo el peltasta herido a Badizoe, y los aldeanos nos han suplicado que nos marchemos antes de que los habitantes de Cobris lleguen a saber que estamos aquí. Nos lo han suplicado, como acabo de escribir; pero no se atreven a echarnos por la fuerza. Nos temen demasiado, aunque sólo somos yo, las dos mujeres y los chicos. Todos los hombres que están en condiciones de combatir se han marchado: la ciudad les llamó hace unos días.

Badizoe ha venido a decirme que ha usado su temor para conseguir noticias, así como esta comida. Le pregunté qué había averiguado y llamé a lo para que lo oyera. Lo dice que es más de lo que supimos gracias a Cletón, pero que se parece bastante a lo que éste nos contó. Le preguntamos a Badizoe cómo habían llegado a enterarse los aldeanos de estas cosas y nos dijo que un hombre herido en el combate de ayer obtuvo permiso para volver a la aldea. Cuando se enteró hizo que unas mujeres le llevaran ante él. Elata la acompañó, hablando primero en la lengua de una nación y luego en la de otra. Anoto lo que dice que contó el herido.

El Rey Kotis ha muerto. Desafió a un heleno, pero huyó de él. Cuando sus nobles lo vieron acabaron con su vida, aunque hubo otros que intentaron salvarle. Tamiris y los que intentaron salvar al rey se han hecho fuertes en el palacio.

El estratega de Cuerda llegó al puerto mientras los demás planeaban su asalto. Lleva la letra lambda de Cuerda sobre su hoplón y viste una capa escarlata. Va acompañado por soldados de Pilos. Les dijo a los nobles que si no obedecían sus órdenes ya no importará quién sea rey de Cobris: volverá con un ejército y quemará la ciudad. Habló con los nobles tracios fuera del palacio, allí donde el peltasta herido pudo oírle, y en cuanto hubo terminado volvió a entrar en el palacio.

Vamos a marcharnos de aquí. Badizoe quiere encontrar a su reina y al resto de las Amazonas y Elata quiere encontrar a Hegesítrato el mantis. Lo cree que nos conviene acompañarlas y yo también pienso como ella.

Todos duermen menos el muchacho de Susa. Para él los fuegos son sagrados, sean de la clase que sean; suele rezarle a éste, pero a veces se aleja de la hoguera en busca de un sitio donde descansar. Creo que debe de estar enfermo o quizá tenga algún problema; estoy seguro de que jamás me he encontrado con un muchacho -o con alguien sano y sin heridas- que no lograra descansar. Creo que Polos sabe lo que le ocurre, pero no quiere decírmelo. El muchacho se llama Artembares.

He estado leyendo en este pergamino cómo las Amazonas construyeron una litera para Faretra y la colgaron entre dos caballos. No puedo recordar a Faretra, pero cuando leo su nombre me parece sentir que su mano toca la mía; estoy seguro de que era esbelta y hermosa, y de que tenía una cabellera llameante. Sé que la amaba, aunque la haya olvidado.

Este mundo pertenece a los dioses, no a nosotros. No somos más que hombres sin tierra y hasta el más poderoso de los reyes comparte esa condición. Los dioses nos permiten que cultivemos sus campos y que recojamos la cosecha. Nos conocemos y nos amamos, y puede que alguien nos haga un sepulcro. No importa: algún otro lo robará y los vientos dispersarán el polvo en que nos hemos convertido; después seremos olvidados. Eso es lo que me ocurre a mí, sólo que todavía más deprisa que a los otros; pero he escrito en mi pergamino que Faretra solía sonreírme. Ella estará aquí mientras existan estas letras, aunque hasta la pequeña lo se haya convertido en un poco de polvo marrón que solloza en el viento nocturno junto con todos los demás.

De todos modos, como lo he leído, sé que debo poner por escrito cuanto recuerdo ahora pues mañana me convendrá leerlo: debo escribir cómo llegamos a esta otra aldea y nos llevamos su vino y el cerdo. Después acampamos muy lejos de la aldea, pues teníamos miedo de su número aunque no podíamos dejar que se dieran cuenta de ello. Estaba cansado y tenía frío, y quizá bebí más de lo que habría debido; y Elata bebió todavía más que yo. Después lo y Badizoe tenían miedo de que yo la violara mientras dormía..., y lo habría hecho si no hubiesen estado ellas allí y si Polos no hubiera estado vigilándola. Acabé enfadándome mucho. Podría haberlas matado, pero no estaba lo suficientemente borracho o enfadado para hacer algo semejante, y si hubiera golpeado a lo, Badizoe habría desenvainado su espada y entonces estoy seguro de que habría acabado matándola. Me acosté en el suelo y fingí dormir; pero el fingimiento no tardó en volverse real.

Cuando desperté, lo y Badizoe también dormían. Intenté despertar a Elata besándola y haciéndole las caricias que los hombres suelen hacer a las mujeres; pero cada vez que se agitaba las colinas parecían inquietarse. Oí como nuestros caballos hablaban entre ellos igual que un hombre conversa con otro hombre; y aunque las cosas se me escapan con mucha rapidez no he olvidado que los caballos son incapaces de hablar; por lo que dejé que Elata siguiera durmiendo y me puse a leer, como ya he contado.

Pero antes eché los leños de que disponíamos a las ascuas de la hoguera. Encontré un árbol muerto, le corté las ramas con mi espada y aparté a Elata del fuego para que no se quemara mientras dormía.

Puede que el brillo de las llamas atrajera al chico. Me preguntó si podía calentarse delante del fuego y le dije que sí, pues vi que estaba solo y era inofensivo.

-Ya sé que vosotros no adoráis al fuego como nosotros -me dijo después de haberme visto leer durante un rato—. Decís que Hefesto es el dios del fuego y ni tan siquiera le contáis entre vuestras divinidades más importantes. Pero ¿te molesta que otras personas tengan creencias distintas?

-Supongo que eso depende de lo que crean -le dije. Los dos hablábamos en voz baja para no despertar a los que dormían-. Eres de Parsa, ¿verdad? Sé que tu pueblo le reza a Ahura Mazda encendiendo hogueras en lo alto de las montañas, y no tengo objeción alguna contra eso.

Sonrió; hasta entonces no me había dado cuenta de lo triste que era su expresión anterior. Después se prosternó ante el fuego como es costumbre en el Oriente y habló con su dios en una lengua que no conozco.

Cuando hubo terminado me escocían los ojos. Dejé este pergamino en el suelo y le pregunté si se había perdido.

Asintió.

-Por eso fui a la nave. Tú estabas en ella y Hegesítrato se presentó poco después, y pensé que quizá pudiera llevarme a Susa. Tú debes de haber visitado nuestro país. ¿Has estado alguna vez en Susa?

-No puedo recordar las cosas -le dije-. Lo olvido casi todo.

Se me acercó un poco más, me parece que porque temía despertar a lo, aunque ella siguió durmiendo.

-Yo también. No, puedo recordar muchas cosas, pero nunca puedo recordar nada importante. ¿A ti te ocurre lo mismo?

-No -le respondí-, sólo puedo recordar unas cuantas cosas..., que lo y Polos cogieron el cerdo, por ejemplo; que lo está durmiendo a tu lado y que Polos duerme junto a ella. Polos recogió esas ramas de pino para que les sirvieran de lecho. Nada importante, como dices tú. He estado leyendo este pergamino para averiguar cómo he llegado aquí, y me he enterado de que vine para encontrar a Oeobazo, un meda; pero ahora no está con nosotros. ¿Le conoces?

-Claro que le conozco -dijo el chico-. En una ocasión me preguntaste por él, y tú y el otro bárbaro le hicisteis preguntas a mi padre acerca de él cuando estábamos en la torre. ¿Has olvidado eso?

-Sí -admití-, me temo que lo he olvidado.

-Aquella vez tú no fuiste quien habló con mi padre. Todas las preguntas vinieron del otro bárbaro, el que es más bajo que tú... ¿Recuerdas que intentaste liberarnos?

Le dije que lamentaba enterarme de que no lo había conseguido.

-En ese cuarto de la torre había centinelas vigilándonos. Uno de ellos oyó un ruido y fue a enterarse de lo que ocurría. Nunca volvió y cuando el otro centinela fue a buscarle tú entraste en el cuarto. Traías capas y cascos y querías que nos los pusiéramos. Dijiste que cuando hubiéramos logrado salir de la ciudadela podríamos escondernos en la ciudad hasta que los bárbaros se hubieran hecho a la vela. Pero mi padre dijo que la gente de allí..., no recuerdo el nombre de esa ciudad...

-Yo tampoco. Sigue.

-Dijo que podrían..., que si nos descubrían podían hacernos daño, y también dijo que Caballo Amarillo nos buscaría por todas partes porque él había prometido darle mucho dinero a cambio de nuestra libertad. Pensaba que Caballo Amarillo aceptaría el dinero y nos dejaría marchar. Mi padre es muy rico. -El muchacho intentó que su voz no sonara presuntuosa-. Si me llevas con él estoy seguro de que te recompensará.

-Así que no quisisteis venir conmigo... ¿Qué ocurrió entonces?

-Nada. -El muchacho se quedó callado con los ojos clavados en las llamas-. Te marchaste, vinieron más soldados y nos fuimos a dormir. ¿Volverás a la nave conmigo?

-¿Qué nave? -le pregunté.

-Aquella en la que estabas antes..., tú, la muchacha y la peri.

No sé qué significa esa palabra, pero cuando la pronunció se volvió hacia Elata. Le dije que no creía que me fuese posible volver a la nave con él hasta no haber encontrado a Oeobazo.

-Está allí -dijo el muchacho, y señaló hacia la lejanía.

-¿Cómo lo sabes? -le pregunté.

-De la misma manera que sabía dónde estaba cuando me lo preguntaste antes. ¿No lo recuerdas? Querías saber dónde estaba y yo te dije que iba montado a caballo con las manos atadas.

Polos se incorporó. Le dije que lamentaba que le hubiéramos despertado y que habíamos intentado hablar en voz baja, procurando hacer poco ruido.

-No me habéis despertado -dijo con mucha cortesía-. Tenía sed.

-Éste es... -empecé a decirle.

-Artembares, el hijo de Artaites -intervino el chico de Susa. Es mayor que Polos y creo que debe de llevarle una buena cabeza de ventaja.

-Artembares -repetí yo.

Polos no parecía querer mirarle, aunque vi como sus ojos se movían en las órbitas.

-¿Cuándo ha venido? ¿Fuiste tú quien le llamó?

-Desde luego que no -respondí-. Tenía frío y vio el fuego; me preguntó si podía sentarse aquí hasta haberse calentado un poco y yo le dije que podía hacerlo.

-¿Quién fue el primero en hablar? ¿Tú o él?

-El, naturalmente. Polos, ¿qué es lo que te tiene tan preocupado?

-Yo he sido el primero en hablar junto a tu hoguera -dijo Artembares-, pero tú hablaste conmigo junto a otro fuego cuando me preguntaste por Oeobazo. No me gusta conversar con la gente que no ha hablado conmigo antes. -Vaciló, y luego añadió-: Me parece que no está bien.

-Voy al arroyo a beber un poco -anunció Polos.

Le di un poco de vino para que lo mezclara con el agua, pues no quería que se pusiera enfermo. Le pregunté si había visto antes a Artembares. Meneó la cabeza y se marchó corriendo.

Me puse a dormir de nuevo.

He estado conversando con Oeobazo, quien habla la lengua de los helenos todavía mejor que Artembares. Vino a verme cuando estaba afilando a Fálcata con la piedra del granjero y me dijo su nombre, añadiendo que aunque sabía que todos nosotros habíamos combatido para salvarle la vida, también sabía que yo era quien más se había esforzado, y que deseaba darme las gracias por ello.

-No es costumbre nuestra gastar muchas palabras, ni tan siquiera en asuntos de la máxima importancia -me dijo-, pero mientras viva bastará con que me llames cada vez que necesites mi ayuda.

-Puede que gastes pocas palabras -le dije-, pero ningún hombre habría sido capaz de ser más claro.

Sonrió, me ofreció la mano y se la estreché. Creo que los dos nos encontrábamos un tanto incómodos; pasado un momento se rió y señaló la piedra de afilar.

-Veo que has embotado tu espada golpeando el cuello de nuestros enemigos.

-No -dije-. Fue la noche pasada, cuando estaba cortando leña para el fuego. Pensé que esta mañana descubriría que tenía el filo destrozado, pero está casi igual que antes..., es una hoja excelente. -Eso hizo que me acordara de Artembares, que se había acercado a nuestra hoguera cuando terminaba de cortar las ramas del árbol seco-. Tenemos con nosotros a alguien de tu nación, un muchacho llamado Artembares. ¿Le has visto?

Oebazo puso cara de perplejidad y meneó la cabeza.

lo nos había estado escuchando.

-Mi amo olvida las cosas -aseguró-. Nos has contado que el mantis te habló de él antes de que llegáramos aquí.

-Sí, él y yo mantuvimos una larga conversación ayer. Tu amo puede olvidarme y lo comprenderé si lo hace; pero yo nunca le olvidaré.

-¿Te dijo que algunas veces puede ver cosas que los demás son incapaces de ver?

Oebazo asintió.

-A veces -siguió lo- la gente cree que esas cosas no son reales, pero en una ocasión vi lo mismo que él. Creo que eso depende de a qué se refiera cada persona cuando dice que algo es real.

Oebazo le sonrió.

-¡Has hablado como una auténtica helena! He escuchado a vuestros hombres sabios discutiendo sobre esos temas durante toda una noche, sin que jamás llegaran a ninguna conclusión. Para nosotros sólo existen las verdades. Y las mentiras... No perdemos el tiempo pensando en lo que no es real.

-Hacéis bien. Poco después de que despertáramos mi amo dijo que había conocido a un muchacho de Parsa que sabía dónde estabas y que él se encargaría de guiarnos. Badizoe y yo quisimos saber dónde se encontraba ese muchacho y mi amo dijo que se había marchado y estaba en la cima de la siguiente colina, y señaló hacia allí con el dedo. Vimos un corcel joven de pelaje entre rojo y castaño, pero no pudimos distinguir a nadie montándole, y cuando hablamos con Elata se limitó a reír. Pero ese caballo nos guió hasta donde estabas.

Oebazo se acarició la barba, negra y muy frondosa.

-Quizá deberíais preguntárselo a Hegesítrato.

-Ya se lo he preguntado -replicó lo-, pero en cuanto hubo terminado de responderme me di cuenta de que no había comprendido ni una sola palabra de cuanto me dijo.

-También podrías preguntárselo a Siete Leones. Me ha dicho que conoce a tu amo mejor que tú.

El hombre negro entró corriendo en el cobertizo donde estábamos hablando, señaló a Oebazo con el mentón y empezó a hablar muy deprisa con él. Oebazo parece comprender su lengua.

-Dice que se aproxima un carro y que el resto de las Amazonas vienen detrás de él -nos explicó Oebazo.

Salimos todos corriendo para ver lo que ocurría. Hegesítrato y la hermosa Elata ya estaban allí y Badizoe se alejó al galope para reunirse con su reina. El carro iba conducido por un tracio, pero el hombre que estaba junto a él parecía un Cordelero: era un soldado muy alto que vestía una capa escarlata.

-¡Noble Hegesítrato! ¡Latro! -gritó saludándonos con la mano cuando estuvo un poco más cerca-. ¡Por todos los dioses, cómo me alegra veros!

-Apuesto a que si echáramos una mirada por ese lugar podríamos ver dónde hicimos nuestra hoguera -me dijo lo-. Mira, nuestro altar sigue allí.

Admití que el sitio me resultaba familiar, aunque no podía recordar si había estado allí antes.

-Entonces íbamos acompañados por las Amazonas -me informó lo.

Se marcharon después de la primera comida: son media docena de mujeres fuertes y aguerridas, dos de las cuales están heridas de gravedad. Se llevaron consigo todos los caballos blancos y tienen una guardia de tracios que han jurado ir con ellas hasta los vados del Hebrus. Hegesítrato dice que el Hebrus es la frontera occidental de Apsintia. Le llevan regalos de tres nobles de aquí a otros nobles parientes suyos que viven en Cicones. Además, su reina tiene una carta escrita con este punzón sobre una tira de piel de cordero blanca: la carta es del estratega llegado de Cuerda y afirma que están bajo la protección de la égida del Rey Leotíquides y el Príncipe Pausanias, el Regente Agida.

-Las echaré de menos -me dijo lo-. Tú no las echarás de menos, amo, pero yo sí. Y echo de menos a Polos..., mucho. ¿Le recuerdas?

Meneé la cabeza, pues no le recordaba.

-No era más que un muchacho... -continuó lo-, supongo que debía de ser de raza tracia. Por lo menos su forma de hablar era muy parecida a la de los tracios. Era más joven que yo, pero resultaba muy agradable tener por aquí a alguien más o menos de mi edad.

Le dije que esperaba que algún día viviéramos en un sitio donde hubiera más niños, y una mujer sabia que pudiera enseñarle todas las cosas que las mujeres deben saber.

-Observar a las Amazonas me ha servido para aprender muchas cosas -afirmó lo-. La Reina Hipépode me apreciaba, y tanto Faretra como Hipostizein intentaron ser amables conmigo porque les gustabas. Faretra no me gustaba porque cada vez que la veías en tu rostro aparecía una expresión muy rara... Después la mataron y me sentí muy mal. Aún lo lamento. Ahora ya no te acuerdas de ella, ¿verdad, amo?

-Sí, me acuerdo un poco -le respondí, pues sentía el conocimiento en mi interior aunque las nieblas lo ocultaban-. ¿Qué aspecto tenía, lo?

-Era casi tan alta como tú, con los huesos de las mejillas bastante grandes. -lo se tiró de las mejillas para mostrarme a qué se refería-. Tenía el cabello rojo y muchas pecas, y sus piernas no estaban del todo rectas, creo que porque había montado mucho a caballo.

Suspiré, como suspiro ahora.

-Me parece que debía de ser muy hermosa.

-¡Bueno, no estaba intentando hacer que pareciera hermosa!

-No -le dije-, pero no has podido ocultar su hermosura.

Me incliné sin bajar del caballo y la besé en la mejilla.

-De todas formas -lo se limpió la cara-, eso me recuerda que tengo que hablar contigo tan pronto como estemos a solas. Acerca de él -señaló con la mano hacia el carro-, y de Hegesítrato.

-Está bien.

Decidí poner por escrito todo cuanto nos habíamos dicho, y ya he terminado de nacerlo.

Estamos en Cobris, en una casa muy grande y hermosa que es propiedad de uno de los nobles que apoyan a Thamiris. Hay sirvientes, aunque dudo mucho de que se pueda confiar en ellos. En cuanto les hubimos entregado nuestros caballos para que les dieran agua y comida y les llevaran a los establos, Acetes hizo que Oebazo y yo fuéramos con él y nos contó que no era un estratega de Cuerda, tal y como les había dicho a los tracios. Todos los demás le habían reconocido, naturalmente, y se habrían sonreído ante nuestro asombro. Me alegra que no estuvieran allí para verlo.

-Me preguntaba cuál era la razón de que Hegesítrato se mostrara tan cordial -dijo Oebazo-. Odia a los Cordeleros.

-Yo tampoco siento un gran aprecio hacia ellos -admitió Acetes-, pero ahora les comprendo mejor. Ser un Cordelero resulta muy agradable.

Durante la segunda comida tuvimos que actuar como si Acetes fuera un Cordelero para que los sirvientes no se enteraran de la verdad; pero cuando hubo terminado les hizo salir de la habitación y nos reunimos ante el fuego para beber el áspero vino del país y cascar nueces.

-Hipereides también va a alojarse en esta casa -nos dijo-. Tiene la habitación contigua a la mía. Los demás tendréis que dormir aquí, aunque me atrevería a decir que habéis dormido en sitios peores.

Todos nos reímos y admitimos que era cierto.

Oeobazo se encargó de formular la pregunta que pugnaba por salir de mis labios.

-¿Quién es Hipereides?

-El capitán de nuestra nave -le dijo Acetes-. Es el hombre a quien Xantipo le encargó la misión de encontrarte. Los demás nos limitamos a trabajar para él, de una manera o de otra.

-Bueno, me gustaría que estuviera aquí ahora -dijo lo-. Tengo muchas ganas de verle y no debería andar por ahí a horas tan tardías.

-Está cerrando los tratos para comprar la comida y el vino que necesitaremos durante el viaje de vuelta a casa -le explicó Acetes-, y si conozco bien a Hipereides supongo que aprovechará la ocasión para hacer algunos negocios particulares. No te preocupes por él..., sabe cuidarse.

-Mandó a Hegesítrato con Elata y Siete Leones..., el hombre negro y a Latro con lo, ¿no es así? -le preguntó Oeobazo.

Acetes y Hegesítrato asintieron.

-Nos encontramos con las Amazonas gracias al favor de una cierta diosa -añadió Hegesítrato-. Iban a cumplir un encargo del Dios de la Guerra, pero sin ellas no habríamos logrado nada.

Oeobazo asintió, aunque creo que el gesto iba destinado más a sí mismo que a los presentes.

-Hace años conocí a una tribu que cree que el Dios de la Guerra no es otro que Ahura Mazda..., Ahura Mazda de incógnito, por así decirlo. Quizá tengan razón. ¿Cómo supisteis dónde podríais encontrarme?

Acetes sonrió.

-Hegesítrato olió tu rastro, o eso dice Hipereides. Lo que no comprendo es qué estabas haciendo aquí. No ibas camino de Media o de Parsa, ¿verdad?

Oeobazo meneó la cabeza.

-Iba a Pensamiento.

-¡A Pensamiento!

-Sí. -El meda pareció vacilar y nos miró-. Hegesítrato, de todos los presentes tú eres el único que me conoce bien. ¿Qué sabes de mí? Díselo, y dímelo también a mí.

-Eres un valeroso soldado, un soberbio jinete y un técnico muy hábil. Fuiste consejero de Artactes en cuanto a fortificaciones y máquinas de asedio.

-¿Nada más? -insistió Oeobazo.

Hegesítrato se acarició la barba.

-Déjame pensar... Eres meda y aunque en una ocasión me dijiste que tienes una esposa y una propiedad cerca de Ecbatana, en otra ocasión me contaste que no tienes herederos. Y hay algo más: en toda la corte de Artactes creo que eres el único que no me pidió jamás que le leyera el destino.

-Hubo un tiempo en el que teníamos tres hijos. -El rostro de Oeobazo se entristeció-. Eran unos jóvenes magníficos... Se alistaron en el Ejército Imperial. Debes comprender que para los nobles de mi nación entrar al servicio del rey es algo natural; quien no lo hiciera sería mirado con la máxima suspicacia.

-Naturalmente -dijo Hegesítrato.

-El rey (Jerjes, el Gran Rey, como le llamáis vosotros) planeaba una expedición contra los bárbaros del norte. Ahora todos los presentes conocéis a sus mujeres guerreras y sabéis cómo son..., jinetes salvajes que siguen a sus rebaños y manadas de caballos. Puedes defenderte de ellos, pero atacarles es como atacar el humo; te presentan batalla, huyen y vuelven a caer sobre ti, pues no tienen ciudades ni cosechas que perder. La expedición no serviría de nada, y todo el mundo lo sabía salvo el rey. Pero Susa estaba llena de suministros que serían enviados al norte en cuanto el ejército los necesitara.

Todo el mundo callaba. Me volví hacia el muchacho de Parsa, que estaba sentado junto a Elata, bastante lejos del fuego. Parecía estar escuchando atentamente las palabras de Oebazo, aunque no pude ver su expresión.

-Llegó la primavera y el ejército acampó alrededor de las murallas de la ciudad -siguió diciendo el meda-. Mis hijos iban con él; servían en la caballería. El rey también estaba allí. Artaites me lo presentó y me alabó diciendo que yo era el hombre que había logrado proporcionarles tanto espacio donde guardar los suministros. El rey estaba contento de mí; me sonrió y me ofreció una recompensa por mis servicios: podía pedirle un favor. Me dejé llevar por el atrevimiento y le pedí que permitiera que uno de mis hijos se quedara conmigo.

Oebazo se quedó callado hasta que lo rompió el silencio para preguntarle:

-¿Y se negó?

-No. Asintió con la cabeza, volvió a sonreír y me prometió que los tres se quedarían en Susa. A la mañana siguiente, cuando el ejército partió hacia el norte, mis hijos estaban en la cuneta con la garganta cortada para que cada soldado que pasara junto a ellos pudiera ver con sus propios ojos lo que les ocurría a quienes... -Oebazo se puso en pie y por un instante dio la impresión de estarse lavando la cara con las manos-. Os pido disculpas. Me habéis preguntado por qué intentaba llegar a Pensamiento y en vez de la réplica clara y sencilla a la que tenéis derecho os he obligado a escuchar todas estas tonterías. Si me disculpáis, creo que un paseo a caballo alrededor de la ciudad me ayudará a dormir.

Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda Acetes carraspeó para aclararse la garganta y escupió en el fuego.

-Realmente creo que alguien debería acompañarle, pero si afirmo conocer la forma de conseguirlo..., bueno, entonces podéis llamarme idiota.

-Yo iré, señor -dijo una voz desde el otro lado de la habitación-. No me verá.

Me volví a mirar, igual que hicieron todos los demás. Quien había hablado no era el joven de Parsa ricamente vestido (tal y como había esperado), sino un muchacho bastante más joven que él y cubierto con una harapienta piel de oveja.

-¡Polos! -gritó lo al verle salir por la puerta; un instante después oímos el ruido de los cascos de su caballo alejándose al galope. lo se puso en pie-. Amo...

-¡Ni pensarlo! -La cogí por el brazo y la obligué a sentarse.

-Sólo quería preguntarle dónde había estado -me explicó lo-. No le he visto desde anoche.

-¿Estaba con nosotros antes?

-Sí, en la caverna sagrada de la Gran Madre -me explicó Hegesítrato-. Esta mañana dijiste que había estado hablando contigo junto a la hoguera la noche pasada, pero que había ido a beber agua y que no volvió. Supongo que debe de habernos seguido.

Elata se dirigió a nosotros, aunque creo que raramente habla con más de una persona a la vez.

-Procura ser de utilidad siempre que puede, y tiene un corazón animoso y jovial... Me alegra que haya decidido quedarse con nosotros. Pero tu amo tiene razón, lo. De noche las calles de esta ciudad inquieta no son el sitio más adecuado para una joven.

El hombre negro asintió enfáticamente.

Hegesítrato volvió a llenar su copa.

-Creo que no tardarán en volver; si alguno de los dos corriera peligro ya lo habría presentido... lo, creo que éste es un buen momento para compartir nueces y contar historias de fantasmas, y no para preocuparnos por los amigos ausentes. Tú me contaste una excelente cuando íbamos en el barco... ¿La recuerdas? Me hablaste de que tu amo estaba presente cuando un nigromante invocó a una muerta. Sé que él no puede recordarlo y dudo mucho de que los demás hayan oído esa historia, así que, ¿por qué no vuelves a contarla?

-¡Esa historia! -exclamó Acetes-. Juro por la Doncella que jamás en mi vida había estado tan asustado. Yo no estaba allí. Creo que se enteró de lo ocurrido a través del poeta..., él también era de la Colina. Supongo que tú no te dedicarás a esas artes, ¿verdad, Hegesítrato?

-¿La nigromancia? -El mantis meneó la cabeza-. Le he dado el reposo a un par de fantasmas y en una ocasión interrogué a uno. -Hizo girar el vino en su copa y contempló los destellos que le arrancaba la hoguera: creo que era capaz de ver en ellos muchas más cosas que yo-. ¿Os habéis dado cuenta de que nuestros fantasmas están empeorando? -nos preguntó por fin-. Antes no eran más que almas perdidas que se habían alejado de las Tierras de los Muertos o que quizá nunca habían llegado a ellas, y sus espíritus no eran peores en la muerte de lo que lo habían sido en vida y no era raro que hubiesen mejorado. Ésos eran los fantasmas de los que me hablaron mis maestros cuando era joven; y os aseguro que éstos eran los que me encontré en mi juventud. Ahora algo maligno parece rondar por entre ellos... -Volvió a quedarse callado durante unos instantes-. ¿Alguno de vosotros ha oído hablar de lo que le ocurrió al capitán Hubrias? ¿Sabéis algo sobre la Isla Blanca?

Acetes meneó la cabeza y lo mismo hicimos el hombre negro, lo y yo.

-Ocurrió dos años antes de la guerra, según me dijo. Su nave había salido de la embocadura del Ister y estaba inmóvil envuelta en la niebla cuando el hombre del mástil dijo que oía música y el batir de muchas alas. Supongo que los tripulantes debían de estar hablando en cubierta, pero aguzaron el oído y oyeron los mismos sonidos que el hombre del mástil. No tardaron en advertir que lo que habían tomado por un espeso banco de niebla era una isla con acantilados de piedra blanca y una playa de arena blanca. Hubrias me contó que había estado navegando por esas aguas desde que era un niño y tenía la completa seguridad de que no existía ninguna isla semejante..., pero allí estaba.

-¿Y qué hizo? -le preguntó lo.

-La verdad es que al principio no hizo nada -siguió diciendo Hegesítrato-. Un rato después vieron a un hombre con armadura en la playa. Les saludó con la mano y les pidió que le enviaran un bote; Hubrias supuso que deseaba abandonar la isla y como tenía muchas ganas de saber algo más sobre ella fue con cuatro de sus hombres en un bote de remos. Pero no tardó en comprender que este hombre era algo más que un soldado común y corriente; Hubrias me dijo que era tan hermoso como un dios y que parecía tan fuerte como un toro. Hubrias saltó del bote apenas la quilla rozó un poco de arena y le saludó, asegurándole que él y su nave estaban dispuestos a servirle en lo que deseara, fuera lo que fuese. «Soy Aquiles -le dijo el fantasma-, y quiero pedirte un favor.» Como podéis imaginaros, Hubrias le dijo que le bastaba con hablar. «Entonces ve al templo de Atenea Ilias -repuso el fantasma-. Allí encontrarás a una esclava llamada Crise. Cómprasela a los sacerdotes y tráemela aquí.»

»Hubrias juró que así lo haría, naturalmente, y volvió a subirse al bote lo más rápidamente que osó hacerlo. "Es la última descendiente del linaje de Príamo -le gritó el fantasma cuando ya se apartaban de la playa-. ¡Trátala con honor!"

»Navegaron hasta la Tróada con vientos favorables durante todo el trayecto y Hubrias logró encontrar a la chica; me dijo que debía de tener unos catorce años y que cuidaba de la casa de un sacerdote del templo. Pagó una suma considerable por ella y la alojó en su nave tan confortablemente como es posible en un barco, pidiéndole que se abstuviera de

toda labor manual. Le dijo que la había comprado para hacerle un regalo a un rey de una isla del Euxino y la joven accedió de buena gana a hablarle bien de él al monarca.

-¿Qué ocurrió cuando volvió a la isla? -preguntó Acetes.

Yo también estaba preguntándome si Hubrias habría sido capaz de encontrarla por segunda vez.

-Abandonaron la embocadura del Ister y volvieron a toparse con un banco de niebla. -El mantis se estremeció y vació su copa, arrojando las heces al fuego-. Pero esta vez soplaban un viento bastante fuerte. Hubrias me contó que se vieron obligados a acabar amando la vela y que aun así estuvieron a punto de encallar en la Isla Blanca. El fantasma estaba allí, esperándoles sobre la arena, acompañado por la mujer más hermosa que Hubrias hubiera visto jamás. Cuando hablé con él ya había transcurrido más de un año, pero sus ojos seguían iluminándose cada vez que intentaba describirmela. Me dijo que en ella había algo que parecía llamarte, una especie de invitación. Nada más verla sabías que era la mujer más orgullosa del mundo..., y la más humilde. Me dijo que no había ningún hombre vivo que no hubiera estado dispuesto a sacrificar su vida por ella alegrándose de poder hacerlo.

»Hubrias había engalanado a Crise con cuentas de ámbar y adornos similares: la hicieron subir al bote y remararon hacia la playa. Crise se arrodilló ante el fantasma y la mujer (quien también era un fantasma, de eso no cabe duda), y cuando la vieron se dieron la mano.

»"Amigo mío -le dijo el fantasma a Hubrias-, me has servido bien. Vete en paz y te prometo que no ha de faltarte una recompensa". Hubrias me contó que después de aquello era como si le resultase imposible equivocarse en la navegación y que todos los negocios que emprendía acababan saliéndole bien. Daba plata y a cambio recibía oro, como dice el refrán. Si quería ir al sur el viento soplaban del norte; y cuando estaba listo para volver el viento soplaban del sur. Cuando hablé con él ya se había convertido en un magnate local. Tenía una propiedad cerca de Colina de la Torre y estaba pensando en comprar otra.

-Bueno, me parece que ese fantasma no tenía nada de malo -dijo lo-. Creo que no me habría importado encontrarme con él.

Hegesítrato se encogió de hombros.

-Puede que no. Pero cuando estaba a punto de alejarse Hubrias oyó un grito. Me dijo que se había dado la vuelta y que miró hacia atrás. El fantasma sostenía a Crise sobre su cabeza cogiéndola por una pierna y un brazo, y aquella hermosa mujer le observaba. Crise volvió a gritar y llamó a Hubrias por su nombre, suplicándole que volviera y la salvara. Después el fantasma la hizo pedazos.

Oí el prolongado ¡O-o-o-h! que hizo lo al tragar aire antes de que Elata se riera.

-¿Es cierto todo eso que nos has contado? -le pregunté a Hegesítrato-. ¿Ocurrió realmente?

Hegesítrato se encogió de hombros.

-No lo vi con mis ojos, pero hablé con Hubrias y le creo. Ningún practicante del arte de Tespis podría haber imitado la expresión de su rostro cuando me describió a la mujer, o sudado como lo hizo cuando me contó la muerte de la joven esclava. Acetes, hablemos de la invocación de esa muerta en Pensamiento. ¿Fue tan horrible como la historia que he contado?

Acetes acababa de aplastar una avellana entre los cantos de sus manos y fue comiéndose los fragmentos del fruto mientras hablaba.

-Fue peor. He visto a un hombre muerto por un oso y no creo que lo que tu fantasma le hizo a la joven esclava pudiera ser mucho peor que eso. Esto lo fue. Todos habíamos ido a casa de una hetaira..., Hipereides, el kibernetas, el poeta, otro par de hombres y yo. Por aquel entonces Latro pertenecía a esa hetaira y su misión era vigilarnos para que no nos

desmandáramos. Había ríos de un vino excelente y algunos de los mejores manjares que he comido en mi vida, y las chicas eran realmente guapísimas...

Alguien -supongo que debió de ser el hombre negro-, había cerrado la puerta después de que Oeobazo y el muchacho salieran del cuarto. De repente oímos golpes y reconocí la voz del muchacho que gritaba: ¡Dejadnos entrar! El hombre negro y yo fuimos corriendo hasta la puerta, levantamos la barra e hicimos girar el grueso panel de madera. Oeobazo y Polos avanzaron tambaleándose hacia la hoguera, sosteniendo entre los dos a un anciano bastante gordo de cuyo rostro chorreaba sangre.

23 - Sentado en mi banco de zigita

Debo terminar de poner por escrito lo que empecé a consignar ayer. Acabo de releerlo todo y confieso que me ha parecido que cometí una tontería al haber registrado la historia de Hegesítrato con tanto detalle; pero el tiempo que pasamos alrededor del fuego entre el momento en que el meda salió del cuarto y el momento en que él y Polos volvieron con Cletón me parece precioso; creo que lo y yo no podemos haber disfrutado de muchos momentos como ése, breves intervalos de comodidad en los que estábamos libres de todo peligro... Quizá ésa sea la razón de que lo hable de la casa que Kaleos tenía en Pensamiento tal y como lo hace. Lo dice que Kaleos era la hetaira a quien se refirió Acetes.

Cuando Oeobazo y Polos lo entraron en la habitación, el anciano estaba casi inconsciente. Hegesítrato y Elata se ocuparon de su herida mientras Acetes, el hombre negro y yo interrogábamos a Oeobazo. Nos dijo que conocía a Cletón porque le había visitado mientras estaba prisionero en el templo de Pleistoro. Le había visto de pie en la calle discutiendo con media docena de tracios. Junto a él había una sirvienta que sostenía una lámpara: la luz que proyectaba atrajo su atención. Acababa de reconocer a Cletón cuando un tracio le golpeó con su espada. La mujer dejó caer su lámpara y huyó; y el muchacho -Oeobazo no conocía su nombre- surgió de la nada para ayudarlo. Entre los dos lograron colocar a Cletón sobre la montura de Oeobazo y le trajeron hasta aquí.

-Me dijo que era amigo de tu amo -me explicó Oeobazo-, y mientras estuve prisionero se portó bien conmigo..., fue la única persona que me permitió albergar alguna esperanza.

-Lo fue -confirmó Hegesítrato, apartando los ojos de las heridas de Cletón-. Aunque creo que debería haber dicho: lo es. No creo que esto vaya a matarle.

Elata asintió y me guiñó el ojo.

-La espada no pesaba lo bastante o el brazo no tenía la fuerza suficiente..., podéis expresarlo de la forma que más os guste. La hoja llegó hasta el hueso, pero a esa altura, por encima de la oreja, un cráneo es bastante grueso.

Cletón (sabía su nombre gracias a que Oeobazo lo había pronunciado) balbuceó algo y Elata le acercó una copa de vino a los labios.

-Está seco..., yo suelo sentir lo mismo cuando el vino lame mis raíces. Necesita agua para fabricar sangre nueva.

Cletón apuró la copa y le depositamos ante el fuego. Entonces escribí todo cuanto acabo de anotar, empezando por el momento en que lo me enseñó nuestro viejo campamento; pues me había dicho (todo esto ocurrió mientras nos hablábamos en susurros y escuchábamos la jadeante respiración del anciano) que había venido a vernos a ese sitio, y que habló con Hegesítrato y conmigo. Le pregunté si ya había escrito todo eso y si creía que debía leerlo ahora, pero lo me dijo que había podido oír cuanto se dijo y que ya me lo repetiría cuando fuese necesario.

Pasado un rato bastante largo Cletón habló con Hegesítrato y con el hombre negro, que le ayudó a erguirse. Entonces dejé de escribir. Le sentaron junto al hogar, dándole la espalda al calor de sus piedras.

-Han cogido a Hipereides -nos contó.

Hipereides era el capitán del que se había hablado antes.

-¿Quiénes? -le preguntó Acetes.

-Nesibur y Deloptes.

-No pierdas la calma -le aconsejó Hegesítrato-. En tu estado actual sólo serviría para que te pusieras más enfermo. ¿Sabes adonde le han llevado?

-Al palacio.

-Comprendo. Oeobazo nos ha dicho que cuando te vio había más de dos tracios..., seis por lo menos. Supongo que el resto debían de ser sirvientes de esos dos, ¿no?

Cletón asintió cansinamente.

Hegesítrato se volvió hacia Acetes.

-En ese caso, los dos tracios que ha nombrado deben de ser dos de los aristócratas que intentaron proteger al Rey Kotis. Supongo que habrán salido del palacio usando una entrada lateral.

Cletón volvió a asentir.

-Amigo, ¿dónde le hicieron prisionero? -Y dirigiéndose a Acetes preguntó-: ¿En tu casa? ¿Cómo supieron que estaba allí?

Los ojos medio velados de Cletón fueron de su rostro al de Hegesítrato, del de éste al mío, del mío al del hombre negro y, por fin, al de Elata. Entonces fue cuando pensé que la vida es terrible: un hombre que ha envejecido y se ha debilitado puede llegar a descubrir que un acto de imprudencia suyo ha significado la perdición de un amigo.

-Yo se lo dije -nos explicó-. Hablé con Thamiris y se lo dije. Él les envió..., eso es lo que me dijeron.

Acetes lanzó una maldición y se volvió hacia Hegesítrato.

-¿Comprendes cuál es la situación política aquí? -le preguntó.

-No tan bien como él -replicó Hegesítrato-. Puede que incluso peor que tú... Sé que has estado en el palacio y has hablado con Thamiris. Yo nunca he llegado a hablar con él.

-Y pienso volver allí tan pronto como pueda reunir a mis hombres. ¿Vendrás con nosotros?

-Desde luego -le dijo Hegesítrato.

Oeobazo, el hombre negro y yo asentimos al unísono.

lo se había metido entre el hombre negro y yo.

-Fuiste espía para ese tal Thamiris, ¿verdad? -le preguntó a Cletón-. Trabajabas para él al mismo tiempo que para Hipereides..., ¡y parecías tan agradable y bueno!

Cletón logró sonreírle y le tomó una mano entre las suyas.

-He intentado serlo -le aseguró-. De veras, lo he intentado... Os envié más flechas. ¿Lo sabías?

lo asintió.

-¿Crees que habría podido hacer eso si no tuviera amigos entre los tracios? ¿Crees que podría vivir y comerciar aquí? -Su mano izquierda abandonó los dedos de lo para buscar a tientas su copa. Elata se la sostuvo-. Os di buenos consejos, niña -dijo cuando hubo terminado de beber-. Sí, os los di... Kotis era un loco y un imprudente, pero siempre hacía caso de los consejos de Thamiris..., bueno, a veces. No quería que mataran al meda, temía que las Amazonas mataran a Kotis... Quería que todo el mundo quedara en libertad.

-Si estaba tan próximo al trono los otros aristócratas deben odiarle -dijo Hegesítrato-. Al menos la mayoría de ellos... Supongo que quienes le apoyan ahora deben de ser familiares suyos: hijos, primos..., ese tipo de parentela.

Cletón volvió a asentir.

-Nesibur es su nieto. Deloptes, su sobrino.

Hegesítrato frunció los labios.

-¿Y a quién quieren coronar los otros? ¿A un hermano menor de Kotis?

-A su hijo. Sólo tiene tres años.

-Pero ahora Thamiris tiene en su poder a mi desconocido amigo y puede usarlo para hacer un trato -dijo Oeobazo-. Amenazará a los demás con ejércitos fantasmas procedentes de Helas..., puede que les obligue a nombrarle regente del joven príncipe.

Cletón se volvió hacia lo y hacia mí.

-Hipereides vino a verme esta tarde. Somos viejos amigos: llevamos años haciendo negocios juntos. Necesitaba vino y yo me encargué de proporcionárselo. Cerramos el trato y le dije a mis hombres que llevaran el vino a su nave. Hipereides me prometió que vendría esta noche a traerme el dinero.

-Y cuando se marchó hablaste con Thamiris y le dijiste que iría a tu casa más tarde -dijo Acetes.

-Le mandé un mensaje -murmuró Cletón-. Le dije que el negociante de los Cordeleros estaría en mi casa. Quizá..., derechos para el comercio. Evitar la competencia.

-Pero Thamiris no fue a tu casa -intervine yo-. Mandó a los dos nobles.

Cletón suspiró y tomó otro sorbo de su copa.

-No esperaba que lo hiciera... Pensaba que se limitaría a enviar a alguien autorizado para negociar en su nombre. Pero querían llevarse a Hipereides al palacio y él se negó a acompañarles. Dijo que volvería por la mañana y traería consigo al Cordelero. Creo que pensaron que estaba mintiendo. Quizá mentía, tal vez le pareció que no conseguirían salirse con la suya...

Asentí.

-Le cogieron y le doblaron los brazos a la espalda. Les seguí a la calle, traté de explicarles que era mi invitado, mi cliente...

-Y ellos intentaron matarte -dijo lo.

-Y probablemente creen haberlo conseguido -añadió Acetes en voz baja-. Deben de pensar que han matado a su propio agente. Están desesperados. Se han metido en un juego muy delicado y necesitan ganar la próxima mano.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó lo.

Acetes se puso en pie.

-Reunir a los hombres, ir allí y rescatarle.

Le pregunté de cuántos hombres disponía.

-¿Soldados? Cinco, y dos arqueros.

-Cletón, ¿tienes hoplones y corazas entre tus mercancías? Cascos, ese tipo de cosas...

La cabeza de Cletón se movió de forma casi imperceptible, menos de la anchura de un dedo.

-Sí, cuatro.

-¿Cuatro de cada cosa?

Otra vez ese débil movimiento.

-Bien. Acetes, averigua dónde se guardan, arma a los cuatro marineros de mayor corpulencia y enséñales a comportarse como soldados..., es probable que ya sepan cómo hacerlo. Llévate a Hegesítrato, a este meda y al nombre negro. Cuando llegues al palacio insiste en que os dejen entrar a todos.

Acetes asintió.

-Tienes razón..., eso es justo lo que haría un auténtico Cordelero.

-Si no consigo entrar ya me las arreglaré para reunirme con vosotros. ¿Cómo es el palacio?

Sentí la presión de los dedos de lo sobre mi mano.

-Antes tendrás que vértelas con los tracios que hay en el exterior -me advirtió Acetes.

-Lo sé, pero ¿qué disposición tiene el palacio? ¿Dónde pueden tener a Hipereides?

Cletón jadeó intentando tragar aire.

-Es cuadrado. Escúchame, hijo. He estado allí muchas veces... Un muro no demasiado alto. No hay torres. Dentro está el patio, el establo se encuentra detrás. El palacio también

es cuadrado. Salón y cocinas..., abajo. Dormitorios subiendo la escalera..., cautivos abajo. En el subterráneo. Dobla a la derecha, cinco calles.

Hegesítrato intentó discutir conmigo pero no le hice caso, y salí por la puerta antes de que el hombre negro pudiera detenerme.

Las calles estaban oscuras y llenas de un sucio fango resbaladizo, por lo que tuve que caminar despacio. Llevaba recorrida muy poca distancia cuando casi tropecé con una mujer, pero no me di cuenta de que era Elata hasta oír la hablar.

-Latro -me dijo-, detente y escúchame. ¿Sabes que soy capaz de curar?

-Naturalmente que lo sé -respondí-. Esta noche te he visto ayudar a Hegesítrato cuando atendía a Cletón.

-Y si pudiera también te curaría a ti, Latro. No puedo hacerlo, pero comprendo hasta qué punto llegas a olvidar las cosas. Creo que soy la única que lo entiende, incluso ahora, pese a que lo sepa más sobre ello que el resto. No recuerdas quién es Hipereides y no te importa. No debería importarte, claro... Mi árbol ya es viejo, pero aun así él y yo viviremos muchas estaciones más después de que Hipereides haya muerto y haya sido olvidado. Debes proteger tu semilla, Latro. Esta noche vas a arriesgarla por nada. ¿Por qué lo haces?

No comprendí a qué se refería cuando hablaba de su árbol, pues que yo sepa las mujeres no poseen tal cosa, pero de todos modos le respondí.

-Lo hago para no ser nunca como Cletón ha llegado a ser esta noche. Que eso te baste.

La besé y le ordené que volviera a la casa antes de que alguien le hiciera daño. Yo también había bebido una buena cantidad de vino; pero aunque Elata había masticado resina para eliminar el olor su aliento sabía más a vino que el mío.

Un hombre pasó a caballo. Me miró y vi que llevaba un casco y tenía una lanza; me alegró que no se detuviera. Apreté el paso y ya casi había llegado al palacio cuando lo me alcanzó.

-¡Amo! -gritó, y me cogió por la capa.

Giré en redondo con el puño levantado.

-lo, ¿te he pegado alguna vez?

-No lo recuerdo -dijo ella, y cuando alcé un poco más el puño añadió-: Sí, amo, una o dos veces. Aunque no me importa.

-Ahora debería volver a pegarte. Podrían haberte matado; tendré que volver sobre mis pasos para acompañarte a la casa.

-Qué bien. -Parecía feliz. Dimos la vuelta y empezamos a desandar lo andado-. Amo, tú eres el que habría acabado muerto, ¿no lo comprendes? Apostaría a que el noble Thamiris debe de estar acompañado por un millar de tracios y el que murieras no ayudaría en nada a Hipereides.

-lo, si vuelves a seguirme no te acompañaré de regreso; te llevaré conmigo. Creo que eso sería más seguro que dejarte sola en las calles de esta ciudad bárbara.

-Amo, deberías quedarte conmigo en la casa, o ir con Acetes y el hombre negro.

-No puedo hacer eso.

-¿Por qué no? -me preguntó-. Nadie te culparía.

-lo, sabrían lo que había tenido intención de hacer y que no lo había llevado a cabo..., sabrían que ni tan siquiera había llegado a intentarlo mientras que yo lo ignoraría. Les vería compadecerme, como lo he visto en algunos momentos del día de hoy; y no sabría por qué.

Y, de repente, sentí como mis ojos se humedecían, igual que si alguna ráfaga de viento los hubiera llenado de humo. No lloré, pues los hombres no hacen esas cosas; pero mis ojos se llenaron de lágrimas, sin importar lo muy deprisa que parpadeara. Hoy debo mantenerme vigilante y luchar contra este extraño amor hacia mí mismo, pues estoy seguro de que fueron él y el vino los que me robaron la hombría.

Creo que una lágrima cayó sobre lo, pues vi como alzaba los ojos hacia mí.

-Puedo hacer el resto del trayecto sola, amo -me dijo-. No me pasará nada.

-No -le dije, y meneé la cabeza, aunque quizá no pudiera ver mi gesto.

Cuando llegamos a la casa tuve que golpear la puerta con la empuñadura de mi espada hasta conseguir que Elata levantara la barra para dejarnos entrar. Lo arrojó su pequeño cuerpo en mis brazos y la besé como había besado a Elata, sabiendo que era una mujer, por muy joven que fuese, aunque hasta ahora siempre había pensado en ella como si no fuera más que una niña.

-No volveré a seguirte -me prometió.

Asentí y no le dije cómo deseaba que lo hiciera y lo asustado que estaba.

Me acordé del hombre de la lanza y decidí no ir por la oscura calleja que había recorrido antes. Torcí hacia la derecha por la primera esquina y a la izquierda por la siguiente. Cuando lo hice vi que en el centro de esta nueva calle, que casi llegaba al palacio, había una hoguera encendida. A su alrededor se encontraban varios hombres y me pareció que estaban calentándose las manos.

24 - El jabalí

La gran bestia oculta entre las sombras fue lo que más les impresionó a todos; de eso no hay duda. He escuchado a Hipereides, al mantis, al meda, a Acetes y a los soldados; y todos me han hablado de ella. El mantis quiso saber cómo había entrado en el palacio. Me limité a trepar por el muro, cosa que no fue demasiado difícil, y así se lo dije.

Pero antes les expliqué cómo el hombre negro me había salvado cuando llegué a la hoguera de los centinelas. Eso alegró mucho a Hipereides, y el hombre negro también se puso contento. Nos mostró cómo le había roto el cuello al tracio antes de que pudiera desenvainar su espada. No le conté a nadie que se me había adelantado con la esperanza de detenerme; eso haría que Hipereides le apreciara menos, y tampoco les dije nada acerca de Elata o lo. Les hablé de las otras cosas que había hecho antes de quitarme las botas y acercarme al muro. Estoy seguro de que se han perdido, junto con nuestros caballos y gran cantidad de otros objetos de valor que dejamos en la casa. Recuerdo haber pensado si debía quitarme la capa; ahora me alegra no haberlo hecho, pero no podría haber trepado por el muro con las botas puestas.

Polos desea que le cuente muchas cosas sobre las espadas; le he explicado que antes debo escribir en mi pergamino. Intentaré ser breve.

El hombre negro me había advertido de que podían matarme, señalando primero al tracio muerto y luego a mí. Después abrió y cerró las manos muchas veces para indicarme el número de tracios que creía podía encontrarse al otro lado del muro, y ciertamente era un número muy grande. No me atreví a responderle en voz alta por miedo a que los otros tracios me oyeran, por lo que hablé igual que él, con mis dedos, diciéndole que también era posible que fuesen pocos y lograra matarles a todos. Eso le hizo sonreír: vi el destello de sus dientes en la oscuridad. Después se marchó; es mi hermano.

Aunque mis manos habían hablado con mucha osadía sentí como temblaban cuando me agazapé a la sombra de una casa para quitarme las botas. Sus siluetas se recortaban contra el frío cielo iluminado por las estrellas y eso me permitió ver a los tracios que había en lo alto del muro: vi los negros contornos de sus cascos y las afiladas puntas de sus jabalinas. Si hablara ahora con Polos de espadas y combates, tal y como desea, le diría lo importante que es ponerse por un tiempo en el lugar de tu enemigo; creo imposible que un hombre pueda alcanzar la victoria si no sabe hacer eso, salvo si cuenta con el favor de algún dios. Así pues, me imaginé que era Thamiris y que estaba tras el muro del palacio.

No podía hacer que los nobles que me apoyaban montaran guardia en lo alto del muro, pues no lo habrían consentido; sólo subirían al muro si había un ataque. Por otra parte, necesitaría una fuerza de hombres escogidos que estuvieran dispuestos a contrarrestar

tal ataque. Muy bien..., los nobles serían esa fuerza. Los peltastas podían vigilar el muro durante los tediosos turnos de la noche, y dar la alarma en caso de que fuera necesario.

Pero yo, Latro, sabía que los peltastas eran hombres normales y corrientes, por grande que fuera su valor y su resistencia, igual que yo mismo soy un hombre normal y corriente. Los hombres normales mantendrían los ojos clavados en aquellos que había alrededor de las hogueras.

Por lo tanto, necesitaba una distracción que les hiciera fijarse en un fuego situado a cierta distancia de mí. Si el hombre negro siguiera conmigo le hubiera pedido que se encargase de proporcionarme tal distracción, pero no había nadie que pudiera ayudarme, sólo el tracio muerto. Me pegué al suelo y le arrastré hasta el montón de madera para los fuegos junto al que había estado deslizándome cuando me descubrió; vi un tronco colocado en posición vertical y clavé su cuchillo en él. Temí que alguien pudiera oírme, pero los hombres que había alrededor de la hoguera estaban hablando y el fuego chisporroteaba. Conseguir que sus flaccidos dedos sujetaran la empuñadura me resultó bastante difícil, pero me las arreglé para lograrlo deslizándolo dentro de su manga.

Después fui rápidamente hasta el otro lado del palacio, no evitando la luz de cada hoguera por turno, tal y como había hecho antes, sino internándome una breve distancia en la ciudad (con lo que me mantuve bien alejado de todos los fuegos) y volviendo después al muro. Sabía que alguien no tardaría en ir a buscar madera y descubriría a mi muerto, y que le asombraría ver que este hombre había luchado con un tronco y había perecido (pues ésa sería la impresión producida). Querría que los otros vieran lo que él había visto, y los peltastas del muro le oírían.

Había pensado que debería esperar cierto tiempo, pero, aunque creo que todo ocurrió tal y como había previsto, apenas si había llegado a una casa cercana al muro del palacio cuando oí gritos. La vacilación habría arruinado mi plan, pues los peltastas no tardarían en volver a sus puestos. Corrí hacia el muro y empecé a trepar.

El final era el punto más peligroso; salté tan pronto como vi un tejado debajo de mí, aunque no tenía forma alguna de averiguar lo resistente que podía ser. Cuando caí sobre el cañizo oí el crujido de un poste al romperse y el cañizo empezó a hundirse, pero ahogó el seco chasquido del poste, aunque no bastó para disimular del todo la agitación de los caballos que había debajo. Me deslicé por el tejado y me dejé caer al suelo, y pese a que la distancia era considerable el patio estaba cubierto por una suave capa de barro; entonces supe que estaba a salvo durante cierto tiempo, pues tenía la seguridad de que los hombres del muro mirarían hacia el exterior.

El palacio alzaba su oscura masa ante mí. Fui siguiendo el contorno de sus paredes, oculto por las sombras que proyectaban sus grandes aleros, acariciando con los dedos la rugosa superficie de los sillares. Mis dedos no tardaron en descubrir un umbral encajado en la pared, dentro del cual había una puerta pequeña y angosta, hecha de madera reforzada con bronce. Pegué mi hombro a ella y empujé con todas mis fuerzas. La puerta cedió menos del grueso de un cabello; pero cuando me relajé tuve la impresión de que giraba hacia mí, aunque de una forma casi imperceptible. Busqué a tientas con las manos y encontré una anilla a un lado de la puerta. Tiré de ella; el crujir de los goznes me sobresaltó de tal manera que sólo al escribirlo he llegado a comprender lo estúpido que fui obrando así.

No hace mucho escribí que debes ponerte en el lugar de tu enemigo; pero cuando albergué la esperanza de entrar por alguna ventana (como pensaba hacer), yo mismo había hecho caso omiso de mi consejo. Cerrar sus puertas habría sido una auténtica locura por parte de Thamiris: eso sólo habría servido para estorbar a sus nobles cuando tuvieran que salir corriendo para defender el muro. El rey que hizo construir el palacio se guió por el mismo razonamiento y no quiso que sus puertas se abrieran hacia el interior; esa clase de puertas serían un impedimento para quienes tuvieran que salir a toda prisa, y es fácil derribarlas con arietes.

Me encontré en un pasillo lleno de humo, iluminado aquí y allá por cresetas de hierro. En el centro del pasillo había dos puertas, una a cada lado, y vi que una gran estancia más iluminada que el resto me aguardaba al extremo.

Una de las puertas estaba cerrada por dentro. La otra daba acceso a un cuarto sumido en las tinieblas donde había montones de lanzas, dardos y jabalinas apoyados en los rincones, y figuras de madera que llevaban cascos, espadas y protectores de cuero muy parecidos al mío, reforzados con escamas y placas metálicas. Tomé prestado de una un escudo ovalado forrado de bronce y, tras haber tropezado con un haz de jabalinas, corté sus ligaduras con mi espada y escogí dos. Entonces comprendí que los dioses deseaban que luchara por mi vida, pues, de lo contrario, ¿por qué razón iban a equiparme así? También cogí un casco de forma puntiaguda con una elegante cimera que se desplegaba como los dedos extendidos de una mano palmeada (aún lo conservo).

Cuando salí del cuarto de pertrechos me encontré con Thamiris: estaba inmóvil al final del pasillo, como si me esperase.

-Ven -me dijo, haciéndome una seña.

No sabía quién era, pues si le había visto antes ya lo había olvidado; pese a ello, hice lo que me ordenaba. Se desvaneció del final del pasillo tan pronto como vio que le obedecía; y cuando entré en el megarón le encontré sentado en su trono. El megarón apestaba a humo, pero bajo el humo había otro olor. Pasó algún tiempo antes de que reconociera ese segundo olor.

-Acércate un poco más -me dijo-. ¿Has venido a matarme?

Le dije que no había venido a matarle, y le expliqué que ni tan siquiera sabía quién era.

-Soy Thamiris, hijo de Sitón -me dijo.

Era viejo y su larga barba se había vuelto de un blanco majestuoso, aunque en sus ojos aún brillaba una chispa de energía. Algo enorme se agitó ligeramente en las sombras que había a su espalda.

-Me llaman Latro -le informé-, y no he venido aquí para matar a nadie: sólo he venido a liberar al heleno que tienes cautivo. Entrégamelo, deja que nos marchemos sin ser molestados y te juro que no haré el menor daño a ninguna de las personas que moran aquí.

-En esta tierra se te llama Pleistoro -me dijo-, y en otras tierras eres llamado por otros muchos nombres. En cuanto a tu heleno, no me importa en lo más mínimo..., era el cebo que ha servido para atraparte, nada más. -Dio una palmada y dos hombres armados surgieron de entre las sombras. Cuando les vi pensé que lo que había visto moverse debía de ser uno de ellos-. Trae a tu forastero -le ordenó a uno-. Puede que aún nos sirva de algo.

El hombre al que le había dado esa orden se apresuró a salir de la estancia; el otro se quedó inmóvil junto al trono con la espada desenvainada.

-Éste es Nesibur, mi nieto -dijo el anciano del trono, señalándole con la cabeza-. Me sucederá como Rey de Tracia.

Le felicité por ello.

-¿No piensas decirme que aún no soy ni tan siquiera rey de Apsintia? ¿Ni que Apsintia no es más que un pequeño país entre otros cincuenta?

Meneé la cabeza y le dije que no sabía nada al respecto. La verdad es que no estaba pensando en eso, sino en el nombre con el que me había llamado. Después se lo he preguntado a lo y ella me ha dicho que no es más que el nombre de algún dios tracio.

-¡Latro!

Era el prisionero, un hombre calvo y de rostro redondo que tenía las manos atadas a la espalda. Al verlo pensé que sería mejor actuar con osadía, por lo que aparté de un empujón al noble que le había traído y le liberé.

-Gracias -me dijo. Agitó las manos y dio unas cuantas palmadas-. Me gustaría tener una de esas jabalinas tuyas, pero me temo que no sería capaz de sostenerla.

El hombre que le había traído preguntó si debía devolverle su espada.

Thamiris se rió. Sé que la risa de los viejos suele ser aguda y algo cascada; pero en su risa había algo peor que eso: en ella había la salvaje alegría de quienes han sentido el peso de la mano de un dios.

-¿Por qué no? -exclamó-. Teniendo en cuenta que no puede sostenerla... Pleistoro, ¿no ibas a decirme que Tracia e incluso el trono apsintio -golpeó uno de los brazos del trono con la mano abierta-, se encuentra más allá de mi alcance?

Volví a menear la cabeza.

-No deseo ser descortés, Thamiris, y no sé si Apsintia o Tracia se hallan más allá de tu alcance o dentro de él. Si son lo que anhelas, entonces te deseo que acabes consiguiéndolos y goces de su posesión.

-Señor, ¿sois el noble Thamiris? -le preguntó el cautivo-. Me llamo Hipereides. Vengo de Pensamiento, pero he estado ayudando al noble Acetes, el estratega nombrado por el Príncipe Pausanias, el Regente de Cuerda...; los Cordeleros son nuestros aliados, como me imagino que ya sabréis. Os aseguro que no soy ningún espía y que no deseo causaros ninguna clase de problemas, y tengo amigos en esta tierra a los que no les importará hablar en mi favor y corroborar lo que os digo.

Thamiris habló como si no le hubiera oído.

-Los tracios podríamos llegar a ser los dueños del mundo. ¿Lo sabíais?

-Estoy seguro de que sois un pueblo valiente -afirmé.

-Sólo los habitantes de la India nos superan en número -se inclinó hacia mí-, sólo los Cordeleros son más belicosos que nosotros. Si estuviéramos unidos, como llegaremos a estarlo..., ¡ninguna nación de la tierra podría resistirnos!

-Pero necesitaréis aliados, Thamiris -se apresuró a decir Hipereides-. Disponéis de caballería e infantería ligera y eso es excelente, ya lo sé. Son hombres magníficos, cierto. Pero también necesitaréis infantería pesada y una flota. Todo el mundo sabe que no hay falanges mejores que las de los Cordeleros. Y nuestras naves son las mejores, como se demostró en Paz.

Thamiris se reclinó en su trono como suelen hacerlo los viejos, clavando los ojos en el techo ennegrecido por el humo. Acabó lanzando un suspiro.

-Sigues aquí... Tan pronto como Deloptes vuelva con ella ordenaré que seas destripado con tu propia arma. Haré que sea el mismo Pleistoro quien te destripe, si es que puedo dar con una forma de conseguirlo, y creo que puedo. -Se puso en pie después de pronunciar estas palabras, bajó del trono y vino hacia mí-. Tu reputación afirma que eres el señor de todos los campos de batalla y que no hay rival alguno que pueda enfrentarse a ti. No es cierto. Después de tantos años, yo..., nosotros le hemos encontrado. -Unos dedos como garras acariciaron brevemente mi mandíbula por debajo de las alas del casco que me protegían la mejilla y acabaron posándose sobre mis hombros-. Si fueras lo que dices, matarías a este forastero por mí con su propia espada apenas la pusiéramos en tu mano. Sabes que él lo haría, pero desconoces que yo lo sé. Y ahora, entérate de ello.

Me pareció que había algo extraño en él: era como si no fuese un hombre, sino un muñeco manipulado por otro.

-Muy bien -le dije-. Soy el señor de todos los campos de batalla, si tú lo afirmas y como tal te digo que ningún estratega digno de ocupar su cargo mata a quienes podrían estar dispuestos a luchar por él.

Eso fue cuanto nos dijimos Thamiris y yo, pues en ese instante la gran puerta que había a un extremo del megarón se abrió de par en par. Un peltasta entró corriendo y se arrodilló ante Thamiris sin soltar sus jabalinas; habló en una lengua que no comprendo y Thamiris le replicó en esa misma lengua.

El peltasta protestó y señaló la puerta por la que había entrado, hablando con gran vehemencia. Era un poco más joven que yo y me di cuenta de que aunque no deseaba discutir con el anciano creía que su deber le obligaba a hacerlo.

Thamiris le gritó. Nesibur bajó del estrado y empezó a hablar. Oí un gruñido gutural procedente de entre las sombras y Thamiris tembló, aunque no pareció darse cuenta de ello. Dijo algo en voz alta, dio una palmada y media docena de hombres bien armados entraron por la puerta y le flanquearon. Nesibur se marchó con el joven peltasta, supongo que para ocuparse de resolver la dificultad que le había traído hasta aquí.

Deloptes volvió en ese momento trayendo consigo la espada de Hipereides, una bolsa llena de monedas y unas cuantas cosas más. Hipereides ató la bolsa a su cinturón con los cordoncillos en que terminaba y se colgó la espada al cuello tal y como hacen los helenos, quienes rara vez llevan la espada en el cinto.

-Vuestro señor se encuentra ante nuestra puerta -le dijo Thamiris-. Nesibur le dejará entrar; y si mueres ante sus ojos como un hombre debería hacerlo, tendrás la satisfacción de enseñarle que su nación no es la única que puede alardear de coraje.

-Y si vivo -replicó Hipereides-, demostraré que no hay nación que pueda igualarse a la mía en el arte de vencer a sus adversarios..., como así es.

Thamiris se volvió hacia mí.

-Coge su espada, Pleistoro, y quítale la vida. O pierde la tuya.

-¡Es un jabalí! -exclamé yo.

No había tenido intención de hablar en voz alta, pero las palabras escaparon de mis labios antes de que pudiera impedírselo. Hipereides me miró como si me hubiera vuelto loco; aunque lo que en realidad ocurría es que por fin había logrado identificar aquel olor huidizo disimulado por el humo que llenaba el megarón: no era la pestilencia de una porqueriza sino un hedor más fuerte y áspero cargado de almizcle..., el que puede llegar a la nariz de un cazador cuando ha logrado acorralar a una de esas inmensas bestias.

25 - Adiós a Tracia

Lo me hizo ir a popa para que pudiese ver como la costa se iba desvaneciendo detrás de nosotros. Cuando le dije que había estado escribiendo quiso que reanudara de inmediato esa labor; pero me quedé con ella hasta que no hubo nada que ver salvo la estela de nuestra nave y la grisura del mar. El kibernetista dice que estamos en pleno invierno, la temporada de las tormentas; pero creo que hoy no tendremos tormenta. El sol salió al amanecer envuelto en un resplandor dorado; y aunque el viento es frío nos conviene para avanzar, y el sol sigue estando de color dorado.

Apenas he logrado identificar el olor del jabalí (eso es lo que estaba a punto de escribir cuando lo me llamó) pude distinguir a la bestia, enorme y negra como la noche, oculta en la zona de sombras que había detrás del estrado; tenía el hocico apoyado en el suelo de piedra, pero observaba cada uno de nuestros movimientos con ojos que relucían cual ascuas rojizas.

Cuando dije que había oído a un jabalí, algunos de los hombres que protegían a Thamiris hablaron, y aunque no pude comprender sus palabras tuve la sensación de que ellos sí habían entendido las mías.

-¿Está encadenado? -pregunté-. Pueden ser peligrosos.

No sé si Thamiris replicó, pero si lo hizo no le oí. Fui a examinar al jabalí más de cerca y los tracios, que habían acudido en respuesta a su llamada, se apartaron para dejarme pasar.

El animal se incorporó cuando me acerqué a él y enseguida me di cuenta de que no estaba encadenado. Durante un momento sus ojos se apartaron de mí para ir hacia Thamiris, y le oí gritar una orden. Tenía toda mi atención concentrada en el jabalí, no en Thamiris o en los hombres que le flanqueaban; pero en cuanto oí el sonido de una espada saliendo de su vaina giré en redondo. Hipereides tenía cogido a un tracio del brazo; la mano de otro estaba sobre la empuñadura de su arma.

Arrojé las dos jabalinas; la distancia era tan corta que no podía fallar. Si los cuatro tracios restantes se hubieran lanzado sobre nosotros como un solo hombre nos habrían matado enseguida; aun así tuve que proteger a Hipereides con mi escudo todo lo que me atreví a hacerlo, pues él no tenía ninguno con que defenderse. Nos vimos obligados a retroceder, como era de esperar; pero retroceder desde el sitio donde estábamos significaba que éramos empujados hacia el jabalí.

-¡Corre! -le dije, y huimos a lo largo de la pared del megarón, pues tenía la esperanza de que me sería posible interponer al jabalí entre nosotros y nuestros atacantes.

El jabalí se volvió hacia nosotros, como me había temido que haría. Fálcata se hundió profundamente en su carne, pero en un lado del cuello, no encima de los ojos, tal y como yo había pretendido; y aquel golpe fallido casi nos costó la muerte.

Sobrevivimos, como había profetizado Hipereides. El inmenso animal retrocedió al sentir la herida de mi espada, dispersando ante sí a los tracios como si fueran otros tantos pájaros y abriendo en canal a uno desde la ingle hasta la garganta con sus temibles colmillos. (Los cuartos delanteros del jabalí les llegaban más arriba de los hombros: lo vi con mis ojos.) Thamiris desenvainó su espada y nos atacó como si se hubiera vuelto loco. Hipereides se agachó esquivando su mandoble para acabar con él.

No sé qué habría ocurrido después si nosotros, los tres tracios que seguían con vida y el jabalí hubiéramos continuado encerrados en el megarón; la gran puerta volvió a abrirse y por ella entró una jauría de sabuesos. Durante un momento se agitaron alrededor del jabalí como la espuma del mar, y estuve seguro de que lograrían hacerlo caer al suelo y despedazarlo, pero el animal se libró de ellos y salió corriendo por la puerta. Oí los gritos y chillidos de los hombres que estaban en el patio y el ladrar de los sabuesos.

Un instante después el jabalí y los sabuesos habían desaparecido.

No escribiré mucho sobre el resto de la batalla, pues aunque numerosas heridas todavía deben sangrar, el recuerdo que guardo de ella es disperso y confuso. Acetes llegó al palacio y (eso nos explicó hace unos momentos) persuadió a Nesibur para que le dejara entrar junto con sus soldados, Hegesítrato, Oeobazo y el hombre negro; pero antes de que hubiera podido pedir una tregua y avanzara hacia el muro le juró a los tracios que asediaban el palacio que si podía les abriría las puertas de éste. Así lo hizo, como él mismo ha admitido, siguiendo el consejo de Hegesítrato, quien le había hecho ver que con ello no perdería nada, pues no necesitaba abrir las puertas a menos que deseara contar con la ayuda de los tracios, que aguardaban fuera del palacio.

Parece que cuando el jabalí entró en el patio, alguno de los presentes -nadie sabe si fue un tracio o un heleno- abrió de par en par las dos puertas, puede que con la esperanza de que el animal se limitara a escapar; al verlo, los tracios del exterior entraron corriendo convencidos de que Acetes había cumplido su juramento.

Dicen que Nesibur ha muerto y que con él murieron todos los que se pusieron de parte de Thamiris, salvo unos cuantos peltastas. Acetes ha recibido mucho oro y la hija de un noble tracio, quien además se ha ofrecido a comprarle la muchacha. El oro ha sido dividido: la mayor parte ha ido a parar a nuestra tripulación, pero una cantidad considerable ha sido repartida entre Hipereides, Hegesítrato, el kibernetá, Oeobazo, el hombre negro y yo. He escondido mi parte en el cofre. Había algunas monedas de varias clases, pero casi todo consistía en adornos, anillos, prendedores y otros objetos parecidos, por lo que la división se realizó basándose en el peso.

Creo que si nos hubiéramos quedado en Tracia habríamos podido conseguir mucho más oro, pero todos teníamos grandes deseos de marcharnos. Lo dice que vinimos en busca de Oeobazo y ya le hemos encontrado. Zarpamos con tanta premura que muchos objetos útiles han quedado abandonados en tierra. He de ser justo con lo y debo añadir que no creo que ella se haya olvidado nada. Trajo consigo una espada que dice le regalaron las Amazonas; una honda que Polos le ha fabricado, mi ropa y la suya, este

pergamino y el otro y unas cuantas cosas más. Sigo conservando el casco que cogí en el palacio, aunque mi escudo estaba tan maltrecho que lo dejé atrás.

He estado hablando con Polos, quien me ha hecho muchas preguntas sobre el jabalí; todos los helenos han estado parloteando sin cesar de ese animal. Le llevé a presencia de Hegesítrato, quien nos dijo que en el arte tracio un jabalí es el enemigo de Pleistoro; este enemigo se llama Zalmoxis y se le suele mostrar con forma de oso. Hegesítrato y Polos me han dicho que Pleistoro es el dios a quien Oeobazo iba a ser sacrificado. Hegesítrato no pudo explicarnos cuál era la razón de que Thamiris tuviera un jabalí en el megarón, y se limitó a repetir lo que todo el mundo dice: que los hombres sometidos a un asedio sienten una gran reluctancia a librarse de cualquier animal que pueda ser comido en caso de necesidad.

Polos quería saber si Hegesítrato había visto al jabalí y si era tan grande como cuentan todos.

-Le vi -le dijo Hegesítrato-, y era tan grande como cuentan. Aun así, no lo era tanto como dirán cuando llegemos a Pensamiento.

Creo que supo darle una respuesta excelente.

Quizá no debería molestarme anotando tales trivialidades, pero no tengo en qué ocuparme que no sea el escribir; aunque algunos de nuestros marineros están achicando agua o cambiando la posición de los suministros para que el barco navegue mejor. Por lo tanto, escribiré que quienes participamos en la batalla del palacio somos la envidia del resto. Hipereides les ha dicho a los cuatro marineros a quienes Acetes dio cascos, hoplon y corazas que pueden conservarlos como recompensa al coraje de que dieron muestra. Esos objetos valen mucho dinero, mas Acetes le dijo a Cletón que preferíamos pagar por ellos a devolvérselos. Hipereides tiene planeado cobrarle lo que han costado a los sacerdotes de la ciudad; como trae consigo a Oeobazo, está convencido de que no se negarán a reembolsarle su precio.

Después de haber escrito esto último fui a ver a Hegesítrato para hacerle algunas preguntas sobre los sabuesos; me sorprende que nadie hable de ellos. Me dijo que no los había visto; oyó sus ladridos, pero creía ser el único que los había oído. Le aseguré que yo también los había oído y que les había visto. Dice que pertenecen a Cintia; es una diosa con quien ambos estamos en deuda. La alabó con gran fervor, y cuando le describí cómo sus sabuesos se habían lanzado sobre el jabalí se mostró todavía más entusiástico en sus loas a la diosa.

Elata nos ha desafiado a nadar, aunque el mar parece estar muy frío. (Éste es el mar que los helenos llaman El Agua.) El kibernetista hizo que un marinero atase un cabo muy largo al poste de popa, dejándolo flotar detrás de la nave para que los nadadores pudieran agarrarse a él en caso de que tuvieran la impresión de que ésta iba a dejarles atrás. Cuando Hegesítrato se quitó la ropa vi que había sido herido en varias ocasiones, y que algunas heridas eran muy recientes; dice que las recibió cuando él y yo luchamos junto a las Amazonas. (lo dice que son las mujeres que le regalaron la espada. Me parece muy extraño que unas mujeres actúen como soldados.)

Hegesítrato señaló la más vieja de las heridas y me preguntó si me acordaba de ella. Cuando admití que no la recordaba me dijo que se la había infligido un asesino en Sestos. No puedo acordarme de Sestos, aunque sé que en el Mar de Hele hay una ciudad llamada así.

Todo el mundo clavó los ojos en Elata cuando se quitó la ropa. No pareció importarle, pero no tardó en sentir frío y se lanzó al mar. Hegesítrato desató las ataduras que sostienen su pie de madera y se zambulló tras ella. Me llamaron a gritos para que me reuniera con ellos, pero no creo que Hegesítrato realmente lo deseara; aunque nadie más nadó, se pasaron un rato muy largo en el agua. Cuando volvieron a la nave se sentaron el uno junto al otro y se envolvieron en sus capas, diciendo que aunque el mar estaba frío el viento todavía lo estaba más.

El kiberneteta dice que esta isla es Signo-de-Tracia, y que se la llama así porque se encuentra a un día de navegación de la costa tracia. Todo el mundo afirma que hemos estado en Tracia, aunque tampoco puedo acordarme de eso. Lo dice que debo de haber escrito mucho al respecto en este pergamino.

Hipereides nos ha contado que en esta isla hay puertos excelentes, y que éste no es más que una aldea de pescadores. No queremos atracar en uno de los grandes puertos porque nadie sabe si estos helenos siguen siendo leales al Imperio; aquí superamos en número a los aldeanos en la proporción de dos a uno. Además, estas pobres gentes no se preocupan del Imperio y el Imperio ni tan siquiera piensa en ellos. Hipereides, lo y yo vamos a dormir aquí esta noche; estamos en la casa más grande de la aldea. Me alegra tener una casa donde dormir. Creo que si durmiéramos al aire libre estaríamos muy incómodos, aun suponiendo que estuviéramos alrededor de una hoguera en un lugar protegido del viento.

En vez de dormir al aire libre hemos estado asando perdices, lo que resulta muy agradable. Kroxinas, a quien pertenece esta casa, las cazó hace unos días con su red; su esposa se ha encargado de arrancarles las plumas y las hemos asado ensartándolas en ramas verdes.

Parece que Kroxinas tiene tantas ganas de hacer preguntas como Polos, pero casi nunca habla y se limita a formular las preguntas con los ojos. Cuando no puede seguir conteniéndose por más tiempo habla con lo. Hipereides es quien suele responder a su pregunta. Kroxinas nos preguntó qué había traído a nuestra nave a Tracia con la estación tan avanzada, e Hipereides le dijo que vinimos a ayudar al hijo del Rey Kotis y a dejarle firmemente instalado en el trono de Tracia.

Kroxinas ha oído hablar de Kotis, pero no sabía que hubiese muerto. (Todo el asunto se vio considerablemente complicado debido a que el hijo de Kotis se llama igual que su padre.) Hipereides le dijo que el Imperio se está derrumbando y que Pensamiento debe llevar el gobierno de la ley a las islas del Agua y las tierras que hay a lo largo de sus costas. Lo que dijo me ha hecho pensar que ahora el Gran Rey debe necesitarme más que nunca.

-Hubo una gran batalla -añadió lo-. Mi amo e Hipereides estuvieron justo en el centro del combate.

Kroxinas y su esposa tenían tantas ganas de conocer lo ocurrido como yo, por lo que Hipereides satisfizo nuestros deseos y nos lo explicó. Me limitaré a consignar por escrito lo esencial de sus palabras, omitiendo muchas cosas.

-Después de que el Rey Kotis fuera asesinado por sus nobles Thamiris, el hermano de su madre, intentó apoderarse del trono. Ya era de edad muy avanzada y había sido primer consejero de su sobrino (y, por lo que he oído contar, fue un buen consejero), pero quería convertirse en rey. Nuestra nave había estado patrullando el Mar de Hele para protegerlo de las fuerzas del Gran Rey, pero en cuanto Xantipos se enteró de lo ocurrido nos envió inmediatamente a Apsintia. Los tracios temen a los Cordeleros; no teníamos a ninguno con nosotros, por lo que en Sestos compramos una capa escarlata para Acetes. Cuando llegamos a Tracia fingió ser un estratega de Cuerda y que el resto de nosotros éramos sus aliados y auxiliares de su liga. Eso hizo que los nobles que apoyaban al príncipe se pusieran rápidamente de nuestra parte y me permitió averiguar lo que estaba pasando, aunque por aquel entonces la situación seguía siendo muy confusa.

»Thamiris estaba rodeado y los demás tracios nos temían, por lo que pensé que podía ir a Cobris solo. Llevaba conmigo mi espada (en Pensamiento ningún hombre puede llevar encima una espada) y, como ya os he dicho, la ciudad no era hostil. Ni tan siquiera me puse armadura. Lo que debería haber hecho es llevarme conmigo a Latro y al hombre negro; son mis guardaespaldas, pero creí que no los necesitaría.

»Bueno, el caso es que me llevé una gran sorpresa. Estaba sentado en casa de un amigo mío, bromeando y hablando de negocios, cuando vi entrar a un par de nobles de la

mejor cuna. Llevaban el rostro tan cubierto de tatuajes que toda su piel parecía de color azul, y os juro por el Peñasco que me alegra saber que pasaré mucho tiempo sin tener que volver a verles... Cada noble venía acompañado por media docena de esbirros, y todos ellos iban armados hasta los dientes. "El Rey Thamiris quiere verte -me dijeron-. Hemos venido para escoltarte hasta el palacio".

»Sé cómo son los bárbaros y me di cuenta de que no lograría salir de ese palacio hasta que no hubiera comprado mi libertad, por lo que les dije que iría mañana y fingí estar borracho. Pero no me creyeron. "Tenemos órdenes de llevarte con nosotros", me dijeron. Me derribaron al suelo, me ataron las manos a la espalda y partimos hacia el palacio.

»Latro se enteró de lo ocurrido y fue al palacio para intentar rescatarme. Me sacaron de mi celda y me dijeron que harían que Latro me matara; no era más que una amenaza con la que doblegarnos, claro está, pero no me gustó nada y a él tampoco.

»Thamiris tenía un jabalí domesticado. El jabalí es una de las formas que se supone adopta Zalmoxis, por lo que me imagino que debía de ser alguna especie de animal sagrado. Supongo que nunca habrás estado en la Tierra del Río, Kroxinas, pero créeme: esa comarca está llena de jabalíes. Y, como probablemente sabrás, en Pensamiento tenemos buhos y lechuzas; son las aves sagradas de nuestra diosa y los sacerdotes les dan de comer.

»Bien, Latro quiso cambiar de tema y dijo: "Qué cerdo tan bonito tienes ahí", y los dos nos acercamos a echarle un vistazo. Thamiris debió de pensar que teníamos intención de hacerle daño y las cosas se pusieron realmente feas. Tenía consigo a media docena de hombres, supongo que porque pensaba que ese número bastaría para dominarnos; pero matamos a un par más deprisa de lo que tú podrías chasquear los dedos, y ya estábamos empezando a darle su merecido a los demás cuando Latro vio que el jabalí se disponía a atacar. "Corre", me gritó y, créeme, ¡cómo corrimos! Te aseguro que nunca has visto un jabalí tan grande; y se lanzó sobre esos tracios igual que nosotros caímos sobre los navios del Gran Rey en la batalla de Paz.

-Entonces llegó Acetes, ¿verdad? -le preguntó lo.

Hipereides asintió.

-Así es. Acetes también se había enterado de lo que me ocurrió y dirigió el ataque de los tracios leales. Si no lo hubiera hecho, probablemente Latro y yo habríamos acabado muriendo antes o después. Nos vimos metidos en el combate más feroz que te puedas imaginar; nada de formaciones y todo eso que suele decirse de «escudo contra escudo para defender a tu ciudad», oh, no..., fue la clase de auténtica pelea salvaje sin reglas de las que habla el viejo Homero. No me había divertido tanto desde el Campo de los Hinojos.

Kroxinas había estado escuchándole boquiabierto.

-¿Y qué fue de Thamiris? -le preguntó a lo-. ¿Le cortaron la cabeza?

-Pues sí, de hecho eso es exactamente lo que hicieron con él -respondió Hipereides-. Se la cortaron, la clavaron en la punta de una lanza y la pusieron en la puerta del palacio para que todo el mundo pudiera verla. Pero sólo después de que yo le hubiera matado con mis propias manos...

lo me dio un codazo, como diciendo: «Apuesto a que fuiste tú quien le mató, amo».

-He estado hablando con Hegesítrato sobre el jabalí -le dije-. Él afirma que nadie le mató.

Hipereides meneó la cabeza.

-Un centenar de personas me han preguntado qué fue de él, pero lo ignoro.

-¿No creéis posible que el jabalí fuera el mismísimo Zalmoxis? -nos preguntó la esposa de Kroxinas en voz baja-. Somos helenos, pero aquí hay gente que adora a Zalmoxis. -Se estremeció-. Creo que el tío del príncipe niño jamás hubiera intentado convertirse en rey si no fuese porque algún dios le había prometido que lo conseguiría...

-Pleistoro odia a Zalmoxis -le dije a Hipereides-. En Tracia vimos imágenes suyas atravesando a Zalmoxis con su lanza.

Hipereides se rió.

-Bueno, Pleistoro no se presentó para ayudarnos. Ojalá lo hubiera hecho..., nos habría ido muy bien tenerle allí con nosotros.

Tercera parte

26 - En el jardín de Cimón

Los grandes hombres nos recibieron cómodamente sentados a la sombra de un manzano. Hipereides ya me los había descrito; por lo que supe que el hombre de aspecto duro, cabeza redonda y rasgos toscos era Temístocles y el más joven, alto y de rasgos delicados, era Cimón, nuestro anfitrión. Lo dice que a Xantipos ya le habíamos conocido antes, aunque no le recuerdo. Sea como sea, nos saludó como se saluda a los amigos, y los sirvientes de Cimón nos trajeron escabeles.

-Os hemos pedido que vengáis aquí para hablar sobre la muerte de Oebazo -empezó diciendo Temístocles.

Vi que observaba a Oebazo para percatarse de su reacción y yo hice lo mismo. No hubo ninguna.

Pasado un instante Xantipos dejó escapar una risita.

-Pocos muertos han acogido la noticia de su fallecimiento con tanta ecuanimidad, Oebazo. Hay que felicitarte por ello.

Los blancos dientes del meda relucieron como una espada entre el espesor de su barba.

-Si quieres decir que vais a matarme, ya he oído esas mismas palabras en otros sitios.

Temístocles meneó la cabeza.

-Sólo he dicho que estábamos reunidos aquí para hablar de ello. Tu muerte tuvo lugar hace ya cierto tiempo. Fuiste sacrificado por los bárbaros tracios a..., ¿qué nombre le dan?

-A Pleistoro -le informó Hegesítrato.

Temístocles enarcó una ceja.

-¿Es una de sus deidades principales? Me refiero a esa parte de Tracia.

Hegesítrato asintió.

-Sí, lo es.

-Bien. Ése fue tu final, Oebazo. No cabe duda de que nunca llegaste a Pensamiento ni a ningún otro lugar de la Larga Costa. Como está claro que ya no podemos seguir llamándote Oebazo, ¿cómo te gustaría que te llamáramos?

El meda pensó rápidamente en ello, o quizá ya se le hubiera advertido de que se le formularía semejante pregunta.

-¿Por qué no Zirún? Creo que tengo derecho a ese nombre.

Xantipos sonrió, y lo mismo hicieron Hegesítrato y el hombre negro.

-Significa «la vida me escogió» -nos explicó Xantipos, viendo que ninguno de los demás comprendíamos el motivo de aquellas sonrisas-. Sí, es un buen nombre para ti, Zirún. ¿Estás dispuesto a volver al Imperio?

Esas palabras hicieron que Cimón hablara por primera vez. En su límpida y agradable voz de campesino no hay nada extraordinario y, aun así, en el hecho de que te dirija la palabra si hay algo muy extraordinario; creo que viene de la tranquila mirada de esos ojos grises que tiene.

-No hace falta que os expliquemos lo peligroso que eso es para él -nos dijo-. No sois niños.

Me volví hacia lo, pues no cabe duda de que sigue siendo una niña aunque ella no opine lo mismo; pero ella y Elata estaban paseando por entre los árboles: quizá pensaran que era más cortés dejar que los hombres se ocuparan de los asuntos propios de su sexo. Polos estaba ayudando en el establo.

-Bien dicho. -Temístocles asintió con la cabeza-. Tendremos que hablar más de esto en privado, Zirún..., a quién debes ver, qué debes decir y todo lo que necesitamos averiguar. Dentro de un instante haré que todos los presentes comprendan claramente la importancia de tu muerte en Tracia. Pero antes te debemos más de una explicación y todas las garantías que todavía no se te han ofrecido. ¿Qué sabes de nuestra vida política?

-Que vuestro pueblo no tiene más rey que él mismo -dijo el meda-. Que eres su líder para la guerra y su estrategia de más alto rango, llamado el polemarca. Dejando aparte esos hechos, no sé nada más.

-¿Y tú, Hegesítrato?

-Poseo los conocimientos que pueden esperarse de un forastero, y ya se han quedado bastante anticuados. Tengo muchas ganas de ponerlos al día.

-Entonces os lo explicaré tan rápida y sencillamente como me sea posible. Si nuestro algún prejuicio hacia mi propio partido o mis amigos, podéis tener la seguridad de que mis colegas aquí presentes se encargarán de corregirme. Para empezar, os pido que no olvidéis que me superan en número.

Xantipos meneó la cabeza y carraspeó.

-No lo creo. Hipereides trabaja para ti y es un orador de considerable elocuencia, como me he visto obligado a admitir en varias ocasiones.

Temístocles sonrió; lo cual hizo que me cayera bien.

-Bueno, ya lo veis..., así hacemos las cosas en esta ciudad. Me han contado que entre vosotros, los medas, hay muchos hombres tan honorables que todo el mundo confía en ellos. Nosotros no somos así..., jamás confiamos en los demás. Lo que hacemos es asegurarnos de que cada bando se halla representado, con lo que cada bribón tiene a dos bribones peores que él vigilándole por encima del hombro. Naturalmente, Hegesítrato ya lo sabe. Todos los helenos somos iguales.

»Los Cordeleros (pronto hablaremos de ellos) os dirían que tienen dos reyes para que cada uno obligue al otro a comportarse honradamente. Nosotros tenemos dos grupos políticos: el partido de los soldados y la turba de las naves. Yo soy el jefe de la turba de las naves. Xantipos y Cimón son los líderes del partido de los soldados. Eso significa que cuando te decimos que cuentas con nuestro apoyo es como si los dos bandos te hubieran hecho una promesa.

El meda asintió.

-Tenemos nuestras diferencias -siguió diciendo Temístocles-, y son bastante serias y profundas. Antes dijiste que nuestro pueblo se gobierna a sí mismo. Eso sólo es realmente cierto cuando mi partido ocupa el poder.

Cimón le lanzó una mirada tan reprobatoria como burlona.

-Yo represento a los trabajadores pobres, que son mayoría en nuestra ciudad igual que lo son en cualquier otra. Mi gente quiere que haya empleos de marineros, descargadores del puerto y estibadores. Son los que fabrican nuestra cerámica y los demás objetos cotidianos, y saben que si han de seguir comiendo Pensamiento necesita comerciar. Eso quiere decir que contamos con el apoyo de los propietarios de barcos -como Hipereides, aquí presente-, y con la mayoría de los comerciantes y artesanos.

-Permíteme que hable en nombre de nuestro bando, Temístocles -dijo Cimón después de haberle lanzado otra mirada a Xantipos-. Empezaré advirtiéndote a Zirún y a los demás de que no debéis suponer que porque seamos soldados pensamos que Pensamiento podría subsistir sin naves, aunque a veces Temístocles y sus amigos hablan como si pudieran vivir sin soldados. Y, pese a lo que ha intentado sugerir, Temístocles tampoco

representa a todos los pobres que trabajan. ¡Nada podría ser más falso! Ningún hombre trabaja más duro que los que deben arar y sembrar, vigilar a los rebaños y manadas y cuidar de ellos, cosechar y desgranar el trigo, podar y abonar los viñedos y pisar las uvas... Si visitaras nuestra Asamblea descubrirías que esos trabajadores vitales para la comunidad, sin quienes todos moriríamos de hambre, apoyan a nuestro partido hasta el último hombre. Y si Temístocles quisiera negar ese hecho te presentaré a dos docenas de esos hombres y dejaré que tú mismo hables con ellos.

»Nos enorgullece pensar que somos los campeones de los intereses de esos ciudadanos que tan duramente trabajan, así como de sus esposas y sus hijos, pero eso no quiere decir que sean los únicos que nos apoyan. Tú mismo, Zirún, y tú, noble Hegesítrato, estáis muy lejos de pertenecer a la clase que forman y que ocupa una posición baja, cierto, pero absolutamente necesaria y de gran valor; y nadie os contaría entre los hoscos gandules que forman la turba naval. Sois hombres instruidos y de buena cuna, y somos nosotros y no Temístocles, que es un hombre de origen miserable y escasa educación (aunque no me gusta verme obligado a recordarlo), quienes representan a las mejores familias de Pensamiento.

Temístocles se removió sobre el banco de piedra de una forma que indicaba sus deseos de hablar, y Cimón se puso en pie como para asegurarse con ello la atención de los presentes.

-Y no son éstos los únicos que nos apoyan. La virtud de una ciudad no reside en sus mejores familias; son demasiado escasas, por excelente que sea su linaje. Y tampoco se encuentra en los pobres, que no pueden luchar a menos que otros les alimenten. No, la auténtica arete se halla en sus hábiles artesanos, en sus dignos mercaderes y en los propietarios independientes. Ellos son los defensores de la ciudad, y ni tan siquiera Temístocles puede negar que esos hombres están con nuestro bando.

Temístocles le aplaudió con expresión burlona.

-Supongo que deseas decir que no fue defendida cuando llegó el Gran Rey, y estarías en lo cierto. Nuestras ovejas, nuestras cabras y nuestro ganado fueron dispersados, nos robaron los caballos, devoraron nuestras aves de corral y nuestros cerdos, destruyeron nuestras cosechas, profanaron las tumbas de nuestros antepasados y los templos de nuestros dioses y nuestra ciudad fue quemada hasta los cimientos. Todo eso es perfectamente cierto, y ocurrió porque los recursos de nuestra ciudad fueron imprudentemente desviados de su ejército a las naves. Y no podemos permitir que nada de eso vuelva a suceder, o acabaremos en la más completa ruina. ¡La tierra debe ser defendida! Si la Larga Costa fuera una isla me oirías hablar en apoyo de Temístocles. Pero no lo es.

Temístocles puso los ojos en blanco.

-Bien, joven, ¿has terminado por fin?

-Oh, no he terminado. -Cimón volvió a sentarse-. Mi carrera apenas acaba de empezar y tengo intención de convertirme en polemarca antes de que haya llegado a su fin. Pero ya he dicho cuanto tenía que decir por el momento, si es a eso a lo que te refieres.

-Excelente. -Temístocles se inclinó hacia nosotros, y en su rostro había la expresión del hombre que va a abordar el tema más importante de su vida-. Entonces, déjame decir que cuando hablaste de mí diciendo que soy de origen humilde no mentías..., lo soy. Mi abuelo trabajó en una mina de plata y mi padre también pasó un tiempo trabajando en las minas. En cuanto a la instrucción, ¿acaso lo importante no es lo que un hombre aprende? ¿Qué aprendéis los medas, Zirún? Tú eres un meda educado, como nos ha recordado mi joven amigo. ¿En qué consiste la educación de un meda?

-Se aprende a honrar a los dioses -replicó el hombre al que habíamos llamado Oeobazo-, y, sobre todo, cómo honrar a Ahura Mazda, que es el dios de los dioses; y a montar, a disparar con el arco y a decir la verdad.

Temístocles asintió como si lo que acababa de oír no fuera sino una simple confirmación de lo que ya sabía.

-Una educación excelente, diría yo... Cimón sabe tocar la lira bastante bien y es un soberbio cantante. Tengo la seguridad de que esta noche podréis oírle. En cuanto a mí, sé cómo engrandecer a una ciudad.

-Antes hablaste de los Cordeleros... -empezó a decir Hegesítrato.

Temístocles le hizo callar alzando la mano.

-Y pronto diré muchas más cosas sobre ellos. Pero antes de que lo haga debo asegurarme de que nuestro amigo del este comprende una cosa, y esa cosa es que por muchas diferencias que nos separen compartimos la misma devoción hacia Pensamiento. Quizá sepas que tenemos la costumbre de castigar con el ostracismo a aquellos políticos que muestran un excesivo afán de dividir la ciudad..., debes comprender que Xantipos, Cimón y yo somos políticos. Los enviamos a otra tierra durante un número determinado de años, sin que ello implique deshonor alguno. Pero cuando llegó el ejército del Gran Rey hice volver a todos los que habían sido sometidos al ostracismo y les di puestos de mando. Sirvieron bien a la ciudad, como estaba seguro de que lo harían.

»Xantipos, Cimón..., ¿me apoyáis en todo cuanto estamos haciendo hoy? ¿Estáis de acuerdo en que todos debemos trabajar por el bien de Pensamiento?

Los dos asintieron, y Cimón añadió: «Lo estamos».

-¿Juráis mantener en el más estricto secreto cuanto digamos aquí hoy, siempre que compartas con vosotros aquello que pueda llegar a averiguar? ¿Juráis hacer todo cuanto esté en vuestra mano por Zirún y los demás? Y especialmente por...

Temístocles miró a Hipereides.

-Latro -dijo Hipereides.

-¿Por Latro?

Los dos volvieron a asentir.

-Podéis contar con nuestra promesa de que así lo haremos -dijo Xantipos.

-Y con la mía.

Temístocles se quedó callado durante unos instantes; el cálido aliento de la primavera suspiró por entre los brotes verdes de los árboles, y aunque los pájaros trinaban, aquel lugar era tan tranquilo que pudo oír a los hombres que estaban derribando el muro que había junto al camino y que conversaban unos con otros durante su trabajo.

-Me temo que ésa es la única garantía que podemos ofrecerte, Zirún -siguió Temístocles-, pero es mejor que la palabra de un rey. Si pierdo el poder (y puedes estar seguro de que acabaré perdiéndolo), Xantipos o Aristides pasarán a ocupar el cargo de polemarca. Aristides no ha podido asistir a esta reunión: Cimón es su representante. Pero te juro que de todos los hombres que caminan sobre la tierra no hay ninguno más incapaz de traicionar a un hombre del que deba cuidar que Aristides. Entre nosotros hay unos cuantos hombres tan honorables como cualquier meda, y él es su jefe. Date cuenta de que soy yo, su enemigo, quien lo dice. Creo que está equivocado en muchas cosas. Creo que no obra correctamente y todos los Doce saben que es tan tozudo como una mula. Pero si los soldados han jurado protegerte, y lo han hecho, Aristides moriría por salvarte.

»Y ahora, escuchadme todos. No voy a amenazaros..., sé que a los hombres libres no se les puede coartar durante mucho tiempo mediante las amenazas. Pero si esto fuera el Imperio o cualquier otra tiranía, es muy posible que esta noche fuerais estrangulados para que Zirún no corriera peligro. Hipereides, me has dicho que Latro tiene mala memoria, ¿verdad?

Hipereides asintió.

-Lo olvida todo en un día, más o menos.

-Entonces debe aprender a olvidar más deprisa. Quien siga recordando cuál era el nombre con que se llamaba antes a Zirún debe olvidarlo inmediatamente. -Temístocles señaló al hombre negro-. Hipereides dice que no hablas nuestra lengua, pero pareces

haber comprendido lo que he estado diciendo. ¿Cuál es el nombre de ese hombre que está sentado junto a ti, el de la barba?

-Zirún -respondió el hombre negro.

-Hegesítrato, ¿para qué te envió Hipereides a Tracia?

-Para asegurarle al Rey Kotis y a su pueblo que Pensamiento seguía siendo su amiga -respondió Hegesítrato sin perder la calma-. El Rey Kotis..., ese Rey Kotis ha muerto, por desgracia. Pero su hijo, un niño que es muy querido a los ojos de los dioses, se ha ceñido su corona. Y los consejeros de su hijo han enviado muchos presentes como prueba de su buena voluntad.

Temístocles asintió, satisfecho.

-¿Y tú, Latro? ¿Por qué fuiste enviado a Tracia?

Yo, con toda sinceridad, le respondí que no tenía ni idea de que hubiera estado nunca allí.

-Que ninguno de vosotros lo olvide -dijo Hipereides-. Si alguien os pregunta por Oeobazo, oímos contar que fue sacrificado a Pleistoro. No lo vimos con nuestros propios ojos porque no estábamos allí en ese momento. Es lo que nos contaron, y nada más.

Xantipos miró al sol como hace el hombre que desea juzgar cuánto falta para que el día llegue a su fin.

-Creo que podemos seguir adelante, Temístocles. Latro, ¿sois conscientes tú y tu amigo de cuál es vuestra situación legal aquí?

Le dije que sólo podía hablar por mí mismo, pero que había dado por supuesto que éramos visitantes extranjeros. Sabía que no éramos helenos.

27 - lo llora

Polos se presentó cuando estaba escribiendo lo que viene arriba: quería hablar de carros y caballos. Hice que se lavara y luego hablé con él tal y como deseaba.

lo me ha traído un ramo de flores de manzano. Dice que aún hay pocas flores abiertas, pero encontró unas cuantas; y algunas de las que Elata arrancó se abrieron mientras las sostenía en sus manos, lo que parece extraño. Le expliqué que mañana iremos a Cuerda con Temístocles, y eso ha hecho que lo se pusiera muy triste. Dice que los Cordeleros son hombres crueles en quienes no se puede confiar y la verdad es que Hegesítrato también dice lo mismo; por lo tanto, quizá lo más prudente sea consignar aquí cuanto dijimos debajo del árbol.

Hipereides y Xantipos hablaron con el hombre negro y conmigo y nos explicaron que las leyes de Pensamiento nos convierten en esclavos de Hipereides, pues le fuimos entregados como prisioneros de guerra por la ciudad de Colina de la Torre. (Tengo que preguntarle a lo si eso es cierto.)

-Planeaba venderos a Kaleos -dijo Hipereides-, y le escribí una factura de la venta. A cambio conseguiría cinco fiestas con un máximo de diez invitados en cada una, pero como hasta el momento sólo he gozado de una no habéis llegado a cambiar de manos, ¿comprendéis?

Asentí, y lo mismo hizo el hombre negro.

-Puedo ver que la idea de ser esclavos no os resulta nada agradable y no os culpo por eso: a mí tampoco me lo resultaría. Xantipos, Temístocles, Cimón y yo hemos dado con un mecanismo legal que permitirá liberaros a los dos. En el caso del hombre negro es bastante sencillo, pero en el tuyo las cosas se complican bastante porque el Príncipe Pausanias te reclama.

Miró a Temístocles como pidiéndole que confirmara sus palabras y Temístocles asintió.

-Algunos de los hombres de Pausanias se te llevaron de la casa de Kaleos, ¿comprendes? Kaleos pidió una compensación mientras estábamos en Sestos y la consiguió. Ya puedes entender cuál es la posición del príncipe: pagó de buena fe el precio

que le exigieron por tu persona y tú estás con nosotros. Cree que deberíamos devolverte a su custodia.

Le dije a Hipereides que no dispondría de nuestros servicios durante mucho tiempo, hablando en mi nombre y en el del hombre negro.

-Eso no será necesario. Ya te he dicho que hemos dado con una solución..., ¿es que no me escuchabas? Me enteré de todo esto el día en que atracamos y hablé del asunto con Xantipos tan pronto como le informé de..., de nuestro viaje a Tracia.

Xantipos sonrió.

-Verás, Latro, siempre he estado convencido de que he de ayudar a quienes me han ayudado. Hipereides tenía muchas cosas que contarme sobre lo que ocurrió en el palacio, aunque quizá no deberíamos hablar de eso aquí. Conseguí la ayuda de Cimón, quien tiene algunas conexiones bastante útiles en Cuerda, e Hipereides se encargó de conseguir la ayuda de Temístocles. No debes suponer que Pausanias es un Cordelero normal y corriente. Representa a la vieja aristocracia de Lacedemonia, o a lo que queda de ella, y es un hombre tan razonable como magnánimo.

-Bien, ésta es la situación en que nos encontramos -dijo Hipereides viendo que Xantipos había terminado de hablar-. Liberaré al hombre negro a cambio de dos minas, y él me pagará esa suma cuando pueda disponer de ella. ¿Te parece bien?

El hombre negro vaciló y acabó asintiendo.

-Y renuncio a cualquier derecho sobre ti, Latro, igual que Kalleos..., hoy hablé con ella y le entregué una pequeña cantidad de dinero. Temístocles tiene que ir a Cuerda: quieren rendirle honores por su actuación durante la guerra. Tú irás con él..., lo también. Cuando llegues allí Pausanias te liberará y declarará que eres residente de Cuerda..., no serás un auténtico Cordelero, compréndelo, sino un extranjero que vive allí y un hombre libre. Naturalmente, serás subdito suyo; Pausanias es el Regente Agida, pero no serás esclavo de nadie.

Le pregunté si se me permitiría marcharme de Cuerda para buscar mi hogar.

-Desde luego, en el momento que quieras -dijo Cimón-. Los únicos que no pueden marcharse sin permiso de los jueces son los Iguales. Ser un residente extranjero te permitirá viajar e incluso comerciar; y si alguien intenta hacerte daño, sea donde sea, podrás reclamar la protección de tu ciudad.

-¿Querrás hacerlo? -me preguntó el polemarcha, que me había estado observando atentamente-. ¿Vendrás a Cuerda conmigo?

Me encogí de hombros.

-¿Vendrías tú si estuvieras en mi lugar?

Me pareció que pensaba en ello durante unos instantes, frotándose la potente mandíbula, y acabó asintiendo.

-Hegesítrato, ¿quieres aconsejarme al respecto?

-Sí, aunque no de muy buena gana. Ya sé que no lo recuerdas, pero en una ocasión me leíste un pasaje bastante largo de tu viejo pergamino referente a este tema. En ese pasaje el regente te decía que ya no ibas a ser su esclavo sino su amigo.

Sentí como si acabaran de quitarme un gran peso de los hombros.

-Parecía sincero o, por lo menos, tú pensaste que lo era -siguió diciendo Hegesítrato-, y creo que no debo callarme ese hecho. Sin embargo, mi consejo es que no deberías ir allí.

Entonces deseé preguntárselo a lo, pero yo era un hombre adulto que estaba discutiendo asuntos de gran importancia con otros adultos, y la idea de pedirle consejo a una niña me habría avergonzado, por lo que me dirigí al hombre negro y éste habló con Hegesítrato.

-Siete Leones desea saber si ya es libre -dijo el mantis.

Hipereides asintió.

-Tengo que entregarte un papel y tendrás que firmarme otro, pero no son más que formalidades.

El hombre negro volvió a hablar.

-Entonces le aconseja a Latro que vaya -dijo Hegesítrato-, siempre que Temístocles le permita acompañarle. ¿Temístocles?

El polemarca asintió.

-Naturalmente. ¿Vendrás, Latro?

-Sí -respondí-. Tienes mi palabra.

Mi respuesta pareció tranquilizar a todos, y especialmente a Cimón. Sonrió y me dio la mano.

-Con lo cual ya sólo falta ocuparse de Elata y de mí -dijo Hegesítrato-, y no deberíamos daros demasiados problemas.

Uno de los esclavos de Cimón se presentó en ese instante y habló brevemente con él. Cimón se volvió hacia Temístocles.

-Simónides y los demás acaban de llegar. Dice que lo han traído todo.

-Bien. Nos marcharemos por la mañana. Hegesítrato, espero que comprendas que mi partido ya no tiene en qué seguir empleando tus servicios aquí. Luchaste a favor del Gran Rey, por lo que utilizarte sería como darle un arma a Xantipos y Aristides. Tu relación con Hipereides ha terminado.

-Lo comprendo y lo lamento -dijo el mantis-. Esa relación ha sido muy afortunada para mí.

-Y para mí -dijo Hipereides-. Yo también lo lamento.

-¿Sientes algún resquemor? -le preguntó Temístocles-. ¿Crees que se ha abusado de tu confianza o que te hemos tratado mal?

-No, en absoluto -le tranquilizó Hegesítrato-. Todo lo contrario.

-Hipereides dice que dispones de fondos suficientes. De no ser así, puedo encargarme de conseguirte algún dinero.

Hegesítrato rechazó la oferta con un gesto de la mano.

-Estoy seguro de que tarde o temprano le dirás a Zirún que ningún heleno sabe rechazar el dinero, pero la verdad es que hemos quedado en una situación bastante acomodada. Nos embarcaremos en una nave que vaya a Zakuntios tan pronto como pueda encontrar una embarcación decente; tengo una casa allí. Después quizá vayamos a Delfines.

Cimón ha venido aquí para hablar conmigo. Empezó preguntándole a los chicos el nombre del meda. Ya les había advertido al respecto y los dos respondieron «Zirún, señor». Les preguntó si estaban seguros de ello y los dos repitieron «Zirún», después de lo cual les hizo salir de la habitación diciéndoles que deseábamos estar a solas.

Cuando se hubieron marchado empezó dándome las gracias por haber accedido a ir a Cuerda, tal y como había pedido el Príncipe Pausanias.

-Lo contrario me habría colocado en una posición muy embarazosa -me dijo-. Teníamos hombres preparados para dominarte por la fuerza, si llegaba a ser necesario - Temístocles insistió en ello-, pero ¿qué habría opinado el príncipe de eso, teniendo en cuenta que yo le había persuadido de que te liberara? Y el grupo de Temístocles podría haber usado todo el asunto en mi contra; esos hombres eran de mi bando. Si informara de que habíamos robado al esclavo de un ciudadano, ese escurridizo comerciante habría corroborado todas y cada una de sus palabras.

Le dije que si sus hombres hubieran conseguido dominarme por la fuerza le habría agradecido enormemente a Hipereides cualquier esfuerzo que hiciera por liberarme.

-Supongo que sí. La verdad es que hay quienes están convencidos de que ya eres un hombre libre, ¿lo sabías?

-No -respondí-, pero me gustaría mucho que me informaras al respecto.

-Fuisteis capturados por los Cordeleros después de la Batalla de Arcilla -me explicó-. Eso nadie lo discute. Los Cordeleros os entregaron a Colina de la Torre por alguna razón ignorada y su gente os entregó a Hipereides. Tanto tú como el hombre negro erais mercenarios, ¿verdad?

Le dije que eso creía.

-Bien. Pero también capturaron a dos habitantes de la Colina y tú tienes a esa pequeña esclava de la Tierra de las Vacas. El hombre resultó ser Píndaro, hijo de Pagondas, un miembro de una de las familias dirigentes que ha estado labrándose una considerable reputación como poeta. Píndaro afirma que cuando fuiste capturado no estabas al servicio directo de los bárbaros, sino que le servías a él y a su ciudad. Si se aceptara esa opinión las condiciones de la paz impuesta por Cuerda nos obligarían a devolverte a la Colina.

Confieso que cuando dijo esto me levanté de un salto y empecé a ir y venir de un lado para otro, lleno de júbilo. No había tenido la sensación de ser un esclavo ni tan siquiera cuando nos reunimos debajo del árbol, y esa sensación acababa de ser corroborada por los hechos.

-El factor a considerar es la presión que este tal Píndaro podría obligarle a ejercer a los oligarcas de la Colina en favor de un mero mercenario -siguió diciendo Cimón-, aunque por mucha que ejercieran nos habría sido imposible ceder ante ella. Aquí su ciudad no es muy popular y eso habría causado un grave daño a nuestras relaciones con Cuerda. Tal y como están las cosas, he conseguido apuntarme un pequeño tanto diplomático. Arístides y Xantipos lo han reconocido. Por cierto, Xantipos y su hijo van a quedarse a cenar, así como Hegesítrato y su esposa.

Dije que me alegraba de ello pues no tengo muchas ganas de separarme de Hegesítrato, y sé que tanto lo como el hombre negro sienten un gran aprecio hacia él.

-Temístocles y su séquito también estarán presentes, naturalmente. Comeremos en el patio; creo que ya hemos visto el fin de las lluvias de este año. Mañana emprenderás viaje con Temístocles. Ojalá pudiera acompañaros: Cuerda me gusta, pero no estaría bien. La verdad es que he venido aquí para hablarte de Temístocles y prevenirte contra él.

Le dije que ya había comprendido que era un hombre muy poderoso.

-Lo es, y muy astuto. ¿Recuerdas lo que le preguntó al mantis sobre el dios de Tracia? Asentí. Sé que olvido las cosas, pero aún no había olvidado eso.

-Su madre era tracia, igual que la mía. Conoce esa tierra palmo a palmo; incluso habla un poco de tracio con los embajadores enviados por sus reyes. Si le cuentas alguna mentira sobre Tracia o si intentas ocultarle algo lo sabrá.

No me pareció el momento adecuado para explicarle que me he olvidado de Tracia, por lo que guardé silencio.

-Y también quería darte esta carta. ¿Sabes leer nuestra lengua? La hablas bastante bien.

Meneé la cabeza.

-Entonces yo te la leeré. Va dirigida a uno de los jueces..., su nombre es Ciclos.

Cimón sacó la carta de su chiton y leyó lo siguiente: «A Ciclos, hijo de Antes, Cimón el hijo de Milcíades te manda sus saludos. Latro, que lleva esta carta, merece lo mejor de ti y de nosotros. Protéjele de cualquier daño, buen Ciclos, o de lo contrario los dos nos veremos deshonorados».

Le di las gracias a Cimón por esa carta de presentación y le pedí que añadiera una petición dirigida al juez que me ayudara a volver a mi hogar, cosa que Cimón me ha prometido hacer. Volverá a mandarme la carta con un sirviente y tengo intención de llevarla enrollada dentro de mi viejo pergamino.

Eso es cuanto de importante ha ocurrido en el día de hoy, aunque podría añadir que la granja de Cimón es un lugar realmente espléndido. La casa tiene la forma de un cuadrado doble, con muchas habitaciones. Junto a los establos hay tres graneros muy espaciosos, todos ellos encalados y tan blancos como la casa, y los tres se encuentran en un estado

excelente. El jardín que he descrito antes me parece muy hermoso, pero las praderas que hay más allá son, como mínimo, igual de hermosas. Los potros juegan sobre su espléndida hierba con tanta alegría como el mismo Polos..., y casi tan torpemente como él. Cuando hablé con los trabajadores que estaban derribando el muro me dijeron que el padre de Cimón había sido un gran hombre; no era necesario que me lo dijeran..., ya me había dado cuenta. Las piedras del muro deben ser llevadas a Pensamiento y colocadas en el pantano que hay entre Pensamiento y Encuentro, pues Temístocles y Cimón desean construir allí una larga muralla para defender la ciudad. Les pregunté cómo pensaba impedir Cimón que los viajeros robaran su fruta. Los trabajadores me dijeron que Cimón dejaría que se la llevaran.

28 -Mnemosine

La señora de la memoria me ha proporcionado la que seguramente es la más extraña aventura vivida jamás por hombre alguno. No me ha devuelto al tiempo que tan ardientemente deseo recordar; pero Simónides cree que gracias a ella quizá pueda conservar el día que acaba de transcurrir y muchos de los que vendrán.

Cenamos en el mayor de todos los patios de la casa y éramos un gran número de comensales. Cimón, nuestro anfitrión, estaba reclinado a la cabecera de la mesa, con Temístocles a su derecha y Xantipos a su izquierda. Xantipos iba acompañado por su hijo, un apuesto joven que se pasó todo el banquete sin quitarse el gorro que lleva en la cabeza, y por el tutor de su hijo, Damón, un anciano irritable y quisquilloso. Junto a Temístocles estaba Simónides de Ceos, un hombre de barba blanca a quien Hipereides ha llamado el mayor poeta de nuestros tiempos. Hipereides es libre de hacer tal afirmación, pero no he olvidado lo que Cimón dijo del poeta Píndaro, quien sostiene que soy un hombre libre, y me parece que ningún poeta puede ser más excelso que quien le anuncia a un hombre que tiene derecho a la libertad.

También debería decir que Hegesítrato estaba reclinado junto a Simónides y que Hipereides permanecía junto a él. Yo estaba al lado de Damón y cuando vi como le llevaba la contraria a todo el mundo pensé que había tenido bastante mala suerte, pero no tardé en darme cuenta de que no discutía con aquellos que se mantenían callados. Guardé silencio y gracias a eso no corrí peligro. El hombre negro estaba a mi izquierda: no podía desear mejor compañía.

Vi que Hegesítrato no tardaba en trabar conversación con el poeta, por lo que los dos raramente hablaron con nadie más, aunque me lanzaron abundantes miradas desde el otro lado de la mesa. El pequeño Polos ayudó a servir el banquete y comió al pie de la mesa, pero era tal la frecuencia con que acudía trotando para decirme algo que creía podía interesarme, o hacerme una pregunta u otra, que los comensales no tardaron en acogerle con risas y se convirtió en el favorito de todos. Pericles juró que en una ocasión había galopado alrededor de la mesa en ambas direcciones y había tropezado consigo mismo.

Después del banquete un sirviente trajo una magnífica lira, tal y como había profetizado Temístocles. Hegesítrato tocó y cantó bellas canciones, y al oírlas el hombre negro me habló con sus dedos de otro momento en que habíamos cantado con muchas mujeres; se golpeó el pecho y blandió una lanza imaginaria, por lo que tuve la seguridad de que había sido un gran día. Simónides también tocó muy bien y cantó sus propios versos. Pericles tocó y cantó casi tan bien como Hegesítrato. El tutor no quiso cantar, aunque Xantipos afirmó que había tenido una voz soberbia, pero tocó la lira mejor que todos los demás. Cimón cantó el último y con la mejor voz de todos los presentes; cuando hubo terminado, todos le alabamos con gran entusiasmo y golpeamos la mesa con nuestras copas.

Los sirvientes se encargaron de llevarse la mayor parte de los platos. Apenas la mesa hubo quedado despejada entraron las bailarinas y empezaron a danzar sobre ella. Había

una que traía consigo cinco dagas y las colocó sobre sus empuñaduras de manera que no se cayeran. Bailó por entre ellas con gran habilidad, y cuando pensamos que ya no podría hacer nada más saltó al aire desde el centro del círculo formado por las dagas, dando una voltereta hacia atrás de tal forma que aterrizó sobre las manos con los pies en alto sobre su cabeza. Todos gritamos y la bailarina salió disparada de la mesa girando sobre sí misma como la rueda de un carro.

Hegesítrato me puso la mano en el hombro y me murmuró que deseaba hablar conmigo. Me levanté de la mesa y fui con él hasta un cuartito en el que estaba sentado Simónides. Me preguntó si recordaba lo que nos había contado Cimón: allí, en su propia residencia, era donde el Tronante había engendrado a las musas. Le aseguré que lo recordaba -lo había dicho justo antes de que empezaran las canciones-, pero le confesé que no sabía nada del Tronante ni de las musas.

-El Tronante es el padre de los dioses -me dijo Simónides-, Zeus Maimaktes.

Entonces comprendí que es el dios al que mi padre llamaba el padre del cielo brillante.

Le pregunté por las musas, pero Hegesítrato movió la mano como indicando que aquello carecía de importancia.

-Lo importante es que fue aquí donde el dios conoció a Mnemosine, la Señora de la Memoria..., al menos, eso es lo que cuenta Cimón -dijo-. Simónides es sofista y un maestro famoso, aparte de poeta. ¿Lo sabías?

Meneé la cabeza.

-Una de las habilidades que se ofrece a enseñarle a sus estudiantes es la de la memoria. Su memoria es quizá la más famosa de todos los tiempos; se cuenta que jamás olvida nada.

-Lo cual no es cierto -afirmó Simónides-, aunque me proporciona muchos estudiantes, de los cuales quizá tú puedas ser uno más. Le he propuesto a Hegesítrato que visitemos ese lugar esta misma noche y le ofrezcamos un sacrificio a Mnemosine. Después te daré una lección en el arte de la memoria y puedo enseñarte más cosas durante el viaje a Cuerda. Es posible que con el entrenamiento adecuado consigas recordar una gran parte de lo que has olvidado o, por lo menos, dejar de olvidar tan deprisa. ¿Querrás hacerlo?

Accedí de buena gana -pues no me cabe duda de que éste ha sido un día realmente afortunado-, y Hegesítrato habló con Cimón contándole lo que habíamos planeado y consiguió una cría de cabra para sacrificar, un burro sobre el que montó (pues ha perdido un pie) y un sirviente para guiarnos. El lugar estaba cerca aunque no lo parecía, pues no tardamos en abandonar los campos de Cimón y los bosques que había detrás y tuvimos que subir la rocosa ladera de una colina siguiendo un camino serpenteante. Cuando llegamos a la hendidura donde estaba el pequeño altar, sostenido por tres piedras medio empotradas en el suelo que parecían colocadas allí por azar, la gran casa de Cimón se había encogido hasta convertirse en unas cuantas chispas doradas.

El sirviente había traído consigo leña para el fuego y una caja llena de ascuas. Simónides recitó la invocación y yo sostuve a la cría de cabra mientras le cortaba la garganta. Después la despellejamos y quemamos el corazón y el hígado; cuando Hegesítrato hubo vertido la libación asamos unos cuantos pedazos de carne encima del fuego.

-Y ahora, Latro, sé sincero conmigo -me dijo Simónides-. ¿Realmente deseas recordar?

-Sí, mucho -le respondí.

-Entonces cierra los ojos. ¿Lo deseas tanto que estarías dispuesto a trabajar muy duramente para conseguirlo?

-Oh, sí -aseguré.

-Entonces debes pensar en un edificio muy grande. Vamos a construir este edificio en tu mente. No nos limitaremos a contemplarlo como contemplamos la casa de Cimón mientras este hombre encendía el fuego, sino que llegaremos a conocerlo como sólo

pueden hacerlo los hombres que construyen algo. Tu mente debe ver con claridad cada piedra y cada adorno.

Sentí como la colina temblaba bajo mis pies, igual que si una criatura más grande que cualquier buey salvaje se hubiera puesto en pie. Abrí los ojos y vi a una mujer inmensa, dos veces más alta que cualquier hombre, emergiendo de las profundidades de aquella angosta hendidura rocosa que parecía demasiado pequeña para haberla contenido. Su larga y rubia cabellera estaba recogida en unas trenzas, y éstas, tan gruesas como mi brazo, estaban entrelazadas y ceñidas con cordoncillos de muchos colores adornados con gemas. Su rostro estaba desgarrado por la pena, y sus ojos se perdían en la contemplación de cosas lejanas.

-No, Latro -dijo Simónides-. Quiero que mantengas los ojos cerrados.

Volví a cerrarlos, convencido de que la gigante no pretendía hacernos ningún daño.

-Debemos tener un sitio donde alzar el palacio que vamos a construir -siguió diciendo Simónides-. Debes imaginarte ese lugar. Piensa en él. ¿Ya lo has hecho? -me preguntó un rato después.

Asentí.

-Describémelo.

-Está donde empieza el desierto -le dije-, junto a los últimos campos.

-Mira hacia el norte -me dijo-. ¿Qué ves?

-Desierto. Arena amarilla y piedras rojas.

-¿Es eso todo? Mira hacia el horizonte.

-Veo unas rocas no muy altas. Parecen más oscuras que las piedras que hay junto a ellas.

-Muy bien. Estás mirando hacia el norte, ¿verdad? Ésa es la dirección hacia la que te he indicado que miraras, ¿no?

Asentí.

-Como estás de cara al norte, el este se encuentra hacia tu derecha; vuelve la cabeza y cuéntame qué ves.

-Más desierto. Colinas rocosas como ésta que suben y suben hasta alturas cada vez más considerables. El sol asomando sobre ellas.

-Excelente. Estás mirando hacia el norte, por lo que el sur se encuentra a tu espalda. Mira hacia el sur por encima de tu hombro y cuéntame lo que ves allí.

-Arena -dije-. Olas inmóviles de arena amarilla, como un mar. Un hombre avanza guiando a tres camellos, pero están muy lejos.

-Mejor, mucho mejor. Y ahora mira hacia el oeste siguiendo la dirección de tu brazo izquierdo.

Hice lo que me ordenaba.

-Campos de cebada y mijo, y las chozas de barro de los campesinos. Más allá se encuentra el río, y más allá del río el sol poniente.

-¿Cuántas chozas ves?

Había cuatro chozas, y así se lo dije.

-¿Hay gente viviendo en esas chozas?

-Sí. Los hombres que cultivan los campos viven en ellas con sus familias.

-Bien. Puede que nos encontremos con alguna de esas personas. Ahora, mira hacia el lugar donde va a alzarse tu palacio. ¿Qué es lo primero que harás cuando empieces a construir tu palacio?

-Quitar toda esta arena para que mi palacio pueda reposar sobre la roca -respondí.

-Bien. Vamos a quitarla. He enviado a un millar de hombres con palas y cestos y se han llevado toda la arena. ¿Ves la roca desnuda?

Asentí.

-Debe extenderse hasta muy lejos..., hasta llegar a las colinas que viste. En caso contrario, tendremos que hacer regresar a los hombres de las palas. ¿Llega hasta allí?

-Sí -le dije-, llega hasta muy lejos.

Sentí el viento cálido en mi cara y me asombré al ver el progreso de una obra tan inmensa.

-Ahora debes colocar tus cimientos. Puede que estos bloques estén hechos con piedra sin desbastar, pero deben encajar bien. Coloca los cimientos. ¿Abarcan una gran cantidad de terreno?

-Sí.

-Entonces ya estás preparado para colocar el suelo. Debe ser de mármol liso, blanco, pero con vetas marrones y negras. En cada losa hay tallado algún glifo y no hay dos glifos iguales. Las primeras cuatro losas tienen un círculo, un triángulo, un cuadrado y una cruz. ¿Los ves?

Asentí de nuevo.

-Y hay muchos, muchos dibujos más. Algunos son cabezas de animales. Otros representan a toda la criatura. Algunos son como las huellas dejadas por los hombres o los pájaros, mientras que otros se parecen a hojas. Hay muchas líneas rectas, pero también muchas que se curvan o que ondulan. Camina despacio sobre las losas. Recorre una buena distancia y estudia cada glifo. ¿Has visto dos que sean iguales?

-No -respondí.

-Bien. Ahora vamos a aproximarnos al palacio, pero si queremos acercarnos a él antes debemos abandonarlo. Mira hacia el oeste. ¿Sigues viendo el río? ¿Es caudaloso?

-Mucho. Apenas si puedo divisar los árboles de la otra orilla.

-Bien. Camina hacia el oeste, por favor, con rumbo hacia el río. Recorre toda la distancia que te separa del río hasta sentir como el agua te lame los pies. Dime, ¿hay hierba cubriendo la orilla?

No la había. La orilla estaba cubierta por una espesa capa de barro negro.

-Bien. Y ahora, date la vuelta. Ponte de cara al este; levanta los ojos y vuélvete hacia tu palacio. Es muy grande, ¿verdad?

Lo era. Tenía cien arcadas y espaciosas galerías y, naturalmente, hilera tras hilera de columnas y cada columnata alzaba cien capiteles tallados sobre la columnata anterior.

-Ve hacia él. Detente y mira a tu izquierda y a tu derecha. ¿Qué ves?

Vi campos de grano que se mecían impulsados por el viento.

-¿Y ante ti?

Una avenida adornada con dos hileras de estatuas.

-¿Qué forma tienen esas estatuas? Descríbemelas.

Leones con rostros de hombre.

-No. Sólo la más cercana a ti es un león con rostro humano..., eso es lo que te ha engañado. Si las examinas con más atención verás que las otras son distintas. Descríbeme la estatua que hay enfrente de la que ya me has descrito.

Un león alado, con la cabeza y los pechos de una mujer.

-Correcto. Da un par de pasos y descríbeme la estatua que hay después del león con cabeza de mujer.

Hice lo que me había ordenado. Era un toro alado con la cabeza de un hombre barbudo. Enfrente de ella había la imagen de un hombre muy corpulento con la cabeza de un toro.

-Bien.

Me pareció oír la voz del viejo Simónides en el sollozo del viento; durante un momento me asombré, pues sabía que no estaba allí donde yo me encontraba, sino al norte del mar. Acabé llegando a la conclusión de que debía de estar muerto y que lo que oía no era más que su fantasma, que se había alejado de su tumba y andaba buscándola.

-Ahora vuélvete hacia el león con rostro de hombre. Obsérvalo atentamente. Será el conservador de tu nombre. La piedra es blanda. Saca tu cuchillo y graba tu nombre, Latro, en la pata delantera derecha de la estatua.

Obedecí las palabras del fantasma, aunque temía que algún guardián apareciera para castigar mi acto con la muerte. Mientras iba grabando cuidadosamente las letras, me pregunté cómo había llegado a este sitio tan alejado de Helas. Hace mucho tiempo estuve allí: disfruté de un excelente banquete, escuché música y subí a una colina. Después de aquello todo estaba envuelto en la niebla.

-Date la vuelta hasta quedar de cara al león que tiene cabeza y pechos de mujer...

Lo hice. La estatua se incorporó desplegando unas potentes alas que superaban la envergadura de una trirreme.

-Supongo que me reconoces, Latro.

Su voz era como el ronroneo de un gato inmenso.

Meneé la cabeza.

-Soy tu madre y la madre de tu madre. Robaste los caballos del sol para mí y gracias a mi ayuda, con el fin de que pudieran serle devueltos. Yo soy la que pregunta qué camina sobre cuatro piernas a la salida del sol, sobre dos al mediodía y sobre tres al anochecer. Y los que no pueden responderme mueren al anochecer.

29 - Los muros del palacio

Sus mil columnas y sus numerosas estatuas e imágenes siguen alzándose a mi alrededor: nunca he recordado nada tan vividamente. Eso le dije a Simónides hace unos momentos, cuando me preguntó qué estaba escribiendo. Me hizo varias preguntas triviales, algunas de las cuales respondí aunque hubo otras a las que no pude contestar. Me dio la impresión de que estaba complacido.

Si he de ser sincero, cuando me interrumpió temí que me olvidaría del palacio; pero no ha sido así. Por lo tanto, perderé algunos instantes más anotando que hace una mañana preciosa. Hegesítrato, su esposa y Zirún, el meda, partieron hace poco rato. El hombre negro y yo recorrimos unos cuantos estadios del camino con ellos para despedirles, acompañados por Cimón, Hipereides, lo y algunos otros. Cuando volvimos a la casa de Cimón, lo y los muchachos se quedaron. Me di cuenta de que ella deseaba hablar conmigo, por lo que también aflojé el paso y me coloqué a su altura.

-Amo -dijo lo-, debo contarte una cosa. Probablemente ya has escrito sobre ella en tu pergamino, pero quizá deberías volver a hacerlo, y en caso de que las enseñanzas del anciano sean realmente capaces de ayudarte a recordar, acuérdate de ella.

Le dije que podía estar segura de que lo intentaría, si ella pensaba que debía hacerlo.

-Ocurrió cuando nos hallábamos en Tracia..., ya sé que no lo recuerdas, pero es cierto. Estábamos en la caverna sagrada de Kotito, donde había esa gran estatua pintada suya que se quemó más avanzado ese mismo día. Fuera había muchos tracios y tú te encargabas de vigilar la entrada para protegernos de ellos. Me dijiste que habías oído ladrar a un perro. Hegesítrato salió de la caverna y los tracios no intentaron impedirselo. Tú, yo y el hombre negro hablamos de eso, pero no llegamos a tomar ninguna decisión al respecto. No sé si luego hablaste de eso con él.

-Yo tampoco -le dije.

-Ya lo sé, pero pensé que debía recordártelo. ¿Oíste ladrar a los perros anoche?

No les había oído, y meneé la cabeza.

-Yo sí les oí y pensé que debía hablarte de ello para que lo anotaras en tu pergamino, por si se da el caso de que vuelvas a encontrarte con Hegesítrato cuando no esté contigo.

-¿No vas a venir a Cuerda? -le pregunté, a lo que me replicó que iría, pero que los Cordeleros no son buena gente.

No recuerdo el nombre del más alto de los muchachos, pero recordaba a Polos por lo ocurrido durante la segunda comida de la noche anterior, así que le pregunté si vendría con lo y conmigo. Asintió, y el otro muchacho hizo lo mismo.

Disponemos de un carro tirado por mulas para transportar nuestra comida. Mi cofre va en él, así como algunas cosas de lo. Simónides conduce el carro porque es demasiado viejo para recorrer grandes distancias a pie. Temístocles ha dicho que el que se cansa también puede ir en el carro, pero se mueve mucho y avanza a sacudidas. Durante esta mañana sólo el muchacho meda ha ido en él; lo y Polos caminaron junto a mí. Nos hemos detenido en una granja para tomar la primera comida. Debería añadir que vamos acompañados por dos esclavos de Temístocles: se llaman Dialos y Tilón. Llevo mi espada, aunque mi casco y las otras cosas están en el carro. Temístocles dice que hasta llegar a la Tierra de los Osos el camino es bastante seguro.

Acabo de leer lo que escribí esta mañana; creo que debería terminar el pasaje, aunque estoy convencido de que nunca podré olvidar a la mujer-león con alas.

Cuando me hizo su pregunta me acordé de Hegesítrato y de que había ido montado en el burro, aunque en otras ocasiones caminaba ayudándose con una muleta.

-Es un viajero, Gea -le dije-. Cuando empieza su viaje va montado en un caballo, pero el caballo muere o se lo roban, o se ve obligado a venderlo para conseguir comida. Después el viajero tiene que caminar y hacia el anochecer le duelen los pies y avanza cojeando y apoyándose en un cayado.

Bajó de su pedestal dando un salto y vino hacia mí sonriendo.

-Una buena contestación -me dijo-, aunque te falte la ventaja que da el estar lisiado. Siempre he pensado que el estar lisiado fue lo que le dio la pista de la solución a Pie Hinchado.

Ella se sostenía sobre cuatro patas y yo sobre mis dos piernas, pero aun así seguía siendo tan enorme que podía inclinar la cabeza para mirarme, como había hecho desde el pedestal.

Le pregunté si mi respuesta era correcta.

Gea se limitó a ordenarme que la siguiera para que pudiese enseñarme el palacio.

-La pobre Mnemosine es una de mis hijas -me dijo-. No recibe muchos sacrificios.

Le pregunté quién era ese Pie Hinchado del que me había hablado.

-Un hombre demasiado bueno. Su padre le hirió en el pie cuando Pie Hinchado no era más que un bebé y a causa de eso le quedó una leve cojera que nunca acabó de curársele. Aun así era un magnífico combatiente, como tú. ¿Quieres que te diga cuál fue su respuesta?

-Sí, por favor.

-Me dijo que era un mortal, que se arrastra sobre las manos y las rodillas en el amanecer de su existencia, que no tarda en caminar erguido y que por fin, como tu viajero, se apoya en un bastón. Si llegas a la Colina dile que su respuesta me causó tal desesperación que me arrojé del muro de su fortaleza y perecí al estrellarme contra las piedras que había debajo. Ya habrás notado que tengo alas. -Se rió.

Me atreví a observar que el mero hecho de que alguien resolviera un acertijo -acertijo que, además, era bastante fácil de resolver, no me parecía motivo para suicidarse. Estábamos caminando por la avenida de las estatuas, que eran de mil variedades distintas, y nos aproximábamos a las puertas del palacio. A medida que nos acercábamos a ellas me iban pareciendo más y más grandes.

-La verdad es que regresé a mi elemento. ¿No te inquieta encontrarte con una tierra alada? No se me suele considerar una deidad del aire, como la Dama de Pensamiento.

-No -respondí-. Los sofistas creen que la tierra es una esfera. -Me quedé callado durante unos momentos con la esperanza de que me lo confirmaría o lo negaría, pero no hizo ninguna de las dos cosas-. La esfera es la única forma perfecta o eso me ha dicho alguien, seguramente Hegesítrato o Simónides. En otros lugares la gente cree que la tierra es plana y afirman que flota sobre un mar interminable, o que se sostiene sobre el caparazón de una gran tortuga que nada en ese mar.

-Sigue -me ordenó.

-Casi no me atrevo a especular sobre ese tema ante quien conoce la verdad.

Gea me miró y aunque su rostro era el de una mujer sus ojos eran los de una leona.

-Quien conoce la verdad siente grandes deseos de oír tus especulaciones.

-Como deseas. No es difícil darse cuenta de que tales explicaciones no logran responder a la pregunta principal. Si golpeo el agua con mi mano, ésta no permanece en el aire sino que cae rápidamente al suelo. Por lo tanto, aunque ese mar exista debe de haber algo que lo sostiene. Además, un hombre que nada en el mar descubre que debajo de él hay tierra. Es cierto que acaba llegando a tal profundidad que ya no puede tocarla, pero si es sustituido por otro hombre que sepa bucear mejor que él, ese hombre nos informará de que sigue habiendo tierra debajo del agua. Por lo tanto, es evidente que la situación del mar es muy parecida a la del agua en un cuenco, que alcanza más profundidad en el centro, pero sin llegar a ninguna profundidad infinita, ni mucho menos. Y, de hecho, un cuenco que tuviera algún punto donde la profundidad fuera infinita jamás podría llegar a llenarse.

-Sigue -volvió a decirme.

-Gea, si continuó hablando, ¿me revelarás el significado de tu acertijo?

-No, serás tú quien me lo revelará. Pero ahora, sigue hablando.

-Quien observa el sol al anochecer ve que se mueve por el horizonte a la misma velocidad que cuando cruzaba el cielo al mediodía, y cuando sale se mueve tan deprisa como en esos otros momentos. ¿Dónde se detiene, pues? Está claro que no se detiene, sino que da vueltas y más vueltas a la tierra, sin parar ni un solo instante, tal y como hacen la luna y las estrellas, de las cuales puede decirse lo mismo que he dicho del sol. Si ese mar propuesto por algunos existiera, el sol, la luna y las estrellas caerían en él y sus luces quedarían extinguidas; pero eso no ocurre. Todos estos hechos demuestran que ese mar sobre el que se afirma que flota la tierra no existe. En cuanto al mar sobre el que navegamos, está sostenido por la tierra, y no al revés.

»He dicho que el agua cae a la tierra. ¿Hay algo que no caiga?

Los pájaros, evidentemente; de lo contrario se matarían. Si asustas a un pájaro posado en un arbusto puede que se pose en algún otro..., pero puede que no lo haga. Y cualquiera puede ver con sus propios ojos que las águilas y los buitres no necesitan posarse salvo para comer y beber, pues permanecen en el aire sin esfuerzo alguno. ¿Qué sostiene a la tierra? ¿Qué sostiene a esos pájaros? La tierra vuela; Gea tiene alas.

-Un buen razonamiento -me dijo, y después guardó silencio hasta que llegamos a la escalera que conducía hasta el arco de entrada del palacio-. ¿Por qué crees que te he dicho que devoraba a todos los que no lograban responder a mi pregunta? -quiso saber entonces.

Me atreví a decirle que la tierra acababa devorando a todos los hombres.

-No a los que comprenden mi pregunta, Latro. Tu viajero se ha embarcado en el viaje de su existencia, ¿verdad? Di que sí o te devoraré al final de tus días.

-Sí -dije mientras subíamos por la escalera.

-Explícate.

-Durante el amanecer de su vida el joven avanza como si fuera a caballo porque es sostenido por los hombros de sus padres. Hacia el mediodía su apoyo se ha desvanecido y debe caminar por sus propios medios. Hacia el anochecer de la vida sólo puede mantener erguida la cabeza gracias al recuerdo de aquello que fue en el pasado.

Cuando pronuncié la última palabra las inmensas alas de Gea rugieron a mi espalda y sentí un vendaval tan violento como el de una tempestad en alta mar; cuando me di la vuelta ya se encontraba muy por encima de mí. Siguió subiendo y subiendo mientras yo la contemplaba boquiabierto, hasta no ser más que un puntito oscuro que se recortaba contra la curvatura de la cúpula azul que había sobre mi cabeza, y tuve la seguridad de que no tardaría en desaparecer en aquel cielo sin nubes. Pero acabó posándose sobre la última cornisa del palacio, y allí se quedó, inmóvil, como si se hubiera vuelto a convertir en

una mera estatua tallada en piedra rojiza, tal y como había sido cuando la vi por primera vez.

Entré en el gran palacio solo y con la cabeza llena de preguntas y dudas. Sus salas eran muy espaciosas, pero en ellas apenas si había nada salvo luz y aire. Mientras iba de una a otra viendo aquí, quizá, una solitaria urna de cerámica roja sobre cuya superficie había sátiros haciendo piruetas, y allá un escarabajo de esmalte iridiscente que hacía rodar un gran sol dorado hacia algún rincón de una estancia vacía, traté de dar con el significado del acertijo de Gea. ¿Por qué se lo había planteado a Pie Hinchado? ¿Y por qué a mí? ¿Por qué se había ofrecido a mostrarme este palacio de la memoria y me había abandonado cuando estaba a punto de entrar en él?

Llevaba recorridas muchas estancias vacías cuando vi la estatua de una joven desnuda que bailaba entre cuchillos, con sus miembros de mármol tan delicadamente suspendidos en el aire que al principio no me atreví a tocarla por miedo a hacerla caer. Acabé tocándola y la estatua cayó, haciéndose añicos al chocar contra el suelo cubierto de imágenes y figuras.

Aparté los ojos de los restos de la estatua y me encontré contemplando el arrugado rostro de Simónides. Tenía la mano sobre mi hombro. Me preguntó si me encontraba bien.

Le pedí disculpas por haberme quedado dormido.

-¡He tenido un sueño muy extraño! -añadí.

La verdad es que el palacio del desierto me parecía mucho más real que la noche ventosa o la cima cubierta de rocas en la que estábamos sentados alrededor de nuestro fuego. Hegesítrato y Simónides me apremiaron a contar mi sueño, cosa que hice.

Eso es todo cuanto tengo que escribir al respecto, dejando aparte el que esta mañana una esbelta joven cuyo nombre lo no me había revelado me dijo que la noche anterior había soñado conmigo. Me sentí halagado (estoy seguro de que ésa era su intención) y le pregunté qué había soñado.

-Estaba bailando en una habitación vacía -me dijo-, sin que nadie me viera salvo tú. Al final de mi danza, cuando me sostuve sobre una sola mano rodeada por mis cuchillos, me empujaste, caí sobre uno de ellos y morí.

Le di mi palabra de que yo jamás haría semejante cosa. Su nombre es Anisia.

Hoy le hablé a lo de mi sueño mientras caminábamos, aunque no le hablé de la bailarina. Lo se mostró muy interesada, más que nada (creo) porque yo seguía recordando tan claramente todo cuanto había visto y dicho. Me preguntó qué había opinado Hegesítrato al respecto, pero el hecho es que apenas si me dijo nada.

Todavía no le he dicho esto a lo y quizá no lo haga; pero mientras escribía sobre mi sueño se me ha ocurrido otra respuesta al acertijo de Gea y quizá ésta se acerque más a la verdad (para mí, al menos) que cualquiera de las otras. La respuesta es que un hombre joven como yo comienza el viaje de la existencia igual que si fuera montado a caballo, avanzando rápidamente. A medida que envejece se va dando cuenta de que el viaje no es sino una peregrinación hacia la tumba y empieza a ir cada vez más despacio mirando a su alrededor. Cuando ha envejecido puede que coja su punzón y empiece a poner por escrito todo lo que ha visto; si lo hace, su destino final es distinto del de los demás hombres: no es devorado por la tierra en la que se da sepultura a su cuerpo cuando el viaje ha terminado, pues aunque esté muerto sigue hablándoles a los vivos, como me pareció que seguía haciéndolo la sombra de Simónides ante ese vasto edificio que se alzaba en el desierto.

Cuando habló conmigo esta mañana junto a la casa de Cimón, Simónides empezó preguntándome por las estatuas. Le describí la estatua de Gea, pero cuando me preguntó cuál era su significado fui incapaz de responderle. Me dijo que esa imagen que podía emprender el vuelo en cualquier momento me indicaba que, si no lograba que cada uno

de mis pensamientos tuviera como guardián a alguna de las imágenes que hay dentro o fuera de mi palacio de la memoria, acabaría perdiéndolos.

Nos hemos detenido aquí para consumir la segunda comida y aquí pasaremos la noche. He aprovechado la oportunidad para leer todo lo que he escrito durante los últimos tres días. No recuerdo nada del banquete de Cimón ni la ofrenda que le hicimos a Mnemosine después de él; pero el recuerdo del palacio permanece ante el ojo de mi mente, aún más vivido que el de la casa donde nací. Veo al hombre con rostro de león en cuya pata delantera está grabada la palabra Latro, y el pedestal ahora vacío donde se hallaba agazapada Gea, el inmenso umbral, las extrañas habitaciones sin adornos y todo lo demás... Sería extraño que un hombre sólo fuera capaz de recordar sus sueños, pero la verdad es que no puedo recordar ningún otro sueño aparte de éste.

30 - Colina de la Torre

La ciudad de Adeimanto es la más hermosa de toda Helas, según lo. Simónides lo confirmó mientras estábamos sentados bebiendo vino con Adeimanto y sus hijos. Temístocles se rió y le dijo a Adeimanto que cuando Simónides se alojaba en su casa de Pensamiento nada le gustaba más que despotricar contra los ciudadanos de Colina de la Torre, diciendo que en ese hermoso mármol, oro y plata que todo el mundo admira él no veía más que codicia.

-Y aun así -concluyó Temístocles-, este hombre que no puede soportar ver a otros viviendo en una hermosa ciudad ha conseguido que su viejo y feo rostro sea pintado por Polígnoto.

Simónides fue el primero en reírse.

-No he hecho más que seguir los dictados de la sabiduría que afirmo enseñar. Creo que todos admitiréis que cuando no hay otra diferencia válida, el más apuesto es quien conseguirá más apoyo de sus compatriotas y la mayoría de votos en la Asamblea.

Todo el mundo asintió.

-Bien -siguió diciendo Simónides-, de ello se deduce que la ciudad más hermosa también es la que conseguirá más apoyo de las demás..., si no hay otra diferencia en que basarse. Y como Colina de la Torre es rival de la ciudad de mi amigo Temístocles y no puedo cubrir de improperios sus anchas calles y sus imponentes edificios, critico la moral de sus ciudadanos. Eso es algo que puedo hacer siendo perfectamente justo aunque apenas les conozca, pues la moral de los ciudadanos siempre es desastrosa vivan donde vivan. En cuanto a mi cara, no puedo hacer nada al respecto, pero en el futuro no seré juzgado por mi cara sino por mi imagen, que es irreprochablemente hermosa. Dentro de cincuenta años todo el mundo dirá que fui la mayor figura de esta era.

Adeimanto mandó las naves de Colina de la Torre en la Batalla de Paz. Se enfrentó a las naves de la Tierra del Río, que según afirman todos eran las mejores embarcaciones con que contaba el Gran Rey. Los muros de su casa están adornados con armas y escudos capturados, y con los mascarones de proa de las naves que destruyó. Los restos de los naufragios encallaron en un lugar llamado Crommión; Adeimanto hizo que sus hombres aserraran los mascarones de proa de las naves. Le regaló uno a cada capitán que sirvió a sus órdenes y se quedó los demás.

Aquellas armas y mascarones de proa me parecían familiares, por lo que le pregunté a lo si habíamos estado en la Tierra del Río; me respondió que nunca habíamos estado allí. Adeimanto dijo que él tampoco había visitado esa tierra, pero que quien envidia al Gran Rey por dominarla comete un grave error, aunque es la tierra más antigua y reverenciada del mundo.

-Los hombres que lucharon con tanta bravura por un soberano extranjero lucharán con una bravura todavía mayor en su contra -nos dijo-. Ya recordaréis que después del Campo de los Hinojos toda la nación se alzó contra los medas, y volverá a hacerlo.

Si los corazones de los hombres de la Tierra del Río son tan oscuros y orgullosos como sus extrañas armas y sus escudos pintados me inducen a pensar, tengo la seguridad de que Adeimanto está en lo cierto. El hombre negro me lo ha confirmado, si es que he comprendido bien sus gestos, diciéndome que hombres como él -su propia nación, de hecho- dominaron la Tierra del Río durante largo tiempo, pero que sus habitantes acabaron expulsándoles y les obligaron a volver a su país. También me ha dicho que ha estado allí, pero que entonces él y yo no nos conocíamos; me ha dicho que es un lugar muy hermoso y agradable.

Esta noche se representará una obra. Todos asistiremos a ella, incluso lo.

Un hombre con una sola mano ha venido para hablar con Temístocles.

Lo vino a prevenirme contra ese hombre, por lo que me apresuré a anotar que acababa de presentarse y dejé de escribir para escucharla. Se llama Pasícrates. Lo dice que luchó conmigo en la Tróada y que fui yo quien le cortó la mano que le falta. Intenté explicarle cómo es la guerra. Un soldado rara vez odia a los hombres contra quienes combate, y cuando la batalla ha terminado no tiene inconveniente en sentarse a conversar con ellos para enterarse de qué tal fueron las cosas en el otro bando.

El hombre que sólo tiene una mano llegó en ese instante, seguido por Simónides y el pequeño Polos. Dudo que haya necesidad de describirle, pues estoy seguro de que le reconoceré gracias a esa mano que le falta, que al parecer le corté un poco por encima de la muñeca. Es muy apuesto, con la hermosura típica de los helenos, y tiene unos ojos veloces e inteligentes. Creo que le llevo una media cabeza de ventaja; pero si es tan veloz y fuerte como aparenta debió de ser un oponente muy peligroso.

-Buenas noches, Latro -me dijo. Me puse en pie cuando entraron en la habitación y él me abrazó como yo podría haber abrazado al hombre negro-. Sé que no me recuerdas, pero somos viejos amigos, así como viejos enemigos.

Dije que esperaba que él pudiera olvidar cualquier enemistad pasada, igual que yo la había olvidado.

Se rió y alzó el puño en que terminaba su antebrazo izquierdo.

-Hiciste que me resultara bastante difícil olvidarla, pero vas a ser uno de nosotros y puede que mi vida dependa de que seamos camaradas en el combate. Por lo tanto, será mejor que te perdone, y eso hago.

Sentí deseos de saber qué había ocurrido durante nuestro combate, pero no me atreví a preguntárselo por miedo a reavivar viejos resentimientos.

-¿Vendrás a Cuerda? ¿Tienes intención de aceptar la oferta de Pausanias?

Sé que pronto partiremos hacia Cuerda, por lo que le respondí:

-Lo decidiré después de que lleguemos allí.

-Te quiere para los juegos, ¿no te lo han dicho?

Pasícrates salió un instante de la habitación y volvió con taburetes para Simónides y para él; cuando el anciano se hubo sentado Pasícrates se instaló a su lado.

-No sé nada de esos juegos -le dije, pues cuando habló de ellos lo había meneado la cabeza-. ¿Significa eso que tendré que luchar con alguien?

-Exactamente. Boxeo, lucha y el pancracio..., le dije que son las especialidades en que eres bueno. Quizá pudieras ganar alguna carrera a pie de poca importancia, pero piense lo que piense Pausanias, en Delfines no tendrías ni una sola posibilidad.

-¿Delfines? -preguntó lo-. ¿Es allí adonde vamos?

Pasícrates asintió.

-Siempre que tu amo acceda a hacer lo que el regente quiere de él.

-Son los grandes juegos celebrados en honor del Destructor -me dijo lo-. Tienen lugar cada cuatro años. Siempre se celebran dos años después de los de Olimpia, y las jóvenes pueden asistir a ellos siempre que no estén casadas. ¿No es así, Simónides?

El viejo sofista sonrió y asintió.

-Sería un gran honor para ti, Latro. Un honor que quizá nunca olvidarías...

-Nunca he estado en Delfines -dijo lo, y se apresuró a añadir que le encantaría ir.

-Entonces iremos -le prometí.

Pasícates y Simónides nos dejaron solos poco después porque querían prepararse para ir al teatro. Pasícates no había traído consigo ropa ni sandalias y Simónides dijo que le prestaría algo para ponerse, aunque le advirtió que no estarían a la altura de los patrones de elegancia que imperan en Colina de la Torre.

-Parece un hombre excelente -le dije a lo cuando se hubieron marchado-, pero creo que me odia.

-Es cierto -afirmó lo-. Tendremos que andarnos con mucho cuidado. Tú también, Polos... Es el tipo de hombre que les da palizas a los muchachos.

-¿Le cortaste la mano con tu espada? -preguntó Polos.

Meneé la cabeza.

-¿Cómo ocurrió, lo?

-No estaba allí -respondió-, pero Pasícates intentó golpearte..., quería azotarte con un látigo porque se suponía que eras esclavo del regente. Heriste a uno de sus auténticos esclavos con una jabalina y después debiste de luchar con él, porque partiste en dos su escudo con un golpe de Fálcata y la hoja le atravesó limpiamente el brazo. Lanzó un grito terrible..., hasta entonces yo no me había enterado de nada. Había como un centenar de Cordeleros, dejando aparte a los esclavos, y todos ellos fueron enseguida a la tienda, pero lograste escapar. No volví a verte hasta un tiempo después, cuando estaba paseando junto a la muralla con Drakaina..., viniste corriendo hacia nosotras y acabaron llevándonos a la ciudad, pero no nos importó porque es lo que habíamos querido desde un principio.

El muchacho meda había entrado sin hacer ruido mientras hablaba, y le dije que no había razón por la que él y Polos no pudieran usar los taburetes traídos por Pasícates.

Polos puso los ojos en blanco y se encogió sobre sí mismo.

-Está realmente ahí, sea lo que sea -le dijo lo-. Si Latro lo toca también podremos verle.

-Ya le veo un poco -intervino Polos-, pero no quiero verle mejor de lo que le veo en estos momentos.

Le pregunté a lo de qué estaban hablando, pero el muchacho meda habló al mismo tiempo que ella -lo que me pareció una descortesía por su parte-, y eso me impidió oír las palabras de lo.

-En esta casa vive tanta gente... ¿Has conocido a los demás?

Le dije que había conocido a nuestro anfitrión y a su hijo, y que había visto a algunos de sus sirvientes.

-Son soldados de Kemet, y están muy enfadados.

El muchacho meda giró sobre sus talones y se marchó.

Polos se relajó y tomó asiento en un taburete.

-Es como Latro..., sólo que él no puede recordar que está muerto. Creo que es incapaz de pensar en eso.

Les pregunté dónde estaba Kemet, pero ninguno de los dos lo sabía. Tengo que acordarme de preguntárselo a Simónides. He grabado esa palabra en el pecho del hombre con cabeza de halcón.

-¿Tienes que ser muy fuerte para luchar con una espada? -me preguntó Polos.

Le dije que no cabía duda de que era mejor ser fuerte, pero que era todavía mejor ser rápido.

-Si el hombre más fuerte es también el más rápido, ¿gana siempre?

-O la mujer, Polos -dijo lo-. ¿Te acuerdas de las Amazonas? Yo también tenía una espada y maté a mi enemigo.

-No -repuse-. No siempre.

-¿Quién es el que gana? ¿Y cómo es posible que lo consiguiera matar a un hombre? No es la primera vez que habla de eso.

Medité en ello, sabiendo lo que tenía que decir, pero sin estar muy seguro de cómo expresarlo para que me comprendiera. Las suaves notas de una siringa entraron flotando por la ventana y me asomé al exterior; tres muchachos se acercaban por la calle, y uno de ellos tocaba la siringa y los tres bailaban. Algunos hombres maduros de apariencia digna y respetable se habían parado a observarles, riendo y saludándoles con vítores.

-Mirad -les dije a Polos y a lo-. ¿Veis a esos muchachos?

-Están jugando a Pan y los sátiros -dijo lo-. Solíamos jugar a eso en la Colina.

-Quiero que les observéis. Imaginaos que son hombres, no muchachos, y que están luchando con espadas en vez de bailar. ¿Sois capaces de hacerlo?

Los dos asintieron.

-Mirad cómo se mueven. Un combate con espadas es una especie de danza, aunque se libre montado a caballo. Observadles atentamente..., ¿cuál va a ganar?

-El de la flauta -dijo lo, y Polos asintió.

-¿Por qué? -les pregunté.

-Porque es el que baila mejor -dijo Polos.

-Así es. ¿Y por qué baila mejor que los demás?

Su única respuesta fue mirarme en silencio, por lo que les mandé a buscar tres palos que fueran un poco más cortos que mi brazo.

Cuando volvieron les enseñé cómo sostener sus palos igual que si fuesen espadas y no hachas, poniendo el pulgar en la parte superior de lo que habría sido la empuñadura.

-Un hacha es una buena arma, pero una espada es mejor. Si sostienes tu espada como si fuera un hacha la usarás para golpear de la misma forma que si tuvieras un hacha. Una espada puede clavarse y hendir: debes ser un carnicero que deshuesa un animal, no un leñador que está abatiendo un árbol. Bien, ¿ninguno de los dos ha comprendido todavía por qué bailaba mejor el chico de la flauta?

-¡Yo sí! -exclamó Polos-. Porque tenía la flauta.

lo asintió.

-Sabía por adelantado lo que iba a tocar, pero los demás no podían saberlo hasta que no oían las notas.

-Ése es el que siempre vence en un combate con espadas -les dije-. Ahora cada uno de nosotros debería buscar algo para la mano izquierda. Nunca es prudente luchar sin algo en la mano izquierda. Lo mejor es un escudo, pero si no dispones de uno usa otra cosa, como un cuchillo o, incluso, otra espada.

lo cogió su capa y se la puso alrededor del brazo izquierdo.

-Lo hiciste algunas veces cuando estábamos en Tracia, amo. La desgarraron en un par de ocasiones y tuve que remendártela, pero la hoja nunca llegó a abrirse paso hasta tu brazo.

-Si apoyas el brazo en el alféizar de la ventana cualquier espada se abrirá paso a través de la tela y llegará a clavarse en el hueso -le dije-, pero hay muy pocas que sean capaces de hacer eso en una batalla, aunque Falcata posiblemente podría. Es una buena razón para conseguir la mejor espada que puedas y mantenerla siempre afilada. Deberías dejar un poco más de tela colgando para agitarla ante los ojos de tu oponente.

-Yo no tengo capa -dijo Polos-. ¿Crees que debería comprarme una aquí?

-Sí, cómprate una mañana..., aunque no por esa razón. Pero es ahora cuando debes luchar, no después. ¿Qué piensas hacer?

-Fingiré que esto es mi escudo -respondió cogiendo el taburete en que había estado sentado.

-No hace falta que finjas -intervine yo-. Un taburete es un escudo excelente.

-Amo, cuando luchabas con los tracios solías llevar una jabalina en la otra mano -dijo lo-. Creo que ellos pensaban que ibas a lanzársela, pero jamás lo hiciste.

Asentí.

-Porque si lo hubiera hecho no habría tenido nada que sostener en la mano izquierda, salvo mi capa. Pero nunca puedes tener la seguridad de que un objeto semejante no acabará siendo arrojado..., tu oponente puede creer que eso le permitirá poner fin al combate, o ver otra cosa que pueda utilizar. Por ejemplo, si Polos arrojara su taburete podría coger este otro.

»Pero ahora que ya disponéis de espada y escudo debéis olvidaros de ellos por un momento. ¿Recordáis lo que os he dicho acerca de que un combate con espadas es una especie de danza?

Los dos asintieron con la cabeza.

-Dije que es una especie de danza porque debéis mover vuestros pies de la forma adecuada sin pensar en ellos. Si uno de vosotros fuera a enseñarme una danza que no conociera tendría que pensar en cómo he de mover los pies..., pero no conseguiría ser un buen bailarín hasta que no me hiciera falta pensar en ello.

Polos realizó una breve danza para ponerse a prueba a sí mismo.

-Un hombre que no haya sido entrenado para usar la espada casi siempre tenderá a darle preferencia a un pie -les dije-. Normalmente ese pie suele ser el izquierdo, debido a que la mano izquierda es la que sostiene el escudo. Avanzará con ese pie y continuará el movimiento con el pie derecho. Para personas como vosotros dos eso es una gran ventaja, pues lo más probable es que vuestro adversario sea de mayor talla. Dais un paso hacia atrás y le herís en la pierna. No hace falta que esperéis a verla..., la pierna estará allí. Limitaos a un golpe rápido asestado con la punta de vuestra espada por debajo del borde de su escudo.

Les hice practicar ese movimiento, poniendo en contacto mi pantorrilla con sus palos mientras usaba el otro taburete como escudo.

-Ahora que ya sabéis cómo se hace, sabéis también que no debéis adelantar la pierna izquierda de esa manera -les expliqué.

-Y por qué los soldados de Acetes llevaban grebas -añadió lo.

-Así es -le dije, aunque no recuerdo quién es Acetes-. Y supongo que no debían de llevar sólo una, ¿verdad? Cada hombre debía de llevar dos grebas.

lo y Polos asintieron.

-Eso es debido a que un buen combatiente usa las dos piernas de la misma manera. Lo siguiente que debéis aprender es a no mover nunca una sola pierna. Cada vez que mováis una pierna debéis mover también la otra; y no debéis darle preferencia a ninguna de las dos.

Pasamos el tiempo de esa forma hasta que Simónides se presentó para hablar con ellos e instruirles sobre cuál era la conducta adecuada en el teatro.

31 - Desde la tumba

Subimos por la colina siguiendo una ancha calle blanca. Los hombres de la Tierra del Río se han marchado y el muchacho meda también. En el cielo ya hay la luz suficiente para escribir. No tardaremos en partir; Temístocles dice que iremos hacia el oeste, hasta Estimfalos, y después iremos hacia el sur atravesando la Tierra de los Osos.

La noche pasada fuimos a ver una obra. No sé si había estado antes en un teatro, quizá en alguno totalmente distinto al que visitamos. El lugar me pareció extraño, pero no del todo.

Nuestros asientos se encontraban en la curva (es el mejor sitio) y bastante adelantados. Los bancos largos se curvan como la huella que deja un caballo. El espacio por donde se mueven los actores se encuentra en el centro, y su tienda está detrás. Pasícrates estuvo sentado junto a mí hasta que el hombre negro cambió de asiento para sentarse entre nosotros: creo que lo hizo porque lo se lo pidió.

Las bromas y chanzas tenían como tema central los asuntos de la ciudad, pero aun así muchas de ellas nos divertieron. Los actores llevaban máscaras y conseguían alterar las expresiones de aquellos rostros de madera variando los ángulos de inclinación de sus cabezas y tapándose algunas partes de las máscaras con sus manos, que me parecieron muy hermosas. Naturalmente, las máscaras han sido esculpidas de forma que todo eso resulta posible.

Estar sentado cómodamente en un anochecer cálido y dejar que nos entretuvieran con ese espectáculo resultaba muy agradable; pero de vez en cuando mis ojos se apartaban de los actores e iban hacia las estrellas, viendo entre ellas el Carnero, el Cazador y sus Perros, las Siete Doncellas hacia las que miran tantos templos y muchas cosas más. La fría virgen de la luna parecía advertirme que iríamos a su tierra, y mientras hablaba lo acercó sus labios a mi oído y me habló en voz baja.

-Cuando volvamos tendré que contarte la historia de la Isla Blanca, amo. Es como si acabáramos de verla...

No pude evitar el preguntarme qué pensarían de nosotros los dioses que nos observaban, y qué opinión les merecerían nuestras chanzas y nuestras máscaras hábilmente talladas. La misma que nos merecen a nosotros los grillos, quizá, cuyo cántico oímos con placer aunque algunos los aplastamos con nuestros talones cuando se arriesgan a mostrársenos...

Después de la obra, las abigarradas literas que les habían llevado al palacio esperaban para transportar nuevamente a Adeimanto y sus hijos, así como a Temístocles y Simónides. Los demás les seguimos a pie, pero el hombre negro no tardó en llevarse con él. Aquí hay muchas tabernas donde puedes beber vino y cascar nueces, y si se es aficionado a ello también se puede hablar con mujeres atractivas e intercambiar bromas con ellas. La regla, como nos dijeron varias mujeres, es que sólo pueden entrar en aquellos locales que les den permiso para ello y que deben pagarle una moneda al propietario cada vez que se marchan con un hombre: la mayoría de esos locales son propiedad de mujeres. Casi todas las mujeres con las que hablamos pedían seis monedas, y nos explicaron que sólo podían quedarse con tres, pues debían pagarle una al propietario del local (como ya he dicho), una a la ciudad y una a la diosa de este lugar. El odre de vino sin mezclar estaba muy caro, por lo que el hombre negro y yo bebimos vasos de vino mezclado: en algunas tabernas le echaban tanta agua que el hombre negro fingía ahogarse, y en una ocasión usó sus dedos para decirme que había visto una tirreme en la crátera.

En la tercera o cuarta taberna conocimos a una esbelta joven morena de Babilonia que sabía hablar la lengua del hombre negro tan bien como la que yo uso cuando me hallo entre estas personas. El hombre negro quiso marcharse con ella, y me dijo que deseaba que le acompañara, pues es peligroso visitar esa clase de sitios solo. Aquello presentaba una dificultad: ni la babilonia ni la amiga que me presentó me gustaban demasiado, y si los dos nos marchábamos con ella la babilonia tendría que pagar doble. Habría sido mejor si le hubiese dado una moneda extra, pero no tardamos en llegar a un acuerdo: saldrían del local, me esperarían en la calle y yo me reuniría con ellos poco después de que se hubieran marchado.

Se marcharon una vez hubimos resuelto el problema. Me estiré, bostecé y hablé durante unos instantes más con la amiga de la babilonia, una joven bastante flaca que me dijo era natural de Itaca. Apuré mi último vaso, me limpié la boca y salí de la taberna.

Había bebido lo suficiente para que se me calentaran la cara y las orejas; aún recuerdo lo agradable que era la brisa nocturna y que me pregunté por qué habríamos querido pasar tanto tiempo en aquella taberna angosta y saturada de malos olores. Cuando empecé a caminar descubrí que mis pies no me sostenían tan bien como me había

imaginado que lo harían, aunque me enorgullecí al pensar que nadie más se había dado cuenta de ello.

Al principio me pareció que el hombre negro y la babilonia se habían marchado sin mí, pero no tardé en verles a unas cuantas puertas de distancia, absortos en su conversación. Les saludé con la mano y vi como echaban a andar cogidos del brazo. Corrí tras ellos, pero comprendí que el hombre negro no desearía mi compañía y me mantuve a la distancia suficiente para permitirles un poco de intimidad. Pasado un rato abandonaron aquella calle angosta y sucia por otra más angosta y todavía más sucia. Recuerdo haber doblado la esquina para seguirles.

Y entonces fue como si una gran ola hubiera caído sobre la ciudad, y las aguas tumultuosas me arrojaron de un lado para otro entre otros muchos cuerpos que se debatían. No podía respirar aquel agua oscura, y la verdad es que apenas si podía respirar el aire del lugar en el que acabó dejándome; pero al parecer no necesitaba hacerlo. Me puse en pie, sintiendo que mi cuerpo apenas si pesaba más que el de un niño, y contemplé con ojos llenos de incredulidad la inmensa caverna en la que me hallaba.

Su techo envuelto en sombras estaba tan distante como la cima de la montaña más alta. Aquí y allá se veía un leve resplandor plateado, como el que distingues algunas veces cuando el sol asoma sus dedos de oro por entre las rendijas de un cielo tormentoso, pero sólo servía para que la oscuridad general resultase todavía más tenebrosa.

El techo de la caverna estaba lejos; con todo, su altura no era nada comparada con su anchura. Se extendía en todas direcciones kilómetro tras kilómetro formando llanuras desoladas, colinas estériles y negras lagunas hasta que todo acababa perdiéndose en las tinieblas. Durante todo el tiempo que pasé allí no vi ni un pájaro ni un murciélago, y la verdad es que no vi animal de ninguna clase, aunque en una o dos ocasiones me encontré con las huellas que habían dejado, un rastro casi imperceptible de pisadas que habían quedado grabadas en la blanda arcilla del suelo. Pero de vez en cuando veía pasar figuras humanas encorvadas sobre sí mismas, desnudas y solitarias.

Grité intentando atraer la atención de algunas. Ninguna me respondió, por lo que fui hacia la más cercana: era un hombre ya mayor cuyo lento y laborioso caminar indicaba bien a las claras que no tardaría en alcanzarle.

-¿Quién eres, oh sabio anciano? -le pregunté, pensando que sería mejor mostrarme amistoso antes de interrogarle sobre el lugar donde se hallaba esta caverna y cómo podía salir de ella.

-Soy yo mismo -gruñó él-, igual que tú eres tú mismo. Vete. Déjame en paz.

-Pero ¿cuál es tu nombre? -insistí.

Meneó la cabeza y siguió caminando sin mirarme a los ojos.

-Yo soy... -Descubrí que no podía completar el pensamiento. Busqué frenéticamente en lo más hondo de mi memoria-. Me llaman el mercenario -dije por fin-. Hay una estatua que conoce mi nombre..., un león con rostro de hombre.

Me miró por primera vez.

-Dame la mano. -La estrechó entre sus dedos, que estaban tan fríos como la nieve-. No has desaparecido del todo -me dijo.

Me apresuré a responder que si mi presencia le molestaba me marcharía.

-No, quédate. Cuando vivía me llamaban Gortis. Así es como hablamos aquí aunque no era realmente yo el que vivía. La parte de mí que vivía está muerta y lo que ves es la parte que jamás vivió y que, por tanto, no puede morir.

Intenté apartar mi mano; el frío de aquellos dedos que la estrechaban estaba empezando a resultarme doloroso.

-La niña me llamaba amo -dije-. El hombre que sólo tiene una mano, Latro, como ya te he dicho...

-Iré contigo. -Me cogió por el brazo.

A cierta distancia de nosotros había un hombre que intentaba empujar un peñasco no mucho más pequeño que él. Vi como se acuclillaba poniendo los dedos bajo él y lograba colocarlo casi vertical antes de que se le escapara y volviera a caer al suelo. Como no tenía nada mejor que decir, le pregunté quién era y qué intentaba hacer.

-Es un rey -me dijo el anciano-. ¿Ves esa colina de allí?

Asentí.

-Sísifo debe llevar esta piedra hasta la cumbre y dejarla allí. Mientras la piedra esté en su sitio se verá liberado del tormento.

Le observé escupir en sus manos, limpiárselas en los muslos y volver a levantar la piedra.

-¿Quién le liberará?

-El dios que le condenó.

Me adelanté al anciano con intención de acercarme al hombre del peñasco, y el trayecto hasta donde estaba me resultó largo y realmente agotador, pues el suelo de aquella inmensa caverna estaba surcado por oscuras cañadas tan anchas que no se las podía saltar y no podían ser vistas hasta que no se abrían ante tus pies; en la mayoría había arroyos y sus bordes estaban recubiertos de piedras resbaladizas.

Cuando por fin llegamos junto a él me pareció que el rey no había logrado hacer que su peñasco avanzara más de tres zancadas. Iba tan desnudo como el anciano cuyos gélidos dedos seguían sujetando mi brazo, aunque su cuerpo estaba manchado por el barro color ocre de aquel sitio; y su astuto rostro estaba perlado por el sudor y los músculos se le aflojaban a causa de la fatiga.

-¿Se te permite aceptar ayuda?

Meneó la cabeza en un gesto de impaciencia y volvió a inclinarse sobre su piedra.

-¿Qué querrías a cambio de tu ayuda?

-Nada -le dije-, pero quizá entre los dos pudiéramos conseguirlo.

Cuando hablé mis manos ya se habían posado sobre el peñasco. Lo hicimos rodar hacia adelante, aunque se retorció entre nuestros dedos como si su centro saltara dentro de la roca. El esfuerzo hizo que mi chiton, que ya estaba sucio y empapado, acabará desgarrándose; me lo arranqué y lo lancé a lo lejos. En ese instante la piedra, que ya habíamos conseguido llevar hasta la mitad de la pendiente, se escapó de la mano del rey.

La detuve, aunque no sé cómo; y la alcé en vilo apartándola del barro en una agonía de frustración. Todas las articulaciones de mi cuerpo crujieron y tuve la impresión de que hasta el último de mis huesos acabaría partiéndose; pero avancé tambaleándome hacia la cima con ella y la dejé caer al suelo, clavándola en la blanda arcilla que había alrededor del arroyo.

La piedra tembló durante un momento como un huevo que se dispone a abrirse y se partió en dos. El estruendo fue ensordecedor y el resplandor me dejó ciego. Me tambaleé y caí.

Mientras yacía sobre el flanco en el barro medio congelado vi los rostros del hombre negro y la joven babilonia dentro de la piedra: estaban envueltos en llamas. El hombre negro gritó algo que no logré entender y extendió la mano hacia mí. Ayudé a levantarse al rey y nos internamos por el angosto y fétido callejón que recordaba.

La babilonia tenía diez mil preguntas que hacerme, y mi asombro y el miedo hicieron que no consiguiera entender ninguna de ellas. Tanto ella como el hombre negro sostenían en su mano antorchas encendidas. Cogí la de la joven y la dejé caer en el agujero por el que el rey y yo habíamos trepado.

Durante un momento distinguí el mortero ennegrecido por el tiempo, huesos, una espada verde y una armadura medio podrida de color verde gris; pero el barro del callejón ya estaba empezando a deslizarse hacia las profundidades del agujero. Sentí como el suelo cedía bajo mis pies y me apresuré a retroceder. Una grieta se abrió en la pared que

había sobre el agujero. La babilonia gritó y el rey y el hombre negro me apartaron de allí. El muro se derrumbó con un rugido semejante al de la tempestad. Echamos a correr, tosiendo y frotándonos los ojos para eliminar el polvo que se había levantado.

El hombre negro y la babilonia -su nombre es Bittusilma-, vinieron para decirme que se han casado. Cuando enarqué las cejas Bittusilma me explicó que piensa ir con el hombre negro, quien quiere volver a su hogar de Nisa. Le dejará cuando lleguen a Babilonia o estén cerca de allí.

El hombre negro le dijo algo.

-Pensaba que el jefe de tu grupo no me dejaría ir con vosotros -me dijo Bittusilma-, pero dice que ahora ya no se negará. Dice que eres su amigo. Debes insistir en que se nos permita venir a los dos.

Prometí que haría cuanto pudiese.

-Estaba casada con un capitán -me contó-. Le mataron el año pasado y ya no pude marcharme de aquí. Hepta Leones desea que te diga que soy su tercera esposa.

El hombre negro alzó orgullosamente tres dedos.

La interrogué acerca del agujero en el callejón. Me dijo que ella y el hombre negro habían estado juntos durante mucho rato y que fue entonces cuando decidieron casarse. Creían que yo les esperaba fuera. Cuando vieron que no estaba hicieron antorchas para registrar el callejón. Le pregunté qué me había pasado, pues deseaba oír qué explicación le daría a cuanto había visto. Me dijo que el rey y yo habíamos entrado en el callejón y que el techo de una bóveda, «una que quizá llevara muchos años olvidada», había cedido.

También debería anotar que hablé durante largo rato con el rey mientras volvíamos a su casa. Me dijo que había construido la primera torre que se alzó sobre la colina, fundando con ello esta ciudad, a la que llama Efira. Me la describió.

Me preguntó si había oído hablar de Asopo, el dios de los ríos; y yo le dije que había oído hablar de él, pues no deseaba parecer un ignorante. El rey me dijo que este dios de los ríos siempre había sido amigo suyo. No es un gran dios, como los Doce que moran sobre la montaña, y el rey es -o eso me dijo- hijo del rey de las tormentas y una ninfa cuyo padre es Asopo; por lo que el dios y él están emparentados y difieren menos en el respeto debido a ellos de lo que suele ser común en dioses y mortales.

El rey presenció el rapto de Aegina, la hija del dios de los ríos. Habló con el dios de los ríos y le contó adonde había sido llevada su hija y a cambio le pidió que hiciera nacer un manantial al pie de su torre para que a él y a sus hombres jamás les faltara agua durante un asedio prolongado. Ésa fue la razón de que se le impusiera aquel castigo. Me dijo que siempre había albergado la esperanza de que el dios de los ríos no se olvidaría de él y encontraría alguna forma de ayudarlo. Creía que yo era la ayuda que el dios de los ríos le había enviado. Me preguntó cuál era la recompensa que se me había prometido y me vi obligado a decirle que si había sido enviado por algún dios -o por alguien-, no era consciente de ello.

-Mientras estaba entre vosotros jamás regalé nada -me dijo con tristeza-, y quien deseara mi ayuda podía obtenerla..., a cambio de un precio. Ya has visto las riquezas que conseguí con ello.

Bittusilma la babilonia oyó estas palabras y miró a su alrededor. El rey la saludó y, en voz baja, me dijo:

-Sé reconocer a mi propia estirpe. Si te engaña les pediré permiso para hacer que sufra por ello.

No sé a quiénes se refería.

Entonces llegamos a la casa y nos encontramos con que los soldados de la Tierra del Río tenían aterrorizado a todo el mundo.

Nos hemos detenido cerca del lago. Salimos de la ciudad bastante tarde, pero hemos avanzado mucho y la mañana ha sido dura -hasta el hombre negro fue un rato en el carro antes de que hubiera terminado-, y tomamos la primera comida mucho después de la hora habitual en que suele hacerse. Después ya no recorrimos una gran distancia y Temístocles ha decidido detenerse aquí, pues del agua sopla una brisa fresca y el lugar es bueno para los viajeros. Mientras caminábamos lo me habló de los espectros de anoche, que parecen haber asustado a todo el mundo. He leído el pasaje sobre el teatro y cómo ayudé al rey, pero al parecer no escribí gran cosa sobre eso; por lo que tenía muchas ganas de hablar con Pasícrates o Simónides, y cuando nos sentamos para consumir la segunda comida me las arreglé para colocarme entre ellos. Naturalmente, si Temístocles o Simónides me hubieran pedido que ocupara un asiento de menos rango lo habría hecho; sin embargo, en caso de que me lo hubiera pedido Pasícrates, habríamos intercambiado palabras bastante duras. Nadie me lo pidió.

-Éste es el lago en el que Heracles mató tantos pájaros monstruosos -observó Simónides.

Aquello interesó mucho al hombre negro, quien preguntó (a través de su esposa) si eran los mismos pájaros que visitan su propio país y le hacen la guerra a los hombrecillos del sur.

Antes de que Simónides pudiera replicar, Pasícrates anunció orgullosamente que este tal Heracles era un antepasado suyo. Parece ser que está emparentado con la familia real Agida por el linaje de su madre.

-Pero estos asuntos familiares son algo de lo que puedo hablaros en cualquier otro momento -le dijo a la esposa del hombre negro-. Pregúntale a tu esposo si ha visto esas criaturas con sus propios ojos.

El hombre negro asintió y habló con su mujer, quien se encargó de traducir sus palabras.

-Las ha visto volando por el cielo, y en una ocasión vio como mataban a unos niños.

Al oír aquello todos rieron a carcajadas, salvo Pasícrates y el hombre negro. Creo que Pasícrates se enfadó mucho.

-A veces esos pájaros atacan a nuestros hijos -dijo el hombre negro a través de su esposa-. Creemos que es porque piensan que nuestros hijos son los hombrecillos del sur..., ésa es la razón de que en mi tierra los niños siempre vayan con una pequeña lanza. Los largos picos de los pájaros son como lanzas y sus cuellos también son muy largos. Atacan como serpientes y el que puedan volar les convierte en unos enemigos formidables, aunque no suelen presentarle batalla a un guerrero. Vuelan muy alto, allí donde no llegan nuestras flechas. Si ese hombre llamado Heracles mató a muchos nos hizo un gran bien.

Me pareció que todo el mundo quería cambiar de tema por lo que le pregunté a Pasícrates si también había sido molestado por los fantasmas, como le ocurrió a lo.

Pasícrates asintió con la cabeza.

-Desperté al oír que alguien gritaba..., creo que era una de las hijas de Adeimanto. Salté de la cama y me encontré cara a cara con un hombre muy alto que blandía una lanza con la punta aserrada y llevaba un gran escudo. Recuerdo que incluso entonces pensé que el escudo era idéntico al de la pared; tenía la misma franja horizontal. El hombre me atacó con su lanza...

Pasícrates se quedó callado y clavó los ojos en el muñón donde antes había estado su mano. Es posible que me equivoque, pero me pareció que se había puesto pálido.

-Me temo que como historia de fantasmas no es gran cosa -murmuró por fin- pero, naturalmente, no la he inventado... Me atacó con su lanza, como os iba diciendo. Entonces la lanza y el escudo cayeron al suelo. Cuando conseguí encender mi lámpara vi que eran los que habían estado colgados en la pared de mi cuarto. Cuando vuelva a

Cuerda no le hablaré a nadie de esto. Se reirían, igual que os habéis reído vosotros al oírme hablar de la matanza de los pájaros de Estimfalia, de la que se han ocupado tantos artistas y grandes poetas. Pero puede que haya en ello algo más de lo que parece a primera vista..., como en el asunto de los pájaros.

-Fue una de las hijas de Adeimanto -dijo lo desde un extremo de la mesa-. Callia, y Polos también los vio... Lo que no comprendo es por qué desaparecieron de golpe.

-El hombre que había caído en la tumba junto con tu amo se los llevó -dijo la esposa del hombre negro-. Era lo que la gente de aquí llama un mago. Le preguntó a tu amo si deseaba que los exorcisara y cuando él le dijo que sí los llamó y se marchó con ellos.

Pasícrates le preguntó si había podido verles.

La esposa del hombre negro meneó la cabeza.

-Pero apenas habló, la casa volvió a quedar en silencio.

-Una vez visitamos un lugar cerca de Pensamiento en el que había una granja y de repente la granja quedó encantada -dijo lo-. Ya sé que no recuerdas haber luchado con Basias, amo, pero fue entonces cuando ocurrió. El posadero nos habló de ello.

-Adeimanto estaba convencido de que habíamos traído los fantasmas con nosotros aunque su cortesía le impidió hablar de ello -dijo Temístocles-. Hablanos de este mago, Latro. ¿Era realmente de Parsa?

No recordaba al hombre por quien me preguntaba, pero recuerdo lo que he leído sobre él en este pergamino; por lo que le dije que me había parecido un heleno.

-Sí, es lo más probable. ¿Cómo le conociste?

Le expliqué que estaba intentando mover una piedra y que le ayudé.

-Cuando hubimos terminado los dos estábamos muy sucios -le dije-, por lo que me ofrecí a dejar que se lavara en la casa donde dormimos anoche. No creí que nadie fuera a protestar por ello. ¿Era la casa de Adeimanto?

Temístocles asintió.

-Latro sigue teniendo grandes dificultades para recordar las cosas más de un día, aunque está mejorando mucho -le dijo Simónides-. Parece que la noche pasada hubo temblores de tierra por toda Colina de la Torre, aunque yo no los sentí.

-Probablemente ésa fue la causa del agujero que se tragó a mi amo y a ese mago -intervino lo-, ¿no te parece, Bittusilma? -Se volvió hacia Temístocles y añadió-: Bittusilma lo vio.

-Era una tumba -dijo la esposa del hombre negro-. Los habitantes de esta estúpida ciudad se olvidaron de dónde estaba y construyeron encima de ella.

Simónides meneó la cabeza con expresión de tristeza.

-Una gran piedra cayó al interior del arroyo sagrado que hay en la cima del Acrocorinto y se partió en dos. Está claro que es un presagio.

lo suspiró.

-Ojalá Hegesítrato estuviera aquí.

Pasícrates la miró de soslayo y le dijo:

-Bueno, sofista, descífranos el presagio.

Temístocles se aclaró la garganta.

-Simónides ya ha tenido la amabilidad de darme su interpretación. Creo que por el momento será mejor que me la reserve.

-En tal caso, oh noble Temístocles, yo tendré la amabilidad de darte la mía -dijo Pasícrates-. Colina de la Torre une Helas..., vuestro territorio se une al norte con nuestra Isla Roja al sur. El arroyo es el corazón de Colina de la Torre. El que la piedra lo haya obstruido indica que Colina de la Torre será vencida. El que la piedra se partiera en dos, lo que permitió que el arroyo volviera a correr libremente, indica que la misma Helas se partirá en dos. Cuando eso ocurra, Colina de la Torre florecerá como antes.

No comprendí del todo sus palabras, pero vi que tanto Simónides como Temístocles parecían algo incomodados por ellas; por lo que le pregunté a Pasícrates quién creía que vencería a Colina de la Torre.

-Estoy seguro de que no será Cuerda..., es nuestra principal aliada. Si pensara que tu pequeña esclava sabía algo sobre la política de su ciudad le preguntaría si hay posibilidades de que sea Colina; pero debo admitir que no me parece probable. Colina es un centro agrícola del interior, como Cuerda, y no tiene razones para atacar a un puerto marítimo que se encuentra a tanta distancia de ella.

-¿Crees que ha sido El Que Hace Temblar La Tierra quien le ha enviado este presagio a Colina de la Torre? -le preguntó lo a Simónides.

Simónides se encogió de hombros.

-Desde un punto de vista estrictamente racional, la tierra tiembla porque se producen alteraciones en el curso de las corrientes de agua subterráneas. Por lo que sabemos, cualquier dios puede utilizar esos temblores para enviarnos un presagio, y no cabe duda de que el dios de que hablas podría haberlo hecho, así como cualquiera de las deidades ctónicas.

lo asintió como para sí misma.

-¿Y qué hay de los fantasmas?

-Es un hecho probado que perturbar la paz de las tumbas suele producir ese tipo de manifestaciones -le dijo Simónides-; y la noche pasada la paz de muchas tumbas debió de verse alterada -movió la cabeza señalando a la esposa del hombre negro-, como hemos oído.

-Cuando dirigía al contingente que mi ciudad envió para ayudar al asedio de Sestos oí contar que los bárbaros habían profanado muchas tumbas -nos informó Pasícrates-. No se conformaban con robar las ofrendas que se dejan ante ellas sino que también robaban los tesoros de la tumba. No oí contar que ninguno de ellos hubiera sido castigado por sus actos.

-¿Y qué hay de la pérdida de Sestos? -le preguntó secamente Temístocles.

-Oh, si quieres considerar que eso fue un castigo... -admitió Pasícrates-. No cabe duda de que Sestos era una ciudad muy bien protegida y cayó muy deprisa. Me han contado que aún no habíamos subido a la nave que nos llevó a nuestro hogar cuando nos llegó la noticia de que la ciudad se había rendido.

-¿Qué quieres decir con eso de que te lo contaron? -le preguntó lo. Me di cuenta de que temía a Pasícrates, pero aun así, se atrevía a hablar con él y disimular su miedo-. Estabas allí. Yo también, y te recuerdo.

-Estaba enfermo -dijo Pasícrates-. Mi herida me había dado fiebre.

-Entonces no fuiste tú quien dio la orden de que los Cordeleros volvieran a casa. ¿O sí? -preguntó Temístocles.

Pasícrates meneó la cabeza.

-Ahora ya no puedes sostener el escudo, ¿verdad? -le preguntó Polos.

Pasícrates le sonrió y su expresión me hizo pensar que sentía deseos de revolverle el pelo.

-Aún puedo usar mi escudo: me lo fabricó uno de nuestros mejores armeros y tiene tiras que se cierran con hebillas. Cuando lleguemos a Cuerda te lo enseñaré.

Creo que de cuanto se dijo en la mesa eso es todo lo que necesitaré saber mañana. Después de comer lo dijo que iba a dar un paseo junto al lago y me pidió que fuera con ella. En la orilla hay algunos lugares pantanosos y cañaverales de gran altura, aunque también se pueden ver los puntos donde los juncos han sido cortados para usarlos como techumbre; hay muchas ranas. Le pregunté a lo si tenía miedo de encontrarse con los pájaros.

-No, amo -me respondió-. O quizá sí, un poco. -Había traído consigo su espada.

-No están aquí -le dije-, o por lo menos no hay muchos, pues de lo contrario no habría tantas ranas. A los pájaros acuáticos con picos largos y afilados siempre les gustan las ranas.

lo asintió y se sentó sobre un árbol caído.

-Amo, ¿no te duelen los pies? Hoy hemos caminado mucho y no te subiste al carro ni una sola vez.

Admití que me dolían, pero le dije que si quería ir un poco más lejos la acompañaría.

-No, amo, la verdad es que no tengo ganas de pasear. Lo único que quería era llevarte a un sitio donde nadie pudiera oírnos. Sé que todavía recuerdas lo que Pasícrates nos contó sobre el fantasma de su habitación. ¿Qué crees que iba a decir cuando se quedó callado?

Pensé en ello durante unos instantes.

-Que tenía miedo. Creo que la mayoría de los hombres sentirían miedo de un fantasma y a la mayoría les avergonzaría admitirlo. Es posible que Pasícrates no quisiera confesarlo.

lo escupió el mechón de pelo que había estado masticando.

-No lo creo. Quiero decir que..., sí, probablemente mentiría al respecto, tal y como tú dices, amo, pero no creo que fuera eso lo que le hizo quedarse callado. Si hubiera querido confesarnos que sintió algo de miedo lo habría hecho cuando nos contó que despertó al oír el grito de Callia, o cuando vio por primera vez al fantasma. -lo se levantó del tronco y cogió una rama bastante larga-. Mira, amo, soy el fantasma. Tengo una lanza y un gran escudo y voy a intentar matarte.

Agarré la rama y ésta se partió entre nuestras manos.

-Eso es -dijo lo-. Intentarías coger el astil. -Arrojó al suelo la rama rota y volvió a sentarse junto a mí en el tronco-. Creo que eso es lo que hizo Pasícrates, y probablemente también fuera capaz de agarrar el astil..., es muy rápido.

-¿Con su mano derecha? Eso habría sido muy difícil, lo. Tendría que haber rebasado el escudo del fantasma.

lo meneó la cabeza.

-No, amo, con su mano izquierda. Creo que eso es lo que iba a decir... Clavó los ojos allí donde antes tenía la mano, ¿recuerdas?

-¿Quieres decir que estaba mintiendo y que no vio ningún fantasma?

-No, amo. Lo que quiero decir es que cuando luchó con él tenía la mano izquierda.

No dijo nada más y se dedicó a contemplar las nubes iluminadas por el sol que había al otro lado de las aguas del lago.

-¿Crees que tenía una mano fantasma porque estaba luchando con un fantasma?

-No te acuerdas de Hegesítrato, ¿verdad, amo? ¿Leíste algo sobre él hoy?

Le dije que no había leído nada sobre él.

-Era un mantis, y era realmente bueno. Sabía muchas cosas sobre los fantasmas y los dioses, y poco después de que le conociéramos nos dijo que la gente que había muerto a causa de tu espada tenía muchas probabilidades de volver convertida en fantasma. Tú le cortaste la mano a Pasícrates, amo. Con tu espada...

Ya es muy tarde, pero creo que Polos no está dormido. Yo tampoco puedo dormir, por lo que he encendido esta lámpara. Alguien toca la flauta a lo lejos, en la ladera de la montaña. Cuando me acuesto y cierro los ojos me parece ver las figuras que bailan y hacen piruetas alrededor de la majestuosa urna roja que hay en mi palacio de la memoria, y una de ellas también está tocando la flauta. Creo que será mejor que siga despierto durante un rato y escriba un poco más.

Debería haber anotado que cuando lo y yo volvimos del lago, Pasícrates estaba esperándonos. Nos dijo que tenía que hacer cosas en la ciudad y me pidió que hablara con Polos para ordenarle que le obedeciera; lo meneó la cabeza, pero en cuanto vi el

muñón de su brazo hice lo que me pedía. Polos volvió al anochecer: temblaba y no quiso hablar.

Fui a la habitación, donde duerme Pasícrates. Me juró que no había golpeado a Polos. Comprobé que me odia y que le inspiro un gran temor y que también se odia a sí mismo por tenerme miedo; sentí compasión hacia él, aunque quizá no debería haberla sentido. Le pregunté si iríamos a Cuerda y si había nacido allí: estaba casi seguro de que así era, pues había dicho que cuando llegáramos le enseñaría su escudo a Polos. Cuando me dijo que iríamos a Cuerda y que él era de allí le dije que si le hacía algún daño a Polos le mataría aunque estuviéramos en plena plaza del mercado de Cuerda. Volvió a jurarme que no le había hecho daño.

Despertamos a Temístocles; me dijo que no debía hacerle daño a Pasícrates (creo que en lo más hondo de mi corazón ya lo sabía) y me ordenó volver a esta habitación donde Polos, lo y yo dormimos con el hombre negro y su esposa.

La luna está alta. He leído una parte muy grande de este pergamino: ahora sé muchas cosas sobre Hegesítrato y he leído muchos pasajes referentes a Faretra. Me arden los ojos y lloro.

33 - Matador de toros

El hombre cabra le dio ese nombre: Kain-Tauros. Ahora le temo, aunque no es más que un muchacho, y es menor que lo. La llamé y le hice preguntas sobre él. Lo me dijo que es mi esclavo, y al oír esas palabras me quedé boquiabierto.

-Olvidas las cosas, amo. ¿No lo sabías? Es lo que te ocurre normalmente.

Asentí, pues ya había descubierto que no podía recordar cómo llegamos hasta este lugar.

-Estuviste en una gran batalla y fuiste herido. -Guió mis dedos hasta que encontraron la cicatriz-. Antes de venir aquí estuvimos en Pensamiento y después estuvimos en Colina de la Torre, y antes de eso estuvimos en Tracia..., allí es donde conociste a Polos. En cuanto a mí, te pertenezco desde el verano pasado, cuando estuvimos en Colina.

Le prometí que les daría la libertad y les dejaría volver con sus familias; pero lo me dijo que no se acuerda de la suya y que la familia de Polos se encuentra muy lejos de aquí.

Después llamé a Polos. Le dije que me daba cuenta de que no era feliz, que la existencia de un esclavo nunca lo es y que si era yo quien le había convertido en uno lo lamentaba profundamente; en cualquier caso, dije, le daría la libertad cuando lo deseara.

Me miró. Sus ojos son grandes como la noche, igual que los de lo, y no tardaron en llenarse de lágrimas. Me dijo que para él era mejor ser esclavo de un buen hombre que le enseñaría, le alimentaría y le protegería, que hallarse en libertad y sin ningún sitio adonde ir, con lo que podía acabar en manos de un hombre malvado; pero que yo no siempre le había protegido y que le había prestado a un hombre malvado. Lo señaló con la mano; era Pasícrates, el hombre con una sola mano que corría tan deprisa antes de que su muslo fuera desgarrado por el jabalí. Le prometí a Polos que jamás volvería a prestarle a nadie y le dije que si olvidaba mi promesa tenía que recordármela. Le pregunté qué le había hecho Pasícrates, pero echó a correr. lo me dijo que no lo sabe, aunque creo que lo sospecha; y yo también.

He leído lo último que escribí en este pergamino. Cuando desperté esta mañana no había ningún lago, por lo que creo que no he escrito nada durante un día, por lo menos.

Esta casa se encuentra en la Tierra de los Osos, allí donde ningún campo es llano; sus montañas se alzan en todas direcciones a nuestro alrededor, numerosas y abruptas, pero nunca verdes. Aquí nadie usa el arado, lo que me parece extraño. Las mujeres cultivan pequeños huertos con palas de madera y azadones cortos cuyas hojas están hechas con omoplatos de cordero. Sus hombres tienen ovejas y cabras, con algunas reses y caballos,

y suelen ir de caza. Hoy hemos ido de caza; fue entonces cuando le vi. Así es como ocurrió.

Esta mañana lo me dijo los nombres de quienes forman nuestro grupo, y después Temístocles me dijo que debía ponerme el casco y la cota de mallas. También cogí mi espada y un par de jabalinas, aunque no tengo escudo. El equipo del hombre negro era muy parecido al mío, e incluía una espada larga; pero Pasícrates no tenía ni siquiera un cuchillo: lo dice que es porque ha corrido toda la distancia que nos separa de Cuerda para venir a nuestro encuentro.

No llevábamos recorrida mucha distancia cuando nos encontramos con que el camino había sido obstruido por un deslizamiento de tierras, y Pasícrates juró que debía haberse producido después de que él pasara por allí. Si no hubiéramos tenido con nosotros el carro de mulas quizá podríamos haber trepado sobre el barro y las piedras; pero quitarlas de allí habría requerido muchos días de trabajo. Tuvimos que retroceder y tratar de seguir viaje hacia el sur por otra ruta, una que Pasícrates no conocía; y antes de que el sol estuviera más alto que las montañas nos hallamos totalmente extraviados.

Pasícrates nos apremió a retroceder de nuevo, pues el camino parecía empeorar con cada estadio que caminábamos; pero Temístocles y Simónides querían seguir adelante hasta encontrar a un viajero que pudiera aconsejarnos. El tono de sus voces estaba empezando a volverse algo agrio cuando Tillón vio a un hombre que estaba cavando una zanja y cruzó los campos hasta él.

La discusión se detuvo; Bittusilma les sonrió a los dos y logró que se pusieran de acuerdo: seguiríamos el consejo de aquel hombre, fuera el que fuese. Permanecimos durante un rato en silencio viendo como hablaba con Tillón, y Tillón con él, aunque se encontraban tan lejos que no pudimos oír nada de lo que se decían.

Tillón no tardó en volver acompañado por el hombre.

-Ha nacido cerca de aquí -nos explicó Tillón-, y dice que conoce todos los caminos que hay entre este lugar y el País Silencioso: ha viajado mucho. Dice que nos guiará a cambio de su comida y una moneda al día.

Temístocles sacó un óbolo de su bolsa y se lo dio.

-Aquí tienes tu primer día de salario para demostrarte que soy sincero y no pretendo engañarte. Vamos a Cuerda, tal y como te ha dicho este buen hombre, y tenemos prisa... Tan pronto como lleguemos al País Silencioso recibirás otras dos monedas.

El cavador aceptó la moneda y farfulló unas palabras de gratitud: estaba cubierto de barro hasta las caderas y aún llevaba su azadón al hombro.

-Bien, ¿seguimos adelante o retrocedemos?

-Tenéis prisa, así que debéis seguir adelante: el camino principal está bloqueado. Hay otros caminos, pero todos son casi tan malos como éste o peores.

Temístocles y Simónides habían estado en lo cierto, por lo que pusieron cara de triunfo; Pasícrates, muy irritado, le preguntó cómo era el camino que nos esperaba.

-Peor que éste -le dijo el cavador-, pero podemos hacer que el carro pase por él.

Simónides le preguntó si podríamos encontrar alojamiento para esta noche y el cavador meneó la cabeza.

-Por aquí hay algunas familias ricas. Puedo mostraros dónde están sus casas. En cuanto a si querrán dejaros entrar en ellas...

Empezó a caminar y nos pusimos a su altura; no tardamos en hallarnos a bastante distancia del carro y los demás.

-Éste es Latro, mi amo -le dijo lo-. Yo soy lo y éste es Polos.

Sonrió y nos saludó a todos con la cabeza.

-Aglao. -Había perdido varios dientes.

lo se atrevió a preguntarle si su amo no se enfadaría con él por haber abandonado su trabajo.

-Le alegrará mucho librarse de mí -respondió Aglao.

-¿Dónde vives?

-¿Quieres decir que si vivo en una casa? No tengo casa.

-Nosotros tampoco -dijo lo.

Hablando con él en su lengua le expliqué que no era heleno, y después le pregunté si se había encontrado alguna vez con alguien de mi pueblo.

Meneó la cabeza.

-Son pocos los forasteros que visitan la Tierra de los Osos, y menos todavía los que salen de ella.

-¿Quieres decir que hay bandidos?

Asintió con la cabeza.

-El hombre que sólo tiene una mano..., ¿es un auténtico Cordelero?

lo le dijo que lo era.

-Pues entonces acabará abandonándoos.

Polos le preguntó quiénes eran esos bandidos de los que había hablado, pero Aglao fingió no oírle.

-El hombre del dinero..., ¿le aprecias? -le preguntó a lo.

-No tanto como a mi amo y al hombre negro, o a Polos. Pero parece ser un buen hombre y es amigo de Hipereides, nuestro antiguo capitán.

Aglao asintió, dándole vueltas en su cabeza a lo que le había dicho.

-¿Y el anciano?

-Creo que Temístocles es su amo. No es que lo digan, pero me parece que lo es. Aun así no es malo y está intentando ayudar a Latro.

-¿Y la dama?

-Quiere mucho al hombre negro y él la quiere.

-Había oído contar que existían personas como él, pero hasta ahora nunca había visto ninguna. -Aglao se rió-. No creo que le duela. Me pregunto qué aspecto tendremos para él y qué pensará de nosotros.

-No lo sé -admitió lo-. Nunca he pensado en ello. -Meditó en el asunto durante unos cien pasos-. Apuesto a que le parecemos enfermos. ¿Has visto la cicatriz de su mejilla?

Aglao asintió.

-Es imposible no verla.

-Es de una espada y yo me encontraba allí cuando se la hicieron. Perdió mucha sangre y entonces su piel no estaba mucho más oscura que mi brazo.

-Ese Tillón..., me ha parecido buena persona. ¿Quién es el otro?

-Dialos. Siempre procuran escurrir el bulto todo lo que pueden.

Aglao lanzó un gruñido.

-¿Y el Cordelero al que le falta una mano?

-Mantente alejado de él.

-Comprendo. ¿Habéis conocido a algún otro Cordelero?

-No demasiado bien -admitió lo-. Conocimos a Eutaktos y a Basias, pero los dos están muertos.

-¿Y eran mejores que él?

-Sí, un poco -le dijo lo-. No, Basias era mucho mejor. Eutaktos..., bueno, Eutaktos era duro pero no era malo. Si alguien no hacía lo que le ordenaba le daba una paliza o lo que hiciera falta, pero no porque le gustara. Lo hacía para que le tuvieran miedo y para asegurarse de que le obedecerían la próxima vez. Creo que le gustaba demasiado el dinero, aunque hay cosas peores que ésa.

Observé que había sido un buen soldado y que era muy valiente.

-¿Te acuerdas de él, amo? ¡Vaya, eso es maravilloso!

Le dije que recordaba el sacrificio de la chica y como Eutaktos les había dado ánimos a sus hombres hasta que murió.

-No estaba allí -dijo lo con expresión dubitativa-, y me parece que no me has hablado de ello. Ocurrió antes de que Cerdón fuera mordido por una serpiente, ¿verdad?

Le confesé que lo ignoraba.

-¿Qué ocurrió después de que Eutaktos muriera?

Me acordaba de la Gran Madre y de las promesas que le había hecho a los esclavos, pero me pareció que sería mejor no hablar de ello, y no lo hice; no obstante, me sorprendió mucho descubrir que mi mente conservaba una imagen tan clara de todas esas cosas cuando sólo puedo recordar este día, mi infancia y el combate en el templo.

Poco después alcanzamos a los hombres que cargaban con el cadáver. El joven muerto -se llamaba Licaón-, parecía tener unos dos o tres años menos que Pasícrates. Había perecido a causa de una herida horrible. Todos expresamos nuestra pena, como es costumbre, y Aglao le hizo una gran reverencia al padre de Licaón.

-He oído hablar de ti -le dijo este hombre a Temístocles-. Estuve en el ejército, igual que algunos de mis hijos.

A esto siguió un poco más de charla cortés; no le presté mucha atención y me dediqué a observar a los que transportaban el cadáver y a quienes iban con ellos. Eran siete en total y sus ojos nos estudiaban con tanta atención como la que yo les dedicaba: parecían particularmente interesados en Pasícrates, el hombre negro y en mi persona. Aquellos que tenían las manos libres no paraban de acariciar sus jabalinas y las empuñaduras de sus grandes cuchillos de caza.

El anciano que había perdido a su hijo extendió su capa sobre las cosas de nuestro carro y les ordenó que colocaran el cuerpo encima. Eso hizo que todo el mundo se relajara y sonriera, y descubrí que yo también estaba sonriendo. Le pregunté a lo adonde íbamos.

-A su casa -me respondió con expresión alegre-. Pasaremos la noche allí y mañana les ayudaremos a preparar el funeral.

Temístocles se había quitado la capa. Él y el padre del joven cubrieron el cadáver con ella.

Esta casa es vieja y muy grande; tiene una torre y a su alrededor hay otras casas y un muro de piedra que las rodea a todas y tiene más de dos veces la altura de un hombre. El padre del joven muerto se llama Ortígenes; tiene ocho hijos vivos y una gran cantidad de hijas. Aglao dice que ha sobrevivido a tres esposas.

Uno de los jóvenes se adelantó corriendo para contarle lo ocurrido a las muchas mujeres que vivían allí. Nos recibieron en el camino, gimiendo y arrancándose mechones de pelo. Poco después el hijo mayor de Ortígenes nos contó a Pasícrates, al hombre negro y a mí que él y sus hermanos así como algunos otros hombres tenían intención de matar al jabalí que había matado a Licaón. Todos queríamos ir con ellos, y Polos también; pero le recordé la herida del muerto y se lo prohibí con la máxima firmeza.

Estábamos lejos de la casa cuando por fin oímos a los sabuesos: no era la canción de los sabuesos que han captado el rastro, sino los ladridos y gañidos con los que se anima a avanzar los perros que han conseguido acorralar a su presa. Todo el mundo echó a correr y Pasícrates y el hombre negro no tardaron en llevarnos mucha distancia a los demás. Corrí tan deprisa como pude, pero me quedé muy atrás, con uno de los hermanos de Licaón a mi espalda.

Ver que Pasícrates me había superado hizo que sintiera una gran vergüenza. No me gusta y me doy cuenta de que me odia, por lo que busqué alguna ruta más corta que me permitiera llegar hasta donde estaban los sabuesos y pronto creí haberla encontrado. Un instante más y estaba solo, oyendo los ruidos de la cacería, pero todavía incapaz de ver ni al más lento de los otros cazadores. Un obstáculo tras otro fueron apareciendo ante mí: primero un arbusto espinoso, después un desnivel tan pronunciado que era imposible saltarlo. Avancé lentamente hacia el terreno despejado, considerablemente irritado conmigo mismo por mi estupidez y andando en vez de correr.

Y entonces Fortuna, que acababa de gastarme tan mala pasada, decidió sonreírme. A medio estadio de distancia y observándome con un ojo había un potro bayo de estampa muy prometedor; le llamé con un silbido, y vino trotando hacia mí como si me hubiera conocido toda su vida. Una parte muy grande de este país es demasiado abrupta para los caballos, pero enseguida me di cuenta de que podría internarme un mínimo de dos estadios en el valle, con lo que me encontraría mucho más cerca del jabalí que ahora.

Salté a la grupa del potro y atravesamos al galope los campos medio invadidos por la maleza y los hierbajos.

Ahora debo confiar en lo que el hombre negro me ha contado sobre la cacería, tanto con sus dedos como hablando a través de su esposa. El jabalí se había refugiado en una antigua madriguera de lobos, por lo que los sabuesos no podían colocarse a su espalda. Alguien volvió corriendo a la casa para traer fuego con que hacer humo y obligarle a salir; pero apenas se hubo marchado, Pasícrates entró en la madriguera. Si esto es cierto, no me cabe duda de que el Cordelero debe de ser el hombre más arrojado que existe..., y también el más estúpido.

El jabalí se lanzó sobre él, como era de esperar. La jabalina de Pasícrates le golpeó en la parte superior de la espalda, dejándole una herida en las costillas. Los colmillos que habían desgarrado al hijo de Ortígenes sólo consiguieron hacer un arañazo en el muslo de Pasícrates. Naturalmente, si la madriguera hubiera sido más pequeña uno de los dos o ambos hubieran muerto.

Cuando el jabalí salió a la luz del día el hombre negro no fue el primero en arrojar su arma, según me ha dicho; pero fue la suya la que siguió clavada en el cuerpo del jabalí cuando éste atravesó el anillo de los sabuesos y huyó hacia el bosque.

Y salió de él justo donde estaba yo montado en el potro, y le vi venir hacia mí con una docena de sabuesos persiguiéndole.

No sé si el potro respondió a mis órdenes o si atacó al jabalí por voluntad propia. La suerte guió mi lanza, como dijeron después los hijos de Ortígenes; pero cuando la arrojé estaba muy cerca del animal, y eso siempre es la madre de la buena suerte.

El jabalí se tambaleó y los sabuesos cayeron sobre él como otras tantas hormigas sobre un escarabajo muerto. Todo esto no tardó en desaparecer de mis pensamientos debido a lo que ocurrió después; pero ahora, cuando escribo sobre ello, me parece que vuelvo a ver al jabalí y esa inmensa cabeza oscura con los colmillos relucientes alzándose por última vez.

Nadie supo decirme a quién pertenecía el potro, aunque algunos de los hermanos del joven muerto me aconsejaron que me lo quedara hasta que apareciese su propietario y lo reclamara. Aun así bajé del potro, pues quería recuperar mi jabalina y (si he de ser sincero) quería ver si había atravesado el corazón de la bestia, como así ocurrió. El potro aprovechó que nadie le vigilaba para alejarse, aunque si hubiera sabido que Pasícrates estaba herido podría haberle alcanzado y todavía lo tendría en mi poder.

El jabalí fue destripado y sus entrañas arrojadas a los sabuesos, como es costumbre. Alguien cortó un arbolillo, y estábamos atando las patas del jabalí por encima de éste cuando Pasícrates se reunió con nosotros apoyándose en el brazo del hombre negro. Deseaba saber quién había matado al jabalí; y creo que no le complació demasiado enterarse de que había sido yo, aunque me felicitó y me ofreció su mano. Creo que nunca he sentido un gran aprecio hacia él; y a pesar de ello, en ese instante estuve cerca de amarle.

-Me quedaré contigo mientras ellos se adelantan con el jabalí -le dije-. Puede que alguien vuelva trayendo uno de los caballos de Ortígenes para que puedas montar en él.

-No hace falta que nadie se quede conmigo -replicó Pasícrates-. Puedo encontrar el camino de vuelta yo solo.

El hombre negro me habló con los dedos y me dijo que fuera con el jabalí y los hombres de la casa y que volviera trayendo conmigo el carro de Temístocles, si es que podía llegar hasta aquí con él.

Accedí y me adelanté a los que llevaban el jabalí. Fue entonces cuando le vi trotar por entre los árboles, y hasta la cintura era Polos.

34 - El banquete ha terminado

Se comió en abundancia y se bebió mucho vino..., demasiado, al menos en mi caso. Dormí durante un rato y desperté para encontrarme tumbado sobre la tierra del patio en compañía de muchos otros. Eso hizo que sintiera vergüenza, por lo que me puse en pie y dejé atrás esta casa y su orgulloso muro, y fui hasta el vado. Una vez allí vomité y me lavé, quitándome el chiton y lavándolo también con las frías aguas de la montaña, escurriéndolo y dejándolo secar un rato sobre un matorral antes de volver a ponérmelo.

Cuando hube terminado, el sol ya estaba bastante bajo en el horizonte y pensé que sería mejor volver a esta casa. Hablé con Ortígenes, su propietario; y después leí lo que había escrito ayer, ayudándome con esta lámpara. ¡Ah, como me gustaría haber expresado con claridad lo que vi! ¿A quién llamé «el hombre cabra»? ¿Al pastor de un rebaño de cabras? ¡Pero estoy seguro de que conozco la palabra adecuada con que designar a tales hombres!

El día fue dedicado a los ritos funerarios de Licaón, el hijo de Ortígenes. lo ayudó a las mujeres, que lavaron su cuerpo y lo perfumaron. Había por lo menos treinta de ellas cuando tres habrían podido hacer lo necesario sin ninguna dificultad, pero todas las mujeres de la casa querían participar en la tarea, y así lo hicieron. Cuando hubieron terminado Licaón vestía sus mejores ropas, así como una magnífica capa verde, y sus pies estaban calzados con sandalias nuevas sujetas por correas blancas.

Mientras tanto unos esclavos de Ortígenes se encargaron de talar un viejo olivo de inmenso tronco que ya estaba más que medio muerto. Cortaron y hendieron la madera y le quitaron toda la parte viva que aún estaba empapada en savia. Mientras los hombres hacían esto los niños recogieron muchos cestos de hojas de olivo y tejieron la corona de Licaón, hecha de ramas verdes que aún conservaban las hojas.

Ortígenes y sus hijos, ayudados por Temístocles y Simónides, el hombre negro, yo y algunos más, prepararon el lecho de Licaón: empezaron extendiendo con mucho cuidado una gruesa capa de ramas de pino y después hicieron un lecho con la madera del olivo, dejando un hueco en el centro para que contuviera las hojas. (Pasícates no nos ayudó en esta tarea porque le duele demasiado la pierna.) lo dejó que las otras mujeres se encargaran de vigilar a los niños que tejieron la corona de Licaón y la trajo en cuanto hubieron terminado. Me ha dicho que no le pusieron la moneda sobre la lengua hasta que la corona no estuvo colocada alrededor de su cabeza; la moneda era pequeña y vieja, y estaba tan gastada que ya casi no le quedaba relieve alguno, pero era de oro, y eso la impresionó mucho.

Cuando todo estuvo preparado sus hermanos trajeron a Licaón: su padre, sus hermanas y todas las demás mujeres de la casa venían detrás del cadáver. Su padre y sus hermanos mantuvieron un digno silencio viril; pero las mujeres lloraron y gimieron en voz alta, y hasta lo y Bittusilma lo hicieron.

Cada hermano habló por turno narrando algún incidente que sirvió para recordar el valor, honestidad, inteligencia y bondad natural de Licaón; casi todos fueron breves, aunque hubo dos que se excedieron y hablaron demasiado. Después su padre describió los portentos que acompañaron el nacimiento de Licaón, contó las profecías que había recibido concernientes a su persona y explicó cómo cada una de ellas había llegado a cumplirse.

Simónides recitó versos que había compuesto para la ocasión, describiendo la pena que los nobles antepasados de Licaón sentirían al verle muerto cuando le recibieran en la Tierra de los Muertos. (Después le pregunté a lo si le había gustado el poema. Me dijo que sí, pero que le pareció un poco inferior al que había oído durante los ritos funerarios de un marinero.)

Ortígenes volvió a hablar después de Simónides, explicándoles a todos los presentes que éste era un famoso poeta de Ceos, y también alabó a Pasícrates y Temístocles.

Pasícrates fue muy breve: empezó asegurándole al pueblo de la Tierra de los Osos que podían contar con la amistad de Cuerda y después explicó que había entrado en el cubil del jabalí impulsado por el deseo de vengar a Licaón.

Temístocles empezó diciendo que Pensamiento era amiga tanto de Cuerda como de la Tierra de los Osos. Dijo que era en aquellos sitios y sólo en ellos donde se habían sabido conservar las antiguas virtudes de los helenos. Por lo tanto, debían convertirse en los maestros del resto de Helas, recordándoles a sus moradores los elevados ideales de sus antepasados, ideales ejemplificados por el noble joven que yacía muerto ante nosotros. Temístocles dijo que en su grupo había un hombre que cada día olvidaba lo ocurrido el día anterior; pero que, aun así, no olvidaba las enseñanzas que había recibido en su juventud, y gracias a ello era justo, valeroso y persona de honor, aunque no pudiera ser sabio. (No supe que estaba hablando de mí hasta ver como muchos rostros se volvían a contemplarme; lo me golpeó las costillas con su pequeño y duro codo y sentí como la sangre me afluía a las mejillas, y entonces decidí cometer algún acto indigno para que Temístocles jamás volviera a referirse a mí con tales palabras. Pero, si he de ser sincero, tengo la sensación de que ya he cometido muchos actos semejantes.) Lo mismo ocurre con Licaón, dijo Temístocles. Había bebido las aguas del olvido, el último y misericordioso regalo de esos dioses bondadosos que tantas cuitas les ahorra a los muertos; pero la educación que había recibido en esta casa cuando era un muchacho seguía acompañándole y eso haría que fuera recibido como un héroe entre los muertos.

Temístocles dijo que los hombres no pueden escapar a la muerte; eso es algo reservado a los dioses inmortales. Para un hombre la única pregunta a responder era si su muerte le hacía un bien o un mal a sus congéneres. Hoy la Larga Costa, el País Silencioso y hasta las Islas le ofrecían su amistad a la Tierra de los Osos para llorar a su hijo. Si el bárbaro acababa siendo vencido, podía ser muy bien precisamente gracias a eso.

Después de que Temístocles hubiera hablado, Ortígenes ordenó que trajeran la antorcha y las mujeres dieron rienda suelta a su llanto y su dolor. Gimieron, sollozaron, se arrancaron el cabello y se arañaron las mejillas hasta que la sangre corrió por ellas, lamentándose no sólo por Licaón sino por todos sus muertos, y le confiaron al oído mensajes de amor, consuelo y añoranza para que los repitiera cuando se encontrara con aquellos que habían perdido y que ahora moraban entre las sombras. Su padre, Temístocles y hasta mi lo habían escrito cartas que fueron colocadas en su peplos.

Después aplicaron la antorcha a las ramas y éstas se inflamaron con un chisporroteo que pronto se convirtió en un rugido; y el último lecho de Licaón quedó oculto por un telón de fuego rojizo. Hacía un día cálido, despejado y casi sin viento. ¡Cuan valerosamente se alzaba la inmensa columna de negro humo hacia el azul de los cielos! Todos retrocedimos unos pasos; aun así, muchos fueron los que se chamuscaron algún que otro cabello. Miré hacia las llamas y vi el rostro de la mismísima Muerte entre sus saltos y piruetas, y aparté rápidamente los ojos para contemplar la hierba verde, las reses que pacían y los gráciles olivos que me pertenecen -aunque sean de Ortígenes- durante un breve espacio de tiempo más. Pronto seré como Licaón, y quizá se me lllore mucho menos, y sólo se me recordará a través de estos pergaminos.

Los animales del sacrificio eran un toro joven, tres carneros y tres chivos negros. Fueron dedicados a los dioses ctónicos con toda la dignidad necesaria y se los asó sobre

la pira funeraria de Licaón. El jabalí que cazamos ayer también fue asado; hubo carne más que suficiente para todos los presentes. El hombre negro me ha contado que yo maté al jabalí, cosa que ya se me había olvidado. También me ha contado que en Tracia vimos un jabalí mucho más grande, pero que nadie logró matarle.

Aglao se detuvo para hablar conmigo y le pregunté cuántos años tenía. Me dijo que está en su año número treinta y dos, aunque parece mucho más viejo: creo que es porque su cabello ha empezado a volverse gris y ha perdido algunos dientes. Su padre también se llamaba Aglao. Me preguntó si las letras que uso son imágenes. Le expliqué que lo son, siendo A la cabeza de un buey, y así sucesivamente; pero que cuando escribo la letra A no me refiero a un buey. Le mostré cómo escribir su nombre en mi lengua, dibujando las letras en el polvo.

Pensaba que el hombre cabra era cierto dios que vive en las montañas de la Tierra de los Osos. Su nombre es Todo. Le pregunté cómo había llegado a tener este nombre tan extraño y Aglao me dijo que es el cuarto hijo del Tiempo y la Tierra, aunque sus hermanos no reconocen su pretensión de mandar sobre el cuarto mundo, que es éste. Los otros tres son el cielo, el mar y las Tierras de los Muertos, que se encuentran debajo del suelo que pisamos. El es quien le trae el terror al mediodía a quienes le despiertan de su sueño. Le pregunté si lo había visto alguna vez. Aglao afirmó que lo había visto. Lo, que se había acercado para escucharnos, dice que este dios ayudó a los hombres de Pensamiento contra los bárbaros en el Campo de los Hinojos.

Cuando Aglao se hubo marchado le pregunté a lo por la carta que había puesto sobre el seno de Licaón. Al principio no quiso hablarme de ella, pero cuando le prometí que no se lo diría a nadie me explicó que era para sus padres. No sabe si han muerto, pero cree que es posible. Me dijo que en ella les contaba que se encontraba bien, que era feliz y que tenía a un hombre magnífico, pero que les echaba mucho de menos a los dos. Sentí deseos de preguntarle quién es este hombre, pero estaba llorando, por lo que no dije nada y la consolé.

Ahora sólo me falta por consignar lo que dijo Ortígenes.

Le encontré contemplando las ascuas. A su alrededor había muchos hombres, y todos estaban dormidos. Tenía junto a él un odre de vino y me lo ofreció para que bebiera, pero lo rechacé. Me preguntó si había visto a su hijo en vida. No podía recordarlo, y meneé la cabeza.

-No era tan alto y corpulento como tú -me dijo-. Casi nunca lo somos, pero la vieja sangre corría con fuerza por sus venas.

Le conté que todo el mundo me había dicho que era un joven magnífico.

-¿Eres Budini? -me preguntó Ortígenes-. Quizá seas de alguna tribu de los Getae...

La única respuesta que podía darle es que no lo sabía; pero creo que no oyó mi contestación.

-Nuestro linaje luchó en la llanura ventosa de Ilion -me dijo-, pero en toda su vida mi pobre muchacho jamás vio nada de cuanto se encuentra más allá de estas montañas.

Cierto, honra a mi hijo le ha sido concedida,
y pagas en gloria lo que debes en la vida.
Fama es la celeste promesa debida
a la existencia tan corta y, ahora, también deshonrada.
Hasta que el orgulloso rey y toda la raza de los aqueos
cubran de honores a quien ahora llenan de improperios.

-Voy a contarte un secreto. De todas formas lo olvidarás, o eso dice como-se-llame...
¿Sabes quiénes son los aqueos?

Admití que lo ignoraba.

-Somos nosotros -me dijo Ortígenes-, y yo soy un rey que se oculta. ¿Crees que conseguiremos recuperar algún día nuestra tierra? No, no lo conseguiremos. Las naciones son como los hombres..., se hacen viejas, nunca jóvenes. Mi hijo tuvo la desgracia de ser un joven de una nación vieja. Hubo un tiempo en que yo también padecí ese infortunio. Tu nación aún es joven, sea cual sea. Da gracias por ello.

Esta mañana entramos en el País Silencioso. Temístocles le dio dinero a Aglao y le dijo que podía marcharse; pero cuando nos detuvimos para la primera comida descubrimos que había estado siguiéndonos, lo cual hizo que el Cordelero se enfadase mucho. Temístocles permitió que Aglao compartiera nuestra comida, pero le dijo que en cuanto hubiera terminado debía volver a su tierra, que ya no necesitábamos un guía y que no le daríamos ni una moneda más. Aglao se mostró muy humilde y dijo que nos serviría sin cobrar nada, como si fuera un esclavo, y que haría cualquier labor que Tillón y Diales consideraran demasiado dura para ellos. Temístocles meneó la cabeza y le dio la espalda.

Después lo y Bittusilma hablaron con el hombre negro y conmigo. Parece ser que el hombre negro tiene dinero, y yo también. (lo se encarga de guardármelo; está en el carro.) Nos propusieron que le diéramos empleo a Aglao como sirviente nuestro: cada uno le pagaría una moneda, alternándonos en el pago. Al principio el hombre negro no parecía muy convencido, pero le dije que si no deseaba hacerlo yo contrataría a Aglao para que lo, Polos y yo tuviéramos un sirviente; y finalmente el hombre negro dijo estar de acuerdo con la propuesta hecha por lo y Bittusilma. Cuando se lo dijimos Aglao se alegró mucho y creo que hasta Temístocles y Simónides se sintieron felices, aunque intentaron disimularlo. Tillón y Dialos le han acogido amablemente y le tratan como a un camarada.

Cuando lo le explicó el acuerdo a que habíamos llegado yo no dije nada, limitándome a asentir con la cabeza; pero aun así también le he dado la bienvenida como a algo más que un mero sirviente. Cuando le vimos llegar estábamos comiendo y me acordé de un carro de plata. Recordé haber estado de pie en él sosteniendo las riendas, aunque no había ningún tiro de caballos uncido al carro. Quizá no sea más que un objeto imaginado que se encuentra en mi palacio de la memoria, pero no lo creo; me parece que está entre rocas, no entre unas paredes. Si el tener cerca a Aglao me ayuda a recordar, estaría dispuesto a pagarle mucho más que una mera moneda.

Esta noche leí el pasaje sobre la cremación de Licaón y lo que me dijo Ortígenes. Cuando hube terminado le pregunté a Pasícrates si los habitantes de la Tierra de los Osos eran llamados aqueos. Me dijo que no, que los aqueos habían sido exterminados por la tribu a la que él mismo pertenece, los dorios, y que mataron a todos sus hombres y convirtieron en esclavas a todas sus mujeres. Aglao me confirmó sus palabras, mas cuando lo hizo su rostro estaba demasiado serio (o eso me pareció).

35 - Ciclos de Cuerda

El juez para quien Cimón me dio una carta me ha acogido con amabilidad y me ha alojado en su casa, junto con lo y Polos. Había olvidado la carta (como me había olvidado del hombre llamado Cimón), pero lo dice que se la mostré antes de enrollarla dentro de mi viejo pergamino, y ella me explicó lo que era y me la dio cuando la necesitaba. Ciclos es de estatura mediana; aunque su cabello es tan gris como el hierro ningún hombre joven podría mantenerse más erguido que él. No le he visto sonreír.

Debería consignar aquí que el Cordelero herido que iba con nosotros se nos adelantó corriendo en cuanto nos acercamos a Cuerda, aunque estaba claro que correr le resultaba muy doloroso. No dejó que nada de aquello se trasluciera en su expresión y las zancadas que daba con su pierna derecha eran tan largas como las que daba con la izquierda; pero cuando miró hacia atrás para despedirse con la mano tenía el rostro blanco. Me di cuenta de ello y le observé atentamente mientras corría, y hubo dos

ocasiones en que estuvo a punto de caer. Temístocles y Simónides intentaron disuadirle, pero él les dijo que era su deber anunciarnos, y que cumpliría con él mientras fuera capaz de hacerlo. Me ofrecí a enviar en su lugar a Polos, que es muy rápido corriendo; pero no quiso ni oír hablar de ello.

Debió llegar a Cuerda bastante antes que nosotros, pues se nos hizo una acogida soberbia. Los cinco jueces salieron de la ciudad para recibirnos, acompañados por lo que debían de ser un mínimo de doscientos Cordeleros armados. Sus corazas brillaban como el oro bajo la luz del sol. Con ellos venía el Coro de las Mujeres, que se me ha dicho es muy famoso, tocando y cantando, y con el coro una docena de hermosas muchachas que bailaban al ritmo de la música.

La mayor bienvenida se la dedicaron a Temístocles, quien fue abrazado por todos los jueces; mas cuando cada uno le hubo saludado y alabado la astucia de su liderazgo durante la guerra (lo dice que el hombre negro y yo tomamos parte en ella), quisieron enterarse de quién era yo y también me saludaron. Les dije que por lo que sabía no había hecho nada para merecer su aprecio, pero que intentaría merecerlo en el futuro, lo cual pareció complacerles. Ese fue el momento en que lo me entregó la carta que había sacado del pergamino que está guardado en mi cofre. Ciclos ya se había presentado, y se la di.

Cuando entramos en Cuerda fuimos llevados al palacio de los Agidas. No vimos al Príncipe Pausanias, que se afirma es el hombre más importante de la ciudad, pero Simónides dice que seguramente le veremos mañana durante la ceremonia. Fuimos saludados por la Reina Gorgo, que ya tiene el pelo blanco, y por su hijo, el Rey Pleistarcos, un muchacho aproximadamente de la misma edad que Polos. Gorgo me dijo que se acordaba de lo y de mí por habernos visto durante nuestra visita anterior a su ciudad y le preguntó a lo qué había sido de la belleza que nos había acompañado entonces, lo le dijo que había muerto en el asedio de Sestos. Gorgo asintió y dijo que al verla preveyó que le aguardaba una muerte repentina y violenta. Debo acordarme de hablar con lo para que me cuente más cosas sobre esta mujer; coloco este deseo entre los fragmentos dispersos de la bailarina.

También debería anotar que el palacio de los Agidas no es una gran estructura como el palacio de la memoria en el que intento guardar todas las cosas que quizá desee recordar, sino tan sólo una cómoda y espaciosa casa de piedra. Pero la casa de Ciclos ni siquiera está hecha de piedra: ha sido construida con ladrillos de barro, y es de tamaño bastante modesto.

Ahora debo poner por escrito todo lo que se me ha dicho sobre las solemnes ceremonias que tendrán lugar mañana. Antes de irme a dormir colocaré este pergamino en un lugar bien visible para estar seguro de que lo leeré por la mañana; espero que eso me permitirá portarme como es debido, pues no tendré más remedio que estar separado de lo.

Primero: las ceremonias empezarán cuando salga la luna llena, que aquí tiene una gran importancia. Simónides y yo hablamos largo rato con Ciclos esta tarde; nos contó que habían estado muy preocupados por la posibilidad de que llegáramos tarde, en cuyo caso habrían tenido que eliminar muchos detalles de la ceremonia. Esto es lo que coloco entre las patas de la pantera: Todo el mundo debe hallarse en el lugar designado antes de que el crepúsculo traiga consigo la aparición de la luna.

Segundo: habrá otras dos mil personas que serán honradas conmigo, aunque yo seré el primero y su jefe. Cada uno de nosotros irá acompañado por un joven Cordelero que ya ha ensayado la ceremonia varias veces y cuya misión será asegurarse de que no haya errores que puedan ofender a la Triple Diosa. Mi acompañante será Hipoxleas, uno de los jóvenes del séquito de Ciclos; es tan alto como yo y diría que es apuesto (aunque quizá tenga la mandíbula un tanto voluminosa), pero a lo no le gusta. Me dijo que era del mismo molde que Pasícrates, el Cordelero con una sola mano que se adelantó para anunciarnos.

Al oír esas palabras creí que quería decir que son parientes muy próximos, por lo que le pregunté a Hipoxleas si eran hermanos. Sonrió y me dijo que sólo son primos lejanos, pero que están unidos por una buena amistad.

-Si he de dirigir al grupo tendrás el trabajo más difícil de todos -le advertí-. Olvido las cosas, como ya te habrá dicho Simónides.

Puso su mano sobre mi hombro como lo haría un amigo y me sonrió.

-Oh, no, Latro. ¿Crees que si fuera demasiado difícil le confiarían este trabajo a un hombre tan poco avisado como yo? No, son los demás los que deberán encargarse de los trabajos duros.

Y, ciertamente, de todos los jóvenes que visitan a Ciclos Hipoxleas es el único que parece esperar con anhelo los grandes acontecimientos de mañana por la noche. He colocado su nombre a la izquierda de la gran puerta, al pie del quicio: Hipoxleas.

Tercero: que nuestros preparativos empezarán mucho antes del crepúsculo. Después de la primera comida nos reuniremos en la orilla del Eurotas, al norte del templo. Allí nosotros y nuestros patrocinadores podremos practicar a la luz del día todas las cosas que tendremos que hacer en la oscuridad. lo quiere venir; Hipoxleas dice que no hay razón por la que no pueda hacerlo, aunque tendrá que colocarse entre los espectadores. Escribo debemos ir después de la primera comida sobre el suelo, ante el sol dorado que es empujado por el escarabajo azul.

Cuarto y último: el orden de los acontecimientos, pues no sé si tendré ocasión de escribir después de las prácticas. Las canciones del Coro de los Hombres irán seguidas por un sacrificio realizado en nombre de todo el País Silencioso. Se da por supuesto que los presagios serán favorables, pues se ha consultado a la diosa en varias ocasiones durante los últimos días y cada vez ha respondido apremiando a continuar con la ceremonia.

Después de este sacrificio habrá discursos honrando tanto a Temístocles como a aquellos que van a recibir el privilegio de la residencia; no sé exactamente cuántos discursos habrá ni quiénes se encargarán de pronunciarlos. Luego Temístocles tomará la palabra para honrar a los Cordeleros, sus ayudantes y sus aliados por el gran papel que jugaron en la guerra.

Más tarde será coronado con tréboles por los dos reyes. (Me parece muy extraño que Cuerda tenga dos reyes, pero tanto Aglao como lo me lo confirmaron. En cuanto a Polos, sabe tan poco de este sitio como yo.) Cuando pongan la guirnalda sobre su cabeza debemos vitorearle con todas nuestras fuerzas. Después se le ofrecerán regalos; tengo entendido que los cinco jueces, los reyes, la Reina Gorgo y el príncipe regente le harán obsequios raros y valiosos, y luego el mismo Temístocles le ofrecerá un toro blanco sin mácula alguna al Rey de los Dioses. (Este toro es uno de los regalos que va a recibir.)

Hasta ese momento yo habré sido un mero espectador colocado a la cabeza de quienes van a ser liberados y convertidos en residentes de Cuerda; pero después tendremos que arrojar al suelo nuestra ropa y bañarnos en el Eurotas. Cada acompañante llevará aceite perfumado con que ungirnos, así como una toalla y una prenda blanca que jamás ha sido utilizada por nadie. Cuando todos volvamos a estar vestidos formaremos una columna encabezada por Hipoxleas y por mí mismo. Tengo que colocarme a su derecha.

Desfilaremos ante el templo de Ortia, donde se nos entregarán antorchas, y nuestros acompañantes recibirán las ofrendas hechas por las sacerdotisas. (El Coro de las Mujeres cantará durante el reparto de estas ofrendas.) Después visitaremos todos y cada uno de los templos de Cuerda. Las danzarinas deben ir delante y ser seguidas por el Coro de las Mujeres; nos bastará con ir detrás de ellas. Tenemos que entonar los estribillos de cada canción: se me ha dicho que son cortos y fáciles de aprender y que los practicaremos durante la sesión de mañana. En cada templo habrá cien hombres encargados de hacer

ofrendas. (Ya han sido escogidos; cada grupo de cien caminará como si fuera un solo hombre.)

Cuando volvamos al templo de Ortia tendré que hacer mi ofrenda junto con todos los hombres que todavía no hayan hecho la suya. El príncipe regente, los cinco jueces y los dos reyes pasarán por entre nosotros acompañados de sacerdotisas. Irán declarando libre a cada hombre y la sacerdotisa que acompañe a cada uno de ellos colocará una corona de flores silvestres sobre la cabeza de ese hombre. Yo seré el primer hombre liberado por el príncipe regente, que será ayudado por la Reina Gorgo. Debo darle las gracias brevemente a cada uno, con humildad, en voz alta y dejando bien clara mi gratitud. En cuanto haya terminado de hablar debo arrojar mi antorcha al río.

Cuando el último esclavo haya sido liberado la carne de los sacrificios ya debería estar asada. Habrá un banquete general y -como ya me ha advertido Simónides- vino en gran abundancia.

En mi avenida de estatuas hay una que representa a la Hidra; tiene siete cabezas y cuatro patas. Grabo un acontecimiento en cada una: los primeros sacrificios, los discursos, el discurso pronunciado por Temístocles, la ofrenda de regalos que se le hará, su sacrificio, nuestra purificación, la distribución de ofrendas y antorchas, nuestro desfile, mi ofrenda, la ceremonia de manumisión y el apagar las antorchas en el río.

Lo me preguntó si había visto al hombre negro. Le encontramos en el gimnasio que está cerca de aquí, viendo como Hipoxleas le daba clases a Polos enseñándole cómo luchan con la espada los Cordeleros, lo nos mostró una pequeña habitación sin ventanas situada al otro lado del patio, justo enfrente de aquella en que dormimos lo, Polos y yo. Sólo contiene un par de grilletes de roble reforzados con bronce y hierro; en el suelo hay manchas de sangre. Lo y el hombre negro encontraron un lugar del muro que muestra señales de haber sido reparado. Me dijeron que un hombre al que conocemos estuvo prisionero allí y escapó practicando un agujero en el muro. Ambos me advirtieron que no debía hablar de ello. Salimos de esa habitación sin ser vistos por nadie, aunque uno de los hombres de Ciclos nos vio cuando cruzábamos el patio.

Lo dice que le alegrará mucho marcharse de Cuerda: este lugar no le gusta nada. A mí tampoco me gusta, aunque después de las ceremonias de mañana será mi ciudad. Lo me pidió que le preguntara a Ciclos cuándo iremos a Delfines para asistir a los juegos.

Tomamos la segunda comida en los cuarteles de la mora a que pertenece Hipoxleas. Es un cobertizo muy largo y de techo bajo, en cuyo interior sólo hay mesas y bancos. Cuando íbamos hacia allí lo me dijo que durante nuestra visita anterior había comido en uno de esos lugares, y me advirtió de que no debía probar la sopa. Aun así, no tardé en darme cuenta de que todos los Cordeleros la comían con obvias muestras de placer y la probé, pero la encontré amarga y salada. Hipoxleas me dijo de dónde procede su color negro, aunque no le creo: el hombre negro y yo nos lo tomamos a broma, y hasta Temístocles y Simónides se rieron un poco. El resto de la comida consistió en un guiso donde habían hervido tocino, cebollas y cebada. Hipoxleas nos dijo que casi nunca se les da tocino.

Después estuve escuchando cómo Ciclos hablaba con Hipoxleas y los otros jóvenes, aunque a algunos no les gustaba demasiado mi presencia. Ciclos no me ha parecido un buen orador -su voz no es nada musical y rara vez pronuncia una frase digna de recordarse-, pero los jóvenes estaban pendientes de cada palabra suya.

Un esclavo nos trajo vino e higos secos. Quise despertar a lo y a Polos para que comieran unos cuantos, pero Ciclos meneó la cabeza y no lo hice, aunque he guardado un higo para cada uno.

Una de las cosas que Ciclos nos dijo me dejó realmente impresionado, pese a la falta de estilo oratorio con que habla. Nos habló de Ciro, un rey bárbaro que conquistó muchas naciones. Uno de sus consejeros le dijo que debía trasladar su capital a un sitio donde el clima fuera menos duro y la tierra más productiva. Ciro se negó y le dijo que las tierras

fértiles engendran hombres blandos. Después Ciclos habló sobre la fertilidad del País Silencioso, donde abunda el trigo, la cebada y todas las clases de frutos. Preguntó cómo era posible que los Cordeleros no fuesen tan blandos como el suelo de su país.

También nos habló de una ley que convierte a una mujer en viuda mientras su marido no esté en casa, preguntándonos primero si la ley era justa para con el esposo y después (cuando nadie replicó) si era justa para con la mujer. Los jóvenes discutieron el asunto y acabaron llegando a la conclusión de que no era justa para ninguno de los dos: un hombre no debe perder lo que es suyo cada vez que abandona el hogar, y una mujer tampoco debe verse despojada de la seguridad que le proporciona el nombre de su esposo porque se vea separada de él. Ciclos nos explicó la razón de esta ley; se dictó en beneficio de Cuerda, que debe tener hijos porque necesita hombres. No lo dijo, pero me pregunté si no se dictó para que los hombres no desearan viajar.

-Latro, ¿dejarías a tu esposa aquí ahora que conoces nuestra ley? -me preguntó Ciclos.

Le dije que no lo haría, y todos se rieron.

-No tienes por qué preocuparte -me dijo-. La ley se aplica sólo a nosotros, no a ti.

Pero me parece que sí se me aplica, decidan lo que decidan estas personas, pues estoy seguro de que olvidaría a mi esposa tan pronto como me viera separado de ella y, si he de ser sincero, es posible que tenga una esposa que se considera viuda.

-Verás, somos los Cordeleros los que defendemos la ciudad y no vosotros, los vecinos, aunque podemos pedirlos que luchéis en caso de necesidad -añadió Ciclos-. ¿Has visto nuestras poderosas murallas?

Le dije que no las había visto y que me parecía que esta ciudad no tenía murallas.

-Nuestros escudos son su muralla -me dijo.

Bostezó y se estiró.

-Me temo que mañana tendremos muchas cosas que hacer... Todos estaremos levantados hasta muy tarde. -Me puse en pie con los demás, pero Ciclos me hizo una seña indicándome que volviera a sentarme.

-Has sido muy generoso dándome alojamiento a mí y a los muchachos -le dije en cuanto los jóvenes se hubieron marchado-, pero me temo que debemos ser una carga, así como una molestia. Espero que pronto partiremos hacia Delfines. Estoy seguro de que te alegrará vernos marchar.

Agitó la mano como si no quisiera hablar de eso y volvió a llenar nuestras copas.

-Hipoxleas me ha dicho que eres un maestro de la espada.

Le dije que esperaba no haber alardeado de ello ante él.

Ciclos meneó la cabeza.

-Ha estado dándole clases a tu muchacho y ha descubierto que tú ya le has enseñado muchas cosas. Pasícrates dijo que le cortaste la mano; cree que hay en ti algo que no es de este mundo. El príncipe regente opina lo mismo.

-Creo que soy un hombre de lo más corriente -dije yo.

-Entonces no lo eres..., los hombres corrientes nunca piensan que lo son. Temístocles nos ha contado que olvidas las cosas. Mañana por la mañana..., ¿recordarás lo que te he dicho hoy?

Le dije que lo anotaría en este pergamino y que lo leería al amanecer.

Ciclos abrió el cofre sobre el que había estado sentado, sacó de él dos espadas de madera y me arrojó una.

-Nada de golpes a la cara, ¿comprendido? Todo lo demás es válido. Y ahora, intenta matarme.

Lancé un mandoble dirigido a su mano. Lo paró con gran habilidad y me atacó; le cogí por la muñeca y le arrojé al suelo, poniéndole mi espada de madera en la garganta.

-¿Cómo es que no se te olvida el manejar la espada? -me preguntó en cuanto se hubo puesto en pie y hubo recuperado el aliento.

Le expliqué que el conocimiento y la memoria son dos cosas distintas.

-Las palabras escritas recuerdan, una semilla sabe.

-¿Podrías conducir un carro de cuatro caballos?

No sabía si sería capaz de hacerlo o no, y así se lo hice saber.

-Mañana el Príncipe Pausanias te pedirá que lo hagas. Falta menos de un día para que seas declarado residente de Cuerda y, por lo tanto, subdito de Su Alteza. ¿Querrás hacerlo?

Le dije que podía estar seguro de que accedería a intentarlo, si así lo deseaba el príncipe de mi nueva ciudad.

Ciclos se dio la vuelta y empezó a ir y venir por el patio sin mirarme.

-Hemos perdido mucho prestigio -dijo-. Primero fue Paz y luego vinieron Arcilla, Micala y Sestos. Pero pronto eliminaremos a Temístocles del tablero, y eso debería sernos muy beneficioso. Si logramos imponernos en los Juegos Píticos y actuar osadamente contra alguna ciudad del Gran Rey... Tenemos que ganar la carrera de carros.

Le pregunté si tenía intención de matar a Temístocles.

-No, no -me respondió-. Le honraremos..., le cubriremos de honores y regalos. Nadie puede culparnos por eso.

36 - Manchadas de sangre

Las ropas destrozadas, la armadura hendida y las armas del heroico rey están colgadas en la entrada de la casa del príncipe.

-Pertenecieron al Rey Leónidas -nos explicó el hijo del príncipe-. Mi padre las recogió en las Puertas cuando trajo el cuerpo de Leónidas a Cuerda. Era el hermano de mi abuelo. Por favor, señor, no toquéis nada... Mi padre no lo permite.

Aparté mi mano del chiton del rey muerto y Temístocles le aseguró al príncipe que no tocaríamos nada.

-¿Quieres ser un guerrero famoso? -susurró lo-. Éste es el precio que pagan por ello.

Polos (a quien iba dirigido el susurro) no pareció oírlo. Estaba contemplándolo todo con sus grandes ojos oscuros muy abiertos.

-Todos los mortales mueren -dijo Pleistoanax-. Dado que he de morir, deseo hacerlo como él, enfrentándome a mi enemigo.

-No estaba enfrentándose con el hombre que le mató -observé yo-. Una jabalina le hirió por detrás.

Pleistoanax sonrió.

-Veo que conoces su gloriosa historia, señor. Había logrado romper la línea de los bárbaros y se preparaba para lanzarse sobre su rey. Uno de los guardias del rey le mató, tal y como acabas de decir.

Temístocles me estaba contemplando con los ojos entrecerrados.

-No creo que Latro pueda recordar la historia de Leónidas, aun suponiendo que la haya oído contar..., de hecho, no creo que pueda recordar casi nada. ¿Cómo has sabido qué le ocurrió, Latro?

-Por su chiton. La parte que rodea a los brazos y el dobladillo están muy manchados, pero los flancos se encuentran en bastante buen estado; diría que alguien le cortó los brazos y las piernas al cadáver. La herida que le mató dejó un desgarrón circular en la espalda, a una mano por encima de la cintura, y un agujerito delante.

Pleistoanax se acercó a examinar el chiton mientras yo hablaba, y me di cuenta de que se atrevía a tocarlo. Es alto y todavía no ha alcanzado la virilidad, y le encuentro demasiado guapo para mi gusto.

-El arma penetró la coraza por detrás -seguí diciendo-, le atravesó el pecho y acabó siendo detenida por la parte delantera de la coraza. Una flecha no podría haber atravesado el bronce y hubiera dejado un agujero más pequeño. Una espada habría

hecho un gran desgarrón en el lino, no un pequeño desgarrón circular, y lo mismo habría ocurrido con una daga. La lanza de un jinete hubiera producido un orificio mayor y probablemente también le habría atravesado la parte delantera de la coraza. -Iba a decir que el orificio dejado por la lanza de un soldado también habría sido mayor; pero me contuve justo a tiempo y lo que dije fue-: Un rey de Cuerda jamás le habría dado la espalda a las lanzas, así que lo más probable era que fuese una jabalina arrojada con fuerza por alguien que estaba detrás de él y bastante cerca.

Un joven Cordelero al que le faltaba una mano había entrado mientras hablaba; por lo que he leído aquí esta mañana sé que debe de ser Pasícrates. Le saludé por su nombre y aunque su rostro se mantuvo impassible sus ojos delataron la sorpresa que sentía. Aun así, lo único que dijo fue:

-Su Alteza os verá, incluso a los muchachos.

-¿Y yo? -Pleistoanax enarcó una ceja, decidido a demostrar que no era ningún niño. Dudo que tenga la edad de lo.

El príncipe se puso en pie para saludarnos con la mayor cortesía imaginable: abrazó a Temístocles, a Simónides y también a mí, dio una palmadita en la cabeza de lo y pellizcó las mejillas de Polos, lo me previno contra él antes de que llegáramos, pero me gustó nada más verle. Una cicatriz que sube por el lado derecho de su boca hace que su rostro resulte horrendo, aunque nadie que haya sufrido un accidente de ese tipo puede ser considerado culpable de él.

-Éste es Tisameno, mi mantis -dijo el príncipe, señalando con la mano al hombrecillo rechoncho que se había levantado de un salto cuando el príncipe se puso en pie. Al verle le indiqué a lo con una mirada que ella y yo hablaríamos más tarde de esto. Me había descrito a esta minúscula criatura parecida a un conejo diciéndome que era un monstruo; el monstruo parecía dispuesto a inclinarse ante Temístocles cada vez que éste hacía chasquear los dedos-. Sentaos todos. Tú también, Pasícrates... Dado que vas a venir con nosotros, no hay razón por la que no debas oír esto.

Temístoclesladeó la cabeza.

-Cimón dijo algo acerca de que Vuestra Alteza quería que Latro representara a Cuerda en Delfines. ¿Asistiréis personalmente a los juegos?

-Sí, y os llevaré allí conmigo si puedo..., ésa es la razón de que os haya pedido que vengáis aquí esta mañana. He pensado que si podíamos mencionarlo esta noche en la ceremonia ayudaría a causar una buena impresión.

A esas alturas Temístocles y el príncipe ya se habían sentado, por lo que los demás también tomamos asiento.

-Llevo mucho tiempo sin presenciar los grandes juegos -dijo Temístocles-. Una oferta tentadora, no cabe duda... Simónides va cada año.

-Por razón de mi oficio -explicó el viejo poeta con modestia-. Honro a los vencedores de Pensamiento sin pedir ningún honorario por ello, si así lo desean; soy extranjero, y creo que es lo mínimo que le debo a la ciudad que me acogió tan generosamente. Además, de vez en cuando recibo honorarios bastante sustanciosos de los otros vencedores.

El Príncipe Pausanias le guiñó el ojo a su hijo.

-Suponte que soy yo quien gana, poeta. No me cobrarías nada, ¿verdad? ¿No crees que tú y Pensamiento nos debéis algo por mi victoria en Arcilla?

Simónides carraspeó.

-Ciertamente. Vaya, me atrevería a decir que nuestra deuda es tan grande como la que vos habríais contraído con la Larga Costa si Temístocles hubiera ganado la Batalla de Paz..., es un ejemplo escogido al azar. ¿Quién era el hombre que los Cordeleros pusisteis al mando de las flotas combinadas? He olvidado su nombre. Tanto da: si tuviera que escoger entre las dos diría que fue Paz vuestra mayor victoria, porque fue la primera.

Pausanias lanzó una carcajada que parecía un rugido y un instante después tanto su pequeño y regordete mantis como Pasícrates se unieron a ella y, finalmente, el mismo Temístocles se echó a reír.

-Temístocles fue el auténtico comandante de las fuerzas que lucharon en Paz -me susurró lo.

El príncipe se pasó la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas provocadas por su hilaridad.

-¡Pobre Euribíades! El triunfo de una docena de vidas y nadie quiere darle el más mínimo crédito por él... Simónides, si gano tú te encargarás de componer mi oda de la victoria. Sin cobrar nada, si insistes..., pero nadie me ha llamado nunca desagradecido.

Simónides le hizo una reverencia sin levantarse del asiento.

-De todas formas mi participación es sólo nominal. No es ningún secreto y creo que podéis saberlo todo desde el principio. Mi tía se ha encargado de criar y entrenar a nuestro tiro de caballos. Tengo entendido que ya la habéis conocido.

Temístocles y Simónides asintieron.

-Tiene buen ojo para los caballos y nunca he conocido a nadie que supiera tratarlos mejor que ella; pero ya conocéis la ley... Nada de mujeres casadas, y una viuda sigue siendo considerada como tal. En cuanto te has casado siempre lo estarás, al menos en cuanto a los dioses respecta. Al principio pensamos que eso no sería un gran obstáculo. Mi tía le regaló los caballos a Pleistarco.

-Parece una solución muy razonable -dijo Temístocles-. ¿Qué es lo que no funcionó?

-El mismo Pleistarco, principalmente. Puede ser tan tozudo- como cualquier otro Cordelero, e insistió en que si iba a participar quería ir a Delfines y ver la carrera. Creo que hasta llegó a albergar la esperanza de que podría guiar el tiro, aunque no se atrevió a proponerlo.

Temístocles dejó escapar una risita.

-Ya podéis imaginaros que mi tía no quiso ni oír hablar de ello y los jueces tampoco. Cada vez que uno de nuestros reyes está fuera del país se ponen muy nerviosos, y ¿quién puede saber cuándo los bárbaros harán una nueva intentona?

-Si queréis mi opinión, la guerra ha terminado -dijo Temístocles con voz tranquila-. Un rey de Cuerda corre probablemente mucho más peligro en la Isla Roja que lejos de ella.

-Eso es lo mismo que pienso yo... Todo está volviendo a la normalidad. Échale una mirada a esta carta. El mensajero llegó la noche anterior.

Temístocles paseó los ojos por el papiro y acabó leyéndolo en voz alta: ¡Saludos, oh realísimo Pausanias Kleombrotou, de tu devoto sirviente Agís Korintou! Le he confiado los despojos de la guerra que me confiaste al honorable Muslak Biblou en las siguientes y altamente favorables condiciones: este mismo día Muslak ha puesto en mi mano ochocientos dáricos como garantía para vos. Se quedará con una moneda de cada diez que se consigan con vuestros bienes, y ni una más. Las otras nueve las entregará en un año, descontando los ochocientos dáricos que ya ha pagado. ¿Queréis que os envíe el oro o deseáis que lo emplee para comerciar? Pronto volverá a haber estaño y podríamos sacar grandes beneficios.

-Creía que no se dedicaban al comercio -le murmuró lo a Simónides.

-Y no lo hacemos, niña -dijo el príncipe, que la había oído-. Es decir, Pasícrates no se dedica a ello, y tampoco lo hace ninguno de los Iguales. Pero el Rey Leotíquides puede comprar y vender en nombre de nuestra ciudad, y así lo hace; y lo mismo hago yo, actuando como lo hago en nombre del Rey Pleistarcos. Después de haber oído lo que dice esa carta podéis comprender el peligro que encierra. Sin saberlo y sin haber dado mi consentimiento, me he encontrado haciendo tratos con un Hombre Escarlata..., que en teoría es, como mínimo, un adversario.

Mientras íbamos hacia este campo le pregunté a lo si creía que el agente del príncipe sería realmente capaz de hacer negocios con los enemigos de su pueblo sin permiso del

príncipe; el príncipe y Temístocles, que caminaban cogidos del brazo, se nos habían adelantado demasiado para oírnos.

-No son los enemigos de mi ciudad y no sé mucho sobre ellos -dijo lo-, pero sé mucho sobre Pausanias y siento pena por el Hombre Escarlata. -Dio unos cuantos pasos más y añadió-: Creo que sería capaz de hacerlo. Sabría lo que Pausanias deseaba..., la máxima cantidad de oro posible, sin importar la forma en que lo consiguiera. Y también sabría que Pausanias no podría afirmar que había obrado bien.

No había pensado en eso. Sus palabras hicieron que admirara todavía más a esta muchacha, aunque la previne de que no debía juzgar a un hombre por sus cicatrices: creo que es la apariencia del príncipe lo que la ha hecho ponerse en contra de él. Lo quiso cogerme de la mano mientras caminábamos, pero fingí no darme cuenta y mantuve apretado el puño para que no pudiera ver la sangre que mancha mis dedos.

Cuando llegamos a este lugar (Pasícates dice que se encuentra a siete estadios de la ciudad) sólo había un carro esperándonos: es el que debo conducir. Cogí sus riendas y le proporcioné un poco de ejercicio al tiro, sin permitir que los caballos alcanzaran su velocidad máxima ni nada que se le aproximara. Parecen buenos corceles y saben responder a las riendas y al látigo, pero no tienen el temple que me habría gustado encontrar en ellos.

Polos me dijo que había sido maravilloso escucharme describir con tanto detalle la forma en que el Rey Leónidas había muerto a causa de una jabalina. Nadie estaba lo bastante cerca para oírnos, por lo que le confié que la jabalina no había sido lanzada: el hombre que mató a Leónidas se colocó sobre él con la jabalina en sus manos y la clavó en la armadura del rey atravesándola hasta herirle en la espalda. (No comprendo cómo he podido llegar a saber esto, pero tengo la más absoluta certeza de que es la verdad.)

Polos pareció sorprenderse.

-La punta de la jabalina tendría que haber atravesado limpiamente la coraza de su pecho, ¿no? Cuando golpeas algo con una jabalina puedes hacer más fuerza que si la arrojas.

-Eso es cierto si estás limitándote a practicar clavando la punta de tu jabalina en un árbol o en algo parecido -le dije-, pero en un auténtico combate el arma arrojada por la mano siempre golpea con más fuerza. Hay algo que nos hace contenernos cuando golpeamos a otro hombre, aunque sólo sea un poco. Golpear con fuerza la espalda de alguien que ya ha sido derribado al suelo resulta particularmente difícil.

La sangre parece fresca, pero es imposible limpiarla. Siempre estará en el papiro.

Debería anotar que después de haberlo leído me llevé este pergamino para poder leerlo y escribir en él cuando tuviera ocasión de hacerlo. La reina y su carro todavía no han aparecido; por lo que me he dedicado a escribir. Estoy en un lugar muy agradable, una considerable extensión de terreno despejado con unos cuantos árboles de gran tamaño que le dan sombra a los caballos: nos hemos instalado junto a este arroyo fresco y cristalino. La brisa es suave y el aire maravillosamente límpido.

Creí oír a un pastor que tocaba la flauta y fui a echar un vistazo; no era más que lo tocando la flauta que dice le ha hecho Aglao. Vi que había usado juncos verdes, uniéndolos con cera de abeja y atándolos después con ramitas de sauce cuidadosamente cortadas. Lo me dijo su nombre esta mañana; ahora le pregunté si no le avergonzaba tener a un sirviente tan pobre y de aspecto tan vulgar con tan pocos dientes sanos, pues sé que las mujeres suelen ser muy sensibles respecto a tales asuntos.

Lo se rió y me dijo que pronto tendríamos otro, pues Polos está perdiendo los dientes de leche. Lo ya ha perdido casi todos los suyos. Se puso serio y me dijo que Aglao le gustaba mucho, aunque había en él algo que le recordaba a Elata. No me acuerdo de Elata; intenté ocultarlo, pero lo se dio cuenta de que la había olvidado y me dijo que es la esposa de Hegesítrato de Zakuntios, otro mantis.

-Ella también me gustaba -dijo lo-, pero le tenía miedo. Polos grita.

Su rostro y sus manos extendidas se me aparecen cada vez que cierro los ojos. Sé que intenta hablar conmigo, pero no puedo comprender sus palabras. Prefiero escribir, aunque tuve que golpear al esclavo de Ciclos para que me trajera esta lámpara; escribiré hasta quedarme dormido sobre este taburete, con mi espalda apoyada en la pared.

La reina y el chico al que todos llaman rey llegaron en su carro. El conductor era un esclavo, de poca talla pero muy musculoso; creo que sabe mucho sobre caballos. Quiso saber si había conducido muchos carros. Cuando le dije que no podía estar seguro de ello me guiñó el ojo y me dio un puñetazo en el hombro.

La Reina Gorgo habló conmigo. ¡No puede haber dos mujeres semejantes en el mundo! Me preguntó si recordaba nuestro encuentro en el templo de Ortia. Cuando le expliqué que a veces olvido las cosas me miró y, muy amablemente, me dijo:

-Pero debes recordar que ayer nos vimos en mi casa.

-Naturalmente -le dije-. Ningún hombre podría olvidar a una reina tan hermosa y tan llena de gracia.

Era mentira y me ruboricé casi antes de que las palabras abandonaran mis labios. Desvié la conversación lo más rápidamente que pude hacia el tema de los caballos: todos son de color gris, muy hermosos y de fina estampa.

-Creo que probablemente son los mejores de toda Helas -me dijo la reina-. Les hemos hecho correr contra los caballos de mi sobrino y siempre les han vencido con facilidad; pero ahora él afirma que si te encargas de conducir su carro no puede perder.

¿Piensas arrojar un hechizo sobre mis caballos o lo harás sobre los tuyos?

Le dije que no sabía nada de tales cosas.

Asintió lentamente con la cabeza y sus ojos estaban tristes.

-Me recuerdas a Leónidas; eres un soldado y un hombre sencillo... Sospecho que también tienes algo de su energía. Es bueno para Cuerda que haya hombres como tú, pero no es bueno para sus esposas y sus madres.

Polos había estado examinando su tiro de caballos mientras yo hablaba con Gorgo. Me dijo que tenían muchas ganas de correr y que confiaban en alzarse con la victoria.

-Sabes que no van a ganar -me dijo refiriéndose al tiro que yo conduciría-. Lo único que quieren es terminar la carrera y volver a los pastos.

-¿Cómo pueden saber que no ganarán? -le pregunté-. ¿Te lo han dicho?

Polos se encogió de hombros y su expresión se volvió tan triste y abatida como si fuera uno de los caballos.

-Dicen que el hombre que les conduce siempre les hace galopar demasiado deprisa, y que se cansan y se quedan sin aliento antes de que la carrera haya terminado.

Puse una rodilla en tierra haciendo que nuestros ojos quedaran al mismo nivel.

-Diles que no les pediré que den lo mejor de sí mismos hasta el último tramo de la última vuelta, y que tampoco les gritaré hasta entonces. Cuando grite, la carrera casi habrá terminado. Entonces deberán mostrar de qué son capaces y después serán devueltos a sus pastos. ¿Puedes hacerlo?

-Creo que sí. Espero que me comprendan y que lo recuerden.

Corrimos tres veces alrededor del campo, que era muy grande, como ya he dicho. La meta -y la salida- era el gran roble bajo el que habíamos descansado. Gorgo se quedó junto a él para hacer de juez; alzaba los dedos para irnos indicando el número de vueltas, aunque realmente no era necesario. Cuando su conductor vio que yo no forzaba mis caballos al máximo me tomó una cómoda ventaja y la mantuvo. Permití que lo hiciera, aunque al final de la primera vuelta el Príncipe Pausanias me gritó que fuera más deprisa y volvió a gritarme lo mismo al final de la segunda.

Quizá no debería escribirlo, pero conducir así me hizo sentir una inmensa alegría: avanzar muy deprisa, aunque sin luchar por alcanzar una velocidad mayor, abriéndose paso por la límpida y cálida mañana... No había polvo alguno que pudiera levantarse de la blanda hierba, y los grandes árboles y los muretes hechos de piedras amontonadas parecían girar a nuestro alrededor en una danza centelleante.

No sé si Polos realmente puede hablar con los caballos; esas cosas me parecen imposibles. Pero cuando emprendimos el tercer giro que llevaba hacia el último tramo sentí como los cuatro se preparaban para el esfuerzo final. Logramos recuperar un poco de la ventaja que nos llevaba el carro de Gorgo.

Habíamos recorrido media vuelta..., dos tercios. «¡Ahora!», rugí con todo el aliento que mis pulmones eran capaces de contener, y mi látigo chasqueó como el rayo sobre las cabezas del tiro. Los caballos salieron disparados hacia adelante como si fueran cuatro ciervos.

Cuando hubimos detenido nuestros tiros el conductor de la Reina Gorgo escupió en mi cara todas las palabras malsonantes de que fue capaz su lengua: algunas de ellas me eran totalmente desconocidas. Fingió que iba a golpearme con su látigo hasta que Pasícrates se interpuso entre nosotros. El Príncipe Pausanias le prestó todavía menos atención que yo, pues no paraba de sonreírle a Gorgo y, sorprendido, vi como ella le devolvía la sonrisa. En cuanto a la bonita lo y al pequeño Polos, casi daban saltos de puro deleite; y hasta Temístocles y Simónides sonreían.

El conductor de Gorgo acabó arrojándose a sus pies hablando muy deprisa y señalando a su tiro. No logré comprender todo cuanto le dijo, pero me di cuenta de que le suplicaba permiso para hacer una segunda carrera. Como le expliqué a lo, nunca es bueno hacer que un caballo corra dos veces en el mismo día, aunque en la guerra a menudo no hay más remedio. Lo mejor es darle varios días de reposo después del esfuerzo.

Pero el príncipe accedió a celebrar una segunda carrera antes de la primera comida. Sus conductores pasearon a los dos tiros hasta que dejaron de sudar, examinaron sus pezuñas y, finalmente, les dejaron beber un poco de agua. Le pregunté a Polos si nuestros caballos comprendían que deberían volver a correr. Asintió, y le pedí que les explicara que no era obra mía, si es que estaba en su mano explicárselo, y que cuando les prometí que podrían volver a sus pastos después de la carrera era sincero y creía en lo que decía.

-No les importa -me replicó Polos con el rostro radiante de placer-. Quieren volver a correr.

No les contuve y no lo habría intentado ni aunque hubiera podido, pero tampoco les apremié a correr. Los caballos recorrieron el campo haciendo temblar el suelo con sus pezuñas y se mantuvieron a la altura del carro de la Reina Gorgo hasta el último giro. El carro de la reina se adelantó al mío y perdió repentinamente una rueda. El conductor cayó y su tiro de caballos grises le arrastró por el suelo a lo largo de la mitad del tramo. Durante un momento me pareció que le pasaríamos por encima, pero mi tiro respondió bien y se desvió hacia la derecha. Aun así el conductor quedó bastante aturdido, y cuando vi que Pasícrates cortaba las riendas para separarlas de su muñeca creí que estaba muerto; pero se puso en pie y logró caminar antes de que nos marcháramos.

Tomamos la primera comida aquí. No era buena, pero lo dice que la de los cuarteles es todavía peor. Me ha dicho que comimos allí en algunas ocasiones. Quiere que le pida a la reina que nos deje cenar con ella, aunque ya le he dicho que Ciclos seguramente se ofendería, y tendría buenas razones para hacerlo. Lo le preguntó a Aglao por el paradero del hombre negro, pero lo único que pudo decirnos fue que se había marchado poco después de que habláramos con el príncipe, y que iba solo.

Cuando me marché con Hipoxleas para ir a la sesión de prácticas pasé ante la habitación donde duermen el hombre negro y su esposa; y le oí hablarle con la voz que

usa el oficial cuando da órdenes durante la batalla. No habíamos recorrido mucha distancia cuando los dos vinieron corriendo hacia nosotros. La esposa del hombre negro me preguntó con voz jadeante si podría llevar mi espada después de convertirme en residente de Cuerda; y cuando Hipoxleas afirmó que todas las armas estaban absolutamente prohibidas se me llevó con ella tirándome del brazo casi con rudeza mientras el hombre negro impedía que Hipoxleas nos siguiera.

-Esta noche habrá problemas -me dijo la esposa del hombre negro respirando entrecortadamente-. Mi esposo quiere que bloquee la puerta con la mesa y que no abra hasta no oír su voz. Piensa ir a la ceremonia..., llevará consigo tu espada envuelta en su capa. Te la arrojará si la necesitas.

Le pedí que se llevara a lo y Polos a su habitación.

-No -me dijo-. Aglao puede protegerles mejor que yo, y si el hombre negro le encontrara en mi habitación le mataría.

No diré nada de la sesión de prácticas; no fue demasiado difícil y no recuerdo nada que deba ser consignado aquí salvo, quizá, que la Reina Gorgo se encargó de dirigirla.

Nos reunimos después de la segunda comida para aguardar la salida de la luna, como la otra vez. Guardamos silencio, tal y como se nos ha enseñado durante las prácticas, y las pocas ocasiones en que alguien osaba romper el silencio era acallado inmediatamente por algunos jóvenes Cordeleros. El esclavo que estaba de pie junto a mí en la oscuridad (un bribón nervudo y flaco, por lo que pude ver de él) me dio uno o dos codazos como para asegurarse, a sí mismo y a mí, de que aquello no era ningún sueño. Había oído lo que se decían los esclavos durante las prácticas y supe que eran los que mejor habían luchado en la guerra, y que habían sido escogidos por sus compañeros.

La luna llena se alzó por el cielo y las graves voces del Coro de los Hombres saludaron su aparición. ¡Es imposible que jamás haya existido algo tan hermoso como ese escudo de plata suspendido del brazo de la diosa!

Las voces de los hombres apenas se habían callado cuando oímos el mugir de los toros. Les vimos llegar trotando, uno negro y otro de varios colores, y cada uno iba acompañado por dos hombres fuertes que sostenían la reluciente cadena pasada por su hocico. Las sacerdotisas arrojaron más leños al fuego y, cuando sus llamas tuvieron dos veces la altura de un hombre de buena talla, el Rey Leotíquides mató a los dos toros, que se arrodillaron en reverencia a la diosa mientras morían. La Reina Gorgo y Tisameno (el mantis del príncipe) los examinaron y la reina anunció cada descubrimiento que hacían con su voz fuerte y límpida.

Después hablaron los jueces, y cada uno alabó a Temístocles. Mientras él daba la réplica a sus discursos, vitoreado ruidosamente por todos nosotros, rocé ligeramente el cuerpo del joven Cordelero que acompañaba al esclavo flaco y nervudo en quien me había fijado antes. El pequeño encontronazo estuvo muy lejos de ser violento y dudo que él le prestara ninguna atención; pero mi brazo me dijo que llevaba una daga debajo de la capa. Entonces pensé que le habían advertido, igual que a mí, y creyó más prudente traer consigo un arma aun a riesgo de incurrir en la ira de los dioses.

Temístocles fue coronado por Leotíquides y Pleistarcos y nuestras voces despertaron ecos en los cielos. Creo que no tiene objeto anotar aquí todos los regalos que recibió, pues fueron muchos; pero diré que el príncipe le entregó el más hermoso de todos, un carro de plata en el que había incrustadas piedras preciosas y del que tiraban los caballos que llevé por dos veces a la victoria. Ése fue el último regalo y vi como se dilataban sus pupilas cuando lo recibió. Cuando un hombre descubre que ha llegado a una altura que jamás soñó alcanzar, su rostro se ilumina con una expresión muy peculiar, y ésa fue la expresión que apareció en el rostro de Temístocles de Pensamiento en aquellos instantes.

En cuanto a mí, mi rostro debió de dejar bien claro el asombro que sentía, pues Hipoxleas se volvió hacia mí y, en voz baja, me preguntó si me ocurría algo.

Meneé la cabeza y no le dije que recordaba ese carro, pues lo había visto en alguna otra parte.

Aglao me puso la mano en el brazo y, cuando me volví hacia él, me señaló al hombre negro entre los espectadores; tenía a lo y Polos delante. La luna ya había subido un poco más en el cielo y el fuego sagrado iluminaba toda la escena; pude ver el bulto envuelto en tela que el hombre negro sostenía en sus manos, y que la prudencia le había impedido aproximar demasiado a los jóvenes Cordeleros.

Nos bañamos en las frescas aguas del Eurotas, como también habíamos hecho en las prácticas, pero esta vez no volvimos a ponernos nuestras viejas ropas; nuestros guías nos consagraron con unguento perfumado y nos vistieron de blanco.

Cuando todo esto hubo terminado -y no requirió mucho tiempo-, formamos nuestra doble columna. Hubo una considerable confusión, aunque lo habíamos practicado una y otra vez. Sentí el deseo de gritar órdenes como si estuviéramos en el campo de entrenamiento y vi el mismo deseo en los rostros de Hipoxleas y una docena de Cordeleros más; pero nos mantuvimos en silencio y es posible que gracias a ello la columna acabara formándose con menos problemas que si hubiéramos gritado.

Estoy seguro de que el desfile por la ciudad debería habernos cansado. No puedo hablar en nombre de los demás, pero yo no sentí ni la más mínima fatiga. Creo que las límpidas voces de las mujeres, las gráciles y eternamente cambiantes posturas de las bailarinas y las solemnes escenas presenciadas en un templo detrás de otro nos dieron ánimos a todos. Los rostros tallados de los dioses nos sonreían a la parpadeante luz de las antorchas. Nuestras voces respondían con entusiasmo a las de las mujeres, alabando a cada dios por turno.

Nuestro desfile terminó más pronto de lo que habría creído posible. Otro templo, pensé, y no me sorprendió descubrir que estaba a la orilla del Eurotas. Pero era el templo de Ortia: habíamos vuelto a él y una vez allí le ofrecí a una vieja imagen de la diosa la figurilla de plata que Hipoxleas se había encargado de llevar por mí y arrojé al río mi antorcha para que se extinguiera con un chisporroteo. Los que todavía no habían hecho ofrendas recibieron figurillas similares, aunque las suyas eran de plomo. La mía representaba a la diosa con alas; llevaba un tocado muy complejo y estaba de pie ante su árbol sagrado. Las figurillas de los esclavos que vi representaban a bestias de los bosques o a soldados con hondas o arcos.

El Príncipe Pausanias en persona colocó la guirnalda de flores sobre mi cabeza, tal y como se me había prometido que haría. Se mostró todavía más cordial que por la mañana, pues me abrazó y le dijo por dos veces a Hipoxleas que debía impedir que me ocurriera nada malo durante el banquete que se celebraría a continuación; en cada ocasión Hipoxleas le aseguró que no me pasaría nada. Me pareció extraño que un hombre como yo, más corpulento y (creo) fuerte de lo que es común, debiera ser mimado y protegido igual que un niño. No pude evitar fijarme en cómo brillaban los ojos de la Reina Gorgo, pero era tal el sentimiento de fatuidad que me invadía y la excitación del momento que no me di cuenta de que el brillo era el de las lágrimas hasta que tuve la guirnalda sobre mi cabeza.

Io, el hombre negro, Polos y Aglao se reunieron con nosotros en cuanto empezó el banquete. Había carne y vino en abundancia, fruta y miel, pan endulzado con miel y pasteles..., todo lo que se puede desear en tal ocasión. Comimos y bebimos hasta saciarnos, y el hombre negro recogió higos y uvas y también un odre de buen vino para llevárselo a Bittusilma. A esas alturas la luna escarlata ya iba descendiendo hacia el oeste. La mitad o más de los comensales ya se habían marchado a sus casas, o eso me pareció. Había olvidado la advertencia del hombre negro y quizá él también la había olvidado, aunque el bulto que contenía nuestras espadas yacía a sus pies. No muy lejos de nosotros un centenar de sabuesos perseguían a un ciervo; sus ladridos despertaban ecos en la noche cada vez que los ruidos de nuestro banquete bajaban un poco de nivel.

Entonces oí un grito de angustia y desesperación -espero que jamás volveré a escuchar un sonido semejante-, y con él apareció un hombre, su guirnalda de flores medio caída de la cabeza. Tenía consigo uno de los cuchillos que habían usado las sacerdotisas, y aunque la oscuridad me impidió estar seguro de ello, me pareció que estaba manchado de sangre. Hipoxleas se puso en pie como si quisiera detenerle, recibió la hoja curva en su vientre y me arrancó de un manotazo mi corona de flores. Todo esto ocurrió tan deprisa que cuando Hipoxleas cayó muerto a mis pies aún no había tenido tiempo de cerrar la boca ni recuperarme de la sorpresa.

Una docena de dagas hirieron al hombre que le había matado; la multitud se agitó a nuestro alrededor y perdí de vista al hombre negro y a los demás.

Les busqué por todas partes durante lo que me parecieron días enteros. No logré encontrarles, y cuando imaginé que el cielo ya estaría iluminado por un nuevo día decidí volver a esta casa, agotado y más que medio borracho. Tropecé una docena de veces, pero sólo caí en una ocasión, al chocar con las piernas del esclavo que expiraba.

Él también había llevado una guirnalda de flores; yacía en el polvo a menos de un brazo de distancia de donde había caído. La sangre manaba de su boca, pero aun así intentó decirme algo, perdonarme, advertirme o revelarme no sé qué..., o quizá simplemente rogarme que le ayudara; todos los dioses saben que me apresuré a hacerlo, y de buena gana. Fue entonces cuando le reconocí, pues al intentar detener el flujo de su sangre le había sacado de entre las sombras, llevándole a donde caía la luz de la luna. Era el esclavo que había guiado los caballos grises de la Reina Gorgo y, aunque no le hice ningún daño, no me dejará dormir.

Después de haber vuelto a la casa me he enterado de que el hombre con una sola mano y un grupo de Cordeleros obligaron al hombre negro, a los muchachos y a Aglaos a que abandonaran el banquete: cuando el hombre negro se negó a hacerlo le amenazaron con las leyes de Cuerda.

Me encuentro en un lugar asediado.

Cuarta parte

38 - La pitia

La sacerdotisa del dios en Delfines es muy joven. Parece bondadosa y amable.

He escrito estas palabras y no sé qué más puedo escribir, pero Kichesipos y mi joven esclava me contemplan en silencio.

No pueden leer estas letras y, aun así, saben lo que son las letras. Si me limito a hacer marcas carentes de todo significado me reñirán, pero ¿qué hay digno de escribirse y qué razón hay para que lo escriba? Mi joven esclava ha dormido conmigo. Cuando nos despertamos el príncipe me preguntó si la había convertido en mujer. Ella dijo que sí, pero sé que mintió. Teme que el príncipe me proporcione un muchacho.

Otra vez. lo dice que antes siempre hacía esto, Kichesipos que hablar de mi enfermedad me ayudará a recuperarme, tanto si hablo con él como con el dios resplandeciente de la curación a quien le está consagrado este lugar o, incluso, si me limito a hablarle a este pergamino... Kichesipos dice que cuando nos oímos los dioses también nos oyen. Eso es imposible.

Le he preguntado a lo qué debo escribir. Me dijo que debo escribir todo lo que recuerde. Sólo recuerdo esto: el beso de mi madre antes de que me durmiera. Morí en mi sueño y me vi arrastrado hacia las Tierras de los Muertos, los oscuros reinos que hay bajo las montañas. Vagué durante largo tiempo por las cavernas donde se guardan las noches venideras. Allí había muchas piedras, agua y barro, pero nada más. Oí el relinchar del

caballo de El Que Cosecha, y el rugir de los leones. Acabé volviendo a las tierras de los vivos y llegué a este lugar, el pabellón del príncipe; pero aun así sé que vendrán a por mí.

lo me ha enseñado su nombre; creía que era mi hermana, pero es mi amante. El resto..., el príncipe, Ciclos, el juez, Kichesipos, el hombre negro con la cicatriz en la mejilla, su esposa, Pasícrates, el hombre irritado que sólo tiene una mano, nuestro alegre Polos, Amiklos y Aglao. Hay más cuyos nombres lo no me ha dicho, la mayoría esclavos del príncipe; y la claridad del sol ilumina a muchos más, pues son miles los que se congregan aquí.

Pausanias y yo volvimos a la caverna sagrada. Escribo volvimos porque, según nos dijo Apolonio, parece que ya hemos estado allí antes, aunque no lo recuerdo. Los sacerdotes no llevan sandalias y les está prohibido lavarse los pies. El príncipe me explicó todas esas cosas al ver que les miraba; también me ha contado que deben dormir sobre el suelo, pero aquí todo el mundo duerme en el suelo, salvo él. Hicimos el sacrificio, murmuramos las numerosas plegarias, nos lavamos e hicimos todo aquello que Apolonio nos ordenó hacer. Después entramos en la caverna.

Sus paredes son húmedas y el techo está a gran distancia. A lo lejos, muy por encima de nuestras cabezas, se veía una angosta cuña de cielo casi negro. Gracias a eso supe que nos encontramos en un lugar que no pertenece a las tierras de los hombres; pues cuando nos hallábamos en la ladera de la montaña el cielo brillaba con el hermoso azul que es el más bello de todos los colores. Aquí ardía el fuego sagrado de pino y beleño. Aquí estaba la niña-pitia, envuelta en una penumbra primigenia, sentada sobre su trípode tras una cortina de gasa. Apolonio sólo nos guió hasta la entrada; Anoco, el proxenos de Cuerda, esperaba detrás de él.

-Se me ha prometido la victoria -dijo el príncipe-, y aun así mi conductor está enfermo, agarrotado por un temor que ni él ni yo comprendemos. ¿Qué debo hacer?

Después de que pronunciara aquellas palabras nadie movió un dedo ni hizo sonido alguno..., yo incluido, pues no habría podido. El palpitar de mi corazón ya no resonaba en mis oídos y el aliento no se agitaba en mis fosas nasales. Una voz distante emitió una solitaria nota melancólica que ni subía ni bajaba de volumen.

La pitón se removió en las profundidades de la tierra. La oí: oí el roce de sus escamas y el siseo de sus exhalaciones, tan débil que la creí muy lejana hasta que vi asomar su cabeza por la hendidura que había detrás del trípode. Envolvió a la pitia en anillos fantasmales que apenas si podían distinguirse.

La pitia gritó. Nos sobresaltamos, pues su grito hizo que la vida y el aliento volvieran a nosotros. Extendió los brazos y echó la cabeza hacia atrás hasta que creí que se le rompería el cuello; la voz del príncipe brotó de su garganta. Me volví hacia él, haciendo un esfuerzo tan inmenso como el del lancero caído de su montura cuando aparta los ojos de la hoja que se dispone a arrebatarse la vida; el príncipe no dijo nada y en su rostro había el mismo asombro que en el mío.

-Regio eres y regio serás.

Después Apolonio nos recordó que sólo los sacerdotes pueden comprender los delirios de la pitia, y nos recitó los siguientes versos:

Ni gemas ni lanzas la corona saben forjar,
lo que los dioses encumbran no corresponde al hombre derribar.
Aunque las reinas vistan harapos, reinas serán,
los corazones generosos que las ayuden sus favores conquistarán.

-Tú comprendiste las palabras de la pitia, Latro -dijo el príncipe en cuanto hubimos abandonado aquel lugar sagrado-. Dime cuáles fueron.

-¿Cómo lo has sabido? -le pregunté, pues estaba asustado.

-Porque conoces a los sirvientes de aquel que se encuentra detrás de todos los dioses, como te dije el año pasado. Y porque vi tu expresión cuando Apolonio se preparó para contarnos lo que había dicho la pitia. Bien, ¿qué fue lo que realmente dijo?

Le repetí las palabras de la pitia.

-Dame una interpretación de ellas.

Meneé la cabeza y me abofeteó con la fuerza suficiente para hacer que me tambaleara.

-¡Sé un hombre! Hubo un tiempo en el que habrías intentado matarme por lo que acabo de hacer.

Siguió insultándome durante mucho rato. No recuerdo todo lo que dijo y no lo anotaré aunque lo recordara, piensen lo que piensen lo y Kichesipos. Quizá habría vuelto a golpearme de no ser porque Polos apareció montado a caballo.

Polos bajó de su montura nada más ver al príncipe.

-Alteza...

El príncipe se volvió hacia él.

-Alteza, cuando estábamos en el norte Latro pasaba mucho tiempo montando a caballo. Le gustaba. Pensé que quizá...

La ira abandonó el curtido rostro de Pausanias como una tempestad que se disipa en el mar, dejando tras de sí el sol lavado por la lluvia; sonrió y pasó la mano por la cabellera castaña de Polos.

-Supongo que eso no puede hacerle daño y lo cierto es que esto no le sirve de nada... Latro, ¿quieres montar en este saco de huesos? Meneé la cabeza.

-Entonces probablemente deberías hacerlo. ¡Qué jamelgo! ¿Dónde lo has encontrado, Polos?

-Pertenece a mi tío, Alteza. Es un caballo excelente, de veras.

-¿Al venerable Amiklos? Bueno, en tal caso no debería ser tan duro con él. -El príncipe cogió al caballo por la mandíbula y le levantó los labios-. Pero ya es viejo, Polos..., por lo menos tiene treinta años. Casi demasiado viejo para trabajar. ¡Monta en él, Latro!

Polos se puso a cuatro patas para que pudiera subirme a su espalda, lo que me hizo sentir el deseo de darle una patada.

-Yo iré corriendo junto a él, Alteza -dijo tan pronto como hube montado-. Impediré que se meta en líos.

-¡Bien!

Dejé que el viejo caballo hiciera lo que quisiese, pensando que si decidía moverse lo haría al paso y, para gran asombro mío, salió disparado como si fuera un pura sangre en una carrera. Galopó por el camino, se metió entre los árboles y acabó lanzándose colina abajo, por lo que Polos se quedó tan atrás como el príncipe. Tiré de las riendas; el viejo caballo me obedeció de inmediato, poniéndose al paso, y dejé que las riendas volvieran a caer sobre su cuello. Piafó y casi tuve la impresión de que había hablado.

-Haz lo que te venga en gana -le dije, y me dediqué a contemplar los pinos y laureles por entre los que estábamos avanzando. Me pareció que también podía ver sus raíces, los dedos codiciosos con que hurgan entre los huesos de los muertos.

No tardamos en vernos acompañados por un potro bayo sin jinete que pareció encontrar muy agradable la compañía del caballo de Amiklos; y antes de que pasara mucho rato, la ruta que seguíamos -que había dejado enteramente a elección de los caballos- empezó a subir; por lo que fui ascendiendo la montaña, siempre al paso, durante lo que me pareció un tiempo muy largo.

Acabamos llegando a un pequeño templo construido con la piedra caliza de estos lugares, en el que había una imagen de mármol que representaba a una doncella con un arco, y una mujer de carne y hueso casi tan hermosa como la imagen. Abandonó la sombra del templo y me ofreció las manos.

-Desmonta, Latro. Tú y yo debemos conversar un poco. Aglao, por favor, ¿quieres ocuparte de que nuestros invitados estén cómodos?

El sirviente de maltrecha dentadura en quien no me había fijado hasta entonces salió de detrás de una columna para coger las riendas de mi montura. Apenas bajé de su grupa, el caballo dejó que Aglao se lo llevara y el potro les siguió trotando.

-Hay un arroyo cerca -dijo la pitia de este templo-. Aglao te traerá agua si lo deseas..., pero, ay, no disponemos de otra cosa. ¿No has traído contigo tu pergamino?

Meneé la cabeza.

-Lástima. Tenemos que hablar de asuntos muy importantes. Aún no puedo hablar de ellos porque no todos los que deben estar presentes han llegado. Pero debes prometerme que lo anotarás todo en tu pergamino. De hecho, creo que yo también debería hacer algo parecido..., mi esposo dice que bebo demasiado. Pero, naturalmente, bebo para olvidar.

Le prometí que seguiría su consejo y lo escribiría todo (cosa que estoy haciendo ahora), pues el roce de sus dedos me había animado un poco; y me disculpé por no haber traído vino.

-Hubo un tiempo en el que fuimos amantes -me dijo-. Compartimos nuestros labios y nuestras copas. Puede que volvamos a serlo, pero no ahora y no en tu estado de hoy.

Asentí indicando que estaba de acuerdo, pues no siento deseos de acostarme con ninguna mujer.

Aglao no tardó en volver acompañado por Polos y el tío de éste, el anciano y adusto Amiklos. Habían bebido en el arroyo y aún estaban limpiándose la boca, arrojando gotas centelleantes a la luz del sol. Me di cuenta de que tenía mucha sed, pero sólo como podría haber sido consciente de la sed de otra persona: satisfacerla me parecía algo carente de objeto. La mujer les dio la bienvenida y todos nos resguardamos a la sombra del templo.

-Espero que no te importe que te hayamos traído aquí -dijo Polos-. Sólo intentamos ayudarte.

Le dije que cuando me había invitado a subir sobre su espalda había ido demasiado lejos, y que mi vejez ya estaba lo bastante cercana para que me la recordara de esa forma.

-¿Y qué opinas de haberte sentado sobre mi espalda para cabalgar? -me preguntó.

Le dije que aún tardaría algún tiempo en pedirle eso.

-Pero si ya lo has hecho: para robar los caballos y después para matar al jabalí.

Le lancé una mirada de enfado.

-¡Ya sé que no lo recuerdas, pero es cierto! -me dijo-. Díselo, Elata..., la primera vez tú estabas allí.

-Puedo mostrártelo si quieres, Latro -me dijo la pitia-. Robaste los caballos del sol con la ayuda de Polos, un león y una mujer llamada Faretra.

El muchacho apartó la mirada como si se sintiera incómodo. Su anciano tío le puso la mano en el hombro.

-Crees que los grandes guerreros no deberían llorar. ¿No puedes comprender que los más grandes deben hacerlo? -Su sobrino no dijo nada y Amiklos siguió hablando-. Tienes en gran estima a la fuerza, Polos, y no hay nada de malo en ello, porque todavía no eres fuerte. Pero Latro no puede tenerle demasiada estima; es fuerte y ha aprendido lo poco que la fuerza es capaz de conseguir. Verás, un muchacho puede admirar a un héroe..., de hecho, a tu edad, es algo natural. Pero si ese héroe sintiera hacia sí mismo la admiración que tú sientes hacia él sería un monstruo, y no tendría nada de héroe.

-No me avergüenzo de ti, Latro -me dijo Polos en cuanto me hube limpiado los ojos-. De veras, no me avergüenzo... Te has acordado de Faretra porque Aglao está aquí, nada más.

Aquello me sorprendió lo suficiente para arrancarme durante un momento a las garras de mi desesperación. Estoy seguro de que me quedé boquiabierto, y Aglao pareció tan sorprendido como yo.

-¿Puedo explicárselo? -le preguntó Polos a su tío.

-No, yo se lo explicaré. Olvidas las cosas, Latro. Hemos hablado de eso antes, por lo que sé que lo sabes. Es obra de Gea, como hasta la joven lo comprende, y Aglao está consagrado a ella.

Mi sirviente de maltrecha dentadura meneó la cabeza.

-No quiero ofenderos, señor, pero nadie me había dicho nunca eso.

-Has sido amante suyo desde que eras un muchacho, Aglao, o eso pienso yo. Ella te devuelve el amor que le das y quizá te ama todavía más porque lo ignoras.

Un recuerdo volvió a mí como si un pájaro se hubiera posado sobre mi cabeza y hubiera empezado a cantar.

-Has visto al dios Todo -le dije a Aglao-. Me lo contaste en una ocasión.

-He visto unas cuantas cosas -admitió Aglao, mirando fijamente a Polos y Amiklos-. Normalmente tengo el sentido común suficiente para no hablar de ellas con gente que no me creerá. Te lo conté porque tú también le habías visto.

Asentí.

-¿Qué estás haciendo aquí, Aglao? ¿No tienes trabajo?

-Ella me trajo -explicó Aglao señalando a la pitia-. Se presentó cuando estaba ayudando a los cocineros. Lo la conoce y me dijo que debía ir con ella y hacer lo que me ordenara, y eso es lo que he hecho.

-Este lugar es un santuario de mi señora -dijo la pitia-. Tú la llamas diosa y yo soy su sirvienta..., mucho más de lo que lo o Aglao lo son tuyos. He sido enviada a esta disputa para representar sus intereses. Amiklos, Polos y Aglao están aquí en representación de Gea, su enemiga, que te robó la memoria.

-El Príncipe Pausanias interrogó al oráculo -dijo Polos-, y el dios que mora allí le dijo que debía buscar a mi tío y hacer que te ayudara. Es famoso por su sabiduría en el arte de curar.

-Me temo que no he podido hacer gran cosa por ti -añadió el viejo Amiklos-. Ésa es la razón de que estemos aquí.

-Y yo estoy aquí sencillamente porque soy amigo de Latro -dijo una nueva voz.

El que así había hablado salió de entre los pinos a cierta distancia ladera abajo. Es musculoso, de estatura media y tiene los ojos astutos de un zorro.

-Dudo que te acuerdes de mí, pero me llamo Sísifo. Un conductor de carros al que venciste me habló de esto y pensé que me gustaría participar. -Vaciló y acabó lanzando una alegre carcajada-. Tú no puedes comprender dónde está la gracia del asunto, pero es muy divertido.

-Ahora ya podemos empezar -murmuró la pitia.

Polos le dijo que mi prolongado paseo a caballo me había animado un poco y Kichesipos me acompañó a la ciudad y volvió conmigo. Ahora ha insistido en que debo escribir sobre ello. El sol brillaba y hacía un día magnífico. Un esclavo me llamó hermano en la plaza del mercado. Sentí vergüenza y fingí no haberle oído. Después le pregunté a Kichesipos por qué me había llamado hermano. Kichesipos me ha dicho que fui liberado por el príncipe. Son Hombres Escarlata y su nave se encuentra en Ciparisa. Serán vendidos con sus propiedades, que se dice son de gran valor, en cuanto hayan acudido más espectadores a los juegos. Kichesipos también es esclavo del príncipe; dice que no desea la libertad. Dice que la pitia es esclava del dios, y que una esclavitud siempre se parece mucho a otra.

39 - Diokles

El gimnastes ha empezado mi entrenamiento. El Príncipe Pausanias quiere que boxee y que luche en el pancracio, aparte de conducir su tiro en la carrera de carros. Diokles habló con él, Ciclos, Tisameno, Amiklos y conmigo esta mañana. Diokles es una cabeza

más bajo que yo. Tiene la barba enmarañada y de un gris oscuro, y escupe con frecuencia. También está entrenando a Pasícates para las carreras a pie.

-Ya veo que es fuerte -dijo Diokles-. ¿Qué le ocurre?

El príncipe miró a Tisameno, quien se encogió de hombros.

-Ha perdido el ánimo y no puede recordar las cosas, nada más -dijo el viejo Amiklos-. Pero el ejercicio parece ayudarlo, no le sienta mal.

Diokles asintió como si supiera mucho de esas cosas.

-Así suele ocurrir. ¿Y qué le ha provocado tal abatimiento?

Tisameno suspiró.

-Dejad que nosotros nos encarguemos de eso, señor. No recuerda las cosas, como ya se os ha dicho.

Ciclos carraspeó, haciendo un ruido como el de quien tiene la sensación de que ha llegado el momento de tomar el control de la situación.

-El mantis de nuestro príncipe regente y este hombre, que se me ha informado es un médico de mucha fama, están ocupándose de esas dificultades. Vuestra misión será preparar su cuerpo para las competiciones.

Diokles asintió para demostrar que le comprendía, aunque sus ojos indicaban que quería discutir.

-Es vital para Cuerda que haga un buen papel. Debe ganar en por lo menos una prueba y comportarse dignamente en las demás..., no se aceptará ninguna clase de excusas. ¿Cuándo le inscribiréis?

-Mañana, cuando se abran las listas, si puede pagar la tarifa.

El príncipe sonrió.

-Tisameno puede pagarla. Irá contigo..., quizá haya algunas dificultades. Puedes decirles a los hellanodikai que Tisameno habla en mi nombre y en el de nuestra ciudad. El les explicará que Latro reúne todos los requisitos necesarios para participar.

-Comprendo. -Diokles asintió para sí.

Nos quedamos a solas y observamos como Pasícates corría por la pista. Diokles me preguntó cuáles eran los requisitos que no poseía y le dije que lo ignoraba.

-Pues yo juraría que no te falta ninguno -me dijo-. No hace falta que te preocupes por eso, ¿comprendes? Estaré siempre allí para apoyarte. Pero tengo que saber a qué nos enfrentamos. No eres de la Isla Roja, ¿verdad? No hablas con su acento.

-Creo que tienes razón -le dije.

-Pero ¿no lo sabes? ¡Uf! ¿Sabes luchar?

-Quizá sepa algo sobre eso.

-Bien. Muchos luchadores se inscriben en el pancracio, pero nunca ganan. Habla con ellos y te dirán que en cuanto consigan ponerle la mano encima al adversario todo habrá terminado. Magnífico. Puede que eso les lleve a las semifinales, ¿entiendes? A partir de ahí, no consiguen ponerle la mano encima a nadie. -Se calló como si aguardara mi reacción-. Sabes de qué estoy hablando, ¿verdad? ¿Sabes qué es el pancracio?

-Creo que puedo adivinarlo por su nombre -le dije.

-Pero ¿nunca has visto una competición de pancracio?

-No lo sé.

Diokles escupió en el suelo.

-Oh, sí, no cabe duda de que me han encomendado un trabajo maravilloso... De acuerdo, es boxear, luchar y dar patadas. ¿Sabes boxear?

-Creo que sí.

-Ya lo descubriremos. ¿Y lo de dar patadas?

-Supongo que cualquiera es capaz de dar patadas -le respondí.

Diokles volvió a escupir.

-Quítate esas sandalias. No vuelvas a ponértelas hasta que hayan terminado los juegos. -Extendió el brazo dejando la mano recta a la altura de su hombro-. Dale una patada, y con fuerza. Cuanto más fuerte le des más contento me sentiré.

Le di una patada con toda la fuerza de que fui capaz, pero la punta de mi pie apenas si rozó su palma.

-¡Vuelve a intentarlo!

El resultado no fue mucho mejor que el anterior.

-¡Con el otro pie!

Esta vez ni tan siquiera logré tocarle la palma.

-Ahora extiende la mano.

Hice lo que me decía; las puntas de mis dedos quedaban a la misma altura que sus ojos. Sus pies se movieron como los puños de un boxeador: derecha-izquierda-derecha, y cada patada llegaba más arriba de su cabeza. Aparté la mano a la tercera.

-Hay media docena de patadas y vas a aprenderlas todas con los dos pies. Eso es lo primero. Te enseñaré cómo has de entrenarte con el korikos.

Me lanzó un golpe a la cara sin avisar. Lo paré con el antebrazo y retrocedí. Me golpeó con la otra mano y también paré ese golpe. Su puño derecho se lanzó velozmente hacia mi cintura; lo aparté de un manotazo.

-Y ahora veamos qué tal lo haces tú... Sabes boxear -admitió cuando le hube pellizcado la nariz y abofeteado la cara-. El príncipe dice que te ha visto conducir y que eres bueno. Es el único asunto en el que me fío de su palabra, pero en cuanto a eso tengo una fe ciega en él..., esos hombres de sangre noble suelen entender mucho de caballos aunque no entiendan de nada más. El problema estará en el pancracio.

Pasícrates pasó ante nosotros en ese momento.

-¡Una vuelta más tan deprisa como puedas y luego te daré unas friegas! -le gritó Diokles.

Viendo a Pasícrates correr por la pista, cualquiera habría pensado que acababa de empezar. Parecía volar.

-Podría ganar -dijo Diokles con voz pensativa-. Vamos a inscribirle en el estadión, el diaulos y el dólicos. Por los gemelos, creo que tiene una posibilidad de vencer en cada una de esas pruebas... ¿Es amigo tuyo?

Dije que suponía que lo era.

-Dice que la chica es tuya, pero que tú y él compartís al chico.

Me pareció más prudente asentir, y así lo hice.

-No te acerques a ninguno de los dos hasta que hayan terminado las competiciones, ¿comprendes? Se lo dije a él y ahora te lo digo a ti. ¡No les toques, ni a ellos ni a nadie!

lo está mirándome, pero no voy a escribir más.

Hoy lo me llevó en secreto a un bosquecillo cuando estaba muy cansado. La mujer tenía vino y había traído consigo un lienzo para que nos tendiéramos sobre él. Bebí y le expliqué que no estaba interesado en ella y que no tenía dinero. Se rió y tomó mi virilidad entre sus dedos y la acarició; pero pasado un rato volvimos aquí.

Diokles se sentó a mi lado después de la segunda comida.

-Latro, no logro entenderte -me dijo, y yo le respondí que no había razón alguna que le obligara a ello-. Tengo que ganarme mis honorarios -replicó, y escupió-. El viejo juez cree que si no ganas no pagarán.

Asentí, sabiendo que lo que decía era cierto.

-Bueno, pues se equivoca. Verás, aquí todos tenemos alguna que otra relación con el oráculo, ¿comprendes? No nos queda más remedio. Cada año tenemos que hacer una ofrenda después de los juegos y créeme que eso cuesta mucho dinero. Pero cuando alguien no paga los sacerdotes van a por él, así que conseguiré mi dinero, y deprisa. ¿Me estás escuchando?

Le dije que le escuchaba.

-Pero en tu caso... ¿Cuál es tu problema? Anda, dímelo.

Le dije que no lo sabía y después que no importaba.

-¡Bah! Puede que a ti no te importe, pero a mí sí. Quieres ganar, ¿no?

-Supongo que sí.

-De acuerdo, pues entonces deja que te diga algo. Sea cual sea la prueba que escojas, la habilidad con la que un hombre ha nacido cuenta mucho. Eso es un regalo de los dioses. Nadie puede alterarla. El estado físico también cuenta mucho..., es muy importante. Después viene el entrenarse todo lo posible y después las ayuditas que pueda darte alguien como yo, alguien que ha estado aquí, ha estado en Olimpia, ha estado en Nemea y en Istmia una docena de veces... Ese tipo de cosas pueden suponer una gran diferencia. Pero lo más importante es lo que hay en el corazón de un hombre..., el si desea tanto ganar que hará cuanto sea preciso para conseguir la victoria. ¿Conoces esa historia que cuentan sobre Heracles y la carreta?

No la conocía y no tenía ganas de conocerla; aun así, voy a anotarla aquí porque debo escribir algo. (Temo que si dejo de escribir quizá acabe arrojándome sobre mi espada. Hay un espíritu en mi interior que anhela hacerlo, y cada vez que suelto el punzón mi mano va hacia la empuñadura.)

-Un granjero había estado intentando llevar su carreta por un camino muy angosto -me dijo Diokles-, y la carreta acabó cayendo a la cuneta. «Padre Zeus», rezó el granjero, «envíame ayuda, por favor. Nunca conseguiré sacarla de la cuneta yo solo». Y entonces, ¿quién crees que apareció andando por el camino? Pues nada menos que Heracles de la Colina, el hombre más fuerte del mundo. «Alabado sea Zeus», dijo el granjero, «pues él te ha enviado en respuesta a mi plegaria. Noble Heracles, ¿querrás sacar esta vieja ruina de la cuneta donde ha caído? Y también podrías ayudar a mis bueyes...». Pero Heracles se limitó a reír. «El padre Zeus no ha oído ni una palabra de lo que has dicho, y si yo pasaba por aquí ha sido por pura casualidad», le dijo. «Ahora, coge tu látigo con la mano derecha y tu aguijón con la izquierda. Apoya tu hombro en esa rueda, grita tan fuerte como puedas y maldice a tus bueyes con todo el entusiasmo de que seas capaz. Esa es la única forma de que el padre Zeus oiga a un hombre.» Y es cierto -afirmó Diokles-. He visto ganar a hombres y a muchachos que no tenían ni una sola posibilidad. Se habían quedado sin aliento y estaban nueve o diez zancadas por detrás del otro, y acabaron ganando a quienes jamás habrían tenido que ser derrotados por alguien como ellos. Algún dios les ha visto, ¿comprendes? «Vaya», se dice el dios, «ese pobre insecto que ya no puede avanzar ni un solo paso más tiene coraje... Creo que le daré un pequeño empujón». Ningún dios hará eso por ti -terminó diciendo Diokles al ver que yo no abría la boca-. No en tu estado actual...

Y entonces le hablé de lo que siento como no le he hablado jamás a nadie, ni tan siquiera a la pequeña lo. No recuerdo el gran número de palabras tristes y cansadas que utilicé, pero lo que dije fue esto: me parece que en la tierra no hay nada salvo traiciones y odio y el anhelo de verter sangre y más sangre. El hombre es un lobo para los demás hombres, un vil predador que se alimenta de su propia especie. Sé que eso es cierto en mi caso, por mucho que deteste tal idea. También sé que es cierto en todos los demás, sin excepción alguna; y que la mayoría de los hombres ni tan siquiera detestan el que sea así, como yo lo detesto.

Dejé de escribir y guardé mi espada en el cofre, pues le tenía miedo; después busqué un sendero solitario por el que caminé muchos estadios. Al rato acabó pareciéndome que no estaba solo. Al principio no pude verle. Pasado un tiempo distinguí una figura sombría y, por fin, un hombre que me pareció tan sólido como yo. Le pregunté si era un fantasma y admitió de buena gana que lo era.

-Eso no es razón para que me tengas miedo -me dijo el fantasma-. Los muertos somos la inmensa mayoría..., vosotros los vivos estáis tomándoos una especie de vacaciones

que pronto terminarán. Después comentaremos lo ocurrido y nos iremos. Oye, ¿recuerdas haberme ayudado con aquella roca?

No lo recordaba, pero no dije nada.

-Me han dejado volver a verte gracias a lo que hiciste. Nuestra reina dijo que podía hacerlo..., a veces se portan de una forma muy extraña. ¿Te he contado alguna vez por qué ella y nuestro rey se enfadaron tanto conmigo? Es una historia bastante interesante.

El fantasma esperaba una respuesta, por lo que meneé la cabeza; la luz de la luna debió de permitirle ver mi gesto.

Se rió.

-Bueno, antes de morir llegué a la conclusión de que lo más probable era que no me gustaran mucho las Tierras de los Muertos; por lo que le hice prometer a mi esposa Merope que, dijeran lo que dijeren los demás, no enterraría mi cuerpo y que tampoco lo quemaría. Merope es una buena chica..., no es demasiado lista o de lo contrario jamás se habría casado conmigo; pero en cuanto da su palabra puedes confiar ciegamente en ella. Cumpliré la promesa que te haya hecho aunque le cueste la vida.

-Ya veo -le dije.

-Oh, dudo mucho que puedas verla. -Me señaló un grupo de estrellas-. Es la que no puedes ver..., la familia jamás la ha perdonado. Bueno, el caso es que me morí (ser mortal, etcétera, ya sabes), y Merope no enterró mi cuerpo ni lo quemó, tal y como me había prometido. Antes de que pasara mucho tiempo todo el palacioapestaba, pero Merope no permitió que nadie lo tocara.

»En cuanto estuvo lo bastante maduro para que la gente se pusiera realmente nerviosa fui a ver a nuestro rey. "Déjame volver a las Tierras de los Vivos -le dije-, para que pueda vengarme de la esposa infiel que ni tan siquiera quiere proporcionarme un entierro decente." Yo sabía hasta qué punto se toma en serio ese tipo de cosas, ¿comprendes?

»Bueno, para abreviar una larga historia el caso es que me dejaron marchar. Salí corriendo y me escondí, y me lo pasé de maravilla hasta que acabaron haciéndome volver. Pero esta vez no pienso repetir el truco..., podrían buscarme otra roca que empujar.

Su voz se puso repentinamente seria.

-Lo que he venido a decirte, amigo, es que hemos estado pensando en matar a Pasícrates.

-Si tal es vuestro deseo...

El fantasma puso una mano sobre mi hombro, y aunque parecía la mano de un hombre vivo, estaba tan fría como el hielo.

-La mayoría de nosotros estamos de acuerdo en que es una idea terriblemente atractiva, pero nuestros videntes nos dicen que al parecer eso no te ayudaría mucho..., al menos, no hasta después de que hubieras muerto.

-Lo cual ocurrirá pronto -aseguré.

-Tienes razón, amigo mío, y precisamente por eso no hay motivo para que apresures el curso de los acontecimientos. De todas formas, y dado que matarle no serviría de nada, tendremos que obligarle a que se olvide de todo el asunto. Ah, por cierto, esa Elata es una chica excelente... Me recuerda mucho a Merope y está de tu parte, no sólo en recuerdo de los viejos tiempos sino porque le prometiste a la Cazadora que te ocuparías de que la carrera acabara como ella desea. Hizo que ese mantis suyo examinara el futuro para nosotros y está de acuerdo con Amiklos. Amiklos está de tu parte por complacer a su sobrino, naturalmente...

Cuando volví a este lugar descubrí que alguien había colocado una vieja capa sobre dos taburetes, como si quisiera proteger el sitio donde dormiría. No le di más importancia, pero cuando me acosté descubrí que había una mujer yaciendo junto a mí.

-Has estado lamentándote -me explicó-. He venido para limpiar tus lágrimas con mis besos.

¡Qué sinuoso era su cuerpo, cuan fragante y suave gracias al aceite perfumado que lo cubría! Quizá fuera que el fantasma me había devuelto un poco de esperanza, quizá sólo fuese que ella era distinta de las demás mujeres; no lo sé, pero aunque la mujer del vino no logró nada de mí, con ella volví a ser hombre.

Después caminamos cogidos de la mano bajo la luz de la luna.

-Te conozco -me dijo-. ¡No me extraña que tuviera ese sueño! Estoy enamorada de ti. Su nombre es Anisia.

-He sido enviada por Diokles, el gimnastes -dijo, y me puso unas cuantas monedas en la mano-. Esto es lo que me dio. Devuélveselo..., o quédatelo, si quieres.

Después de que se hubiera marchado dormí bien, pero creo que durante poco tiempo. Ahora vuelvo a estar despierto; el sol todavía no ha asomado por encima de las montañas.

40 - Por los días pasados

Elata es buena conmigo por esa razón y, en parte, porque le prometí a la Cazadora que la carrera terminaría tal y como desea..., o eso dijo el fantasma. Leí lo que había escrito y después pregunté quién era Elata. Lo me explicó que la habíamos conocido en el norte, y que allí conocimos también a Hegesítrato, su esposo; lo me dijo que era un mantis, como ya me había contado el fantasma. Parece ser que Elata era la mujer del vino sobre la que escribí antes.

-Están aquí acompañando a un hombre de Zakuntios que va a participar en cinco pruebas y para consultar con el oráculo. Zakuntios no es lo bastante grande para tener un participante en cada prueba, tal y como hace Cuerda.

Quería saber si recordaba mi encuentro con Elata en el bosquecillo. Admití que no lo recordaba, pero dije que había leído el pasaje del pergamino que hace referencia a él y al oírlo lo se ruborizó.

-Elata pensó que quizá sería capaz de devolverte la alegría -me contó-, y yo le dije que si eso servía para hacerte sentir mejor no me importaba. Y la verdad es que estás mejor, pero creo que se debe a la comida especial. Kichesipos tuvo una terrible discusión con Diokles sobre la comida y Amiklos parecía dispuesto a pelearse con los dos. Dice que has de comer más cebada y que debes abstenerte de probar la carne.

Le dije que comería lo que mis médicos desearan, fuera lo que fuese, si ello podía ayudarme a recordar.

-No es para eso --dijo lo-. Es para hacerte sentir un poco mejor y creo que está teniendo cierto efecto. Vuelves a escribir más en tu pergamino, y eso es buena señal.

lo también me dijo que Hegesítrato siente muchos deseos de verme, aunque no vendrá a nuestro pabellón. Teme a los Cordeleros. Hay tregua en toda Helas en honor a los juegos, pero Hegesítrato no confía en ellos.

lo dice que la Cazadora es una diosa. No sabe nada sobre la promesa que le hice, pero dice que quizá hiciera un juramento en su templo de Cuerda. El hombre negro no permitió que lo y Polos fueran al templo conmigo.

Él y su esposa nos acompañarán a Pasícrates, Tisameno y a mí esta mañana cuando vayamos a Delfines con Diokles para inscribir nuestros nombres en las listas de participantes. Ahora estamos esperando a Diokles.

Mientras espero he leído pasajes sobre muchos días ya pasados. «Faretra, o "estuche del arco", es la palabra más aproximada que conozco, aunque cuando me dirigí a ella dándole ese nombre se rió de mí...» El corazón me dio un vuelco al leer este pasaje. ¿Qué ha sido de ella? Quizá murió a causa de su herida.

Tisameno vino a hablar con el hombre negro y conmigo. Sé que lo no le aprecia, pero parece amable y cortés, y todo el mundo hace caso de sus opiniones porque se dice que es un mantis ilustre.

-La noche pasada hablé con Trioditis sobre vos, señor -me dijo-. Hará cuanto esté en su poder para ayudaros siempre que vos hagáis todo lo que esté en el vuestro para ayudar a Cuerda. «La reina debe ganar», dijo, «y por lo tanto la reina debe perder». ¿Tiene eso algún significado para vos?

Meneé la cabeza, y lo mismo hizo el hombre negro.

-Estoy seguro de que quien debe ganar es la Reina Gorgo, su sacerdotisa -nos dijo Tisameno-. Cuando conduzcáis el carro para nuestro príncipe regente también la representaréis a ella. El resto..., debemos esforzarnos por entenderlo. El favor de la divina Trioditis ya os ha hecho mejorar -siguió diciendo Tisameno-. Espero que en vuestra mente no haya tomado forma la idea de quitaros la vida...

No dije nada y el hombre negro me miró.

-Señor, cuando el alma se ha visto abrumada por la pena, tal y como le ha ocurrido a la vuestra, un hombre no hace nada que no se vea obligado a hacer pues cree que nada puede ayudarle -me dijo Tisameno con amabilidad-. En esos momentos no es peligroso, ni para él ni para nadie más. Pero en cuanto las garras van apartándose de él, la esperanza, el último horror surgido de esa caja letal que los dioses prepararon para los hombres, si se me permite definirla así..., la esperanza, pues, vuelve a hacer acto de presencia. Es entonces cuando su familia y sus amigos deben vigilar a ese hombre, pues puede pensar que poniendo fin a su existencia quizá logre acabar con sus penas.

Le confesé que a veces había sentido agitarse en mi interior ideas similares.

-No confiéis en ellas. -Puso la mano sobre mi rodilla-. Confiad en mí. He tenido tratos con muchos fantasmas y son todavía menos felices que nosotros y nos envidian. He oído contar que cuando cruzasteis las tierras bárbaras viajasteis durante un tiempo en compañía de Hegesítrato el telidiano. ¿Es cierto?

Asentí, recordando lo que lo me había dicho sobre él.

Tisameno meneó la cabeza.

-Es un gran mantis, señor, y hay algunos que ahora le consideran el líder de nuestro clan, aunque no se atreva a mostrar su rostro en Elis. Pero está devorado por la malicia, señor... Soy pariente suyo y pronunciar esas palabras hace que mi boca sienta el sabor acerbo de la hiél, pero son ciertas. Es enemigo jurado de Cuerda y ha afirmado que la destruirá, si es que Cuerda no le destruye a él.

El hombre negro hizo varios gestos seguidos con gran rapidez. No comprendí la mayoría de ellos, pero estoy seguro de que uno pretendía representar una daga hundiéndose en su propio pecho.

-Es cierto -nos dijo Tisameno-. Fue prisionero de Cuerda y escapó de la forma que describes. -Lanzó un suspiro-. ¡Qué infinita es la paciencia y el esfuerzo que los dioses invierten en la tarea de enseñarnos! A veces hablamos de un hombre que no se detendrá ante nada; yo mismo he pronunciado más de una vez esas palabras. Y, sin embargo, cuando tenemos que tratar con uno de esos hombres, jamás pensamos en que realmente no se detendrá ante nada.

Tisameno me atravesó con sus ojos.

-Pero ha tratado mal a nuestra ciudad..., tanto a la vuestra como a la mía. Olvidáis las cosas, ¿hmmm? Espero que no hayáis olvidado que se os proclamó residente de la ciudad más gloriosa de toda Helas.

La verdad es que no recordaba nada de eso, pero la cortesía me impulsó a decirle que no lo había olvidado.

-También a mí se me ha concedido el mismo privilegio. -Tisameno se puso la mano en el pecho-. Los dos somos sus hijos adoptivos, señor. Estoy seguro de que ya habréis oído decir que el noble Pasícrates desea casarse para poder adoptar a ese pequeño bárbaro llamado Polos. Decidme, señor, ¿quién le debe más lealtad a su padre? ¿El hijo de su cuerpo o uno al que ha adoptado?

Dije que suponía que el hijo adoptado, pues su padre también había sido el hombre que le rescató.

-¡Excelente razonamiento, señor! Considerad entonces cuál es mi posición, si sois tan amable... Me hallaba en Elis, donde sigo poseyendo la casa que en tiempos compartí con mi esposa, para asistir al Festival Italoano y allí estaba también mi primo, profiriendo los más groseros insultos y las más viles calumnias contra esa misma ciudad que poco tiempo antes me había honrado convirtiéndome en hijo suyo. ¿Qué debía hacer? ¿Guardar silencio y que mi silencio pareciera un asentimiento a sus palabras? Intenté responder a sus difamaciones y vi como hombres a los que conocía desde mi juventud me hacían callar a gritos..., hombres a los que, de hecho, creía amigos míos.

«Desesperado, le mandé una carta a nuestro mecenas y otra a mi buen amigo Ciclos, cartas que fueron llevadas por el más veloz de mis esclavos. En ellas les contaba lo que había visto y oído y les apremiaba a que advirtieran a mi primo de que estaba convirtiendo en enemigos a quienes habrían preferido ser sus amigos. ¿Acaso no habrías hecho lo mismo?»

Le dije que sí, aunque probablemente yo habría ido personalmente a Cuerda para asegurarme de que todo se hacía con la mayor celeridad posible.

-Tenéis razón, señor. Dio la casualidad de que el príncipe regente todavía no había vuelto a la ciudad, pero Ciclos envió a varios funcionarios de su confianza para que intentaran razonar con mi primo. Se presentaron como una delegación, comprendedlo, y no como una fuerza militar... Creo que en total no pasaban de los cinco o seis hombres. Elis les dio la bienvenida, y cuando descubrieron que nada de cuanto pudiesen decir haría cambiar de opinión a mi primo, le invitaron a visitar Cuerda, donde podría hablar personalmente con Ciclos, observando que jamás se había tomado la molestia de conocer el modesto lugar al cual había imputado tanta maldad. Mi primo intentó ganar tiempo; los funcionarios insistieron y por fin, después de haber recibido el permiso de los magistrados, le arrestaron y le llevaron a Cuerda haciendo uso de la fuerza. Señor, ¿sabéis cuál es el encierro más común a que son sometidos los criminales en Cuerda?»

No lo sabía, y el hombre negro tampoco.

-Son arrojados a un pozo, señor, y después se les echa la comida desde lo alto. Podéis estar seguro de que mi poco educado primo no fue sometido a ningún tratamiento semejante. Al contrario, el mismo Ciclos, que es uno de los hombres más distinguidos de nuestra ciudad, le dio la bienvenida como huésped en su propia casa aunque, cuando mi primo insistió en marcharse de inmediato, acabó viéndose obligado a mantenerle encerrado en ella.

»Como iba a decir, creo muy probable que mi primo cargue con la responsabilidad de la pena que os oprime. Es más que posible que os haya hechizado de alguna manera. Deseaba hablar con vos porque he oído decir que se encuentra aquí para asistir a los juegos. Confío en que recordaréis su aspecto... Si no lo recordáis, vuestro amigo puede describíroslo.

Cuando escribí todo lo anterior no tenía ni idea de que tardaríamos tan poco en ver a este hombre que, al parecer, es conocido con el nombre de Hegesítrato de Elis. Diokles se presentó sin avisar (ésta es la razón de que dejara de escribir) y fuimos al lugar donde los jueces de los juegos reciben a quienes desean tomar parte en ellos; había una gran multitud, y no tardé en enterarme de que veníamos no sólo de todas las partes de Helas sino también de todos los demás lugares donde se habla la lengua de los helenos.

Muchos fueron examinados concienzudamente en este patio de Delfines, pues la regla dice que sólo los helenos pueden competir. De hecho, la esposa del hombre negro me contó que éste deseaba participar en el estadión y en el lanzamiento de jabalina, pero se le dijo que no podía hacerlo, aunque se ofreció a pagar su tarifa él mismo. Esperamos allí durante un rato antes de que se nos permitiera hablar con uno de los helanodikai.

Aquel hombre conocía a Diokles y le saludó llamándole por su nombre. Diokles nos presentó y le explicó que el hombre negro comprendía que no se le permitiera participar, pero que deseaba observar la forma en que eran dirigidos los juegos con vistas a crear un evento similar en su propio país. El nombre de Pasícates fue inscrito en las tres listas tan pronto como se abonó su tarifa.

-¿Eres heleno? -me preguntó el helanodikas después de haberme mirado a la cara durante cierto tiempo.

-Desde luego -dije y, siguiendo las instrucciones de Diokles y Tisameno, le expliqué que se me había hecho ciudadano de Cuerda.

-Esas palabras son tan ciertas como el bronce de buena ley, Agatarcos -afirmó Diokles cuando hube terminado de hablar-. El mismo Rey Pausanias me lo confirmó. No quise aceptarle hasta que no me lo hubo asegurado personalmente.

-Comprendo. -El helanodikas se acarició la barba.

-Conducirá el carro de Su Alteza -le dijo Tisameno-. Yo mismo he sido declarado Cordelero, como quizá ya sepas; se me suele llamar Tisameno de Elis. Estoy seguro de que el noble Pasícates, que es Cordelero de nacimiento, también estará dispuesto a responder de él.

Todos los ojos se volvieron hacia el hombre que sólo tiene una mano, y cuando habló, su voz parecía el silbido de una serpiente.

-Es un residente de mi ciudad..., pero no es heleno.

Después de que pronunciara esas palabras vi algo que jamás habría creído posible ver. Tisameno giró sobre sí mismo y amenazó con su puño al hombre que sólo tiene una mano, quien retrocedió con el miedo claramente visible en su rostro.

Diokles se interpuso entre ellos.

-Una pequeña rivalidad, Agatarcos... Comprendes, ¿verdad?

El helanodikas se encogió de hombros.

-Más de lo que me gustaría. Latros Spartathen, si eres realmente heleno, oigamos cómo declamas alguna poesía.

Confesé que no recordaba ninguna.

-Vamos, vamos... Debes de saber alguna. ¿Qué te parece ésta?

Por ti, hijo mío, lloré hasta perder la vida;
por ti vago a través de las mazmorras eternas del Infierno queahora es mi morada;
no fue el lento dolor quien trajo mi final,
y la reina de las saetas de plata no tensó su arco fatal;
no fue la horrenda enfermedad quien me robó la respiración,
tú, tú, hijo mío, fuiste mi enfermedad y mi consunción;
mi hijo conspiró usando el arma de mi amor,
por ti viví y por tu ausencia expiré de dolor.

La pena me dominó, invadiéndome como un viento gemebundo. Mis ojos se llenaron de lágrimas; no pude hacer nada salvo menear la cabeza.

-Señor -murmuró Tisameno-, debéis hablar y hacerlo en verso o, de lo contrario..., Ciclos se enfadará mucho con vos.

El palacio se alzó ante mí, nivel sobre nivel. Corrí frenéticamente de una imagen a otra: un hombre con la cabeza de un cocodrilo, otro con la cabeza de un halcón.

-¿Y bien? -me preguntó el helanodikas.

Intenté repetir lo que había dicho sobre la reina de las saetas de plata aunque entonces no sabía lo que significaba, y sigo sin saberlo ahora. Durante un momento me pareció verla fugazmente detrás de él, con su hermoso y delicado rostro brillando sobre la negra cabellera del helanodikas. Los versos medio recordados fueron hacia mis labios desde no sé dónde, si es que surgían de algún sitio:

Tú, lira dorada, lira de Apolo y de la musa,
tu música dirige la danza, tu música es la que él usa,
cuando, señor de los coros melodiosos,
alza las voces cristalinas hacia los cielos.

-¿Qué...? -me pareció oír que gritaba alguien-. ¡Latro!

Extingues el rayo, el temible fuego del relámpago,
el águila da reposo a sus alas, que jamás conocen del cansancio el dolor aciago;
oyéndote temblar con tu canción,
el orgulloso Ares abandona de las lanzas la orgullosa confusión.

-¡Latro, soy yo, Píndaro!

Me rodeó en un abrazo digno de un oso y me alzó en vilo, aunque es por lo menos diez años mayor que yo y no tan alto.

-Conducirá el carro de Su Alteza en la carrera -murmuró el helanodikas mientras escribía-. Boxeador. Pancratiasta.

Píndaro y el hombre negro estaban bailando, haciéndose girar el uno al otro como la piedra en una honda.

41 - El dios es quien tendrá el poder

Ésta fue la decisión tomada después de muchas discusiones. Faretra irá mañana junto con su reina, Temístocles, Hegesítrato y los demás. Mientras tanto, una decena de viajeros llegan cada vez que tomo aliento; y toda la ciudad habla de lo mismo, y en el gran campamento que se extiende junto a ella y que va haciéndose más grande a cada momento que pasa, todas las conversaciones giran sobre ese tema.

Cuando Píndaro nos invitó a beber vino con él dudaba de que quedara una gota en todo Delfines, o un solo sitio donde sentarse; pero nos guió hasta una posada donde se aloja siempre que viene aquí.

-Lo cual ocurre cada cuatro años -nos dijo-, cada vez que celebran los juegos. Todavía no he ganado, pero tengo muchas esperanzas de conseguirlo este año..., sí, muchísimas esperanzas. Y es buena publicidad.

Me pareció que era demasiado viejo para las carreras a pie y le pregunté si boxeaba. Él y Diokles se rieron mucho. (Pasícrates y el mantis no estaban con nosotros, aunque Píndaro les había invitado a los dos. Pasícrates no quiso acompañarnos y creo que Tisameno no deseaba que hablara con el príncipe a solas.)

Diokles y Píndaro me explicaron la estructura de los juegos mientras bebíamos. Habrá pruebas de música, así como de fuerza y velocidad. Dejé de escribir durante un tiempo para volver a preguntarle a Diokles cuál era su orden, cosa que Kichesipos me permitió; lo que consigno ahora es cierto y comprobado.

- Cantar acompañándose con la lira. Píndaro se inscribió en esta prueba en cuanto hubimos terminado de beber. Los versos deben ser del participante, y nadie tiene que haberlos oído antes.

- Flauta.

- Estadion - una sola vuelta al circuito. Pasícrates correrá en esa prueba.

- Diaulos - dos vueltas. Pasícrates también participará en ella.

- Dólicos - veinticuatro vueltas. Pasícrates está inscrito.

- Cinco pruebas - consisten en correr, lanzar un diskos, saltar, lanzar una jabalina y luchar.

- Lucha.

- Boxeo - participaré en ella.
- Pancraccio - también participaré.
- Carrera de caballos - el príncipe ha inscrito a su caballo Argas; Ladas le montará.
- Estadion para muchachos.
- Cinco pruebas para muchachos.
- Dólicos para muchachos.
- Diaulos para muchachos.
- Carrera de carros - conduciré el carro del príncipe.
- Tocar la lira - Simónides participará en ella.
- Correr con armadura - la última competición.

Hay días en que se celebrarán varias pruebas. Por ejemplo, el primer día Píndaro y los demás cantarán por la mañana, la prueba de flauta empezará después de la primera comida y el estadion después del crepúsculo. Todas las pruebas para muchachos (salvo la carrera de caballos) serán celebradas el mismo día, y el último la prueba de lira será seguida por la carrera con armadura.

Lo nos encontró mientras estábamos sentados bebiendo vino y trajo consigo la noticia de que Temístocles de Pensamiento acababa de llegar en un carro de plata. No recuerdo a este hombre, pero lo y el hombre negro dicen que viajamos con él hasta la ciudad del príncipe; si compiten las Amazonas utilizarán su carro.

Debería anotar que creía que Bittusilma era la esposa del hombre negro, pero los dos juran que no hay nada entre ellos. Polos dice que eso es debido a que las mujeres casadas no pueden presenciar las pruebas.

Cuando nos hubimos bebido todo el vino volvimos al patio donde se escriben los nombres en rollos de pergamino, para que Píndaro pudiera inscribirse. Allí encontramos a Temístocles, un hombre corpulento y jovial que viste ropas magníficas, y a Simónides, un anciano. Había venido para inscribirse en la prueba de lira. Temístocles le dijo a Píndaro que sólo habían venido para ver los juegos y le explicó que el hombre negro y yo habíamos sido liberados, cosa que Bittusilma ya me había explicado. Le dijo más o menos lo mismo que ella. Después Píndaro le contó a todo el mundo que había ido a Colina para conseguir el dinero con que comprar nuestra libertad, aunque nunca fuimos verdaderamente esclavos. Cuando volvió a Pensamiento ya no estábamos allí. Le dejó dinero a una mujer de la ciudad y volvió a Colina, donde habló con los altos funcionarios y les pidió que hicieran todo lo posible para conseguir que Pensamiento nos liberase.

A medida que oía sus palabras mi concepto de él fue mejorando cada vez más. Sé que no todas las personas que te saludan a gritos son amigas tuyas, pero creo que Píndaro sí lo es. Le pregunté si tocaría y cantaría para mí con el fin de aliviar mi pena. Sé que la música tiene ese poder. Me dijo que si le visitaba esta noche lo haría. Ahora no creo que eso me sirva de mucho, aunque Kichesipos dice que puede ayudarme.

Hay mucho más que escribir; me esforzaré por ser breve.

Las Amazonas llegaron tan bruscamente como piedras que entran por la ventana, poniendo fin a todas las conversaciones. Las cabezas se volvieron y las vimos: eran cinco, flacas y mucho más altas que la mayoría de los hombres, con su gracia y pedazos de pieles como único atuendo, pero llevaban unas armas soberbias. Mi mandíbula se aflojó como las de todos los demás..., pero mi asombro inicial pronto quedó reducido a nada, pues la más alta de todas vino hacia mí y me abrazó. Nos besamos, y mil gargantas rieron y nos vitorearon. Siento como me arden las mejillas al escribirlo. Esta Amazona llamada Faretra fue mi amante en Tracia. Cuando me enteré de ello fui a hablar con los jueces acompañado por ella y las otras mujeres; pero los jueces se marcharon corriendo en busca de otros funcionarios y tuvimos que esperar.

Entonces fue cuando vi el premio que se concede al ganador de la carrera de carros, en el que no me había fijado antes. Es una urna roja, obra de algún artista excelente, que se dice está llena del más fino aceite y se encuentra sellada con cera. Pero eso no es

todo: es la urna de mi palacio de la memoria, aunque cuando camino por el palacio que hay en mi mente también la veo allí, lo cual me parece muy extraño. Bailarines negros con barbas y orejas y colas de caballo hacen piruetas a su alrededor.

Los helanodikai volvieron; eran como mínimo una docena y todos meneaban la cabeza. Insistieron en que ninguna mujer podía competir. El que la reina no esté casada no cambia las cosas..., no se admiten mujeres. Además, nadie podía competir a menos que fuera de Helas y ninguna de las Amazonas puede hablar la lengua de los helenos y, como mucho, sólo saben pronunciar algunas palabras de ella.

No me había dado cuenta de que lo nos había dejado, pero la vi venir corriendo por entre la multitud, trayendo consigo a un hombre muy apuesto, de barba rizada, que cojeaba. Temístocles le saludó como si fueran amigos, los helanodikai también le saludaron y la reina de las Amazonas le abrazó. Mientras hablaban los unos con los otros lo me dijo que es un gran mantis, todavía más famoso que Tisameno. Estuvo con Faretra, lo y conmigo en el norte.

Habla la lengua de las Amazonas y les aseguró a los jueces que estas mujeres habían sido enviadas aquí por un gran dios, el dios de la guerra; pero los jueces siguieron negándose a admitirlas en las pruebas.

Cuando les hubo oído se volvió hacia Temístocles y el viejo tocador de lira. Los tres hablaron entre ellos muy deprisa, pero en un tono de voz tan bajo que no pudimos oír lo que se decían.

Acabaron asintiendo con la cabeza y Temístocles se preparó para dirigirse a los jueces o, mejor dicho, a todos los presentes mientras fingía dirigirse a ellos. Su potente voz llenó el patio entero.

-Debéis excusar mi ignorancia, amigos -empezó diciendo-. Han pasado muchos años desde que asistí a estos juegos.

Los helanodikai y algunas personas más le aseguraron que estaban muy contentos de tenerle allí este año, pues parece ser que es realmente un gran hombre.

-Se me ha informado de que mi querido amigo el Príncipe Pausanias de Cuerda se ha inscrito en la carrera de carros -siguió diciendo Temístocles-. Decidme, ¿tiene intención de conducir él mismo su carro? ¿Estarán las riendas en sus propias manos?

Al oír estas palabras algunos jueces me señalaron y le explicaron que yo me encargaría de conducir el carro del príncipe.

-¿Y cuál es el premio? ¿Esa soberbia urna roja de ahí? ¿Será de Latro si vence? ¡Es un hombre afortunado!

Los helanodikai se apresuraron a explicarle que no sería mía..., en realidad quien competía era el príncipe, no yo.

-Oh -dijo Temístocles-. Eso lo explica todo. Conozco a Latro y no es heleno...

Los jueces se apresuraron a decirle que habían decidido que sí lo era y que se me había permitido participar en dos pruebas.

-Pero no en la carrera de carros -dijo Temístocles-. Está muy claro que es el príncipe quien participa en ella. Decidme, ¿es legal para una mujer no participar?

Sus palabras hicieron que los jueces pusieran cara de perplejidad. Hablaron en susurros entre ellos y acabaron diciendo que dado que las mujeres no podían participar, naturalmente las reglas dejaban implícito que no tenían por qué participar.

-¡Maravilloso! -Temístocles frotó una contra otra las palmas de sus grandes manos y sonrió ampliamente-. Pero yo sí podría participar, ¿no es así? Soy hombre y soy heleno, y poseo un hermoso carro.

Los jueces dijeron que les encantaría que se inscribiera; nadie ponía en duda que reunía todos los requisitos y cualificaciones necesarios.

-Entonces lo haré -les dijo-. Anotad mi nombre, por favor. Soy Temístocles Atanaios, y esta mujer conducirá mi carro. -Señaló a Faretra.

Después estuve dándole patadas al korikos, instruido por Diokles. El korikos es una piel de cerdo rellena de gachas que cuelga de una cuerda. Agatarco el helanodikas vino a verme porque ahora mi nombre está inscrito en las listas de tres pruebas. Me dijo que muchos de los que se han inscrito serán eliminados en cuanto los jueces les vean practicar, pero que yo no seré eliminado. Diokles dice que estoy mejor y que sigue sin aprobar que un participante haga el amor antes de los juegos, pero que ha hecho una buena inversión. No le entendí muy bien; y aunque lo me observa mientras escribo, no me atrevo a preguntarle al respecto. Siento como si... Aquí hay acantilados desde los que un hombre podría arrojar a las rocas o al mar.

He tenido una noche muy extraña y un sueño muy raro. Empezaré anotando lo que realmente ocurrió; después, si hay tiempo, describiré el sueño y luego, si aún me queda más tiempo, cómo me siento ahora. Eso es lo más importante de todo, pero no creo que vaya a cambiar de nuevo, por lo que puedo escribir sobre eso cuando quiera.

lo y yo fuimos a la posada donde habíamos bebido con el poeta. Nos dio la bienvenida, vio lo fatigado que estaba y sugirió que me acostara en su cama mientras cantaba. Así lo hice, y mientras pensaba: esto es lo que le ocurre a los muertos..., encuentran un reposo del que no necesitan levantarse nunca más. Fue entonces cuando tuve mi sueño.

-Me temo que eso es todo por esta noche -dijo el poeta-. No me atrevo a forzar demasiado la voz.

Al oír esas palabras me erguí en el lecho.

lo estaba llorando. Abrazó y besó al poeta diciéndole una y otra vez lo hermosa que había sido su música y sus versos. En cuanto a mí, no recuerdo ni una sola línea. Pero me sentí como si fuera un héroe capaz de asolar ciudades o fundar nuevas urbes; y sonreí como un idiota mientras le abrazaba, dándole golpes en la espalda mientras él golpeaba la mía.

-Sabía que oírme cantar te ayudaría -me dijo-. Si no tuvieras cierto don para apreciar la poesía y..., sí, también el corazón necesario para disfrutar de ella, no habrías recordado ese fragmento mío que te oí recitar para los jueces esta mañana. Ningún otro hombre tenía menos probabilidades de recordarlo que tú pues lo olvidas todo, pero el Dios Resplandeciente cura, Parnaso le está consagrado y él es nuestro patrono.

lo y yo abandonamos la posada donde se aloja el poeta cuando ya era noche cerrada y empezamos a caminar por las calles de Delfines; teníamos por delante un largo trayecto y me encontré deseando haber traído conmigo mi espada.

-Píndaro debe de ser el poeta más grande del mundo -me dijo lo-. Y piénsalo..., ¡es nuestro amigo!

Le pregunté si había roncado.

-¿Te quedaste dormido? Amo, es imposible..., fue demasiado maravilloso. Además, tuviste abiertos los ojos todo el rato.

-Temo que me quedé dormido, aunque sólo fuera un momento -le dije-. Tengo la impresión de que me perdí uno o dos versos.

lo meneó la cabeza.

-Bueno, puedes estar seguro de que no roncaste... Te habría despertado enseguida. ¡Y estás mucho mejor! Hasta Diokles lo dice. Fue el ver a Faretra, ¿verdad? Has estado echándola de menos, pero ahora que está aquí vuelves a encontrarte bien.

-Ella se encuentra más cerca de lo que piensas -anunció una nueva voz, y el lisiado apareció cojeando por un umbral, seguido por la reina de las Amazonas, la misma Faretra y una mujer de cuerpo esbelto cuya flotante cabellera ni tan siquiera llegaba a los hombros de Faretra.

-¡Hegesítrato! -exclamó lo-. ¡Oh, qué feliz soy! Ahora Latro se encuentra mucho mejor.

-No me sorprende -dijo Hegesítrato.

Faretra deslizó sus dedos entre los míos.

La reina habló en la lengua de las Amazonas, que no comprendo.

-Vamos a echarles una mirada a los caballos -dijo Hegesítrato-. ¿Te gustaría verlos? Son los que competirán con los tuyos.

Fuimos al campamento de las Amazonas, donde estaban las otras tres vigilando a sus caballos. Encendieron antorchas y las sostuvieron en alto para que pudiéramos verlos. ¡Estoy seguro de que jamás han existido caballos mejores! Brillaban como llamas bajo la luz de las antorchas, piafando y golpeando el suelo con los cascos. Lo dijo que ayudar a las mujeres había sido un acto muy bondadoso por parte de Temístocles y que el lisiado también había sido muy amable al pedirle que las ayudara. El lisiado se limitó a menear la cabeza y escupió en la hoguera.

-Se ha convertido en un amigo de los Cordeleros -le dijo-. Debe ser desacreditado y ellos han de ser destruidos: el bien del mundo lo exige. -Después nos advirtió que no debíamos hablar de esto con nadie.

El lisiado se quedó con la reina y las otras mujeres cuando nos marchamos, pero Faretra vino con lo y conmigo. Había una mujer en mi cama; cuando vio a Faretra la atacó con una pequeña daga. Aquello despertó al príncipe, a Ciclos y a todo el mundo; pero no se enfadaron, sino que animaron a las mujeres con gritos y vítores mientras luchaban. Faretra le quitó la daga a la otra mujer, que era menos alta que ella, acabó agarrándola y la arrojó a una zanja.

Cuando todo el mundo hubo vuelto a acostarse Faretra se tumbó junto a mí, y aunque es tan alta como un hombre de buena estatura sus besos eran los de una mujer. Sentí un gran amor hacia ella. Conoce unas cuantas palabras de la lengua de los helenos y me dijo que en una ocasión ella y yo cuidamos a los caballos blancos en una caverna. Quería saber si me acordaba de Hipostizein, que había muerto en el norte. (No la recuerdo.) Me dijo que cuando llega la madrugada siente un gran temor. Si pierde la carrera lo más seguro es que su reina la ofrezca en sacrificio para aplacar a su dios. Después de que me dijera eso la estreché con fuerza entre mis brazos. Me despertó al marcharse y por eso estoy escribiendo ahora: he cogido esta lámpara, he salido de la casa y la he encendido con las ascuas del fuego.

Éste fue mi sueño.

Había un chico de pie junto a la cama. Cuando volví la cabeza para mirarle vi que era más joven que Polos. Sus pies hacían un leve ruido en el suelo, pues eran como los de una cría de cabra; de su frente asomaban unos cuernos.

-Ven conmigo -me dijo, y subimos por una calle sinuosa y ascendimos por unas laderas muy abruptas.

-Eres un fauno -le dije-. Los faunos traen sueños. -Alguien me había dicho eso, no recuerdo quién fue.

Asintió.

-Cierto, y yo te traigo a ti.

Sus pies de cabra trepaban por las rocas mejor que mis pies de hombre.

Llegamos a un pequeño templo donde había un fuego ardiendo en el altar. Entonces ocurrió algo muy extraño: una hermosa mujer me dio la bienvenida y después me la encontré cuando estaba despierto. Debí de conocerla esta mañana y mi mente seguía pensando en ella. Polos y Amiklos también estaban allí, y de la cintura para abajo los dos eran caballos. Polos empezó a corretear por entre el templo y los árboles, jugando y haciendo piruetas.

-No temas -me dijo.

Le dije que deseaba morir, por lo que no había nada que pudiera aterrarme. Pero esto último era mentira.

Tisameno y Pasícates llegaron poco después, acompañados por mi sirviente y guiados por un hombre extraño y de expresión astuta que sonrió al verme. Oí el ladrido de los sabuesos. Después, cuando admiramos los caballos blancos de las Amazonas, el lisiado

me preguntó si había oído a los sabuesos. No les había oído, y así se lo dije. No le dije que los había oído antes, en mi sueño.

-Recupera tu mano -le dijo la mujer a Pasícrates-. Recupérala, si es que tienes esperanzas de acabar recuperando lo demás.

-Él me la arrebató -repuso secamente el hombre que sólo tenía una mano-; dejad que se la quede.

-Entonces, eres tú -murmuró Tisameno-. Todo esto es obra tuya... Ahora que lo sé quizá pueda romper el hechizo.

-No hay ningún hechizo -intervino Amiklos-, sólo odio.

-En ese caso debe morir, señor. -Tisameno asintió como confirmando sus propias palabras-. Ciclos ya está sopesando los pros y los contras, pues... -Se volvió bruscamente hacia Polos-. No es uno de ellos. Esos amores son peligrosos.

-Si estás haciéndole daño a mi amo... -dijo Aglao.

Pasícrates le golpeó en la garganta. Aglao cayó y no volvió a levantarse. Amiklos se lanzó sobre Pasícrates, corcel y jinete a la vez, le derribó al suelo y puso los dos cascos delanteros sobre su pecho. Pasícrates le contempló en silencio con los ojos muy abiertos mientras Amiklos se burlaba de él.

-Alardeas de tu fuerza, tu rapidez y tu coraje... ¡Mírame! Soy viejo, sí, pero mi fuerza y mi rapidez son más grandes que las que tú has tenido o llegarás a tener jamás. Y también soy más valiente. ¿Qué son todas esas cualidades tuyas de las que tanto presumes cuando se las compara con las de cualquier caballo de guerra?

La mujer se acuclilló junto a Pasícrates y le miró con expresión ceñuda.

-No te engañes a ti mismo. ¿Crees que esto no es más que un sueño? Aquí la muerte es la muerte y Amiklos podría matarte fácilmente. Aquellos a los que llamas amigos te encontrarían muerto allí donde te acostaste. Tu príncipe te habrá olvidado mucho antes de que el sol críe gusanos en tu cuerpo.

Ayudé a Aglao a levantarse y después le pregunté a Pasícrates qué había hecho para despertar tanta ira hacia nosotros en estas personas; pero no quiso mirarme y no me replicó. Polos le suplicó a su tío que dejara erguirse a Pasícrates.

-Quieres que te ame -le dijo Polos a Pasícrates-, y quiero amarte. De veras, es lo que deseo.

Algo se agitó en mi interior como una araña en su tela.

-Te amaría -dijo Polos-. Prometo que te amaré.

Fui hasta donde estaba la mujer y me incliné sobre Pasícrates para hablarle. Alzó hacia mí el muñón en que terminaba su brazo y, cuando lo apartó, el brazo estaba tan entero como el mío.

-Me temo que eso es todo por esta noche -dijo alguien desde una gran distancia-. No me atrevo a forzar demasiado la voz.

He visto salir el sol. Sé que olvido las cosas, pero no he olvidado la noche que me aplastó bajo su peso como el Amiklos-caballo de mi pesadilla; por eso escribo en este pergamino, con la esperanza de que si regresa leeré estos pasajes.

La vida de un hombre es corta, cierto, y acaba en la muerte. Si fuera larga sus días serían de poco valor. Si la muerte no existiera, no valdrían nada. Que llene cada día de honor y de alegría. Que no se condene a sí mismo o a otro, pues no conoce las leyes que rigen su existencia o la de los otros. Si duerme en la muerte, dejadle dormir. Si mientras duerme se encuentra con un dios, debe dejar que el dios decida lo bien o lo mal que ha vivido.

Es el dios con quien se encuentre el que debe decidir cómo ha sido la vida de un hombre, nunca el hombre.

lo dice que cuando Kichesipos vino a hablarle de mí el príncipe le golpeó. Creo que es vergonzoso golpear a un hombre tan anciano e instruido. Pausanias pensó lo mismo -lo vi en su rostro-, pero aun así le golpeó.

-Los dioses juegan conmigo. -Esto es lo que le dijo a Tisameno cuando nos mandó llamar-. Me dan el mayor triunfo de la historia y arrancan sus frutos de mis manos.

-Los helenos deberían devolveros lo que os pertenece -le dijo Tisameno-. Tienen una deuda muy grande con vos.

-¡No puedo pedirles eso!

-Naturalmente que no, Alteza. -Tisameno se frotó su rollizo mentón y alzó los ojos hacia el cielo-. Aun así, hay otros que podrían apremiarles a que mostraran esa gratitud..., sin la más mínima insinuación por parte de Vuestra Alteza, eso por descontado. Temístocles está aquí y Simónides el poeta le acompaña.

Esto es lo que ocurrió. Fui enterándome de ello poco a poco y lo último lo supe sólo después de ir al agora y hablar con los Hombres Escarlata que están sometidos a vigilancia en ella. Pausanias le confió el botín de la victoria a su nave; se les prometió un viaje sin problemas hasta Colina de la Torre, pero fueron alcanzados y abordados por una nave de La de los Cien Ojos y remolcados hasta un puerto que se encuentra al pie de la montaña. Esto le ha hecho perder una fortuna.

Su capitán me conoce. Se llama Muslak. No deseaba que se diera cuenta de que olvido las cosas, por lo que cuando me saludó respondí a sus palabras. Me llamó Lewqys y quizá ése sea mi nombre; estoy casi seguro de que ningún hombre puede llamarse realmente Latro.

-Sabía que volverías cuando pudieras venir solo -me dijo-. No querías que el viejo se enterara de que éramos amigos, ¿eh? Pero teníamos la esperanza de que tardarías menos en volver.

Le dije que me había parecido inútil volver hasta que averiguara algo más sobre su situación, aunque la verdad es que no tenía idea de cómo podía ayudarles. Cuando uno no entiende nada y, aun así, está obligado a hablar, lo mejor es hacer preguntas. Le hice gran cantidad de ellas. Cuando quise saber si me devolvería a mi hogar en caso de que le liberara, así como a su tripulación, y les devolviera su nave, me miró con los ojos muy abiertos. Juró que así lo haría. Me aseguró que conocía ese lugar, y señaló hacia el oeste. Usó la palabra Luhitu. Hablamos en la lengua de los Hombres Escarlata para que sus centinelas no nos entendieran.

Sigo sin saber qué puedo hacer por ellos, pero sé que estos helenos son capaces de cualquier cosa a cambio de un poco de oro. lo tiene cierta cantidad: lo vi cuando me entregó la moneda que le di a Aglao.

El príncipe me observó boxear con Diokles. Llevábamos himantes para proteger nuestras manos y no nos golpeamos con mucha fuerza. Diokles es rápido y cauteloso; eso es lo que se necesita para entrenarse, como le expliqué al príncipe.

-Hoy pareces estar bastante animado -me dijo.

Le mostré como Diokles intentaba engañarme con su mano izquierda y le expliqué que eso me había dado muchos problemas.

-He acabado aprendiendo algo nuevo, Alteza. Sé que olvidaré dónde lo aprendí, pero creo que no olvidaré lo que he aprendido.

Sonrió y me dio una palmada en el hombro. Sus cicatrices le dan la apariencia de un hombre malvado, pero no creo que bajo su pecho lata un corazón malvado.

-Has sido tú quien le ha curado, ¿verdad, Diokles?

Diokles escupió.

-Se curó a sí mismo, Alteza, haciendo lo que le dije. Puede que le haya ayudado un poco.

-Estoy seguro de que le ayudaste. He estado informándome sobre los médicos de Latro, o lo he intentado. Ha sido curado por Kichesipos y por Tisameno (quien, por cierto,

tuvo una visión milagrosa anoche), y estoy seguro de que también por Amiklos, aunque él aún no se ha presentado para pedir que se le atribuya el mérito de dicha curación. Ah, sí, y por esa muchachita astuta y escurridiza llamada lo... Y ahora resulta que ha sido curado por él mismo y por ti, con lo cual ya tenemos a seis médicos. ¿Hay alguien más? ¿Qué te parece Polos?

Me acordé del sueño sobre el que había escrito al amanecer y le dije:

-Sí, Alteza, por Polos y Pasícrates. Pero, sobre todo, por Polos.

-Eso hace que mi total se eleve a ocho... Estoy seguro de que conseguiré los laureles, pero quería preguntaros algo sobre Polos. Latro, ¿puedes recordar lo que Tisameno me dijo respecto a él esta mañana?

-Ciertamente. Que debería montar a vuestro caballo Argas.

-Tienes un oído digno de los dioses, Latro, como ya he dicho antes..., tanto si lo sabes como si no. Bien, ¿estás de acuerdo en ello?

Me encogí de hombros.

-¿Qué dice Polos? ¿Quiere montarlo?

-No se lo he preguntado.

Diokles volvió a escupir.

-Claro que quiere. Me ha estado haciendo preguntas sobre las pruebas de los muchachos. Quiere participar en todas. Le dije que no podía hacerlo y aunque pudiera esos chicarrones le harían pedazos. Claro que pesa menos que Ladas... Eso siempre es bueno. Además, nunca he visto a nadie que tuviera tan buena mano con los caballos.

Aglao me dio un masaje mientras Diokles se encargaba de hacer lo mismo con Pasícrates.

-¡Qué sueño tuve! Me tiraste al suelo y luego me ayudaste a levantar.

Había olvidado mi sueño, pero he leído el pasaje de este pergamino que habla de él. Le pregunté si estaba seguro de que había sido yo.

-Desde luego, porque cuando me levantaste pensé que me habías vuelto a pegar. Me duele el cuello..., supongo que eso es lo que me hizo tener ese sueño.

Pasícrates observó que un sueño semejante parecía un buen presagio para un boxeador.

-Se acabó el boxeo para Latro -le dijo Diokles. Contó con los dedos-. Sólo le quedan cuatro días para la prueba y no quiero que participe en ella cubierto de morados.

Debería anotar aquí que ningún boxeador volvería a golpear a un hombre después de haberle ayudado a levantarse: el combate termina cuando un hombre ha sido derribado. La única prueba donde un hombre derribado puede seguir combatiendo es el pancracio.

Después Pasícrates habló conmigo a solas.

-Yo también tuve un sueño -me dijo-, pero en el mío era yo quien golpeaba a Aglao. -No dije nada y siguió hablando-. Cuando viste lo enfadado que estaba me preguntaste si quería recuperar mi mano. Estaba enfadado contigo..., supongo que golpeé a Aglao porque es tu sirviente, y te respondí diciendo que ya que me la habías arrebatado podías quedártela. Tenía la sensación de que si me la devolvías eso podría haber puesto fin a nuestra enemistad.

Le dije que en tal caso podía estar seguro de que esperaba habérsela devuelto.

-Lo hiciste. Volvimos al lugar donde te alojas y la sacaste de tu cofre. Tu espada estaba arriba de todo; debajo había chitons y otros objetos. Empezaste a sacar cosas del cofre y las fuiste poniendo en el suelo. Mi mano estaba en el fondo. La cogí y, no sé cómo, me la coloqué al final del brazo.

Se rió y yo me reí con él.

-Espero que me ayudas a volver a guardar mis cosas en el cofre.

-No lo recuerdo. Pero lo más extraño es que llevo todo el día sintiendo como si realmente la hubiera recuperado: vuelvo a sentir que soy un hombre completo. Puedo

hacer cualquier cosa de la que sea capaz un hombre con dos manos..., salvo tocar la lira, quizá.

Tisameno me llevó ante el príncipe y los tres visitamos a Orsipos. Tisameno dice que es un funcionario de La de los Cien Ojos y su ciudadano más rico. Al principio no pude comprender por qué se me había llevado allí para que Orsipos me contemplara. Orsipos es gordo y se ha quedado calvo en la coronilla. Después comprendí que era porque el príncipe había apostado con él y deseaba verme. Doblaron la apuesta de la carrera.

Algunos Cordeleros se enfadaron, pero Pasícrates y yo desfilamos el uno junto al otro durante la inauguración de los juegos; la ceremonia fue muy impresionante. Después la babilonia, el hombre negro y los muchachos nos encontraron y nos quedamos con ellos en el estadium para oír a un poeta de la Tierra de las Vacas. Pasícrates ridiculizó su acento gangoso, pero no tardó en reconocer que era el mejor de todos. Los helanodikai fueron de la misma opinión y le concedieron los laureles. No me cabe duda de que es un amigo, tal y como afirma lo, pues habló con nosotros durante un rato aunque había por lo menos cien personas esperando para conversar con él.

El estadium es muy hermoso; los asientos de la parte inferior son de piedra, aunque los de arriba son de madera. Está abierto en cada extremo para que quienes complacen al dios puedan entrar y salir. La pista ovalada tiene exactamente un estadio de longitud: desfilamos por toda ella. Los poetas trajeron consigo escabeles; se sentaron en el centro, poniendo sus escabeles sobre la hierba. Los oyentes abandonaron los asientos para congregarse alrededor de sus favoritos. Cuando la competición hubo terminado, la multitud que rodeaba a nuestro poeta era enorme.

He empezado a leer esto desde el principio. Hoy he leído el pasaje sobre Artaietes y su hijo, pero no he averiguado nada que pueda serme muy útil. Le he dicho a Aglao que debe hablar conmigo cada día en privado acerca de los esclavos que hay en el mercado; y le he explicado lo que debe decirme.

Pasícrates corrió bien, pero no ganó; el príncipe se enfadó mucho. Ordenó que Tisameno y Diokles intentaran inscribir mi nombre en la lista de los luchadores, pero los jueces no lo permitieron diciendo que ya es demasiado tarde para ello.

He pasado una noche extraña y algo inquieta: acabo de descubrir que la risa puede ser tan dura de soportar como cualquier golpe. Faretra estuvo conmigo y durante un rato hablamos de arcos y otras armas, pues había visitado la casa de un hombre que comercia con esos objetos. Me ha dicho que sus espadas son magníficas y que sus arcos no están mal. Le dije que averiguara si le vendería arcos, flechas y espadas sin preguntarle para qué los deseaba. Cuando me dijo que no tenía nada con que adquirirlos le expliqué que yo le proporcionaría el dinero. Ha aprendido la lengua de lo suficiente para hacerse comprender.

La otra mujer vino a verme. No se atrevió a entrar en el pabellón, pero insultó a Faretra llamándola vaca salvaje y muchas otras cosas desagradables; despertó a todo el mundo. Faretra la echó de allí, pero incluso Polos se rió de nosotros. No pude quedarme. Escribo esto junto a la hoguera de un hombre muy sabio que tiene un pie de madera. Ha consultado a los dioses en mi nombre y dice que haré un buen papel en los juegos, y que conseguiré mi mayor triunfo en la carrera de carros. He estado pensando sobre lo que debo hacer y tengo la seguridad de que está en lo cierto.

Hoy fue el día del diaulos, la más popular de todas las carreras a pie. Las pruebas de eliminación se celebraron por la mañana y el gran acontecimiento por la tarde. Pasícrates corrió tan bien que todos tuvimos la impresión de que había ganado, pero los jueces acabaron fallando en favor de otro. La distancia que había entre ellos no podía ser mayor que la anchura del pulgar de un hombre.

Diokles me ha enseñado a luchar. Dice que es la parte menos útil del pancrancio, aunque afirma que debo conocerla tan bien como las demás. Me enseñó varias presas bastante buenas, y cuando luchamos le vencí sin dificultad.

El poeta de los muchos anillos está componiendo una oda para honrar al vencedor del estadión; la ciudad de donde es natural se la pagará.

Un hombre de la Isla de Rosas ha ganado el dólicos. Fue terrible oír los golpes y ver después el rostro de Pasícates; tendría que haber apartado a empujones al mantis y al viejo médico y haber detenido la prueba. Cuando hubo terminado llamó a Polos y le besó, y me abrazó como a un hermano. Cojea cuando cree que nadie le observa; me fijé en ello después de la carrera. El príncipe le ha enviado a Colina de la Torre, diciéndole que no regrese sin oro.

Este fue el día de las cinco pruebas. No acudí al estadión con los demás sino que fui a la ciudad con la esperanza de comprar un puesto para Aglao, pero el mercado estaba vacío porque todo el mundo se había ido a los juegos. Me disponía a marcharme cuando Anisia me invitó a compartir la primera comida con ella; supuse que querría dinero y le dije que no pensaba acostarme con ninguna mujer hasta después de la carrera de carros. Me cogió por el brazo y me dijo que no tenía por qué hacerlo, que sólo quería hablar conmigo. Comimos cuando todo el mundo volvió; logré encontrar a una anciana (tenía un ojo bizco y estaba al lado sur del agora) con muchas ganas de vender su pequeño puesto de frutas. Después Anisia y yo fuimos al estadión con los demás.

Esto es todo lo que Anisia me dijo antes de la primera comida; si es cierto no me cabe duda de que tiene mucha importancia y quizá la tenga incluso si no lo es. Anisia nació en Tespia, al oeste de Colina, y se gana la vida bailando. Esta noche la vi bailar a la claridad rojiza de las antorchas..., ¡cuán parecida a una diosa la encontré!

-Soy tu auténtico amor -me dijo-. Olvidas las cosas y eso te impide llegar a conocer realmente el amor, pero yo te amo y nunca te olvidaré. Soy lo más aproximado al amor que llegarás a tener en tu vida. ¿Crees que amas a Faretra?

-Debo de amarla -le dije-. El corazón me dio un vuelco cuando pronunciaste su nombre. Anisia pareció observarme atentamente.

-Probablemente no me creerás, pero la Amazona que tú piensas que es Faretra, no lo es. Tu Faretra murió en Tracia.

Sentí lo mismo que si acabara de escuchar mi propia sentencia de muerte.

-Hay cierta Amazona... -siguió diciendo Anisia-. Otros pueden llegar a decirte que es Faretra. Es muy alta y fuerte y tiene el cabello castaño. ¿Sabes a cuál me refiero?

lo me había descrito a una mujer semejante cuando despertamos y la llamó Faretra.

-Su auténtico nombre es Hipostizein. Era camarada de tu Faretra, quien tenía el cabello rojo y era bastante más baja que ella. Al ver tu pena y sabiendo que olvidas las cosas, tu esclava te dijo que esta mujer era Faretra después de que ella se ofreciera a interpretar el papel de la Amazona muerta.

No dije nada.

-No cabe duda de que se ríen de ello a espaldas tuyas y creen que son extremadamente listos, pero por lo menos tu esclava ha cambiado su felicidad por la tuya. O eso se me ha dicho.

Asentí, pues creía comprenderla.

-No la golpees con demasiada severidad: hazlo como un favor personal a quien te ha contado la verdad. Yo también he recibido una o dos palizas... En cuanto a la mujer alta puedes matarla, no me importa.

Meneé la cabeza, sabiendo que no le haría daño ni a lo ni a la mujer alta.

-¿Cómo has llegado a enterarte de todo esto?

-Por alguien a quien conocí anoche. Había bailado mucho tiempo y estaba cansada, pero la música me despertó. Jamás había oído una melodía semejante. La seguí, albergando la esperanza de que podría convencer al flautista para que se uniera a nosotros, y como estaba pensando en la forma de bailar al son de esta música, empecé a danzar ensayando los pasos. Cuando giré sobre mí misma vi a una mujer que me seguía

y que también estaba bailando. Se llama Elata. Es muy hermosa y, dicho sea de paso, es una magnífica bailarina.

“Cuando la música se detuvo me preguntó por qué había estado llorando. Le hablé de ti y de todas las cosas horribles que me había hecho la Amazona llamándola Faretra, pues alguien me había dicho que ése era su nombre. Y esta mujer llamada Elata me explicó que las había conocido a ambas en el norte y que Faretra había muerto. Tu esclava había hablado con su esposo de ello y él hizo que la Amazona te besara.

Hablamos durante mucho rato y ella me contó muchas cosas referentes a la vida de una bailarina que no anotaré aquí. Me dijo que me amaba. Le dije que no podía casarme con ella ni con nadie hasta que no hubiese encontrado mi hogar; y que incluso después de que lo encontrara quizá no me hallara en posición de casarme. Ella dijo que deseaba mi amor, no ser mi propietaria..., creo que esta idea es nueva para mí. Al principio dio por supuesto que yo olvidaba con cada copa de vino, y cuando le hube demostrado que recordaba cuanto habíamos dicho en el mercado, también le demostré que recordaba muchas cosas que no creía me fuera posible recordar..., por ejemplo, cómo la Amazona alta a la que llama Hipostizein la había arrojado al agua.

Yo también la llamaré Hipostizein, pues creo que Anisia me ha contado la verdad. Pero si he de liberar a los amigos que saben dónde se encuentra mi hogar la necesitaré, y no debo decirle nada de todo esto. Hoy no hablé con ellos por miedo a despertar la suspicacia de sus centinelas.

Polos vino a ver cómo ejercitaba a los caballos. Diokles y yo los cepillamos y Polos me pidió que le explicara qué es la arete.

-Sé que aquí Ares es el dios de la guerra -me dijo-, como Pleistoro. Pero esto no es la guerra. ¿Cómo es posible que alguien afirme que el hombre que corre más deprisa demuestra su arete?

-El hombre que huye del enemigo no es el que corre mejor -le dije-, y a veces quieres que tus hombres sepan correr. Cuando lo hacen te gustaría verles escapar para que puedan volver a luchar, en mejores condiciones o desde una posición mejor.

Diokles escupió.

-La guerra no es sólo sangre y muerte, muchacho, y no siempre es el ejército más numeroso el que consigue la victoria. La victoria suele ser para el mejor entrenado, el que mantiene limpia su armadura y soporta mejor las marchas prolongadas alimentándose con raciones escasas. El viejo Ares no es ningún monstruo, ¿comprendes? Piensa en él como si fuera un hombre normal y corriente que quiere ganar la guerra y volver a casa con su Afrodita. Está a favor del entrenamiento, la disciplina y el ser justo con los hombres, y silba cuando pierde igual que silba cuando gana.

Le pregunté a Diokles qué otras pruebas se celebrarían el día de la carrera de carros; me dijo que ninguna. Por lo tanto, puede que mis amigos sigan en el mercado para esperar el regreso de la multitud..., al menos, ésa es mi esperanza. Mañana se celebra la prueba de lucha, pero tengo que ir a Ciparisa para ver la nave. Le he ordenado a Aglao que me lo recuerde. No debería haberle hablado de la nave a la bailarina, pero no puede haber adivinado lo que planeo.

El camino que lleva a la costa hace pendiente y hay muchos lugares en que se vuelve estrecho. Todo eso es bueno, pero me gustaría que no fuese tan largo. Estará oscuro o, como mínimo, faltará poco para anochecer. La nave no está vigilada y un solo cable la une a la orilla. Será difícil ocultar mi espada..., quizá pueda atarla debajo del carro. Tengo que intentarlo.

Hay asientos de mármol sobre los asientos de madera. Cuando dejé aturdido al último hombre los vi, y también vi a los espectadores; pero cuando se los señalé a lo no pudo verlos, aunque entre ellos había una mujer que nos saludó con la mano.

El premio era un hermoso plato lleno de los higos más sabrosos y delicados. Le di uno a todo el que me lo pidió y le ofrecí el plato al Príncipe Pausanias, quien se mostró muy complacido. Puso su brazo alrededor de mis hombros, lo cual es una señal de que me ha honrado. Ganó una gran suma de dinero apostando por mí.

El juez me ha redactado un documento por el que le entrego los muchachos al poeta de la Colina. Lo firmé y lo dejé confiado a su custodia; así por lo menos lo podrá volver a su ciudad. Mañana tendrá lugar el combate de todos los poderes.

Dicen que la Amazona conducirá los caballos del sol, pero yo soy el que se moverá como el mismo sol. Cuando corte el arnés dispondremos de cuatro jinetes; el resto deberán luchar a pie.

43 - Píndaro de Tebas

Hace esta ofrenda al Dios Resplandeciente, su patrono y el eterno patrono de las letras, a quien se atreve a llamar su amigo. La pitia le ha pedido que haga esto para que pueda saberse cómo el dios obró su voluntad.

Una reina venida del norte trajo a los juegos del dios los caballos que le pertenecían, caballos de pecho robusto y cabeza como la de los toros, en la que ardían ojos llameantes. Recorrieron la pista entre el atronar de sus cascos, y tras ellos iba el más brillante regalo de los misericordiosos Lacedemonios, prestado por el hijo de Neocles, Temístocles el comandante de las naves. Una segunda vuelta y mirad, el carro dorio se mantiene a su altura. Va guiado por el vencedor del pancracio, que sigue llevando como corona los brotes sagrados de Dafne, la más bella hija del río: es Latros de Esparta (a quien en tiempos guié siguiendo las instrucciones del dios), sonriendo mientras contempla a la virginal doncella de la diosa. Un diluvio de polvo cae sobre los cinco aurigas que con él compiten. El espectáculo hace que los vítores de los helenos resuenen como el entrechocar de brillantes escudos.

Mientras una mano hábil acaricia las cuerdas, la servidora del dios, la hija del oscuro lancero, tensa las ocho riendas de su tiro previendo la curva que se acerca cada vez más deprisa. Por una cabeza..., un cuello..., medio largo, y los cuatro poderosos y mudos esclavos del heredero de Heracles, el mejor en la batalla, logran alcanzarles. Así conduce Latros y así condujo Diómedes cuando los héroes lloraron al hijo de Menocio, mas él conducía por un sendero recto.

Mil son los que se dispersan ante Latros como perdices asustadas, héroes curtidos en la guerra que aplastaron al bárbaro en la Llanura Beocia, asustados como niños, huyendo cual la triste Asteria ante los corceles de Poseidón que hacen temblar la tierra, separándose como la ola ante la proa del Argos... Nadie persigue a Latros en su vuelo, pues nadie puede hacerlo.

Y ahora, ¿qué necesidad hay de ser veloz o levantar polvo? ¿Qué envidiosas esperanzas intentan seguir el carro de plata de Atenea la de los grises ojos? Esta urna señorial, el regalo del dios, es recibida por su sirviente y éste se lo ofrece a la reina virgen, y así queda forjada la paz entre los enemigos de Teseo y la ciudad de Teseo. Hipépode acepta la gloria alegrándose en el deber cumplido y habla por el hijo lisiado de Elis, grande en el consejo, del camino que lleva a casa. Aconsejada por él y regia en porte tanto como en acciones, consagra la urna, vacía del rico aceite, al Dios Resplandeciente en lo alto de su montaña sagrada: el dios es eterno y suya es para siempre.

Apenas ha hablado la hija de la guerra cuando se oye sonar la voz de la batalla. Torpe e indigno es aquel cuyos labios insultan el linaje de Heracles, cuya fuerza perdura incluso en los hijos adoptivos. El veloz Latros ha golpeado la ciudad sagrada como su poderoso garrote. Jasón sembró los dientes del dragón en la gélida tierra de la Cólquida e hizo brotar de los surcos centenares de hombres armados y dispuestos al más feroz combate. Así ocurrió con quien en un tiempo estuvo a mi cargo, pues de entre el desorden de las

granadas y manzanas del mercado sacó espadas de agudo filo, arcos de voz potente y aljabas en flechas numerosas, y de los esclavos de los Argivos creó soldados.

Los Argivos, enemigos jurados de los Lacedemonios, pidieron de inmediato ayuda a los viriles hijos de Lacedemonia, fuertes y resistentes en el entrechocar de los metales, nuevamente profanadores de la paz sagrada. El príncipe Lacedemonio reúne a sus temibles guardias y marcha en tardía persecución, afirmando que ninguna culpa recae sobre su cabeza, y es creído gracias al oro que ha perdido en la carrera.

Que ningún hombre ose decir que los dioses inmortales no han tomado parte en esto. Yo, mi esclava, cuya sabiduría está mucho más allá de la que le corresponde por sus años y que es pago más que suficiente por todo el bien que intenté hacerle a Latros, me condujo hasta el cojeante Hegesítrato, la lengua de la reina de las Amazonas, allí donde estaba llorando la pérdida de su esposa. «No he sabido servir a Cintia.» Así gimió junto a mi oído. «Ves ante ti un cadáver que la pestilencia de la muerte ya ha vuelto repugnante. El carro de plata pesaba demasiado y Latros habría tenido que alzarse con la victoria. La mujer que llevaba tanto tiempo deseándole jamás se habría atrevido a causar su derrota ahora que había conseguido su amor. El soborno hizo que jurara servir a la deidad de mis enemigos, pero no pude servirla bien. Vi mi final en la distante Tracia..., sus esclavos me arrancarán de la isla donde tengo mi hogar y cinco espadas me enviarán a la muerte.»

Este pergamino me fue entregado junto con el otro por Tisameno, mantis e hijo de Iamo, y esto es lo que me dijo en nombre del pancratiasta de anchos hombros: «Implora la compasión del Dios Resplandeciente, siempre generoso. En estos pergaminos Latros el del triste hado le entrega al dios su vida..., todo cuanto posee». La reina de las hijas de la guerra que sólo tienen un seno ha pedido que sean añadidos a la urna que ofreció. Sus sacerdotes consienten. Mañana hará un sacrificio antes de partir hacia su tierra, feliz y satisfecha.

Temístocles de Atenas no será bienvenido cuando vuelva a su ciudad coronada de violetas, dice un gran número de sus conciudadanos, afirmando que se ha vendido a Lacedemonia por muy apasionadamente que él lo niegue. Simónides, su compañero de tantas libaciones, se esfuerza como antes por hacer girar el molino de la rima.

El regente espartano es alabado doquiera por su sagacidad y habla de marchar contra los Hijos de Perseo. Ahora todos saben que la nave en que se marchó Latros llevaba a bordo sus pertenencias, y se dice que en obediencia a su orden sus Lacedemonios rehuyeron el acero fenicio, y que su bien calculada vacilación obstruyó el angosto camino para que nadie más pudiera participar en el combate. De esta forma, o eso se cuenta, el astuto príncipe ganó diez veces lo que había perdido. Pero algunos con quienes hablé en Ciparisa informan que cuando la nave se alejó llevándose consigo a Latros y los esclavos, una mujer joven y esbelta con un arco estaba de pie a su lado. Quienes eso dicen no vacilan a la hora de pronunciar su nombre, y la llaman Artemisa, la gemela de plata; y que fue la carroza de plata la que triunfó nadie puede negarlo. Sea verdad o fábula huera, lo cierto es que Pausanias, hijo de Cleombroto, es considerado ahora doblemente héroe por los griegos, siempre amantes de las estratagemas.

En cuanto a este pobre servidor del Resplandeciente, el patrono de las musas, él y su esclava volverán a su propia ciudad, la de las siete puertas, o quizá viajen a la distante Sicilia, rica en rebaños, como dignos y severos emisarios del glorioso Hierón, espléndido e importuno en la victoria. Si ha de ser así, pide la bendición de Ino, blanca guardiana de los salones del mar entre las hijas de Nereo. Permítenos gozar de un viaje seguro, oh hermosa lo, hasta esa gran ciudad, Siracusa, el recinto de Ares.

FIN

Glosario

Véase Soldado de la niebla para los siguientes términos: Acetes, Arara, Arcilla, Artactes, Asopo, Basias, Budini, Campo de los Hinojos, Cerdon, Colina, Cuerda, Delfines, Drakaina, Eurotas, Eutaktos, Falcata, Gea, Gorgo, Hipereides, Iamus, Ino, Io, Ister, Kaleos, Kichesipos, Kore, Latro, Leónidas, Leotíquides, Lison, Mar de Hele, Mardonio, Medas, Nisa, Parsa, Pasícrates, Pausanias, Pensamiento, Píndaro, Pleistarcos, Pleistoanax, Quersoneso, Sestos, Simónides, Susa, Temístocles, Tierra de las Vacas, Tierra del Río, Tisameno, Triple Diosa y Xantipos.

Adeimanto - Un magnate de Colina de la Torre.

Agatarcos - Un funcionario de los Juegos Pitios.

Aglao - El jornalero empleado como guía por Temístocles en la Tierra de los Osos y, más tarde, sirviente del hombre negro y Latro.

Abura Mazda - El dios supremo de Parsa.

Amazonas - Sacerdotisas bárbaras del Dios de la Guerra.

Amiklos - Centauro famoso por su sabiduría médica.

Anocos - Un ciudadano de Delfines empleado por Cuerda como representante de sus intereses en dicha ciudad.

Anisia - Una bailarina acrobática del grupo contratado por Cimón.

Apolonios - Un sacerdote del oráculo de Delfines.

Apsintia - El reino bárbaro situado al oeste del Quersoneso.

Aqueos - Una antigua tribu expulsada de sus tierras por los dorios.

Aquiles - Un líder de los aqueos durante el asedio de Ilión.

Ares - El dios de la guerra.

arete - Las virtudes de un soldado, desde la limpieza y el amor al orden hasta el coraje ante la muerte.

Argas - Caballo de carreras del príncipe Pausanias.

Artembares - Hijo del gobernador de Sestos en la época del Gran Rey.

Artemisia - Reina guerrera de Halicarnaso.

Asopodoro - Comandante de la caballería de la Colina durante la Batalla de Arcilla.

Atenea Ilias - Una diosa que ayudó a los helenos durante el asedio de Ilión.

Badizoe - Una Amazona; su nombre significa «paso lento» o «al paso» aplicado a la caballería.

Biblos - La ciudad sagrada de los Hombres Escarlata, de la que se dice que es la ciudad más antigua del mundo; se encuentra al norte de Sidón.

Bittusilma - La babilonia que decide acompañar al hombre negro; su nombre significa «casa de perfección».

Cabo Mastursia - El extremo del Quersoneso.

Cazadora - Un aspecto de la Triple Diosa.

Ceos - Una pequeña isla situada al sureste de la Larga Costa.

Cibeles - Uno de los nombres bajo los que Gea es adorada en el Oriente.

Ciclos - Uno de los cinco jueces de Cuerda.

Cimón - Un joven político de origen aristocrático famoso por su hospitalidad; se pronuncia Cí-mone.

Cintia - La Cazadora, nacida en una cueva del Monte Cinto.

Ciparisa - Un pequeño puerto situado al pie del Monte Parnaso.

Ciro - El primer Gran Rey, fundador del Imperio.

Cleombroto - Un príncipe de los Agidas, hijo de Anaxándridas y hermano de Cleómenes y Leónidas.

Cletón - Un comerciante de La de los Cien Ojos residente desde hace mucho tiempo en Cobris.

Clitias - El fundador de la rama pro-lacónica de los lamidas.
Cobris - Un puerto situado en la costa tracia; la capital de Apsintia.
Cronos - El rey de los viejos dioses; evitó que los cielos siguieran influyendo en el desarrollo de la vida sobre la tierra.
cuero hervido - Cuir bouilli: cuero endurecido mediante la inmersión en cera muy caliente.
Damón - Tutor de Pericles, que fue un famoso cantante.
Deloptes - Un noble tracio.
Díalos - Un esclavo de Temístocles.
Diokles - El profesional empleado para entrenar a Latro y Pasícrates.
Egospotamia - Una pequeña ciudad situada en la costa este del Quersoneso, cerca de su parte central.
Elata - Una dríada del Quersoneso; su nombre significa «pino».
Elis - Una pequeña ciudad situada en el extremo occidental de la Isla Cara Roja.
Eolios - Una tribu de helenos que habita en la costa norte del Asia Menor.
Europa, la - La trirreme mandada por Hipereides.
Faretra - La Amazona amada por Latro.
Filomela - Una princesa de la antigua Pensamiento; su nombre significa «la que ama el canto».
Fortuna - La diosa del azar, que ahora es comúnmente llamada Dama Suerte.
Getae - Bárbaros de los bosques del norte; los Budini son una tribu que pertenece a este grupo.
Hebrus - Un río de la Tracia.
Hegesítrato - El vidente y hechicero de Mardonio.
Helas - El país de los helenos, una península que se extiende hacia el sur internándose en el mar.
Helenos - Los hijos e hijas de Hele, unidos por un lenguaje común.
Hierón - El tirano de Siracusa.
Hipépole - La reina de las Amazonas; su nombre significa «carga de caballería».
Hipostizein - La más alta de todas las Amazonas; su nombre significa «la que lucha a pie».
Hipoxleas - Un Silencioso a las órdenes de Ciclos.
hombre negro - Siete Leones, el soldado de Nisa que cuidó de Latro después de la Batalla de Arcilla.
Hombres Escarlata - Mercaderes de la orilla este del Gran Mar; llamados así por el color de sus atuendos y las telas teñidas que venden.
Hubrias - Capitán mercante de La de los Cien Ojos.
lamidas - Un clan de profetas descendientes de Iamo.
Ilion - Una ciudad en ruinas de la Tróada; se encuentra en la costa asiática, al sur de Sestos, cerca del estuario sur del Mar de Hele.
Jerjes - Khshayarsha, el Gran Rey, Gobernante del Imperio.
Juegos Píticos - Competiciones celebradas en Delfines cada cuatro años en honor del Destructor; incluyen competiciones musicales y poéticas así como carreras a pie, boxeo, etc.
Kemet - Tierra del Río; el país negro.
kiberneta - Timonel y maestro en las artes de la navegación.
Kotis - Nombre de muchos reyes tracios.
Kotito - Un nombre bajo el que Gea es adorada en Tracia.
Lacedemonia - La parte del País Silencioso antiguamente gobernada por Cuerda; la letra lambda que hay en los hoplones de los Cordeleros deriva de este nombre.
Lewqys - Lucio, tal y como lo pronuncia un Hombre Escarlata.
Luhitu - Posiblemente una deformación de Lacio.

Melas - Un río de Tracia.

Milcíades - El comandante que obtuvo la victoria en la Batalla del Campo de los Hinojos y constructor del muro que atraviesa el Quersoneso.

Mnemosina - De la raza de los titanes; sus nueve hijas son las diosas de la astronomía, la comedia, la danza, la geometría, la historia, la poesía, la retórica, el canto y la tragedia.

Molossis - La región que se encuentra entre el Aqueronte y el Aretón; es famosa por el gran tamaño de sus perros, que son exportados a muchos lugares.

Muslak - Un capitán mercante de Biblos.

Nereo - Entre los viejos dioses, el dios del mar.

Nesibur - Un noble tracio.

Oeobazo - El ingeniero meda que construyó el puente de botes para cruzar el Mar de Hele.

Orfeo - Un chamán asesinado por las mujeres tracias; su cabeza fue arrojada al Hebrus cuando aún pronunciaba el nombre de la esposa que había perdido.

Orsipo - Un magnate de La de los Cien Ojos.

Pactia - La ciudad situada más al norte del Quersoneso, al sur del Muro de Milcíades.

Paecios - La tribu tracia que habita al norte de los Apsintios.

Pandión - Un antiguo rey de Pensamiento.

Parnaso - Una montaña de gran altura situada al norte del Golfo; Delfines se halla en esta montaña.

peltasta - Un soldado de infantería armado con un par de jabalinas y un pelta.

Pericles - Hijo de Xantipos.

Perseo - El padre de Perses y, por ello, el fundador de la nación del Gran Rey.

Pie Hinchado - Un antiguo rey de la Colina.

pitia - La profetisa virgen del Destructor, probablemente de unos quince años de edad.

pitón - La serpiente sagrada de Gea muerta por el Destructor; su espíritu sigue viviendo en el santuario que éste le arrebató.

Pleistoro - Un nombre bajo el que se adora al Dios de la Guerra en Tracia.

Polígnoto - Un famoso pintor de Pensamiento; se rumorea que Elpínice, la hermana de Cimón, es su amante.

Polos - El joven centauro enviado a Latro por Gea.

Príamo - El último rey de Ilion.

Procne - Una princesa de la antigua Pensamiento; su nombre significa «primogénita».

Protesilao - El primer héroe que murió en el asedio de Ilion.

Raskos - Un peltasta muerto por Latro.

Rea - La madre de los dioses. Un nombre bajo el que Cibele es adorada en Occidente; significa «tierra».

Sicilia - Una gran isla situada al oeste del Golfo.

Sidón - La capital de los Hombres Escarlata; el rey de Sidón es el comandante de la flota del Gran Rey.

Siete Leones - El hombre negro.

Siracusa - Una gran ciudad fundada por colonos de Colina de la Torre.

Sísifo - El primer rey de Colina de la Torre.

Tamiris - Un príncipe tracio; primer consejero del rey Kotis.

Tegea - Una pequeña ciudad en la Tierra de los Osos.

Telias - El fundador de la rama anti-lacónica de los lamidas.

Tereo - Nombre de muchos reyes tracios.

Tespia - Una pequeña ciudad en la Tierra de las Vacas.

Tierra de los Osos - Una zona montañosa primitiva que se encuentra en el centro de la Isla Roja. Es técnicamente independiente de Cuerda.

Tillón - Un esclavo de Temístocles.

Tracia - Un vasto país bárbaro que se extiende desde la orilla este del Nesto hasta la orilla oeste del Euxino.

Tróada - La zona antiguamente controlada por Ilion, incluyendo el Quersoneso tracio, Misia y la Frigia Menor.

Zakuntios - Una isla situada al este de Elis.

Zalmoxis - Un chamán capaz de cambiar de forma que fue divinizado; es probable que su nombre derive de la palabra tracia zalmo, «piel».

Zeus - El rey de los dioses.

Zirún - El alias adoptado por Oeobazo.

FIN